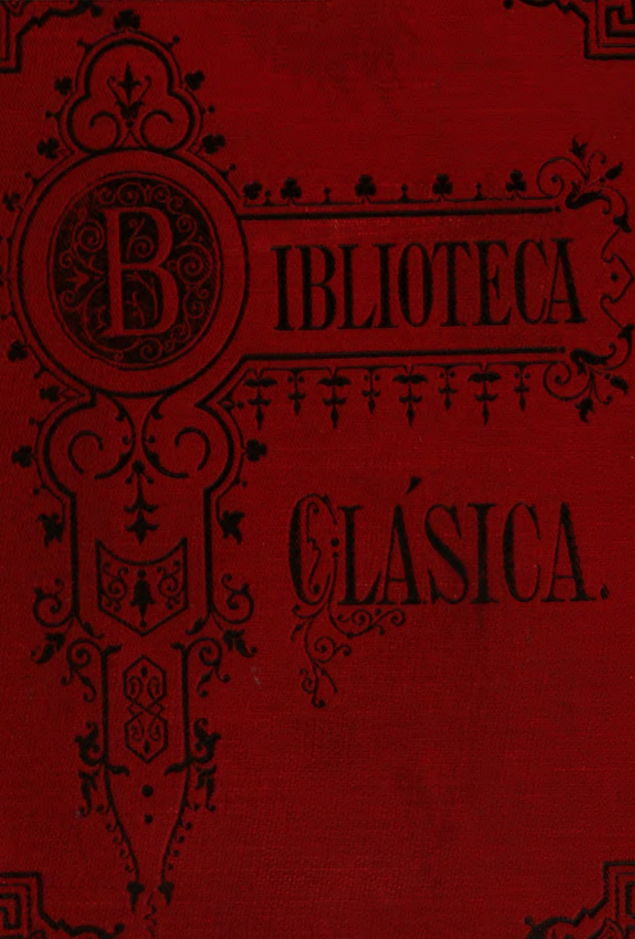


UC-NRLF



φB 304 555

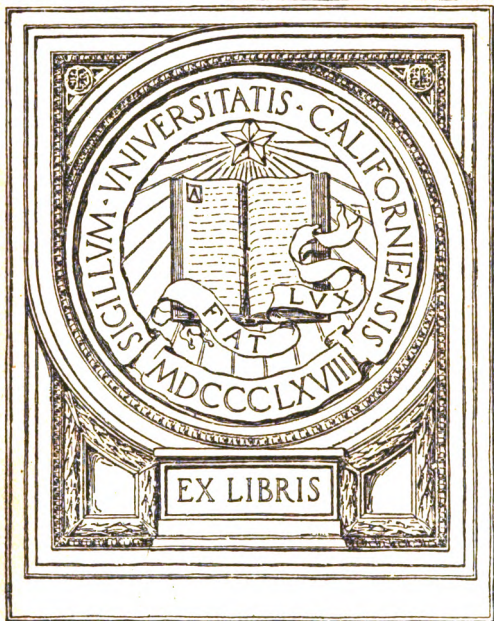


B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF  
*J. C. Cebrían*



EX LIBRIS



7  
12  
VI

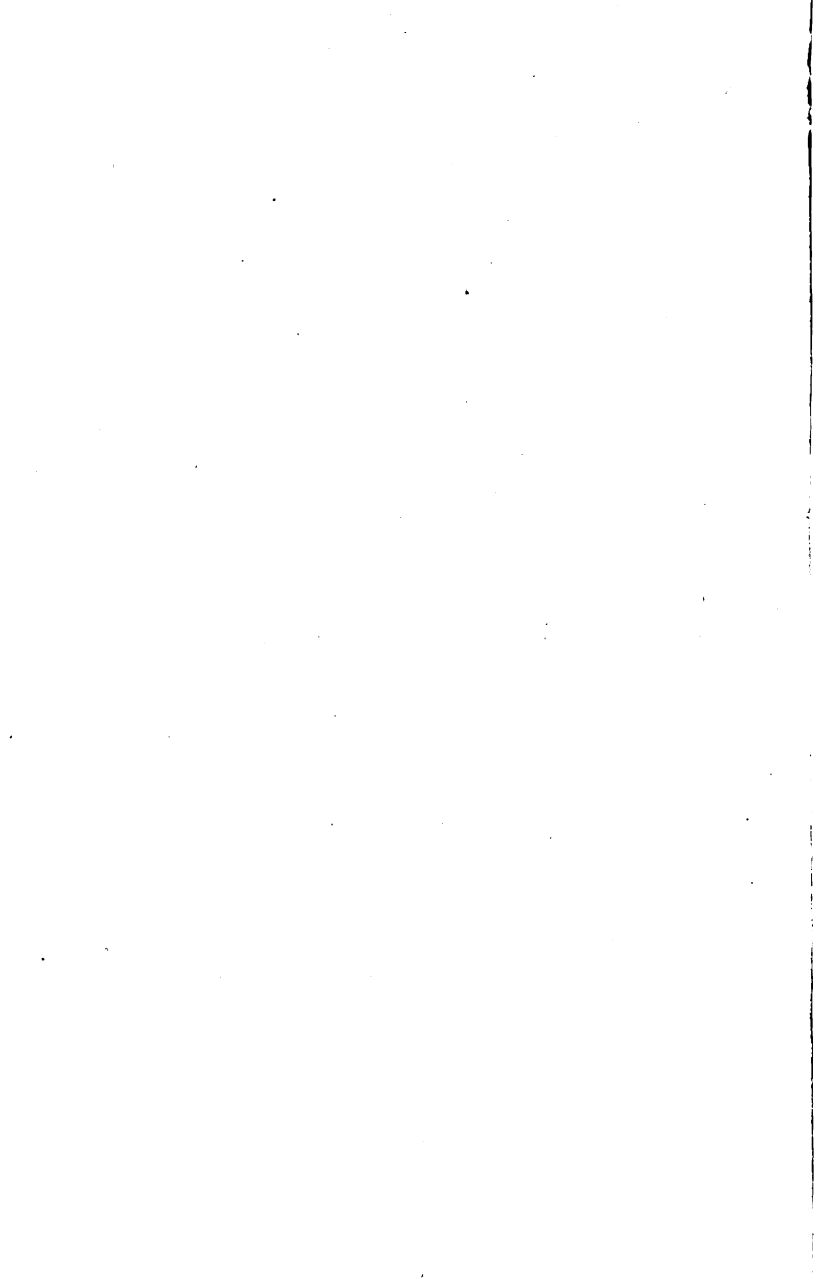




LOS COMENTARIOS

DE

CAYO JULIO CÉSAR





BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO XLIV

---

**LOS COMENTARIOS**

DE

**CAYO JULIO CÉSAR**

TRADUCIDOS POR

D. JOSÉ GOYA Y MUNIAIN

---

NUEVA EDICIÓN

QUE COMPRENDE LOS LIBROS ESCRITOS POR HIRCIO

Y TRADUCIDOS POR

D. MANUEL BALBUENA

---

TOMO I

---

MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.<sup>A</sup>

(Sucesores de Hernando)

Calle del Arenal, núm. 11.

1913

P46242

7107

1913

v.1



## ADVERTENCIA PRELIMINAR.

---

El presbítero Sr. Goya y Muniain, autor de la excelente traducción de *Los Comentarios* de César, no quiso, por razones que da al fin del prólogo, verter al castellano los libros de la Guerra de las Galias y de la civil que conocidamente no son de Julio César, pero que completan la historia de sus hazañas.

Los motivos de esta omisión no los estimamos con fuerza bastante para suprimir en esta edición lo que historiadores coetáneos, más aún, testigos oculares de las belicosas empresas de César, como lo fué Hircio, escribieron para completar lo que dejó por decir el conquistador de las Galias, tanto de esta conquista, como de la sangrienta guerra civil con que, por ambición, afligió á los Romanos.

Creemos, pues, que debe prevalecer el interés histórico, y que si los continuadores de *Los Comentarios* no igualan á César en la claridad, elegancia y precisión del estilo, los completan relatando sucesos que tuvieron grandísima influencia en la historia de la República

Por ello publicamos en este primer tomo el libro VIII y último de la *Guerra de las Galias*, que escribió Hircio valiéndose de las notas ó apuntes que para ello tenía de César, y en el tomo segundo el libro IV de la *Guerra civil* y el relato de las de Alejandría, Africa y España.

Para publicar los escritos de los continuadores de César, nos valemos de la traducción que de ellos hizo D. Manuel Balbuena.

El mismo Sr. Goya y Muniain comprendió el natural deseo de los lectores de *Los Comentarios* por conocer los hechos de César que narra Hircio, y atendió este deseo con un suplemento para completar la historia del vencedor de Pompeyo, extractando lo que de él dijeron Suetonio y Plutarco.

Este suplemento no lo incluimos en la presente edición, porque de la BIBLIOTECA CLÁSICA forman ya parte las *Vidas paralelas* de Plutarco, y en breve figurará en ella la obra de Suetonio, donde se ve con más detalles lo que por extracto escribe el erudito y correcto traductor de *Los Comentarios*.

---

## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

---

Considerando muchas veces para conmigo las prerrogativas de la lengua castellana, y cotejándola con otras lenguas según el conocimiento que de ellas he adquirido, siempre me ha parecido acertado el dictamen de muchos sabios, así forasteros como nacionales, que á ninguna de las lenguas vivas conoce por superior la nuestra; antes bien se aventaja conocidamente á muchas por lo majestuoso, enérgico y noble de sus expresiones y frases; por la riqueza, sonido y suavidad de las palabras; número y gracia de las cláusulas armoniosas. Abraza en sí misma con total independencia de cualquier otra todo lo perteneciente á los tres grados ó caracteres del estilo subido, mediano y sencillo, y eso con tal cumplimiento y perfección, que basta tener un poco de buen gusto para quedar en cierta manera embelesado con sola la hermosura del estilo de un Luis de Granada, Luis de León, Luis de la Puente, Ribadeneira, Mendoza, Cervantes, D. Diego Saavedra, y otros muchos, que aun dejando aparte lo serio é importante de

las materias que tratan, la solidez de la doctrina, y el raciocinio ajustado con que las tratan según el genio de la nación, basta la hermosura sola del lenguaje para llevar tras sí las atenciones de todo verdadero sabio que alcanza á ponderar dignamente sus primores.

Ni dudaré decir que entre sus hermanas es la lengua castellana la que más se parece á su antigua madre, y la que retrata mejor en sí las perfecciones de ella. Los extranjeros más interesados á favor de las dos hermanas de la castellana, han confesado ser así verdad, como se podrá entender por los testimonios siguientes: el autor del Discurso crítico sobre varios autores modernos que tradujeron ó comentaron á Tácito, y se lee al principio de la Moral del mismo Tácito por Mr. Amelot de la Houssaye, dice así (1): «Por lo que toca á estos tres traductores, infiero que la lengua española es más propia que la nuestra para hacer hablar á Tácito; porque es más concisa, más expresiva y más grave. Sé muy bien que dice uno de los mejores escritores nuestros que los autores españoles todos son difusos, y que su lengua requiere mucha extensión de pensamientos y palabras; pero tengo por cierto que si este hubiera cotejado las tres traducciones de que habló, fácilmente concordaría con mi dictamen.» Mr. de Pluche, don-

---

(1) Esta autoridad y la siguiente de Mr. Pluche cita y copia puntualmente el señor Infante en su prólogo al *Salustio*; y si yo las repito y doy traducidas, es con solo el fin de que ningún español las ignore; antes bien con leerlas forme de su nativa preciosa lengua el concepto que debe, siquiera oyendo á los extranjeros sabios el justísimo en que la tienen: y para esto véase el citado prólogo.

de trata de las lenguas, acerca de la española se explica de esta manera: «Entre todas las lenguas vivas, esta es la más armoniosa y la que más participa de las riquezas de la griega, no menos por la variedad de las fórmulas y por la gran copia de sus terminaciones en todo cumplidas, que por el nivel perfecto de sus palabras siempre sonoras.» Julián Goselini, erudito italiano que floreció en el siglo décimosexto, mal impresionado contra la lengua española, manifestó amigablemente su sentimiento á D. Juan Sedeño, caballero español; y habiendo sido desengañado por éste, el Goselini le escribió de esta manera (1): «Muy magnífico señor: No me pesa de haber provocado á V. S., pues se defiende V. S. con tanta valentía. Quedo pagado de sus razones; y si valieron mis dudas para despertar su valor, no menos ha valido su respuesta para hacerme aprender á mí lo que no sabía de su lengua, la cual digna es por cierto de ser sabida; tan copiosa se muestra y tan capaz de cualquiera pensamiento, especialmente en la pluma del señor Sedeño.» El P. Diego Lequile, sujeto bien conocido en Italia por sus muchas obras, en la que escribió *de la Casa de Austria* dice así (2): «Ofrecerfala en lengua latina, sí, en medio de ser la española hija suya, no excediese aun á su misma madre en la gravedad de su carácter, en la posesión de su lacónica frase, en la majestad

---

(1) Cartas de Goselini, p. 39.

(2) D. Mateo Ibáñez de Segovia, Marqués de Corpa, cita y traduce así este lugar del P. Lequile en el prólogo Q. Curcio traducido en castellano.

»de sus palabras, y en lo exquisito de sus peregrinos y vivaces conceptos.»

Ni solamente los antiguos italianos reconocieron estas excelentes prerrogativas de nuestra lengua: confiésanlas también los modernos, y aquellos modernos que saben no disimularnos defecto alguno, y aun suelen á las veces abultar, si ya no es que los forja su emulación y nos los imputa su malicia. Por los años de 1755 y 1756 viajó por España y otros países un religioso de la congregación de San Jerónimo en Lombardía, y publicó sus observaciones con este título: *Lettere d' un vago italiano ad un suo amico*: las tales cartas fueron muy bien recibidas, y no merecieron pocas alabanzas á los italianos: los franceses (1) las tradujeron en su lengua, bien que cercenándolas en los pasajes no conformes á su gusto. Nuestro erudito viajero Ponz descubrió al autor, quitándole la máscara con que se había disfrazado; publicó el verdadero nombre del P. Norberto Caimo, milanés; y le impugnó en lo que el viajero habló sin razón contra los españoles, dejándole de contradecir cuando el italiano la tiene en su favor: «que no es justo apadrinar la ignorancia, que no se debe por ningún motivo defender (2), sino dar muchas gracias al que nos la descubre para que huyamos de tan horrendo monstruo,» como escribía el mismo Ponz en su prólogo al tomo primero. Este italiano, pues, hablando del lenguaje español en la carta octava, parte primera, dice así: «La lengua

---

(1) El P. de Livoy, barnabita, año de 1772.

(2) Léase á Ponz en el tomo primero de sus Viajes.

«castellana es digna de ser estimada; tiene sus gracias, y  
 »no carece de belleza: es expresiva, noble, grave y sen-  
 »tenciosa: hay en ella propiedad, armonía y abundancia.  
 »en que tal vez excede á la francesa; pues que en esta no  
 »se encuentran voces equivalentes á muchas españolas,  
 »siendo poquísimas las francesas que no se puedan traducir  
 »por las castellanas: paréceme que se acomoda muy bien  
 »á todo género de estilo, y que es capaz de explicarse en  
 »cualquiera materia sin pedir ni recibir nada prestado de  
 »otras lenguas. Por estas razones no dudaría yo preferirla  
 »á todas las demás, si la lengua italiana no fuese la más  
 »bella entre todas las europeas.»

Y cuando no hubiese más argumentos de esta verdad, sería bastante el Salustio español para evidenciarla. Pues ¿quién no ve allí, no como quiera retratada muy al vivo á la madre anciana, sino también ataviada con arreos de perfección en que la hija adulta la sobrepuja? Por lo mismo no se puede entender el consejo de aquellos españoles que, con poco aprecio y estima de las propias riquezas (si no es que ignoran por falta de averiguación los mineros abundantísimos que tienen en su casa), piden prestadas á sus vecinos palabras y expresiones que ciertamente no las necesitan. Quéjase (1) Fr. Luis de León de estos tales por estas tan sentidas como graves palabras: «Y no sé yo de dónde les nacerá el estar con su lengua tan mal; que ni ella lo merece, ni ellos...» Y dando razón un poco más adelante por qué quiso escribir su obra en romance, concluye que

---

(1) Prólogo al lib. III de los *Nombres de Cristo*.

por abrir camino á que otros tomen su ejemplo. «No por  
la presunción, dice, que tengo de mí, que sé bien la pe-  
queñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se  
animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sa-  
bios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos  
viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta  
parte, que le falta, con las lenguas mejores, á las cuales,  
según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes.»  
Así se explicaba dentro del mismo siglo de oro del habla  
española un varón doctísimo y modestísimo como Fr. Luis  
de León. Sin embargo, como siempre haya sido mayor y  
sea todavía el número de los que se dejan arrastrar de la  
novedad y del mal gusto, que no el de aquellos que saben  
dar su valor á la autoridad y al ejemplo, no bastó el de  
muchos hombres insignes para que la lengua española no  
fuese degenerando de día en día con la afectada mezcla de  
voces extrañas. Y fué en esto tan grande el desorden de  
varios españoles á fines del siglo décimosexto y principios  
del siguiente, que D. Francisco Quevedo, en su Dedicatoria  
de las Poesías del M. León al Conde-Duque de Olivares,  
tuvo causa bastante para escribir de esta manera: «De  
buena gana lloro la satisfacción con que se llaman hoy  
algunos cultos, siendo temerarios y monstruosos; osando  
decir que hoy se sabe hablar la lengua castellana, cuando  
no se sabe dónde se habla; y en las conversaciones, aun-  
de los legos, tal algarabía se usa, que parece junta de di-  
ferentes naciones; y dicen que la enriquecen los que la  
confunden.» Tal era el sentimiento de Quevedo contra el  
gusto malísimo de sus contemporáneos. ¿Y cómo no tu-



viera gran compasión si hubiese alcanzado estos nuestros tiempos, en que parece se conspira por muchos, no ya á corromper ó adulterar el lenguaje español, mas á destruirlo también, si pudieran, y aniquilarlo de todo punto? Así se empeñan algunos en taracearlo de voces advenedizas y desconocidas frases, que á no ser él tan rico y tan constante, se mirara hoy anegado y sumido en la recia avenida de palabras forasteras que han inundado á España

¿Y qué dirían los maestros de nuestra lengua al ver que ya apenas se conoce el estilo llano, natural, flúido, sencillo, que fué con el que caracterizaron ellos ó hicieron inmortales sus escritos? En ellos la dición era grandiosa, propia y hermosa, con aliño y con facilidad de tal casta, que ni se desautorizaba con lo vulgar, ni se hacía peregrina con lo impropio: en el día, si es que acertamos á aborrecer el vulgo profano, quiero decir, si acertamos á huir la bajeza de los vocablos, escogiendo las voces apartadas de la plebe, de suerte que podamos decir: *odi profanum vulgus et arceo*; pretendemos subir al estilo á tal punto de elevación desmedida, que llegamos á hablar tan oscuro, que á malas penas nos entienden muy pocos de nuestros paisanos. El estilo de nuestros mayores con majestad estudiada parece decente á lo magnífico de la sentencia, que ni ambiciosa se descubre ó se derrama fuera del cuerpo de la oración, ni tenebrosa se esconde en la viciosa brevedad: el nuestro, si tal vez quiere ir en pos de la sentencia y ajustarse á ella, viene á envolverse; mejor diré que viene á perderse en la confusión afectada de figuras y en la inundación de palabras artificiosas, que no tienen más

caudal ni arte que el de la apariencia, ni más valor que el del sonido. Queremos de industria que para ser entendidos seamos escuchados y observados con atención, y aun estudiados con diligencia. Por la presunción de que seamos tenidos por sabios, y por filosófico nuestro lenguaje, usámoslo tan figurado y de consiguiente tan afectado, que apenas proferimos una proposición en estilo llano, natural y claro. Los antiguos con su locución esclarecida hacían tratables los retiramientos de las ideas, y daban luz á lo escondido y ciego de los conceptos, decorándolos simple y sencillamente, del mismo modo y manera que el alma los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos por extremo. Esto fué lo que mandaron con imperio los que escribieron artes de poesía, y escribieron y hablaron de esta suerte los que tuvieron señorío en las lenguas; y en todas ellas solos aquellos merecieron aclamación universal, que dieron luz á lo oscuro y facilidad á lo dificultoso: «que oscurecer lo claro, es borrar (1), y no «escribir; y quien habla lo que otros no entienden, primero confiesa que no entiende lo que él habla.» Hase de menospreciar, dice Séneca, la facundia que antes envuelve la sentencia que la declara. Y si los que afectan esta noche en sus obras y discursos, quieren alabanza por decir que tiene dificultad el escribir nudos ciegos y hablar intrincados enigmas, San Jerónimo (2) los desnudará de tan desvariada presunción, diciéndoles: «No hay cosa tan fácil,

---

(1) Quevedo en la Dedicat. que se citó.

(2) Epist. ad Nepotianum.

»como engañar el indocto concurso y la vil plebe con la »staravilla de la lengua; porque la gente baja é ignorante »más admira lo que menos entiende.» Por lo común no atinamos con el arte de acomodar la locución al sujeto: nos desviamos del medio seguro, y echamos por sendas torcidas que nos llevan á extremos viciosos, bien sea por propio ardimiento, bien sea por imitar con afectación á los extranjeros. No queremos persuadirnos á que los maestros únicos que debemos consultar y proponernos por modelos, son los sabios nacionales del siglo xvi; que ellos antes que los extranjeros nos guiarán á la posesión de nuestra lengua ataviada con todos los adornos de su preciosa recámara. No acabamos de creer que «los franceses (que estos »son, por nombrarlos de una vez, los extranjeros á cuya »moda principalmente vestimos, hablamos, escribimos, y »casi que andamos, pensamos y comemos), pretendiendo »hacer su lengua más abundante, más sonora y más rica, »la han despojado en gran parte de aquella claridad y pu- »reza que con razón la hacía estimable entre los sabios de »todas las naciones,» como escribe Carlos Denina (1); y más abajo se citarán opiniones de franceses que nos pondrán á la vista su lengua de forma que por su mismo dicho de ellos vengamos en conocimiento del ser y accidentes del idioma francés cotejado con el español.

No negaré yo, ni pudiera sin faltar á la verdad, decir que hoy no se encuentran en España muchos hombres sabios que sirven de antídoto con su lenguaje puro y obras casti-

---

(1) Discurso de le Vicende de la Litteratura.

zas á la edad, preservándola de la irrupción de las jerigonzas; y que florecen en nuestras Reales Academias y fuera de ellas españoles muy doctos, que se esmeran en restituir la lengua á la posesión de su ser y riquezas, facilitando el uso común de aquellos maestros nacionales que más digna y honrosamente la trataron. Esto es notorio; mas también es verdad averiguada que la antigua queja de los buenos españoles que se han citado, está en pié todavía según el modo con que se habla y escribe; y que aun sube á punto más alto de eficacia en vista del racional y fundado sentimiento que muestra el serenísimo señor infante de España D. Gabriel de Borbón, cuando en el prólogo al Salustio dice: «No puede verse sin dolor, que se dejen cada día de usar en España muchas palabras propias, enérgicas, sonoras y de una gravedad inimitable, y que se admitan en su lugar otras que, ni por su origen, ni por la analogía, ni por la fuerza, ni por el sonido, ni por el número son recomendables, ni tienen más gracia que la novedad.»

Pagado, pues, yo de razones de tan grande autoridad, y animado con el real y esclarecido ejemplo de S. A. en su traducción reciente del Salustio, determiné de hacer prueba y ver si para uso de la noble juventud española podría dar un César en castellano que al romano se le pareciese más que no se le parece algún otro que tiempo ha se tradujo en España. Y si para emprender obra tan dificultosa tuve que luchar primero conmigo, sospechando que fuese temeridad lo que mis deseos me proponían como posible; después de metido en el empeño, toqué con las manos la dificultad, y enseñado ya por la experiencia, la vine á conocer casi in-

superable. De suerte que si persona de la mayor autoridad en la república de las letras y digna de todos mis respetos (1), no me hubiera sostenido en medio de mis desconfianzas, levantando mano de la obra, desistiera enteramente de lo comenzado.

No me parece gastar mucho tiempo y palabras en ponderar el mérito y dignidad del arte de traducir, ni en hacer ver la suma distancia que hay desde la especulación á la práctica de sus reglas, ni en mostrar lo mucho que contribuyen las traducciones bien hechas á enriquecer y hermosear las lenguas vivas. Sobre cada uno de estos puntos triviales hay mucho escrito, y de manera que poco de nuevo ni mejor podría yo añadir: remito á los lectores al cultísimo prólogo de D. Francisco Cubillas Donyague sobre su traducción de la Vida devota de San Francisco de Sales, y al discretísimo de D. Gomez de la Rocha á la versión que hizo de la *Filosofía moral del conde Emanuel Tesauro*. Léanse también, además del prólogo de Mr. Dacier á los Varones ilustres de Plutarco, dos excelentes piezas que sobre esta materia se han escrito no ha mucho tiempo, á saber, la Memoria de la Academia de las Inscripciones de París, pág. 407 del tomo XII, y la Disertación de M. Bitaube, página 454, tomo de la Real Academia de Berlín correspondiente al año de 1779.

Habiendo traducido á César para uso de la noble juven-

---

(1) El Ilmo. Sr. D. Francisco Pérez Bayer, del consejo y cámara de S. M., preceptor de los señores infantes, bibliotecario mayor, en carta desde Aranjuez á 20 de Mayo de 1783.

tud española, en dos estados podemos á ésta considerar: el uno, cuando según la costumbre asentada de toda nación de policía, comienza la cultura y ejercicio de los talentos por el estudio de las humanidades: el otro, cuando templado ya y sazonado el ingenio con el sabor delicioso de las bellas letras, emprende carrera más seria y estable, quién de estudios mayores, quién de empleo militar. En uno y otro estado, y así á los unos como á los otros podrá el César español serles de gran provecho. Y en cuanto al estudio primero de las letras humanas, no hay duda que, como se dirá más abajo, César es uno de los mejores autores del siglo de oro, sin el menor resabio de los vicios que luégo después de Augusto estragaron el buen gusto de los autores latinos; y consiguientemente el más á propósito para estrenar el ingenio de los principiantes con la más pura y acendrada latinidad. Pasando de aquí á los que, inclinados á las letras, se dedican á las facultades mayores, hallarán en César practicado el arte de razonar con juicio atinado, con hermosura, con claridad y con una energía nativa inimitable. Pues los aficionados á la historia, no se dude que encontrarán en las relaciones de César toda aquella claridad, verdad, sencillez, pureza y brevedad que se requieren en semejantes obras; puesto que *Los Comentarios* no son más que unos diarios ó apuntamientos de un diligentísimo general, «que con la pluma ó punzón á la mano escribía de noche lo que con la lanza hacía de día,» como escribe el autor del *Diálogo de las lenguas*. Los que desean sobresalir en la gloria militar verán asianismo, sin más trabajo que la lectura, dibujado en él no solamente «un general dotado

«de la mayor prudencia en las resoluciones, de una pres-  
 »teza increíble en la ejecución, de una constancia admira-  
 »ble en los lances más arduos» (1), ó, en breve, «un capi-  
 »tán prudentísimo (2), animosísimo, valentísimo;» sino que  
 observarán también trazado con la última perfección y aca-  
 bado cuanto de noble, de esclarecido, sabio y valeroso  
 abraza en sí el ejercicio de las armas en toda su extensión  
 desde el grado supremo de general hasta el infimo de sol-  
 dado llano. Esto mismo pensaría Jacobo I, rey de Inglate-  
 rra, cuando en su ΒΑΣΙΛΙΚΟΝ ΔΩΡΟΝ, ó Instrucción re-  
 gia que hizo para su hijo primogénito y sucesor inmediato  
 Enrique, le dejó escrito el aviso siguiente (3): «Por lo que  
 »toca á historias profanas, el primer lugar en tu estimación  
 »darás siempre á *Los Comentarios* de César, no menos por  
 »la dulzura del estilo que por lo grande del asunto. A lo  
 »menos yo he sido siempre de opinión que César, él por sí  
 »solo, hace muchos grados de ventaja, así en el arte mili-  
 »tar como en su práctica, á cuantos generalés y empera-  
 »dores paganos (4) ó conoció la antigüedad, ó hemos al-  
 »canzado en nuestros días.»

Yo no sé si alguno tendrá á ponderación excesiva de  
 ánimo notablemente apasionado por César lo que en una

---

(1) M. el Duque de Rohan en su tratado que escribió  
 del Perfecto Capitan, y lo publicó dedicándolo á Luis XIII,  
 su hermano.

(2) Cervantes en el *Quijote*, parte II, lib, V, cap. II.

(3) Libro II.

(4) Plutereo in Cæsare nombra á todos los generales  
 que precedieron á César; y los considera inferiores á éste,  
 que siempre ha sido mirado como generalísimo.

disertación *de comparanda eloquentia civili*, escribió Andrés Bossio hablando de César. «Su locución, dice, tiene  
» mucha gravedad sin rastro de afectación; y su claridad  
» es tanta, que no hay otra con quien compararla: en sentir  
» de hombres grandes, aquel podrá ser de gran provecho  
» en la república literaria, que empiece temprano á gustar  
» de su estilo: el que tarda en aficionársele, ofrecerá algún  
» corto provecho, no más: el que nunca, no promete nin-  
» guno; y á este tal, bien se le puede tener por inepto.»  
Pues ¿qué diré del juicio que de estos *Comentarios* han hecho los españoles así modernos como antiguos? Marcial, Lucano, Silio Itálico, Quintiliano, Séneca y otros no acaban de elogiarlos, al paso que los recomiendan encarecidamente. Luis Vives quisiera que tomando estos *Comentarios* desde la niñez, no se dejasen de las manos en la edad más avanzada. Juan Costa dice que, en punto de historiadores, debe ser imitado César, como el príncipe de todos ellos. Alfonso García Matamoros los iguala con los escritos de Cicerón, los antepone á las obras de cualquier otro del siglo de oro, y encarga á los que desean adquirir latinidad sencilla, pura, aliñada, castiza, y áticamente breve, se dediquen á ellos: dice que su estilo es siempre igual y siempre digno de un noble romano nacido para gloria del imperio. Si los aficionados á estas cosas quisieren leer el juiciosísimo libro que el dicho Matamoros escribió *de formando stilo*, allí verán que para igualar este sabio á Terencio con Cicerón y César quiere se le perdonen al poeta ciertas impropiedades á que le obligó el metro: para que se advierta con qué crítica tan delicada examinaba Matamoros el mérito de aque-



Los tres hombres, que fueron sin duda los que dieron un nuevo ser á la lengua latina, abriendo las puertas al siglo de oro de la literatura romana.

Supuestos los testimonios que dejo insinuados, por demás sería que yo buscase otras alabanzas de Julio César: por solo su nombre entienden los sabios un sumario de las elegancias y primores de la lengua latina; y aun los medianamente instruidos hacen justicia á su mérito, estimándole como á uno de los más aventajados del siglo de oro. Diré, sí, que Julio César, como el más principal héroe que en letras y armas produjo el imperio romano, supo perfectísimamente y muy al propio acomodar el estilo según leyes de elocuencia, á la condición de las cosas que trataba y escribía. Por tanto, siendo lo que se contiene en *Los Comentarios* unas como apuntaciones y memorias en forma de diario, para que, como escribe Hircio en el prólogo del libro VIII, *de Bello Gallico*, no faltase á los historiadores la noticia de hechos tan memorables, usó en ellos el estilo sencillo, claro y aliñado, como al asunto convenía. Así lo atestigua Cicerón en su libro á Bruto, donde hablando de estos *Comentarios*, dice: «Escribió unos *Comentarios* á todas luces muy estimables: son naturales, castizos y bellos; desnudos de todo adorno en la dicción, como de atavío supérfluo: verdad es que habiéndose propuesto el juntar materiales para los que quisiesen escribir historia, podrá ser que se lo agradezcan los necios que piensan engalanarnos con bucles; pero á los hombres de sano juicio más antes los ha arredrado de tomar la pluma en el asunto.» Del mismo dictamen fué también

Hircio en el prólogo arriba citado, donde afirma que él como testigo de vista tuvo razón de admirar mucho más que los otros: «porque los demás ven, dice, la propiedad y pureza del estilo con que están escritos; pero yo vi también la suma facilidad y presteza suya en escribirlos.»

Mas si con la elegancia de estos *Comentarios* quedaron atadas las manos de todo historiador cuerdo, y perdida la esperanza de escribir una historia que tanto á ellos se aventajase cuanto por su naturaleza le convendría, también es verdad que por la misma razón creció notablemente la dificultad de traducirlos en otra lengua sin menoscabo de su hermosura. Sin embargo, por cuanto el romance castellano, según se ha dicho, admite sobre toda otra lengua vulgar, brevedad, concisión, energia de palabras y frases expresivas á par de claras y aseadas; en este lenguaje más que en ningún otro se puede hombre aventurar con esperanzas de salir con la empresa. Y siendo así que los doctos, siguiendo á Cicerón, califican estos escritos por la concisión, sencillez, claridad y aliño, desde luego me propuse á estas virtudes por blanco adonde debería enderezar todo mi estudio; conservando, en cuanto lo permiten el sentido del autor y el genio de la lengua en que traduzco, brevedad casi igual al original, explicación llana, clara y aseada, sin artificios refinados, que incluyen impropiedad y afectación. Por esta razón he procurado comenzar, proseguir y acabar atenido al autor en un todo, no desviándome de él ni en los sentimientos, ni en la manera de exponerlos, contando y casi pesando las palabras; midiéndolas, y considerando el sonido de ellas, para que

no solamente digan con claridad lo que se pretende decir. sino también con armonía, naturalidad y dulzura. Y esta es la causa porque, repitiendo César unas mismas frases y palabras en el texto, ha parecido también repetir las en castellano: que si repetición semejante en sentir de Quintiliano (1) hace á las veces enérgicas y airosas las cláusulas latinas, no se ve razón por qué haya de hermosear ó suavizar menos las castellanas, como discretamente lo advirtió D. Vicente de los Ríos, en su juiciosa *Análisis* (2) del *Quijote*.

Yo tengo para mí, que el explicar á un autor según el ingenio propio de cada uno, nada es menos que traducirlo; porque quien expone glosando, aclara las cosas á medida de las luces que él mismo tiene, y sigue la manera suya de explicarse sin estorbo que de fuera le venga: mas el traductor verdadero, que, como tal, no puede apartarse de las leyes de la traducción, se halla forzado á declarar precisamente los pensamientos de otro y por la misma manera que aquel otro; y así carece de una y otra ventaja, si quiere llegar á ser aquello que hace profesión de ser; es á saber, traductor fiel, puntual y cumplido. Y si hay quien diga que, tasada la cosa por este arancel, encierra suje-

(1) Lib. X, Inst., cap. V.

(2) Núm. 130. «Suelen nuestros escritores caer en afectación, queriendo evitar la repetición y monotonía de voces, ó bien usar un estilo desaliñado por huir de esta compostura estudiada..... Cervantes repite á veces en un período los mismos términos; pero de un modo tan suave y natural, que ni chocan al oído, ni alteran la energía y propiedad de su estilo.»

ción en sí misma, no se lo negaré yo, ni se lo negará otro alguno que haya formado concepto cabal de lo que sea traducción; antes bien le aseguro que una tal sujeción, en la cual entra voluntariamente el traductor y sin poderse dispensar por ningún recurso, supuesto su empeño, es la piedra de toque de su sufrimiento, y una como cadena honrada que lo tiene aprisionado y le aprieta, para que ni pensar pueda ni hablar según la libertad del propio talento. De aquí tuvo su origen aquel principio asentado entre los maestros de esta facultad: que para que el traductor desempeñe su obligación, es menester que, enajenado en cierta manera de sí, se revista del autor y le embeba el alma (1.)

Pero si ni esto bastase para hacer entender el rigor de esta ley esencial, ó llámese sujeción, y cuántos sudores cuesta á quien se somete á ella, yo me remito á la experiencia para demostración de lo que llevo dicho. Lo cual juzgo tan cierta verdad, como es cierto que la libertad del propio pensar ha sido para algunos traductores la roca encubierta en que quebró su traducción; y la obra que tiene este nombre, por semejante causa perdió el ser, reducida á explicación libre, glosa ó paráfrasi, más que traducción. Así acaeció por testimonio de sus mismos nacionales á los más de los traductores franceses, como luégo varemos; y

---

(1) No puedo menos de copiar aquí lo que el mismo señor Bayer me escribió á este propósito: «Ello, dice, para traducir bien á César, es menester beberle el alma y el carácter: ser en esto otro César. ¡Mire Vmd. si es empeño! El carácter, pues, de César es la sencillez y claridad, y esto lo que en él debe principalmente imitarse.»

acaecerá también á cualquiera que, no teniendo bastante señorío para contener el vuelo libre de su viveza y ardimiento anivelándolo al fiel de esta ley, sacare de sus quicios la traducción. Yo he procurado evitar este inconveniente, teniendo en menos el ser notado de escrupuloso por quien mira las cosas por la superficie, que no faltar a lo que, según todo verdadero apreciador, se debe á la traducción legítima; que para resumirlo en una palabra, es, *no quitar nada ni añadir.*

Y tanto más he debido pugnar por esto en César, cuanto me consideraba obligado más estrechamente por las tres causas siguientes: primera, por estar firmemente persuadido de que, así como llevo dicho, y no de otra manera, se cumple con las leyes de la traducción: la segunda, por reparar que el doctísimo Daniel Huet en su libro *de Optimo genere interpretandi* asienta: que si bien es indispensable fidelidad semejante en todas las versiones, todavía es más necesaria interpretando á historiadores: «cuyo carácter, »dice, así se debe conservar, que aparezca claramente aun »después de la versión; y tan fácil es de desfigurarse, que »una pequeña diferencia será bastante á borrarlo enteramente.» La otra causa es, el ver todo esto cumplidamente practicado por S. A. R. en el Salustio; que «para traducirle »con mayor exactitud, procuró seguir, no sólo la letra, sino »también el orden de las palabras, y la economía y distribución de los periodos; dividiéndolos como Salustio los »divide, en cuanto lo permite el sentido de la oración y el »genio del idioma.»

He aquí los únicos y verdaderos principios de la traduc-

ción: *exactitud* en interpretar; *estudio* en seguir el orden de las palabras del original; *economía* y distribución en los periodos, *dividiéndolos* como el autor, en cuanto lo permite el sentido de la oración y *el genio del idioma* en que se traduce. Estas son en suma las reglas del arte de traducir. Mas ¿cuántos sino muy pocos son capaces de practicarlas con puntualidad? Dado que los sabios juzgan y reconocen por ciertos estos principios, son poquísimos los traductores que se atienen á ellos. «El traductor, dice un francés, ha de hacer lo mismo que el dibujante: ponerse delante del modelo; considerarlo atentamente hasta en las partes más pequeñas, tomando después las formas de ellas con toda precaución y escrúpulo para trasladarlas al lienzo. De esta fidelidad tan religiosa nace y depende el carácter propio é individual de la figura que ha de copiar. Hecho esto, toma los colores, los revuelve con el pincel, mézclalos unos con otros y hace las tintas; y en esta última operación es donde el traductor puede dejar correr la índole de su lengua. Aquí sólo es donde puede jugar, si es lícito explicarme así, con su obra; pero siempre debe ser con reserva, tiento y moderación, como si estuviera delante al maestro que le está mirando (1).» Puedo

---

(1) He citado y traducido esta autoridad de M. Bateaux en su prólogo al Horacio francés, no porque me parece muy adecuada la comparación entre el dibujante y el traductor, sino porque españoles y franceses vean qué puntualidad tan extremada requieren los hombres de sano juicio en las traducciones. Verdad es que en mi dictamen puede, y aun debe, el intérprete tomarse alguna más libertad de la que se concede aquí al pintor mero copiante.

repetir que este es el arte verdadero de traducir, y tanta su exactitud á juicio de los mismos franceses inteligentes; pero hoy día los traductores con el pretexto de *animar*, como ellos dicen, la traducción, ó hacerla más armoniosa, sonora y brillante, hurtan el cuerpo á la carga, se alivian del trabajo que tomaron sobre sí; y de tal manera ofuscan y anublan á los lectores, que aunque más buscan estos al autor, nunca con él topan, ni lo descubren siquiera.

Bien sé yo que esta sobrada libertad es defendida por sus secuaces con varias doctrinas que, por mal entendidas, suelen interpretarlas á su gusto y bella voluntad. Unos se creen cubiertos con aquello de Horacio: *nec verbum verbo curabis reddere, fidus interpres*: otros se escudan con el dicho de Cicerón: *non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus omnium verborum vimque servavi*. Este se abroquela con la autoridad de San Jerónimo, que en la carta á Pamaquio intitulada de *Optimo genere interpretandi*, llama *cacozelia* al rigor destemplado y nimiedad escrupulosa en las versiones: aquel se vale de lo que Justo Lipsio escribía á un joven dedicado á traducir: *exorbita igitur; hoc erit rectam in vertendo viam tenere, viam non tenere*. Pero valga la verdad; examinemos brevemente lo que sujetos tan sabios como estos que acabamos de citar sentían del arte de traducir. Me parece que Justo Lipsio no aprobaba tanta licencia ó libertad como algunos han creído á vista del pasaje alegado. En la epístola 72, centur. 4, hablaba con Juan Mœrentorfio, el cual como tradujese algunas obras del mismo Lipsio con tanta sujección al latín, que salía la versión *arcta, adstricta, tenuis, sæpe obscura*, como

allí se lee; aconsejábale el autor mismo que, sin tanto rigor en las palabras latinas, saliese un tanto cuanto de aquel estrechísimo camino que llevaba y siguiese otro más holgado y espacioso; pero siempre con la debida reserva y circunspección.

De San Jerónimo no es justo que digamos lo que Rufino: *«in libello, quem de optimo genere interpretandi intitulavit, »praeter tituli annotationem, nihil optimum, sed totum »pessimum est.»* Lo que entiendo es, que el santo doctor sólo reprendía lo que con razón llama *cacozelia*, esto es, el nimio escrúpulo, la sujeción servil, la supersticiosa y tenaz adhesión á las palabras, sílabas y letras. Y así en una parte dice (Epist. 57 *ad Pamm.* cap. VI): *alii syllabas aucupentur et litteras, tu quaere sententias.* En otra escribe: *non debemus sic verbum de verbo exprimere, ut dum syllabas sequimur, perdamus intelligentiam.* En el libro *contra Rufinum* se lee: *omnis metaphora, si de alia in aliam linguam transferatur ad verbum, quibusdam quasi sentibus orationis sensus et germina suffocantur:* en otra parte previene: *sciendum, quod hic locus in graeco manifestior sit: dum autem in latinum è verbo transfertur ad verbum... obscurum fit quod dicitur.* El doctor santísimo condenaba solamente los traductores que andan á caza de letras, sílabas, puntos y comas; pero quería sin duda que el traductor fiel se sujetase, bien como él mismo se sujetó, á la letra, á las palabras, á las leyes de exactitud y puntualidad legítima, siempre que se pueda sin hacer vicio ni oscuridad. Así es que en una parte dice: *si ob necessitatem aliquid in ordine vel in sermone mutavero, ad interpre-*



*lis videbor officio recessisse.* En otra afirma: *mutare quipiam de graeco; non est vertentis, sed evertentis.* A Paulino escribe: *eam servavi mensuram, ut nec adderem quid, nec demerem; graecamque fidem latina integritate seroarem.* Por último, asegura que si no alcanza á explicar de todo en todo el sentido palabra por palabra, y usa de algún rodeo ó paráfrasi, esto lo hace á más no poder: *nos propter paupertatem linguae et rerum novitatem, et sicut quidam ait, quod sit graecorum et sermo latior et lingua felicior; conabimur non tam verbum transferre de verbo, quod impossibile est, quam vim verbi quodam explicare circuitu.* En vista de esto, no comprendo por qué los traductores libres han de hacer á San Jerónimo maestro ú aprobante de sus licencias y demasías: dicen que el Santo *era de parecer que en lo dogmático se debe seguir la letra, pero en lo profano el sentido.* Yo á la verdad no sé dónde se lee este parecer ó sentencia de San Jerónimo en palabras tan expresas. Como quiera que esto sea, yo tengo al santo doctor por intérprete fiel, puntual, exacto, en cuanto vió que permitía el sentido del original y el genio de la lengua en que traducía.

Por lo que toca al lugar que se cita de Cicerón, será bastante copiarlo todo entero para ver la mala inteligencia que algunos le dan. Al principio del libro *de Optimo genere oratorum* dice así: «converti... ex atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se contrarias, »*Æschinis Demosthenisque: nec converti ut interpres, sed »ut orator; sentiis iisdem et earum formis, tamquam »figuris; verbis ad nostram consuetudinem aptis: in quibus*

»non verbum pro verbo necesse habui reddere, sed genus  
 »omnium verborum vimque servavi: non enim ea me annu-  
 »merare iectore putavi oportere, sed tamquam appendere.»  
 Lo que se puede colegir de estas palabras es que, en sentir  
 de Cicerón, quien sigue únicamente el concepto, le vuelve  
 en otra lengua por palabras no ajustadas por cuenta ni me-  
 dida, sino equivalentes ó acomodadas al conjunto de las  
 del original, ese hace por ventura oficio de orador, ó sea  
 de otro cualquiera; mas quien traduce sentencia por sen-  
 tencia y palabra por palabra, casi contando su número,  
 ese tal cumple con la obligación de traductor verdadero.  
 El mismo Cicerón previene que él, traduciendo aquellas  
 oraciones, no hizo del traductor ó del intérprete, sino del  
 orador: *nec converti ut interpres, sed ut orator*. Y aun lo  
 confiesa más á las claras al fin del mismo libro: «Quæ,  
 »dice, si à græcis omnia conversa non erunt, tamen ut ge-  
 »neris ejusdem sint, nos elaboravimus.»

En cuanto á Horacio, parecerá por ventura que sólo él  
 destruye mi opinión. Oigase entero el período y la regla  
 que en él da á los poetas. Va enseñando cómo han de ha-  
 berse en aquellos asuntos que ya autores antiguos los tra-  
 taron ó preocuparon, y les dice:

- Publica materies privati juris erit, si
- Nec circa vilem patulumque moraberis orbem;
- Nec verbum verbo curabis reddere, fidus=interpres. •

En varias traducciones y comentarios que he visto de  
 Horacio, se le entiende como que da reglas á los traduc-  
 tores, mandándoles que no traduzcan *verbum verbo*. Yo  
 dudo que sea ése el verdadero sentido del poeta. Lo que

me parece cierto es que en este pasaje, hablando con los poetas que se ponen á *imitar* ó representar como nuevo ó original un argumento que está ya tratado ó prevenido por Homero ú otro poeta griego, les manda que no hagan de meros traductores, trasladando de suerte que antes sea traducción material, *robo* ó *plagio* manifiesto, que no *imitación* artificiosa y lícita: que se aprovechen sí de los conceptos y del conjunto de sentencias y palabras, y expresen el todo con nueva forma y figura de arte que parezca haber hecho suyo propio ú original aquello que *imitan*; mas que no lo presenten por el mismo orden, serie y distribución, palabra por palabra, como haría un *intérprete fiel* que nada añade de su casa. Luego aquel será *intérprete fiel* que, siguiendo paso á paso al autor, toma de él las sentencias por el mismo orden, economía y serie que tienen, y las traduce con fidelidad *verbum verbo*. Así entendía yo este pasaje; y parece que también lo entiende del mismo modo D. Tomás de Iriarte, cuando los versos citados los vuelve en castellano con estotros:

- De esta suerte el asunto,
- Que para todos es un campo abierto.
- Será ya tuyo propio; mas te advierto
- No sigas (que esto es fácil) el conjunto,
- La serie toda, el giro y digresiones
- Que usa el original que te propones:
- Ni á la letra le robes y traduzcas,
- Como intérprete fiel que nada inventa..

En resolución, ni Horacio ni otro algún sabio aprobará los traductores *λογοδοιδάλους*, nimia y escrupulosamente serviles, rígidos, materiales, supersticiosos, que se pueden llaman *servum pecus*; pero todos los cuerdos é inteligentes

convendrán en que para ser una traducción legítima, verdadera y cumplida, debe ser literal, exacta, fiel, puntual, en cuanto lo permita el sentido de la oración y el genio de la lengua en que se traduce. Empresa es esta en realidad de verdad muy difícil, y negocio muy arduo, según San Jerónimo; pero bien se podrá creer que han nacido y todavía nacen (1) sujetos que tengan fuerzas para salir con ello.

Mas puesto que lo dicho hasta aquí sea incontestable, no me imagino seguro de que los traductores, especialmente franceses, y también los españoles sus apasionados, no me hagan dos cargos: el uno podrá ser este: ¿por qué razón pretendo yo que los intérpretes hayan de andar tan á una con los autores, que casi sean otros ellos en concebir y explicar los pensamientos? El segundo será: ¿por qué afirmé con generalidad que los más de los traductores franceses no han hecho traducción según ley y arte, y que las que ellos llaman versiones, son antes explicación libre, glosa ó paráfrasi, que no versiones que merezcan este nombre?

Para satisfacción del primer cargo me parece haber ya expuesto algunas razones no despreciables: si ellas no convencieren, valga la autoridad eficacísima y dignísimo ejemplo de uno de los principales traductores de este siglo,

---

(1) Hase dicho esto porque no parece muy fundada la opinión de cierto escritor moderno español, que mostrando celo por la patria y por la lengua, dice así: *la lengua está formada: los traductores creo que son los que no han nacido.*

el señor infante D. Gabriel. Y cuando todo no baste á contentar á los franceses, lean entre otros siquiera á estos cuatro paisanos suyos, que seguramente son sujetos á quien no se les puede negar el voto en la materia. Daniel Huet, en el tratado que se citó: M. Dacier, en el prólogo á su traducción francesa de los *Varones Ilustres de Plutarco*: M. de la Dixmeire en la obra intitulada *Las dos edades del gusto francés en el reinado de Luis XIV y Luis XV*: M. Batteux en el prefacio á su Horacio en francés. Léanse estos cuatro que he nombrado como principales, y júzguese después si mis proposiciones acerca del oficio propio de traductor van tan descaminadas como parece á primera vista; ó si voluntariamente y de bella gracia me he sujetado á ley alguna del arte que no esté ya prescrita por los maestros de ella. ¡Ojalá pudiera yo haber ajustado mi traducción á la puntualidad de sus preceptos! pero atenta la flaqueza de mis fuerzas, estoy bien lejos de pensar que lo he conseguido.

Al cargo segundo no se podría dar salida que fuese completa, sino con testimonio de los mismos franceses. El expresado Daniel Huet, después que en el libro *De optimo genere interpretandi* dibuja el perfecto traductor, á mi juicio, con no menos arte que Cicerón formó su orador en el libro á Bruto, desciende en el *De claris interpretibus* á hablar de muchos traductores de diversas naciones; y de sus paisanos al fin del libro dice así: «*Sed maxima (interpretum gallicorum) pars pessima ætatis hujus consuetudini obsequenta, summa licentia et levissima fide se gessit; ut visum suum possit locum in interpretibus obtinere.*» Así escribía

aquel sabio obispo en un tiempo que las letras en Francia habfan llegado á su mayor auge por la protecci3n que empezaron á lograr desde el gobierno de un ministro como el cardenal de Richelieu, y la experimentaban continuada en la sabidurfa de un monarca tan grande como Luis XIV. No se ha traducido este pasaje, para que así quede el arbitrio de que lo interprete cada uno segun le pareciere: sólo quisiera yo que se me confesase que mi aserci3n no excede ni traspasa los límites de la verdad.

Y no se piense que los franceses modernos han reformado en el siglo presente la mala costumbre de traducir de sus mayores en el pasado: he aquí el principio asentado entre ellos para hacer sus traducciones: «Pour bien traduire, il faut que l'ame, enivrée des heureuses vapeurs qui s'élevent des sources fécondes (c'est-à-dire, des auteurs qu'on traduit) se laisse ravir et transporter par cet enthousiasme étranger; qu'elle se le rende propre; et qu'elle produise des expressions et des images tres-différentes, quoique semblables.» Estas palabras las copia M. Batteux en el lugar citado, riéndose con razón de sus compatriotas, que las dicen en tono de oráculo; y luégo sigue con estotras: «Voilà de grandes paroles. ¿Mais où ira le traducteur dans cette ivresse? ¿A quoi ressemblera sa traduction? ¿à son texte? je le crois: à peu pres comme la statue equestre de Louis XIII ressemble à celle de Henri IV.»

En efecto es así, que la demasiada licencia que los traductores se toman para explicar á su modo los autores que traducen, es el escollo donde se han estrellado las mas de

sus obras. ¡Oh si los traductores quisieran entender esto, y que la bondad y perfección de las traducciones se mide únicamente por la fidelidad y puntualidad cuidadosa! ¡qué diferentes serían las versiones! ¡cómo gustaríamos de oír hablar con sus propios modos, maneras y gracias á los antiguos! El que traduce debe y se empeña en cierta manera en hacer conciudadano aquel á quien traduce: pues ¿por qué no procurará que el autor ilustre á la nación con aquel aire mismo, gracia, compostura y figura propia con que ennoblecíó á su patria? Si como afirman los maestros en el arte, el traductor no es sino un mero dibujante ó retratador, ¿de dónde le vendrá que al delinear el original, dé más ó menos pinceladas, tire más cortas ó largas líneas, use de más ó menos vivos colores á su puro antojo y sin más regla que la propia fantasía? El tal que así retratase, ¿cumpliría con su oficio? ¿ó habría que esperar cosa buena de su mano? ¿Qué quieren añadir á la Vénus de Apelles, á la Magiriscia de Pitias, al Jaliso de Protógenes, á la Dafne del Bernino, al Felipe IV de Velázquez? *Ornari res ipsa vetat, contenta doceri.*

Pero aun cuando los franceses acertaran á sujetarse al arte y sus reglas bien entendidas, queriendo traducir atentos al autor, sin olvidar el genio de la lengua (pues claro es que se ha de tener mucha cuenta con él), no tienen, ó dígase, que carecen visiblemente de los recursos que debieran esperar de ella. Tratan, por ejemplo, de poner en francés á Tácito, á Salustio, ó bien á Horacio: ya que calan y penetran la sentencia del autor, vuelven los ojos á su lengua para vaciarla en ella, y sucédeles encon-

trarla dura, terca, inflexible en tanto grado, que se ven precisados, ó bien á acomodar al autor idiotismos nacionales; ó bien á vestirlo de adornos postizos que inventa su imaginación. Quéjense de esto los mismos franceses por estas palabras, que también me ha parecido citarlas originales. Habla Huet de las traducciones francesas de Tácito al fin de su libro *De claris interpretibus*; y de la de Claudio Falchet dice así: «Plus ad Tacitum patrio sermone referendum à natura et studio instrumenti habuit Claudius Falchetus: cujus copiam et ubertatem Tacito parum convenire qui causabitur, is assequi tantam jejunitatem non posse gallicam loquelam, neutiquam videbitur advertisse.» M. Guerin, declarando su método en la traducción del mismo Tácito después de Ablancourt y Amelot de la Houssaye, se explica de esta manera: «Je m'attends bien que quelques uns me reprocheront que j'ai un peu enflé mon style. Mais on doit faire reflexion. 1. Qu'il n'y a point de traduction qui ne contienne plus de lignes que le texte... d'autant plus que notre langue est ennemie plus qu'aucune autre de cette diction brusque et coupée, qui lui ôterait toute l'harmonie dont elle est susceptible.» Ya saben los eruditos que en el siglo presente muchos franceses y no franceses, pretenden demostrar por el contrario (no harían poco en probar) que aquellas cláusulas cortadas aquel imaginado laconismo y oscuridad afectada por su aire filosófico, es un distintivo particular de la lengua francesa, que la hace más armoniosa, más sonora, y aun más concisa que ninguna otra de las vulgares. Pero M. Dacier en el prólogo que se citó habla así de su lengua francesa: «Notre



»langue est sur-tout capricieuse en une chose; c'est qu'elle  
»prend souvent plaisir à s'eloigner de la regle: et l'on peut  
»dire que souvent rien n'est plus français que ce qui est  
»irregulier. Autre chose est parler français, et autre chose  
»parler selon les regles de la grammaire.» Más adelante,  
refiriendo la manera que siguió traduciendo los versos  
griegos esparcidos en Plutarco, dice haberlos trasladado  
en prosa... «à cause de la grande difficulté, ou pour mieux  
»dire, de l'impossibilité qu'il y a de conserver dans notre  
»poesie ce goût simple et antique, qui fait la plus grande  
»beauté des vers grecs.» Añade el mismo, que si en esto  
fueron felices algunos poetas latinos, lo pudieron conse-  
guir por la *riqueza* de su lenguaje; pero que eso no pueden  
los franceses hacer por la *pobreza* del suyo.

No ha mucho que el sabio Brosses, presidente del Parla-  
mento de Dijón, y de las Academias de las Inscripciones y  
Bellas Letras de París, dió á luz su muy cumplida Historia  
de la República romana, sacada de todas las obras de Sa-  
lustio; unas veces componiendo y zurciendo sus fragmen-  
tos, otras traduciendo obras enteras, ilustrándolas siempre  
con notas de exquisita erudición. En el prólogo da razón  
de lo mucho que le ha costado lo que él llama *composición*,  
esto es, el enlazar los fragmentos y formar de ellos narra-  
ción seguida; pero hablando de la traducción de Salustio,  
confiesa haberle sido «beaucoup plus difficile» que la com-  
posición: «ce n'est (prosigue) pas une tache mediocre que  
»d'avoir à rendre en notre langue, bien moins concise et  
»moins mâle que la sienne, un auteur qui n'eut jamais  
»d'egal en precision et energie.» En el año de 1763 publicó

M. Batteux su famosa versión de Horacio en prosa; pero trabajada con exactitud poco acostumbrada en Francia. En el prólogo, que es muy digno de que lo lean los traductores de todas las lenguas, dice expresamente: que la latina es flexible y dócil; pero que la suya «est quinteuse et rebelle:» que, sin embargo, se ha dejado tratar y manejar suavemente de Corneille, Racine, Moliere, Despreaux, La Fontaine. Así será; ni yo negaré que estos sabios habrán hallado blandura en su lengua para hacer de ella lo que han querido; pero acaso será igualmente cierto lo que siete años después de Batteux escribió M. de la Dixmerie en su citada obra de *Lus dos edades*. En una parte dice que hasta ahora ningún francés ha traducido bien ni fielmente el Horacio: en otra se queja de la penuria y pobreza de su lengua, y concluye con estas palabras: «il fallait trop de génie pour suppleer aux défauts de notre langue. »Nous eûmes de bons traducteurs lors qu'on leur eût tourné l'équivalent de l'idiome qu'il voulaient traduire.»

No sé yo si los españoles podrán tener quejas igualmente fundadas contra su habla castellana. Lea quien guste el *Diálogo de las lenguas* escrito en el siglo xvi, y sabrá que el sabio autor anónimo dice así: «la lengua castellana es tan elegante y tan gentil como la toscana;» y un poco más abajo añade: «que es lengua muy noble, entera, gentil y abundante.» D. Gregorio Mayáns, en sus *Orígenes de la lengua castellana*, trae un dicho de José Escalígero harto apreciable, como lo es entre los eruditos cuanto escribió aquel crítico. Decía, pues, en una carta á Isaac Casaubón, haber él enriquecido el Lexicón de Le-

trija con dos mil palabras, y añade lo siguiente: «y con todo eso me parece que he hecho nada, siempre que leo libros españoles. Es tanta la abundancia de aquel lenguaje, que cuanto más aprendo en él, tanto más se van ofreciendo cosas que sin maestro nunca las aprenderé.» Y lo que no tiene duda es que varias poesías de Horacio, trasladadas en verso español por el maestro Luis de León, hablan en castellano como nacidas en él, sin haber perdido nada de su dulzura, armonía, número, fluidez, naturalidad y concisión. El poner en francés las *Geórgicas* de Virgilio dice el mismo Dixmerie ser empresa dificultosísima, llena de grandes obstáculos, que se espera los venza sólo el talento y genio poético del famoso Lefranc de Pompiñán. Si aquel francés hubiera visto la primera *Geórgica* en castellano por el mismo Luis de León, nos dijera si es posible que en ninguna lengua vulgar, y mucho menos en la francesa, se guarden ó no las figuras del original y su donaire con la gracia, propiedad y lindeza que en romance castellano. Por lo que toca al Salustio, tómesese en las manos la traducción perfecta de S. A. R.; y si se coteja con el original latino, forzoso será confesar que el príncipe de los historiadores romanos no sólo está retratado con la mayor viveza y propiedad por el más sabio de los traductores castellanos, sino que la copia española excede en mil primores al original romano. En cuanto al Tácito, nada tengo que añadir á lo que ya dijo el juicioso fray Leandro de San Martín, de la Congregación Benedictina y maestro de lengua hebrea en la Universidad de Duay. Aquel monje publicó en el año de 1629 la versión castellana de Tácito

hecha por D. Carlos Coloma, y dedicándola al autor mismo, dice así: «Como ya hubiese leído las versiones de este autor hechas por otros elocuentísimos varones en varias lenguas, cotejándolas con la castellana, me pareció esta tan propia, fácil y clara en la exposición de los conceptos preñados del autor, acostumbrado á decir mucho en pocas palabras, y por otra parte tan allegada á la misma letra y estilo de Tácito, que me parece que el mismo Tácito no usara de otro lenguaje, si escribiera en español.» (1).

Y á la verdad que si el lenguaje de Tácito es con razón calificado de grave, conciso y un tanto cuanto oscuro, y por consiguiente algo duro por afectado; en suma, si «ce style laconique et pittoresque en même temps, où au moyen de deux mots il exprime tant de choses, c'est ce qui mérite l'imitation de nos auteurs: peu de paroles et beaucoup de sens. Voilà ce qui nos écrivains doivent se prescrire comme la règle inviolable de leurs productions. *Quot verba, tot pondera*» (2). Digo, pues, que si en Cornejo Tácito se encuentra el modelo de brevedad y concisión que el gran Federico presentaba para sus obras á los escritores prusianos, en rara de las lenguas vulgares de

---

(1) Dudo yo que el citado escritor moderno tuviese presente esta autoridad cuando escribía: *Si fuere posible que Salustio, Tácito y Séneca habloasen alguna vez en buen romance, sería en español. La lengua está formada, etc.*

(2) Este pasaje se ha tomado de una conversación familiar y erudita que se supone haber tenido el rey de Prusia Federico II con su ministro de Estado, conde de Ertzberg, en Breslau. Véase el tomo de la Academia Real de Berlín correspondiente al año de 1779.

Europa podrá ser el Político tan bien imitado y retratado al justo como en la castellana. Porque es así que «todo el »bien hablar castellano consiste en qué digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes; de tal manera, que explicando bien el conceto de vuestro ánimo, y »dando á entender lo que queréis decir, de las palabras »que pusiéredes en una cláusula ó razón, no se pueda quitar ninguna sin ofender á la sentencia ó al encarecimiento »ó á la elegancia:» como dejó escrito el autor del *Diálogo de las lenguas*.

Por la *precisión* ó *laconismo* de que hablaban el rey y ministro de Prusia, entiendo yo lo mismo que si dijéramos en castellano *puntualidad, ajuste, exactitud, conformidad, justa medida, encaje al cabal ó al justo del original*; en suma, esta bella *brevedad*, tan apreciada en las obras y tan apetecida entre todos los escritores. Y según lo que hasta ahora hemos visto, semejantes virtudes ó calidades no hay para qué buscarlas en los intérpretes franceses, y mucho menos en aquellos que han probado sus fuerzas en hacer hablar en francés á un autor tan lacónico como Tácito. En conformidad, pues, de esto, no se puede bien comprender cómo las traducciones de los franceses, ni tal vez sus obras modernas, puedan ser propuestas como dechados á los alemanes ni prusianos; pudiendo temerse que salga cierto lo que se escribe en el *Discorso sopra le vicende della Letteratura* por el erudito italiano Carlos Denina; quien al fin del capítulo sobre la literatura de los alemanes dice así: «Si es cierto, como parece, que la mayor parte de los escritores alemanes se ciñen á imitar los

»dechados franceses é ingleses que presenta nuestro siglo, »los críticos tendrán mucho fundamento para creer que »esta nación, por lo demás tan distinguida por la genero- »sidad y nobleza de sus pensamientos, nunca se hará en »las bellas letras el lugar que las otras.»

Y volviendo á *Los Comentarios* de César, si quisiéramos examinar las traducciones que de ellos han hecho los franceses, siémpre las hallaríamos muy semejantes á las otras de quien hemos hablado. Yo he visto solas dos: una de Blas de Bigenere; otra de Perrot, señor de Ablancourt. De aquél baste saber que, en sentir de Daniel Huet, se granjeó muy poco favor y honra con sus traducciones: de éste no digo más de lo que se lee en el Diccionario de Moreri: «Se »toma de tiempo en tiempo algunas libertades, apartán- »dose no poco de su autor; pero por lo común expresa el »sentido del original.» Tengo noticia de otras dos traducciones francesas de César: una que de orden de Carlos VIII hizo Roberto Gaguin (1); la otra de Juan Du-Chesne hecha por mandado de Carlos, duque de Borgoña. Si éstas no se trabajaron con más puntualidad y menos licencia, bien podremos allegarlas á las mencionadas y cerrar el catálogo de las *libres* con la de Claudio Seisselio, obispo de Marsella, que, según el mismo Huet (2), tradujo *Los Comentarios* de César, *fide pessima*, bien como hizo con varias obras de Cicerón.

En vista, pues, de los testimonios alegados, parece se

---

(1) Véase el tomo XVII, pág. 758 de la Academia de las Inscripciones.

(2) Al fin del mismo libro *De claris interpretibus*.

puede dar por bien sentada la proposición de ser los más de los franceses demasíadamente libres en sus versiones, ya sea esto por falta de arte, ó ya sea por defectos en la misma lengua. No creo que se podrá decir otro tanto de las traducciones de los italianos. Según lo que he observado en ellas, se encuentra más exactitud en practicar las reglas de traducir; y no hay duda en que los intérpretes italianos tienen en su lengua la dulzura, copia, blandura y docilidad que se requiere para trasladar ó volver en ella cualquier autor, sea griego, sea latino. Sí que á las veces he solido echar de menos en algunas de las traducciones italianas aquella *concisión* de que blasonan (1) como *il bel privilegio* de su lengua respecto de las demás, sin exceptuar la latina.

Y para que César en castellano conserve, cuanto cabe en mí, el ser y las calidades del César romano, conformándome al real dechado del Salustio español (2), me ha parecido que debo usar el romance del siglo décimosexto, que fué sin duda el de oro de la lengua castellana. Pues entonces fué cuando desechadas todas las impropiedades y menguas de la balbuciente y menor edad, llegó á la varonil y perfecta.

---

(1) *Raccolta d'opusculi scientifici e filologici*, tomo I, pág. 472.

(2) Dice S. A. R. en el prólogo: «En cuanto al estilo y frase, me he propuesto seguir las huellas de nuestro escritores del siglo xvi reconocidos generalmente por maestros de la lengua; y evitar con la atención posible las expresiones y vocablos de otros idiomas que muchos usan sin necesidad, no debiendo esto hacerse sino cuando en español no se halla su equivalente, etc.»

sin necesidad de ninguna otra para hacer alarde de su ser cumplido y hermoso; y en aquella edad más que en otra ninguna es proporcionada para representar en sí (como por el traductor no quede) todos los primores y gracias que á su anciana madre pudo comunicar el que mas noblemente la supo tratar.

Mas no sé yo si alguno de los autores españoles que cerraron aquella gloriosa época de la lengua castellana, al ver que asomaba cierto gusto de agudezas de poco tomo, retruécanos, artificios refinados y afectación manifiesta, dijo tal vez de ella lo mismo que Ciceron dejó escrito de la elocuencia romana: «la gloria de los oradores ha subido por manera de lo más íntimo á lo sumo, que ya, como de ordinario acontece en todas las cosas, parece que va decayendo, y dentro de poco parará en nada.» La solidez y nobleza de los pensamientos explicados según la diversidad de las materias, unas veces con dicción majestuosa, grave, clara y vigorosa, mas no hinchada; otras con galana, elegante, florida, y de cierta energía natural, pero sin resabio de afectación; y otras, en fin, con sencilla, pura, aliñada y propia sin bajeza, caracterizan aquella edad abundante de hombres grandes en toda virtud, doctrina y letras. Por donde se ve cuán conforme sea á toda razón el que varones como estos, y que ilustraron tanto á la nación con su vida, doctrina y habla, sean propuestos á todo buen compatriota por modelo de imitación así en el bien vivir como en el hablar excelente; pues lo uno acompaña las más veces a lo otro; saliendo por la boca el concierto, la elegancia y el asco del alma. Lo cual además de haberlo atesti-



guado en su santo Evangelio (1) la suma y eterna Verdad. hasta los mismos gentiles lo entendieron con sola la lumbré natural. Y así Lucio Séneca (2) dice haber sido adagio vulgar entre los griegos: *Cual fué la vida de los hombres, tal era su lenguaje*: «*talís hominibus fuit oratio, qualis vita.*» Conclúyese de aquí ser acertado el consejo de usar el romance de aquella su mejor edad para traducir á César en castellano.

Y como quiera que algunas voces, frases y maneras parezcan antiguas, siempre serán preferidas por mí á las modernas que no fueren de buen cuño castellano, sin que me detenga la nota de mostrarme singularmente aficionado por la antigüedad. Mas no lo soy tanto, que ó deseche algún otro adorno sólido y estimable que en nuestros tiempos pueda haber adquirido la lengua, ó borre de la memoria el documento que César quería que se trajese siempre en la mente, á saber: «que se huya como escollo todo vocablo» que no sea usado y corriente.» He tenido á la vista lo que del P. Mariana dijo el atinado político Saavedra: «afecta antigüedad; y como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.» Ni he olvidado tampoco la observación (3) que en César tenía hecha Cicerón: «de haber» él con destreza trocado en moderna y más agradable manera de hablar la que en su tiempo se miraba ya como

(1) Matth. xii, 34; Luc. vi, 45.

(2) Epit. 114. Donde Justo Lipsio trae el proverbio tomado de Platon *δῖος ὁ λόγος τοῦδουτος ὁ τρόπος*. Y nuestro Quintiliano decía también: *Benedicere non potest nisi bonus*. Institut. Lib., II cap. xvi.

(3) In Bruto.

»anticuada ó rancia.» Y ya se sabe que no es lo mismo ser un vocablo antiguo que anticuado. En el uso de los de este género la buena razón ordena que haya todo miramiento y parsimonia. Mas de los vocablos antiguos no hay precepto autorizado que nos vede usarlos con discreción. Porque considerando la facilidad y poca crítica con que se dan por anticuadas varias frases y palabras españolas por solo que *no se usan*, he llegado á creer que ni entendemos bien el valor del *uso*, ni hasta dónde alcanza su poder y fueros.

El *uso* en materia de lenguas es, según Quintiliano (1), «la conformidad de los hombres sabios; bien así como en las costumbres se llama *uso* el de los hombres buenos.» Según esto, parece claro que para graduar una voz de anticuada ó corriente, hemos de atender, no al vulgo ignorante, sino aquellos sujetos que con su locución y estilo merecen y se hacen lugar en la república de las letras. ¿Y quiénes son estos en nuestros días? Yo señalará algunos, si me atreviera á ello; porque siempre los hay en España, y más que algunos; pero, *vivorum ut magna admiratio; ita censura difficilis*, que decía Paterculo. Por otra parte, nombrar unos, y pasar en silencio otros que igualmente sean sabios, pero que yo no los conozca, eso sería poner de manifiesto mi ignorancia, y dejar quejosa en muchos la razón y la justicia. Así, pues, entretanto que otro más autorizado que yo, ó alguno de la edad venidera haga el índice y elogio de los tales sabios contemporáneos nuestros, é mí me será lícito decir: que los españoles antiguos,

---

(1) Lib. I, Inst. cap. I.

cuyo uso de hablar y escribir debemos atender y seguir, son por lo menos estos: Luis de Granada, Luis de León, Luis de la Puente, Rivadeneyra, Mariana, Hernando del Castillo, Cervantes, Mendoza, los Argensolas, Mateo Alemán, Saavedra y algunos otros más. Porque cuando nuestra Real Academia y otros sujetos amantes de la patria y de la lengua hacen resucitar y poner en nuestras manos las obras de esos insignes españoles, ¿quieren que los imitemos ó no? Quiérenlo por cierto; y pretenden que pues ellos fueron y están reputados por maestros del idioma español, lo estudiemos y aprendamos en sus obras. Y si no, ¿á qué fin recomendarlas y reimprimirlas con tanta diligencia y costa? Diráme alguno que si bien debemos imitar por lo general el estilo de esos maestros, pero que se encuentra en ellos una porción de voces que ya se miran como anticuadas, y no serían hoy bien admitidas por desconocerlas el uso. A esto se podría replicar: ¿ó hemos inventado otras voces equivalentes de igual energía, propiedad y significación que las anticuadas; ó hémoslas tomado prestadas de los extranjeros sin haberlas menester? Si las hemos inventado con arte y según es permitido, cosa bien hecha será; y nuestro estudio, que loablemente puede tentar y esforzarse á nuevo descubrimientos, será digno de alabanza. Mas si mendigamos sin necesidad, ¿no damos á entender que estamos mal con nuestra lengua sin ella merecerlo, y que vamos pidiendo por capricho á quien no puede suministrarnos prestado ni la mitad de lo que tenemos en casa, y lo menospreciamos por no más de porque es nuestro propio y no extraño? Usamos, decía Quintiliano,

«de palabras y frases claramente griegas cuando nos faltan las latinas; bien como los griegos usan de las nuestras.» Úsense también en España voces extranjeras, sean del lenguaje ó país que fueren; pero úsense á más no poder, cuando ni en nuestros tiempos, ni en los medios, ni en los antiguos encontráremos las que necesitamos y buscamos.

No se habla aquí de las voces facultativas ó artísticas, «cuyo empréstito de unas naciones á otras es indispensable,» como escribe (1) el Rmo. Feijoo, siguiendo á Cicerón, que en el libro primero de las Cuestiones Académicas dejó dicho lo mismo. Nunca estuvo el latín en estado más floreciente que en tiempo de Cicerón: no obstante, se queja este en varios lugares de sus obras filosóficas de la penuria de su lengua latina para hablar en ella. Lo mismo diría si quisiera hablar en cosas de matemáticas, médicas, anatómicas, físicas, y otras muchas. Y de hecho la lengua latina apenas tiene vocablo propio suyo en esas artes y ciencias; pues muchísimos de ellos son puramente griegos. Lo cual provino de que habiendo nacido, si así podemos decir, entre los griegos ó cultivádose primero las tales artes y ciencias, por eso hubieron ellos de inventar también las voces necesarias y oportunas. Estudiáronlas los latinos en griego, como hoy día los españoles y otros en latín; quisieron después enseñarlas en latín; halláronse sin voces; y como ya las tenían forjadas en griego, las adoptaron é ingirieron en el latín, ó por ahorrar en

---

(1) Tom. I, Discurso 13.

trabajo de inventarlas nuevamente, ó por no introducir novedades. Mas no siempre hicieron eso; porque algunas veces formaron voces nuevas para explicar las griegas, como se ve en Cicerón y otros; y si en todas hubieran practicado lo mismo, estuviera sin duda más puro el latín. Lo cual tiene más fuerza en las lenguas que son hijas del latín, como la castellana, francesa é italiana.

Tampoco se puede negar que en los modos comunes de hablar muchas veces la razón cede al uso, y que éste, como árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, pone y quita como quiere aquella congruencia que halla el oído entre las voces y lo que significan: esto es cierto; y así no pretendió rebajar un punto la autoridad decisiva de Horacio, si que fuera bien que estimásemos con equidad los privilegios iguales del uso. Sucede que para tachar una voz de antigua ó calificar de arcaísmo una locución, luego echamos mano del dicho de Horacio; pero ofrézcase revocar una palabra (como por ejemplo esta de *revocar*, que se ha dicho), nadie se acuerda de la tal sentencia. En verdad, pues, que el poeta en igual grado concede al uso sus fueros de *poner y quitar*; y aun si entre ellos cabe antelación, parece que se la da al *poner, restituir, renovar, revocar*:

- *Multa renascentur, quæ jam cecidere, cadentque*
- *Quæ nunc sunt in honore vocabula, si volet usus;*
- *Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.*

que el ingenioso D. Tomás de Iriarte pasa en castellano con estos versos:

Muchas voces veremos renovadas,  
 Que el tiempo destructor borrado habia;  
 Y al contrario, olvidadas  
 Otras muchas que privan en el día:  
 Pues nada puede haber que no se altere  
 Cuando el uso lo quiere,  
 Que es de las lenguas dueño, juez y guía.

Para entender sin equivocación hasta dónde se extienden los decantados privilegios del uso, se podría leer la hermosa disertación del académico de Berlín Mr. Tielbault en el tomo correspondiente al año de 1781, pág. 534; y también se debería dar entero crédito á Quintiliano cuando dice (1): *«Verba vetustate repetita, non solum magnos asserutores habent, sed etiam afferunt orationi majestatem aliquam non sine delectatione: nam et auctoritatem antiquitatis habent, et, quia intermissa sunt, gratiam novitati simili parant.»* «La lengua española, dice bien Denina en la obra citada, se vió perfectamente formada y arreada en el siglo décimosexto; y en el mismo estado se mantiene hoy sin hacerse vieja ni rancia: lo cual sin duda proviene del carácter de la acción constante por naturaleza, ó de la lengua misma, muy buena y muy sólida para estar expuesta á las alteraciones que padecen todas las demás de Europa.»

En efecto es así que el castellano que hoy escriben y hablan los españoles de juicio, en el fondo, valor y sustancia es el mismo del siglo xvi; exceptuando tal cual adición ligera, alguna disminución pequeña, y una muy accidental

---

(1) En el lib. y cap. cit.

variedad. Leemos con gusto y entendemos sin dificultad todos nuestros escritores de aquel siglo, y procuramos imitarlos en todo, como solemos hacer con Cicerón y los de su tiempo respecto del latín; sin que por la mediación de más de diez y ocho siglos tengamos por desusada ninguna locución del imperio de Augusto. No es el lenguaje español como el francés, cuyas continuas mudanzas se atribuyen al genio voluble de la nación por el autor de las *Actas de los eruditos de Leipsic*, tomo del año de 1686, pág. 222; ni es como el inglés, que en menos de medio siglo de tal suerte se muda de arriba abajo, y tanto suele variar aun en la sustancia misma, que (1) el famoso Waller en el siglo pasado, y el célebre Pope en el presente, han temido con razón que su lenguaje, sus obras y las de sus contemporáneos no sean entendidas dentro de pocos años.

¿Si pensarán los extranjeros, por lo dicho hasta aquí, que nuestra lengua es dócil sí, blanda y acomodada á materias ó asuntos medianos, pero que tal vez no alcanza los rasgos de la oratoria, por carecer de riquezas, adornos y figuras con que amplificar, hermostear, decorar y sublimar los objetos cuando lo requiere el sujeto y su naturaleza? Yo les probara ser hecho de verdad lo que dice nuestro D. Antonio Solís (2), que la lengua castellana es capaz de toda la propiedad que corresponde á la esencia de las cosas, y de todo el ornato que alguna vez es necesario para

---

(1) M. l'abbé Yart sobre el origen y progresos de la lengua inglesa.

(2) Prólogo de la Conquista de Méjico.

endulzar lo útil de la oración: haríales ver con Luis de León (1) que la lengua española no es dura ni pobre, sino de cera versátil, blanda y abundante para los que la saben tratar; que es capaz y recibe en sí cuanto se le encomienda. Diríales con Pedro Simón Abril: «que no es menos copiosa »que cualquier otra lengua, aunque sea latina ó griega, »para decir y tratar en ella cualquier género de letras y »cualquier manera de negocios.» Y mejor debemos creer á estos grandes maestros que no al escritor moderno que, tal vez sin haber conocido ni experimentado bien la docilidad y blandura de la lengua castellana, estampó la decisiva sentencia siguiente: «Desengañémonos, nuestras lenguas vulgares son muy estériles, encogidas y ásperas para »hacer que Demóstenes, Salustio, Cicerón hablen con su »propia elocuencia en francés, en inglés, en alemán, en »italiano ó en español.»

Las arriba citadas y muchas autoridades más se podrían alegar á los extranjeros; pero ellos, que están enseñados á menospreciar todo lo que no es suyo, tendrían en poco ó no creerían lo que demostrasen los españoles. Mejor será citar el dictamen de algunos hombres sabios, cuyo voto se respete sin duda en contrario. Tal á mi parecer es el cardenal Sforcia Palavicino, cuya sola Historia del Concilio Tridentino basta á inmortalizar su nombre. Este, pues, hablando de los oradores españoles en el *Arte de la perfección cristiana* se explicaba así: «Es (2) maravillosa la elo-

---

(1) Prólogo á sus Poesías.

(2) Lib. 1, cap. iv. *Arte della Perfeccione: Maravigliosa*



«fuerza de los predicadores españoles; no estudiada, sino  
 »nacida: como es la que vemos en muchos de ellos dota-  
 »dos por naturaleza de tal gracia y valentía de lenguaje;  
 »de una voz tan á punto flexible, suave y robusta; de un  
 »gesto tan elegante, moderado y ajustado á las palabras,  
 »que sin tener obligación al maestro ni al arte, hacen ver  
 »con los ojos eso mismo que refieren, creer lo que afir-  
 »man: llegan hasta encantar los oyentes; y tal vez este he-  
 »chizo de su lengua es tan poderoso, que si consiguen el  
 »ser oídos, fuerzan á ser amados. Ahora bien; la nación  
 »española, naturalmente ingeniosa, viva, pronta y genero-  
 »sa, es abundante de semejantes hombres; y en los púlpitos,  
 »que hoy día son el teatro de los oradores cristianos,  
 »es donde con especialidad triunfa su lenguaje y su acción  
 »más de lo que puede concebir quien no los hubiere oído.  
 »Uno de los más excelentes se puso un día á pintar el ju-  
 »icio universal... Hizo tan fuerte impresión en los oyentes,  
 »que levantaron el grito como si el juicio final no les fuera  
 »representado sino presente.» Véase si más se puede decir  
 de la lengua más rica, noble, excelente, expresiva, afec-  
 tuosa y sublime.

A Sforzia Palavicino alleguemos otro escritor no menos  
 célebre por la extensión de sus obras que por la delicada  
 crítica que reina en todas ellas. Es Isaac Vossio. Este en el  
 crudito y harto raro tratado que escribió, callando su  
 nombre bajo el de Cosmolita, intitulándolo *De Poematum*

---

é la eloquenza dei predicatori spagnuoli, non mica impa-  
 rata, ma innata, etc.

*cantu et viribus rythmi*, y se imprimió en Oxford año d 1673; después que en la página 44 dijo: *Longe á me abest ut linguarum velim instituere censuram, aliasque aliis multum praeferri debere odiose contendam*; y no obstante que en la pág. 50, hablando del juicio que se debe hacer de las lenguas vulgares, protesta ser cosa muy odiosa el anteponer una lengua á otra, *ut tamen quid de singulis hodiernis linguis statuendum sit*, se pone á examinar los constitutivos particulares de cada lengua, descendiendo á ponderar hasta las vocales y consonantes de las palabras, y sus terminaciones más ó menos gratas, según la mayor ó menor gentileza, donosura, galanía ó lindeza de las palabras, sílabas y letras. Trata primero de la lengua griega y sus dialectos: da el segundo lugar á la latina como discípula de la griega. En la página 55 anuda el hilo roto de las vulgares; y no sé por qué motivo de particular afición que el autor muestra al descuido para con la española, dice primeramente: *Fastum et ingentiam Hispanorum gravitatem horum quoque inesse sermoni facile quis deprehendet, si quis crebram repetitionem literae A vocalium longe magnificentissimae, ac item proluxa illorum spectet vocabula. Sed et crebra finalis clausula in O vel OS grande quid sonat...* y en la 57 acaba diciendo: *in lingua Hispanorum vocabula ut plurimum terminantur anapaesto aut spondeo. Nec tamen destituitur illis pedibus, uti dactylis, jambis, trochaeis et aliis; sed cum isti priores praecipue personent, minime mirum videri debet, horum idioma tantam praeseferre majestatem, ut non modo alias dialectos á Latino sermone prognatas, sed et omnium gentium linguas superet longissime. Italorum lingua*

*miram habet pedum varietatem... solaque propemodum est quae caeterarum nostri temporis linguarum dotes continere videatur. Gravitate quidem nonnihil cedit Hispanias, cultu vero superat...*

Sea norabuena así que la lengua española conozca ventajas á la italiana en todo aquello que Vossio entiende bajo la voz *cultu*, como sea también así que á la lengua española se le ampare y mantenga en la posesión en que está de ser magnífica, grandiosa, grave y majestuosa sobre cuantas lenguas hablan las naciones conocidas: que por el *fastum* que Vossio encontraba en nuestro lenguaje, no se ha de entender aquel *fasto ó hinchazón* que empalaga, y que algunos han querido injustamente atribuir al castellano, como escribe el señor infante; sino la *gravedad, medida y seriedad* que en él resplandecen cuando el caso requiere estas sólidas y bizarras calidades. El abate Expilly, que como secretario de embajada francesa cerca de varios monarcas, recorriendo diferentes naciones y examinando diligentemente sus calidades, pudo juzgar derecha y atinadamente del lenguaje de muchas; tocante al español, escribía así... (pero permítaseme copiar algo más de lo tocante al lenguaje español; que todo ello no es tan largo que cause enfado): escribía, pues, el francés Expilly en su *Geografía manual*: «Les espagnols sont naturellement graves, habiles, politiques, bons cavaliers, bons soldats, intrépides, patients dans les travaux, sobres dans leur boire et leur manger. Ils ont de grands sentiments d'honneur et de religion, et beaucoup de goût et de capacité pour les arts et les sciences. Il n'y a point en Espagne d'autre religion

»que la catholique romaine; et on n'y connoît point d'autre  
 »volonté que celle du roi, qui ne veut que la gloire de Dieu,  
 »le bonheur de ses peuples, et la tranquillité de ses Etats.  
 »La langue espagnole est sublime et majestueuse; elle dé-  
 »rive de la latine, et tient de l'arabe dans la prononcia-  
 »tion de plusieurs mots, etc.» Que en nuestro castellano  
 viene á decir: «Son los españoles por naturaleza graves,  
 »hábiles, atentos, buenos soldados, esforzados, sufridos.  
 »en los trabajos, en el beber y comer parcos. Son muy  
 »hombres de bien y religiosos, dotados de buen gusto y  
 »grande capacidad para las artes y ciencias. No hay en  
 »España más religión que la católica romana, ni otra vo-  
 »luntad que la del rey, que sólo mira por la gloria de Dios,  
 »por la felicidad del pueblo y sosiego de sus Estados. La  
 »lengua española es sublime y majestuosa: es hija de la  
 »latina, y muchas de sus palabras se pronuncian al ara-  
 »besco, etc.»

Quanto á la ortografía castellana de esta mi traducción,  
 he procurado en lo posible acomodar la escritura á la na-  
 tural y fácil pronunciación, teniendo presentes dos cosas:  
 una, ver á nuestra Real Academia española (1) tan justa y  
 sabiamente inclinada á la pronunciación simple y suave,  
 que no satisfecha de señalarla por primera y la más aten-  
 dible regla de todas, aun se da á entender que la estable-  
 cería por única y universal, si hallara medio de abandonar  
 las otras del uso y del origen: la segunda es, el saber que  
 Julio César fué tan amante de la pronunciación fácil y en

---

(1) Esta edición se ajusta á la ortografía moderna.

todo correspondiente á la escritura, que además de haber compuesto sobre esto los libros de *Analogía*, donde mostró su actitud en estas que parecen y no son menudencias, como dice Quintiliano (1), quiso también que de algunos vocablos se quitasen letras, se trocasen en otros, y siendo necesario, se introdujese en el abecedario latino el digama eólico (2), para que la *u* vocal no se equivocase en la pronunciación con la *v* consonante.

Estudio fué este muy digno de la puntualidad de César, que quiso llevar su lengua latina hasta el último grado de perfección; y estudio que tampoco olvidaron los antiguos españoles. Quevedo escribiendo sobre esto (3) al conde-duque de Olivares dice: «En mi poder tengo un libro grande del infante D. Enrique de Villena, manuscrito digno de grande estimación... entre otras obras tuyas de grande utilidad y elegancia hay una de la *Gaya ciencia*, que es el arte de escribir versos; doctrina y trabajo digno de admiración, por ver con cuánto cuidado en aquel tiempo se estudiaba la lengua castellana, y el rigor y diligencia con que se pulfan las palabras, y se facilitaba la pronunciación cuando por mal acompañadas vocales sonaban ásperas ú eran equívocas ú dejativas á la lengua ó al número, añadiendo y quitando letras.» Conforme á esto, porque advierto que en las más costosas y exactas ediciones modernas de los maestros de nuestra lengua se leen unido-

---

(1) *Institut.* Lib. I, cap. XII.

(2) Figura del digama eólico  $\text{J}$ , según Prisciano.

(3) Dedicatoria de las *Poesías* del maestro Luis de León al conde-duque de Olivares.

por sinalefa los vocablos *estotro, esotro, entretanto, asimismo* etc., y porque este modo de escribir se funda en la advertencia que hace la Academia en su *Gramática de la lengua castellana* (1), los he escrito en igual forma. Y de buena gana escribiera juntas también estas voces *dellos, zellas, destos, desas, nostante, sibien, yaque, paraque, alogenos, apropósito, comoquiera*, etc.; pareciéndome ser este uno de los adornos de nuestra lengua en los tiempos que más floreció: bien al contrario de lo que hoy erradamente se estila escribir y decir, *de el* hombre, *á el* hombre.

He puesto tanto cuidado y estudio como el que voy diciendo en conformar mi traducción con el original, y aun con el genio de César, porque he visto el sumo respeto con que hombres muy sabios han tratado siempre cualquiera parte de sus obras y mérito. El cual si se ha de medir por el número y condición de los que han empleado su talento y caudal por darlo á conocer á los amantes de las letras, en verdad que no será fácil encontrar autor alguno ni griego ni latino, antiguo ú moderno, que se le iguale, ni aun siquiera se le acerque. Por lo menos son veinte (2) los que he visto en esta Real Biblioteca que desde el siglo xy hasta el presente lo han comentado ó aclarado con notas é ilustraciones. Entre ellos merecen lugar muy distinguido

---

(1) Parte primera, cap. IV, artíc. 2 y 3.

(2) Juan Relicano, Enrico Glareano, Juan Glandorpio, Joaquin Camerario, Miguel Bruto, Juan Sambuco, Fulvio Ursino, Pedro Chacón, Antonio Agustín, Juan Brancio, Gottofredo Yungermano, Dionisio de Vossio, Juan Davies, Samuel Clarke, Francisco Oudendorpio, Aldo Manucio, y otros diferentes.

los dos grandes españoles Antonio Agustín y Pedro Chacón: aquel recogió, y después Fulvio Ursino dió á luz enmendados algunos fragmentos apreciables de César: este le puso notas eruditísimas, que los sabios así extranjeros como nacionales tienen en mucha estima. Pues los que por el modelo de César han trazado un general grande son, á lo que yo sé, cinco, sin contar á Pedro Ramus, que escribió un tomo entero de *Militia Caesaris*. El primero que creyó encontrar en César y sus escritos todas las partes y dotes que hacen un perfecto general, fué el español don Diego Gracian (1); siguieron esta su idea y ejemplo Gabriel Simeón Florentino (2), Mr. el Duque de Rohan (3), el barón de Auchi D. Carlos Bonieres (4), y D. Diego Enriquez Villegas (5); los cuales no pudieron hallar entre tantos famosos capitanes de la antigüedad ni uno solo que tan de lleno en lleno uniese en su persona y conducta las dotes que consideraron necesarias para formar un héroe ó capitán á todas luces cabal y cumplido, como lo fué Julio César.

---

(1) Véase el lib. II de su *Onnosandro Platónico*, impreso en Barcelona, año de 1567.

(2) El año de 1570 publicó un pequeño *Comentario* de los libros de la guerra de las Galias en obsequio al delfín de Francia, á quien lo dedicó.

(3) Queda citado en su obra del *Perfecto Capitán*, año de 1640.

(4) Escribió un *Bpttome* floreado de César, año de 1647.

(5) En el año de 1649 publicó su *Aula militar y políticas ideas deducidas de las acciones de Julio César*, y la dedicó á Felipe IV. Acaba el tomo con la guerra de los Helvecios; y aunque dice al fin de él que *se prosigue en la segunda Aula militar con la guerra de Ariovisto, y consecutivamente con todas las demás*, yo ignoro que esto se verifique.

Pues las versiones que de sus *Comentarios* se han hecho en diversas lenguas son muchas. Las que yo he visto en la Biblioteca Real son las siguientes: una sola española; dos francesas (1); cuatro italianas (2); una griega (3). Ninguna de todas estas ni otras que por caso habrán visto los curiosos y hábiles oficiales modernos (4) Carlos Guischartt y Mr. Lo-Looz, satisfacen sus deseos de que hubiese alguna bien hecha de autor tan clásico. La única castellana es de D. Fr. Diego Lopez de Toledo, comendador de Castilnovo; quien siendo, como él dice, de edad de diez y siete años, y criándose en palacio en compañía del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, la trabajó por los años de 1494 y la dedicó al mismo príncipe. De las circunstancias de este traductor, su versión y las varias ediciones que de ella se han hecho así fuera como dentro de España, da puntuales y apreciables noticias D. Juan Antonio Pellicer (5). Hablando de la traducción dice así: «Es defectuosa, y su estilo oscuro y poco culto, lo que se debe disculpar con la tierna edad del intérprete, y con la ninguna

(1) La de Blas de Vigenere, año de 1589: la de Perrot de Ablancourt en 1658.

(2) Es á saber, la de Agustín Urtica, Francisco Baldelli, Andrés Palladio y Hermolao Albricio.

(3) Está al fin de la edición que de varios comentarios de César hizo Gotofredo Yungermano, año de 1606: un tomo en 4.<sup>o</sup>

(4) Guischartt escribió unas *Memorias militares*, sacadas de escritores griegos y romanos, año de 1760. Lo-Looz ha publicado nuevas averiguaciones contra Guischartt, año de 1772.

(5) Ensayo para una Biblioteca de traductores españoles desde la pag. 52 en adelante.



«luz que Julio César había recibido aun de sus comentadores; pues esta versión, no sólo es anterior á estos, sino que es la primera que de las lenguas vulgares se ha dado á la imprenta.»

Por lo que toca á la traducción del comendador debo añadir que sería fácil hacer ver sus defectos en la inteligencia, sus errores en la versión, sus faltas en el lenguaje, y su ningún arreglo al texto, y menos á los preceptos del arte; pero todo eso se le debe perdonar á nuestro traductor en atención á su corta edad, tiempo en que trabajó su obra, y las demás circunstancias que no eran muy favorables. «De lo dicho se entiende, prosigue Pellicer, que falta un César bien traducido al castellano.» Y concluye: «el que emprendiere una nueva traducción de César al castellano, proponiéndose por modelo y disfrutando esta de Albricio, haría una cosa loable.» La versión italiana que Hermolao Albrici publicó en el año de 1736, no parece suya de él mismo, sino otra antigua manuscrita que él alteró algún tanto para acomodarla al estilo moderno, como también advierte el mismo Pellicer. Y dado que la prefiere á las otras tres italianas por circunstancias que verdaderamente la hacen superior á ellas, todavía yo para hacer esta mía ni la he tenido por modelo, ni menos la he disfrutado en el punto esencial de traducción; porque, á mi juicio, la Albriciana no se ajusta al texto de César tanto como debiera. No se entienda por esto que la he desechado en un todo; antes confieso ingenuamente que esta y las demás, bien así como los comentadores y anotadores que he podido ver, todos me han ayudado sobremanera para en-

tender' y calar según mis luces la sentencia de César.

Ya se deja conocer por lo dicho, que pues tantos y tan grandes hombres han empleado sus estudios, vigiliass, trabajos y letras en explicar á César, sin duda será ilustre y muy distinguido su mérito de este. Mas falta aún todavía que hagamos digna memoria de cuatro personajes de primer orden, que ilustrando con sus tareas literarias al más sabio y valeroso de los ciudadanos romanos, han venido á colocarlo por el hecho mismo en lugar elevadísimo. Escribe Juan Bodino (1), que deseando Selim I (el mayor emperador que han tenido los turcos) domesticar y amansar las fieras costumbres de sus vasallos con que se dedicasen á leer historia, él por sí mismo trasladó á la lengua vulgar *Los Comentarios* de César, anteponiéndolos á cuantas historias hallaría él conducentes á su propósito. El señor Felipe III hizo tanto aprecio de estos libros, que tradujo varios trozos, escribiendo de su real mano ya en las márgenes, ya entre renglones de la edición de León, año de 1574, las frases castellanas que responden á las latinas (2). Juan Alberto Fabricio (3) afirma, que también Enrique IV tradujo parte de estos *Comentarios*. Y saben todos los eruditos que Luis XIV hizo una elegante versión francesa (4) del lib. I de *Bello Gallico*, donde cuenta César su guerra con los helvecios, conocidos hoy por el nombre de

---

(1) En el prefacio al *Método para la Historia*.

(2) Se guarda el manuscrito en esta Biblioteca Real.

(3) *Biblot. Lat.*, pág. 174, tom. I.

(4) Se imprimió en el año de 1661, en folio, y está en la Biblioteca Real.

suizos. Y no sólo la adornó con láminas de gusto delicadísimo, mas la ilustró también con sucintas, pero exquisitas notas.

Y si á estos cuatro monarcas allegamos los señores infantes de España D. Gabriel y doña Carlota, hijo digno y digna nieta de nuestro amable rey y señor D. Carlos III, ¿qué gloria no resultará á César y sus *Comentarios*? Si el autor los viera en tanta estima de personas de tanta jerarquía, ¿no se diera ya por satisfecha y aun saciada su ambición inmensa? ¿Qué ufano estuviera al entender que su largo y bien meditado discurso (1), hecho á presencia del Senado romano en la causa de Catilina, lleva en castellano notablemente mejoradas y mucho más enérgicas todas las razones y palabras que él supo acomodar á su voto en latín? Se prometería por ventura que hasta el mismo Catón cediese á su oración española, el que solo entre todos los senadores romanos no quiso rendirse á la latina (2). Ni dudará tampoco que renunciaría él toda la gran gloria de haber vencido á Pompeyo por la que le resulta de que sus *Comentarios* anden tan entre las manos de la señora infanta Carlota (3), quien tanto más los colma de loor y alabanza, cuanto es más notorio lo maravilloso de su talento feliz-

---

(1) *Conjuración de Catilina* en el Salustio de S. A., páginas 66 al 75.

(2) Véase allí mismo el dictamen contrario de Marco Catón.

(3) Bien público es cuanto estima S. A. R. *Los Comentarios* de César, y que por ellos ha querido se examinase su mucha inteligencia en los mejores autores latinos del siglo de Augusto.

mente cultivado. En atención, pues, á lo dicho, se me permitirá repetir, por conclusión: que el mérito de *Los Comentarios* de César, medido, sea por el número de los sabios que han puesto mano en ellos, sea por la condición y categoría del autor, no tiene igual, ni hay otro que se le acerque.

Esta ha sido la causa principal porque los impresores más célebres de Europa, sin reparar en gastos, aunque más excesivos fuesen, han echado el resto de su habilidad y caudal en imprimir *Los Comentarios* de César como ellos lo merecen. Podriáanse citar en razón de esto muchas y muy preciosas ediciones que abundan en esta Biblioteca de S. M.; pero bastará nombrar solamente cinco, que són las más señaladas: *La Elzeviriana* de Leyden, año de 1661, muy segura y correcta, que sigo yo comunmente; y si sucede apartarme de ella algunas veces, me valgo de la costosísima y magnífica de Londres, del año de 1712: la riquísima y bellísima de Glasgow, de 1750; y las dos muy exactas y bien trabajadas de Leyden por Francisco Oudendorpio, en los años de 1737 y 1750.

En atención á la mayor dignidad y limpieza de la obra, he juzgado conveniente omitir la traducción, y consiguiéntemente la edición de aquellos libros, que no siendo de César, suelen sin embargo imprimirse á una con sus *Comentarios* por vía de suplemento de los mismos en lo que les falta de las cosas de César. Esto no ha sido para mí razón suficiente para tomar un tercio más de trabajo por alargar otro tanto más la obra; y sobre todo para juntar con el puro César uno ó más autores costizos que desdican

no poco de la elegancia singular de aquel, ni tienen que ver nada con su hermosura. Y no es pensamiento este que se me haya de calificar por nuevo ú singular; pues tiene en su apoyo razón, autoridad y consejo. Tiene razón; lo uno porque así como es cosa sentada entre los críticos que César es el autor de los siete primeros libros de la *Guerra Galicana* y los tres de la *Civil*, así es incierto quién lo sea de los restantes. Ni tampoco se sabe si fué uno solo ó muchos. En cuya conformidad no sería buen consejo el confundir *Los Comentarios* conocidos de César con los dudosos de cualquier otro autor, pegando á una, riquísima tela de oro un pedazo de jerga. Lo segundo, porque estos libros añadidos nunca merecen ir á la par con los de César, ni aun mucho más atrás por la visible diferencia que entre unos y otros han notado los críticos de juicio perspicaz y sano. Citaré no más de dos, y esos españoles. El insigne Luis Vives, hablando con los maestros de letras humanas, les advierte (1), que para enseñar á los discípulos el estilo llano, familiar y castizo, pongan en sus manos *Los Comentarios* de César y las *Epístolas* de Cicerón; mas les previene que *Los Comentarios* añadidos, bien sea por Hircio, bien por Opio, son muy diferentes de los de César: «porque, dice él, son menos castizos y graves: por manera que se echa de ver que los escritos por César son obra de príncipe, como los otros de algún particular.» El conde de Portalegre, que con tanta destreza suplió la *Guerra de*

---

(1) Libro IV de *Trad. discipl. minus et puritatis habent majestatis; ut Cæsarianos à principe scriptos appareat, aliter à privato.*

*Granada* escrita por D. Diego Mendoza (1), dice: «que en su adición imitó antes á Floro con Livio, que á Hircio con César; pues no le bastó ser tan docto, tan curioso testigo de sus empresas y camarada, para que no se vea clara la ventaja que hace el estilo de *Los Comentarios* al suyo.» Y no parezca singular el voto de los españoles: véanse las quejas repetidas, las fuertes notas y censuras acres de Guischartd y Lo-Looz contra el continuador de *Los Comentarios*; y se conocerá cuánta diferencia va de estos á los suplementos en dictamen de estos críticos.

También tiene mi pensamiento en su favor la autoridad. Tradúcense estos *Comentarios* en lengua griega; y el autor (que se ignora) da punto á su traducción al fin del sétimo libro de la *Guerra Galicana*. Reimprímense en Brujas, año de 1491, y no se pasa al libro VIII ni los demás suplementos (2). Estudia y tradúcelos el señor Felipe III; y sólo pone su real mano en los siete primeros libros de B. G. y los tres de B. C., levantándola sin dar plumada en los demás que no son, ni S. M. los tenía por de César. Pero cuando no fuesen bastantes estas autoridades, no podía menos de ser para mí en extremo obligatoria la del señor infante D. Gabriel. S. A. R. no tradujo en español las obras todas que se tienen comunmente por de Salustio, sino las principales, ó las que á juicio de todos los sabios son de aquel historiador romano.

A la razón y autoridad quise se allegara también el con-

---

(1) Véase el discurso que sirve de prólogo.

(2) Puede verse esta edición en la Biblioteca Real.

sejo de españoles inteligentes en la materia, á quienes tuve por conveniente consultar. Uniformemente me respondieron todos que debía omitir la traducción de obra que no fuese de César. Y aun por eso me ha parecido dar también en castellano las pocas cartas suyas que entre las de Cicerón han llegado enteras á nosotros, y según el juicio de los críticos son reputadas por de César. Y no hay duda, sino que hasta en composiciones tan cortas y familiares se trasluce aquel aire, tono, buen gusto y carácter privativo que entre todos los sabios y cortesanos de Roma distinguan aquel singularísimo ciudadano entre los Romanos, y celebérrimo general entre los más afamados de la antigüedad.

Demás de esto nunca fué mi intento traducir en castellano todo lo que César hizo, sino todo lo que escribió: y esto se contiene (por lo que ha llegado á nuestra noticia) en los siete libros de la guerra Galicana, en los tres de la Civil, y las referidas cartas que se ponen al fin. No obstante para satisfacer al deseo de algunos que tal vez gustarán de leer, no sólo las proezas de este héroe del paganismismo escritas por él, sino también otras acciones de su condición nobilísima y vasto talento en el arte de gobernar y en el conocimiento de las ciencias, he pensado suplir lo que falta en esta parte á *Los Comentaríos* por medio más breve, y al parecer oportuno, con entresacar de la vida que de César escribió Suetonio un sumario de lo más digno de saberse acerca de esto, acabando con el fin desastrado y trágico de su vida ruidosísima. Para que haya uniformidad no sólo en toda la obra, mas también en lo que se

añade en la forma dicha como perteneciente á ella, he traducido los lugares de Suetonio que sirven de suplemento, como se muestra al pie de la edición. Y por haber leído en la misma vida de César escrita por Plutarco algunas circunstancias de ella que no me parecieron para omitidas, las he entreverado en el suplemento donde no rompiesen el hilo de la historia; llevando puesta la mira á que la juventud española dada al estudio de la literatura, se instruya de paso en una lengua tan armoniosa, rica y necesaria cual es la griega. Por lo que toca á los fragmentos ó trozos sueltos de César, por lo mismo que dejan de ser piezas enteras, he creído que no deben entrar en cuenta de la traducción.

Sírvome de algunas notas para que mejor se aclaren algunos lugares, á cuya cabal inteligencia no alcanza la mera traducción. He puesto particular cuidado en abreviar su número y en que vayan aligeradas de sobrada erudición, como de carga inútil; pues siendo enderezadas á satisfacer lo que se debe así á los sabios como á los que aspiran á serlo, la muchedumbre en el número y la prolijidad en el adorno de la erudición, serían fuera de propósito para unos y otros. Porque los primeros que tienen mente robusta para digerir de por sí las cosas científicas, no gustan de vianda muy manida; y á los segundos que pretenden instruirse, no quedaría campo bastante para ejercitar su propia industria y aplicación.

---



---

# COMENTARIOS DE C. JULIO CÉSAR

DE LA GUERRA DE LAS GALIAS.

---

## LIBRO PRIMERO.

La Galia (1) está toda dividida en tres partes (2): una que habitan los Belgas, otra los Aquitanos, la tercera los que en

---

(1) De intento se conservan en la traducción casi todos los nombres latinos de montes, ríos, pueblos y regiones: lo uno, porque los vulgares, posteriormente inventados, rara vez responden á los antiguos; lo otro, porque siendo estilo de los mejores historiadores dejar las ciudades, las provincias, los ríos, etc. con aquellos diferentes nombres que tenían según los diversos tiempos de la historia, no es lícito al traductor sustituir nombres dudosos, ó suponer que los modernos se conforman con los antiguos. Julio César, á juicio de Tácito, es en puntos geográficos *summus auctorum*. Por eso quien quiera evitar la censura que los diaristas de Trevoux hicieron de una traducción francesa de César, publicada en el año de 1755, donde todos, ó los más de los nombres antiguos se traducen por los corrientes en el día, debe seguir el método prudente de M. d'Anville en su *Notice de l'Ancienne Gaule*, y el medio seguro que el señor Infante adoptó en la nota 35 al Catilina. Dice S. A. R.: «En la versión de los nombres propios de lugares no hemos podido seguir regla fija; y así á unos damos el nombre que actualmente tienen, y á otros conservamos el antiguo, siempre que no nos hace disonancia.» La censura de los diaristas citados se lee en la pág. 2.866, tom. I de Oct. año de 1755.

(2) Se debe tener presente lo que el señor Luis XIV

su lengua se llaman Celtas y en la nuestra Galos (1). Todos estos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes. A los Galos separa de los Aquitanos el río Garona, de los Belgas el Marna y Sena. Los más valientes de todos son los Belgas, porque viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia (2); y rarisima vez llegan allá mercaderes con cosas á propósito para enflaquecer los bríos; y por estar vecinos á los Germanos, que moran á la otra parte del Rhin, con quienes traen continua guerra. Esta es también la causa porque los Helvecios se aventajan en valor á los otros (3) Galos, pues casi todos los días vie-

---

nota sobre la división de las Galias: «Cesar ne comprend point en cette division les autres parties de la Gaule qui étoient déjà sujettes à l'Empire Romain, comme la Gaule Narbonnaise et la Cisalpine.»

(1) Por eso siempre que César los contrapone con este nombre a los Belgas y Aquitanos, entiende por antonomasia los Celtas. Del mismo modo cuando nombra la Galia sin otro aditamento, quiere significar la Céltica. El traductor griego y los escritores de su nación llaman generalmente Κελτικὴ y Γαλατία á la Galia. De esta última voz se ignora el origen cierto, y hasta el propio significado, según Juan Bouino en su *Método para la Historia*, pág. 372. edición de Amsterdam, año de 1650; sin embargo, se debe leer á Cluverio, lib. I. cap. X de su *Antigua Germania*, y al mismo señor d'Anville y el *Diccionario Etimológico de Vosio*.

(2) La Provincia Romana respecto de la Galia Bélgica tenía de por medio toda la Galia Céltica de un lado, y de otro toda el Aquitania. Su cultura provenía no sólo de la dominación de los Romanos, sino también de la vecindad de Marsella, colonia de los Griegos. De ella escribe Plinio, *Hist. nat.*, lib. III, cap. IV: *Agrorum cultu, virorum, morumque dignatione, amplitudine opum, nulli provinciarum pos ferenda, breviterque Italia verius, quam provincia.* Lo que hoy llaman Condado de Provenza no es más que una parte de la Provincia antigua, ni la más culta que se diga de la Galia moderna ó de la Francia.

(3) Esto es, según se ha dicho, de la Galia Céltica, que

nen á las manos con los Germanos, ya cubriendo sus propias fronteras, ya invadiendo las ajenas. La parte que hemos dicho ocupan los Galos comienza del río Ródano, confina con el Garona, el Océano y el país de los Belgas; por el de los Sequanos y Helvecios toca en el Rhin, inclinándose al Norte. Los Belgas toman su principio de los últimos límites de la Galia, dilatándose hasta el Bajo-Rhin, mirando al Septentrión y al Oriente. La Aquitania entre Poniente y Norte por el río Garona se extiende hasta los montes Pirineos, y aquella parte del Océano que baña la España.

Entre los Helvecios fué sin disputa el más noble y el más rico Orgetórige. Este, siendo cónsules (1) Marco Mesala y Marco Pisón, llevado de la ambición de reinar, ganó á la nobleza y persuadió al pueblo (2) «á salir de su patria con todo lo que tenían; diciendo que les era muy fácil, por la ventaja que hacían á todos en fuerzas, señorearse de toda la Galia.» Poco le costó persuadirselo, porque los Helvecios, por su situación, están cerrados por todas partes; de

---

comprendía también á los Helvecios. Se cree que los llamados hoy Suizos habitan poco más ó menos el país que en tiempo de César fué de los Helvecios.

En la pág. 2 se pone *Pyrinæos montes*; puede ser que haya más razón para que se escriba *Pyreneos*, ó *Pyrenæos*, como en otras partes de esta obra se escribe esa voz. Por *Lemanno lacu* leen algunos *Lemano*. Véase el *Análisis geográfica de Italia* del mismo Anville, pág. 92.

(1) Este consulado fué el año de 693 de Roma, sesenta antes de Jesucristo.

(2) César: *civitati persuasit*. *Civitas* en este lugar, como también en otros muchos de los *Comentarios*, no significa algun lugar ó ciudad particular, sino *nación, pueblo, región*, que compone Estado ó República bajo de un mismo gobierno y leyes; como cuando en este mismo libro dice César: *omnis civitas Helvetia in quatuor pagos divisa est*; y más abajo: *urbes incenduntur in reliquis civitatibus... Galli generatim distributi in civitates*.

una por el Rhin, río muy ancho y muy profundo, que divide el país Helvético de la Germania; de otra por el altísimo monte Jura, que lo separa de los Sequanos; de la tercera por el lago Lemano y el Ródano, que parte términos entre nuestra provincia y los Helvecios. Por cuya causa tenían menos libertad de hacer correrías, y menos comodidad para recibir guerra contra sus vecinos; cosa de gran pena para gente tan belicosa. Demás que para tanto número de habitantes, para la reputación de sus hazañas militares y valor, les parecía término estrecho el de doscientas cuarenta millas (1) de largo, con ciento ochenta de ancho. En fuerza de estos motivos y del crédito de Orgetórige, se concertaron de apereibir todo lo necesario para la expedición, comprando acémilas y carros cuantos se hallasen, haciendo sementeras copiosísimas á trueque de estar bien provistos de trigo en el viaje; asentando paz y alianza con los pueblos comarcanos. A fin de efectuarlo, pareciéndoles que para todo esto bastaría el espacio de dos años, fijaron el tercero con decreto en fuerza de ley por plazo de su partida. Para el manejo de todo este negocio eligen á Orgetórige, quien tomó á su cuenta los tratados con las otras naciones; y de camino persuade á Castico, Sequano, hijo de Catamantáledes (rey que había sido muchos años de los Sequanos, y honrado por el Senado y Pueblo Romano con el título de amigo) que ocupase el trono en que antes había estado su padre: lo mismo persuade á Dumsórige Eduo, hermano de Diviciaco (que a la sazón era la primera per-

---

(1) M. d'Anville en el prefacio de su citada obra prueba claramente que después de muchos inútiles cálculos y observaciones de varios eruditos en ajustar las millas romanas con las que en el día se llaman leguas francesas (lo mismo pudiéramos decir de las españolas), nada se ha sacado en limpio. Por tanto, se ha dejado á las millas su significado y á los lectores la libertad de juzgar como mejor les parezca.

sona de su patria, muy bien quisto del pueblo) y le casa con una hija suya. «Representábales llana la empresa, puesto »que, habiendo él de obtener el mando de los Helvecios, y »siendo éstos sin duda los más poderosos de toda la Galia, »con sus fuerzas y ejército los aseguraría en la posesión »de los reinos.» Convencidos del discurso, se juramentan entre sí, esperando que, afianzada su soberanía y unidas tres naciones poderosísimas y fortísimas, podrían apoderarse de toda la Galia.

Luego que los Helvecios tuvieron por algunos indicios noticia de la trama, obligaron á Orgetórige á que diese sus descargos, aprisionado (1) según estilo. Una vez condeñado, sin remedio había de ser quemado vivo. Aplazado el día de la citación, Orgetórige compareció en juicio, acompañado de toda su familia, que acudió de todas partes á su llamamiento en número de diez mil personas (2), juntamente con todos sus dependientes y adeudados, que no eran pocos: por su intervención atajó el proceso. Mientras el pueblo irritado de tal tropelía trataba de mantener con las armas su derecho y los magistrados juntaban las milicias de las aldeas, vino á morir Orgetórige, no sin sospecha, en opinión de los Helvecios, de que se dió él á sí

---

(1) Quiere decir que le obligaron á que, atado con cadenas, amarrado con prisiones ó aherrojado como estaba, se justificase y diese razon de sí. Este modo de proceder en las causas graves no fué particular de los Helvecios, sino conocido también entre los Romanos. Tito Livio refiere un ejemplar en el lib. XXIX, cap. IX.

(2) César: *familia ad hominum millia decem*. Este número no debe parecer exorbitante, porque la *familia* se componía de esclavos, horros ó libertos, y criados que servían en casa, cultivaban los campos, pastoreaban los ganados, y atendían á las demás haciendas y negocios, que crecían y se multiplicaban á proporción del poder y riquezas del dueño. Igual extensión da Suetonio á la voz *familia* in Cæs., cap. X.

mismo la muerte (1). No por eso dejaron ellos de llevar adelante la resolución concertada de salir de su comarca (2). Cuando les pareció estar ya todo á punto, ponen fuego á todas sus ciudades, que eran doce, y á cuatrocientas aldeas con los demás caseríos: queman todo el grano, salvo el que podían llevar consigo, para que perdida la esperanza (3) de volver á su patria, estuviesen más prontos

(1) Algunos notadores se detienen á inquirir la causa porque los Helvecios trataron con tanta severidad a un príncipe de la nación, que les persuadía proyectos no menos conformes á su genio de ellos que ventajosos al Estado. El mismo César la insinúa con decir que aquel príncipe helvecio se dejó llevar de la *ambición de reinar*; y otros historiadores, como Dión y Paulo Orosio, la declaran expresamente. Orgetórige aspiraba á la soberanía universal de la Galia; receláronse de esto los grandes que entraron en la conjura; y como aborreciesen toda superioridad, le malquistaron con el pueblo hasta el término de darse la muerte. El señor Felipe III dice en pocas palabras lo que sucedió en esta ocasión. *Invidia: valuit mortui consilium, non vivi*. El mismo fin que en Orgetórige tuvieron semejantes intentos de alzarse con el reino en Cutilo, padre de Vercingetórige, como refiere César en el lib. VII de estos *Comentarios*. Parece haber quedado memoria de Orgetórige en una moneda de plata que copia Bouteroe en la página 51 de su *Averiguaciones sobre las monedas galicanas*; en el reverso se lee OPTITIPIX.

(2) «Orgetorige correpto, et ad mortem coacto, ceteri optimates cohíbere tamen semel animatas in prædam plebes nequiverunt,» escribe Orosio, lib. VII, cap. VI. Véase el dicho del señor Felipe III, citado en la nota antecedente.

(3) Tan determinada fué en esta gente la resolución de dejar su patria, que dice Floro juraron no volver jamás a ella: *Hoc sacramentum fuit ne redirent*, lib. III, cap. X. Este ejemplo de tanto valor y determinación casi temeraria, engendró en el pecho de varios generales la misma resolución heroica de imitar á los antiguos, y tal vez sobrepujarlos: el hecho de nuestro Hernán Cortés en América, cuando, echada toda su gente en tierra desconocida, mandó dar barreno á las naves, parece que ni antes tuvo

á todos los trances. Mandan que cada cual se provea de harina (1) para tres meses. Inducen á sus rayanos los Rau-raeos, Tulingos, Latebrigos á que sigan su ejemplo y, quebrando las poblaciones, se pongan en marcha con ellos: y á los Boyos, que, establecidas á la otra parte del Rhin, y adelantándose hasta el país de los Noricos, tenían sitia la su capital, empeñándolos en la facción, los reciben por compañeros.

Por dos caminos tan solamente podían salir de su tierra. uno por los Sequanos, estrecho y escabroso entre el Jura y el Ródano, por donde apenas podía pasar un carro y

---

muchos ejemplos, ni ha sido después seguido jamás ó imitado. «Resolución fué aquella (como dice el historiador) dignamente ponderada por una de las mayores de aquella conquista; y no sabemos (añade Solís) si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.» Por eso, propuesta por asunto de un Canto por la Real Academia Española, ésta en la distribución de premios del año de 1778 dió uno, cual era justo, al noble y armonioso Canto de D. José María Vaca de Guzmán, sacando cierto el presagio que en boca del mismo Cortés hizo el poeta á los soldados en la octava LIII, diciendo:

«Morir famosos, ó vencer valientes;  
 Pompa triunfal, ó decorosa pira  
 Sólo os aguarda: á las futuras gentes  
 Ya el piero coro vuestro aplauso inspira:  
 La fuga, que evitamos diligentes,  
 Será el objeto de la hispana lira,  
 Dando asunto á sus números suaves  
 La destrucción gloriosa de las naves.»

(1) César: *molita cibria*. No parece se deben entender aquí otras viandas: ἀλφίτα traduce el griego; nuestro Henriquez *harina*; Luis XIV *farines*, y *farina* el italiano de Albrici. Ni se debe tener por insoportable tanta carga para un soldado, cuando de los de Escipión dice Mariana, «que en España llevaban en sus hombros trigo para treinta días, y cada siete estacas para las trincheras, con que cercaban y barreaban los reales.» *Historia de España*, libro III, cap. IX.

señoreado de una elevadísima cordillera, de la cual muy pocos podían embarazar el paso: el otro por nuestra provincia, más llano y ancho, á causa de que, corriendo el Ródano entre los Helvecios y Alóbroges, con quien poco antes (1) se habían hecho paces, por algunas partes es vadeable. Junto á la raya de los Helvecios está Ginebra, última ciudad de los Alóbroges, donde hay un puente que remata en tierra de los Helvecios. Daban por hecho que, ó ganarían á los Alóbroges, por parecerles no del todo sincera su reconciliación con los Romanos, ó los obligarían por fuerza á franquearles el paso. Aparejado todo para la marcha, señalan el día fijo, en que todos se debían congregar á las riberas del Ródano. Era este el 28 de Marzo en el consulado de Lucio Pisón y Aulo Gabinio.

Informado César de que pretendían hacer su marcha por nuestra provincia, parte aceleradamente de Roma; y encaminándose á marchas forzadas (2) á la Galia ulterior, se planta en Ginebra. Da luego orden á toda la provincia de aprestarle el mayor número posible de milicias; pues no había en la Galia ulterior sino una legión sola. Manda cortar el puente de junto á Ginebra. Cuando los Helvecios supieron su venida, despáchanle al punto embajadores de la gente más distinguida de su nación, cuya voz llevaban Numeyo y Verodocio, para proponerle: «que su intención era pasar »por la provincia sin agravio de nadie, por no haber otro »camino; que le pedían lo llevase á bien.» César no lo juzgaba conveniente, acordándose del atentado de los Helvecios cuando mataron al cónsul Lucio Casio, derrotaron su

---

(1) Esto es, dos años antes que los Helvecios saliesen de su patria. Véase el Epítome de Livio, lib. CIII.

(2) Tanta fue en este viaje la celeridad de César, que al octavo día de su partida de Roma se puso en la Galia ulterior. Plutarco en su *Vida*.



ejército y lo hicieron pasar bajo del yugo (1): ni creía que hombres de tan mal corazón, dándoles paso franco por la provincia, se contuviesen de hacer mal y daño. Sin embargo, por dar lugar á que se juntasen las milicias provinciales, respondió á los enviados: «que tomaría tiempo (2) »para pensarlo; que si gustaban, volviesen por la respuesta »en 13 de Abril.» Entretanto, con la legión que tenía consigo y con los soldados que llegaban de la provincia desde el lago Lemano, que se ceba del Ródano hasta el Jura, que separa los Sequanos de los Helvecios, tira un vallado á manera de muro (3) de diez y nueve millas en largo, diez

(1) Esto se hacía para demostrar que los enemigos quedaban sojuzgados, haciéndolos pasar debajo de una lanza puesta en alto, atravesada sobre otras dos fijas en el suelo, como lo declara Tito Livio, lib. III, cap. XXVIII. *Ut exprimaturn tandem confessio, subiectam domitamque esse gentem... tribus hastis rugum fit; humi deflexis duabus, superque eas transversa una deligata. Sub hoc iugo Dictator Equos misit.* De aquí se deriva el verbo *subiugare* y el castellano *sojuzgar*.

(2) César: *diem se... sumturum*. Bien se echa de ver que por *diem* no se significa aquí el natural, ni el civil ni artificial, sino tiempo indeterminado; como cuando más abajo en este mismo libro escribe: *se, quod in longiorem diem collaturus esset, representaturum*. Sabido es también aquello de Virgilio, *Æneid.*, XI, 5:

*Multa dies, vtrique labor mutabilis ævi  
Retulit in melius...*

y lo que se enseña en el *Arte poética* de Horacio:

..... *carmen reprehendite, quod non  
Multa dies, et multa litura coercuit.*

(3) Este no sería muro de cal y canto, sino un cordón, cerca ó pared en seco. Así lo entendió el señor Felipe III cuando advirtió que la obra era *maceria sine cæmento*. Sin embargo, los que escriben de Milicia Romana citan este vallado para testimonio de la suma diligencia y laboriosidad de los soldados legionarios. Véase á Justo Lips de *Militia Romanor.*, lib. V, Diál. 13.

y seis pies en alto, y su foso correspondiente: pone guardias de trecho en trecho, y guarnece los cubos para rechazar más fácilmente á los enemigos, caso que por fuerza intentasen el tránsito. Llegado el plazo señalado á los embajadores, y presentados éstos, responde: «que, según costumbre y práctica del Pueblo Romano, él á nadie puede permitir el paso por la provincia: que si ellos presumen abrirselo por sí, protesta oponerse.» Los Helvecios, viendo frustrada su pretensión, parte en barcas y muchas balsas (1) que formaron, parte tentando vadear el Ródano por donde corría más somero, unas veces de día y las más de noche, forcejando por romper adelante, siempre rebatidos por la fortificación y vigorosa resistencia de la tropa, hubieron de cejar al cabo.

Quedábales sólo el camino por los Sequanos; mas sin el consentimiento de éstos era imposible atravesarlo, siendo tan angosto. Como no pudiesen ganarlos por sí, envían legados al Eduo Dumnórige para recabar por su intercesión

---

(1) César: *ratibusque compluribus factis*. Por el ningún arte con que los Helvecios trabajarían aquellas barcas, se podrán llamar *balsas*, que es un género de embarcación tosca, fabricada de muchos maderos atados unos con otros con fuertes bejucos y flexibles mimbres; como se puede ver en el cap. I, lib. I del *Pérsiles* de nuestro Cervantes, que las llama *enmaderamientos* y las describe con claridad. Floro, en el lib. III, cap. VIII, dice que los *Baleares ascendere etiam inconditas rates*; cuya expresión me persuade más y más á que, así las barcas helvéticas como las baleáricas, dichas en latín *rates*, equivalen á las *balsas* ó á las *almadrás*, bien conocidas en Navarra y Aragón hacia Jaca y Sangüesa, y de grande uso en los ríos que desembocan en el Ebro, por donde bajan hasta Tortosa. Si alguno quisiere noticias puntuales y muy eruditas sobre el lugar *Ocelum*, de que luego habla César, sobre los *Centrones*, *Grayocelos*, *Caturiges* y otros pueblos que habitaban los Alpes, puede ver á d'Anville, pág. 34 de la citada *Análisis de Italia*.

el beneplácito de los Sequanos, con quienes podía él mucho y los tenía obligados con sus liberalidades; y era también afecto á los Helvecios, por estar casado con mujer de su país, hija de Orgetórige: y al paso que por la ambición de reinar intentaba novedades, procuraba con beneficios granjearse las voluntades de cuantos pueblos podía. Toma, pues, á su cargo el negocio y logra que los Sequanos dejen el paso libre á los Helvecios por sus tierras, dando y recibiendo rehenes en seguridad de que los Sequanos no embarazarán la marcha, y de que los Helvecios la ejecutarán sin causar daño ni mal alguno. Avisan á César que los Helvecios están resueltos á marchar por el país de los Sequanos y Eduos hacia el de los Santones, poco distantes de los Tolosanos, que caen dentro de nuestra jurisdicción. Si tal sucediese, echaba de ver el gran riesgo de la provincia con la vecindad de hombres tan feroces y enemigos del Pueblo Romano en aquellas regiones abiertas y sumamente fértiles. Por estos motivos, dejando el gobierno de las fortificaciones hechas á su legado Tito Labieno, él mismo en persona á grandes jornadas vuelve á Italia, donde alista dos legiones: saca de los cuarteles otras tres que invernan en los contornos de Aquileya, y con todas cinco, atravesando los Alpes por el camino más corto, marcha en diligencia hacia la Galia ulterior. Opónense al paso del ejército los Centrones, Grayocelos y Caturiges, ocupando las alturas: rebatidos todos en varios reencuentros, desde Occio, último lugar de la Galia Cisalpina, en siete días se puso en los Voconcios, territorio de la Transalpina: desde allí conduce su ejército á los Alóbroges; de los Alóbroges á los Segusianos, que son los primeros del Ródano para allá fuera de la provincia. Al tanto los Helvecios, trasportadas sus tropas por los desfiladeros y confines de los Sequanos, habían ya penetrado por el país de los Eduos, y le corrían. Los Eduos, no pudiendo defenderse de la violencia, envían á pedir socorro á César, representándole: «haber suo

«siempre tan leales al Pueblo Romano, que no debiera sufrir-se que casi á vista de nuestro ejército sus labranzas fuesen destruídas, cautivados sus hijos y sus pueblos asolados.» Al mismo tiempo que los Eduos, sus aliados y parientes los Ambarros dan parte á César cómo arrasadas ya sus heredades, á duras penas defienden los lugares del furor enemigo: igualmente los Alóbroges, que tenían haciendas y granjas al otro lado del Ródano, van á ampararse de César, diciendo que nada les queda de lo suyo sino el suelo desnudo (1) de sus campos y heredades. César, en vista de tantos desafueros, no quiso aguardar á que los Helvecios, después de una desolación general de los países aliados, llegasen sin contraste á los Santones.

Iban los Helvecios pasando en balsas y barcones el río Arar, el cual desagua en el Ródano, corriendo por tierras de los Eduos y Sequanos tan mansamente (2), que no pueden discernir los ojos hacia qué parte corre. Mas informado César por sus espías que los Helvecios habían ya pasado tres partes de sus tropas al otro lado del río, quedando de este la cuarta sola, sobre la media noche (3)

(1) César: *præter agri solum*. Quiere decir que sólo les quedaba escueta, monda, rasa la tierra; talado, gastado y arrasado todo el campo.

(2) Mela, en el lib. III, cap. IV, escribe: *Rhodanus fluvius ex Alpibus sese rapiens per Lemannum lacum, seynemque deferens Ararim*, etc. Silio Itálico, hablando de cómo el lago Lemano se ceba ó crece con las aguas del Arar, en el lib. III, vers. 451 dice:

*Auget opes stanti similis, tacitoque liquore  
Mistus Arar.*

Ambas descripciones demuestran que en el texto de César se debe escribir *lenitate*, como advierte nuestro Chacón, y no *levitate* ó *celeritate*, como quieren otros anotadores.

(3) César: *de tertia vigilia*. Los Romanos dividían la noche en cuatro partes de á tres horas, que llamaban *vigilias*, y según la variedad del tiempo eran ya más cortas, ya más largas. Nosotros las entendemos por *mudas, velas*,

moviendo con tres legiones, alcanzó aquel trozo, que aun estaba por pasar el río, y acometiéndolos en el mayor calor de esta maniobra, deshizo una gran (1) parte de ellos: los demás echaron á huir, escondiéndose dentro de los bosques cercanos. Este era el cantón Tigurino, uno de los cuatro (2) en que está dividida toda la Helvecia, y aquel mismo que, habiendo salido solo de su tierra en tiempo de nuestros padres, mató al cónsul Lucio Casio, y sujetó su ejército á la ignominia del yugo. Así, <sup>ó</sup> por acaso ó por acuerdo de los dioses inmortales, la parte del cuerpo Helvético que tanto mal hizo al Pueblo Romano, esa fué la

*guardas ó rondas*, por ser este el tiempo en que hacía su guardia cada soldado y después era relevado de otro. La primera vela se contaba de seis á nueve; de nueve á doce la segunda; hasta las tres la tercera; de tres á seis la cuarta. «Ahora tenemos (escribe Ambrosio Morales) repartidas las velas en tres partes, llamadas *Prima, Modorra y Alba.*» *Rep. Rom.* También en las investigaciones militares de Mr. Lo-Looz, pág. 111, se leen algunas curiosidades sobre las *velas nocturnas, horas diurnas*, etc. de la milicia romana en tiempo de César. Y según Salustio en la *Guerra de Jugurta* (pág. 264 de la traducción del señor infante D. Gabriel), acostumbraban los Romanos tocar trompetas al mudar las guardias por la noche, y cada ronda tenía las suyas, así como la caballería sus cornetas.

(1) Plutarco no atribuye esta rota de los Tigurinos Helvecios al mismo César, sino á su lugarteniente Labieno, pues dice expresamente: Τηγυρινούς μὲν οὐκ αὐτός, ἀλλ' Ἀχιβιῆνός πεμβείς ὑπ' αὐτοῦ περὶ τῶν Ἄρρηι τοταπῶν συνέτριψεν: in Cæsare.

(2) César: *in quatuor pagos*. No nombra más que dos: el Tigurino, y más abajo el Verbigeno. Nosotros podríamos llamar á los *pagos merindades, alcaldías, partidos, valles ó cendeas*. Quien gustase de saber cuáles eran los otros dos cantones Helvecios, con sus nombres antiguos y los que hoy se les dan en los Suizos, puede leer la erudita Disertación de Mr. de Francheville, de la Real Academia de Berlín, en el tomo correspondiente al año de 1779, página 480 y siguientes.

primera que pagó la pena: con la cual vengó César las injurias no sólo de la República, sino también las suyas propias; pues los Tigurinos habían muerto al legado Lucio Pisón, abuelo de su suegro, del propio nombre, en la misma batalla en que mataron á Casio.

Después de esta acción, á fin de poder dar alcance á las demás tropas enemigas, dispone echar un puente sobre el Arar, y por él conduce su ejército á la otra parte. Los Helvecios, espantados de su repentino arribo, viendo ejecutado por él en un día el pasaje del río, que apenas y con sumo trabajo pudieron ellos en veinte, despáchante una embajada, y por jefe de ella á Divicón, que acaudilló á los Helvecios en la guerra contra Casio; y habló á César en esta sustancia: «que si el Pueblo Romano hacía paz con los Helvecios, estaban ellos prontos á ir y morar donde César lo mandase y tuviese por conveniente; mas si persistía en hacerles guerra, se acordase de la rota del ejército romano y del valor de los Helvecios. Que la sorpresa de un cantón sólo en sazón que los otros de la orilla opuesta no podían socorrerle, ni era motivo para presumir de su propia valentía, ni para menospreciarlos á ellos: que tenían por máxima recibida de padres á hijos confiar en los combates más de la fortaleza propia que no de ardides y estratagemas. Por tanto, no diese lugar á que el sitio donde se hallaba se hiciese famoso por una calamidad del Pueblo Romano, y testificase á la posteridad la derrota de su ejército.» A estas razones respondió César: «que tenía muy presente (1) cuanto decían los embajado-

---

(1) Se observa que los discursos y arengas de César (aun las dichas por él mismo) casi siempre se escriben en boca de tercero ó en oblicuo, pocas veces en recto ó en persona de quien las pronunció. Y como quiera que esto diga bien con las leyes de la historia (*in qua, según Tulio, nihil est pura et illustri brevitate dulcius*), todavía es más conforme á la naturaleza y concisión de *Comentarios*.

»res Helvecios; y que por lo mismo hallaba menos motivos  
 »para vacilar en su resolución: sólo si grandes de senti-  
 »miento; tanto mayor, cuanto menos se lo había merecido  
 »el Pueblo Romano, quien, si se creyera culpado, hubiera  
 »fácilmente evitado el golpe; pero fué lastimosamente en-  
 »gañado, por estar cierto de no haber cometido cosa de  
 »qué temer, y pensar que no debía recelarse sin causa. Y  
 »cuando quisiese olvidar el antiguo desacató, ¿cómo era  
 »posible borrar la memoria de las presentes injurias, cuales  
 »eran, haber intentado el paso por la provincia mal de su  
 »grado, y las vejaciones hechas á los Eduos, á los Amba-  
 »rros, á los Alóbroges? Que tanta insolencia en gloriar-  
 »se de su victoria, y el extrañar que por tanto tiempo se to-  
 »lerasen sin castigo sus atentados, dimanaba de un mismo  
 »principio; pues que suelen (1) los dioses inmortales,  
 »cuando quieren descargar su ira sobre los hombres en ven-  
 »ganza de sus maldades, concederles tal vez mayor pros-  
 »peridad con impunidad más prolongada, para que después  
 »les cause mayor tormento el trastorno de su fortuna. Con  
 »todo eso, hará paz con ellos, si le aseguran con rehenes  
 »que cumplirán lo prometido, y si reparan los daños hechos  
 »á los Eduos, á sus aliados y á los Alóbroges.» Respondió  
 Divición: «que de sus mayores habían los Helvecios apren-

---

(1) Bien conocido es el tratado de Plutarco, *περὶ τῶν  
 ἐπὶ τοῦ θεοῦ βραδείων τιμωρουμένων*, de aquellos en quien  
 prolonga Dios el castigo. Con la misma sentencia animaba  
 á los Turdetanos el español Baucio Capeto cuando los vió  
 armados contra los Fenicios y resueltos á vengar sus inju-  
 rias. «No hay para qué temer, les decía, la felicidad y  
 »buena andanza de que tanto tiempo gozan nuestros ene-  
 »migos; antes debéis pensar que Dios acostumbra dar ma-  
 »yor felicidad y sufrir más largo tiempo á aquellos de quien  
 »pretende tomar más entera venganza, y en quien quiere  
 »hacer mayor castigo, para que sientan más la mudanza y  
 »miseria en que caen.» Mariana, *Historia de España*, lib. I,  
 cap. XVIII.

«dido la costumbre de recibir rehenes, no de darlos; de que los Romanos (1) eran testigos.» Dicho esto, se despidió. Al día siguiente alzan los reales de aquel puesto. Hace lo propio César; enviando delante la caballería compuesta de cuatro mil hombres que había juntado en toda la provincia, en los Eduos, y los confederados de éstos, para que observasen hacia dónde marchaban los enemigos. Mas como diesen tras ellos con demasiado ardimiento, vienen á trabarse en un mal paso con la caballería de los Helvecios, y mueren algunos de los nuestros. Engraidos ellos con esta ventaja, pues con quinientos caballos habían hecho retroceder á cuatro mil, empezaron á esperar á los nuestros con mayor osadía, y á provocarlos á combate vuelta de frente la retaguardia. César reprimía el ardor de los suyos, contentándose por entonces con estorbar al enemigo los robos, forrajes y talas. De este modo anduvieron cerca de quince días, no distando su retaguardia de la vanguardia nuestra más de cinco á seis millas.

Mientras tanto instaba César todos los días á los Eduos por el trigo que por acuerdo de la República le tenían ofrecido: y es que, á causa de los fríos de aquel clima, que, como antes se dijo, es muy septentrional, no sólo no estaba sazonado, pero ni aun alcanzaba el forraje: y no podía tampoco servirse del trigo conducido en barcas por el Arar, porque los Helvecios se habían desviado de este río, y él no quería perderlos de vista. Dábanle largas los Eduos con decir que lo estaban acopiando, que ya venía en ca-

---

(1) Recuerda Divición á César la rota que él mismo á la frente de los Tigurinos dió al ejército romano y al cónsul Casio; como se puede ver en Orosio, lib. V, cap. XV. El pedirseles ahora rehenes por parte de César llevaron tan á mal los Helvecios, que después de tal proposición nunca más quisieron dar oídos á tratados de paz, por el sumo desdoro que creían ser para su nación el entregar rehenes á ninguna otra.



mino, que luégo llegaba. Advirtiéndole él que era entretenerlo no más (1), y que apuraba el plazo en que debía repartir las raciones de pan á los soldados, habiendo convocado á los principales de la nación, que militaban muchos en su campo, y también á Diviciaco y Lisco, que tenía el supremo magistrado (que los Eduos llaman Vergobreto, y es anual con derecho sobre la vida y muerte de sus nacionales) quéjase de ellos agriamente, porque no pudiendo haber trigo por compra ni cosecha, en tiempo de tanta necesidad, y con los enemigos á la vista, no cuidaban de remediarle: que habiendo él emprendido aquella guerra obligado en gran parte de sus ruegos, todavía sentía más el verse así abandonado. En fin, Lisco, movido del discurso de César, descubre lo que hasta entonces había callado: y era, «la mucha mano que algunos de su nación tenían con la gente menuda, los cuales, con ser unos meros particulares, mandaban más que los mismos magistrados: esos eran los que, vertiendo especies sediciosas y malignas, disuadían al pueblo que no aprontase el trigo, diciendo que, pues no pueden hacerse señores de la Galia, les vale más ser vasallos de los Galos que de los Romanos: siendo cosa sin duda, que si una vez vencen los Romanos á los Helvecios, han de quitar la libertad á los Eduos no menos que al resto de la Galia: que los mismos descubrían á los enemigos nuestras trazas, y cuanto acaecía en los reales; y él no podía irles á la mano; antes estaba previendo el gran riesgo que corría su persona por habérselo manifestado á más no poder, y por eso, mientras pudo, había disimulado.» Bien conocía César que las expresiones de

(1) César; *ubi se diutius duci intellexit*; esto es, viendo que le entretendían, le traían en palabras ó engañaban. Del verbo *ducere* en el mismo sentido usa Terencio, *Phorm.*, Act. III, scæ. 2; y Simón Abril lo traduce por *engañar*.

Lisco tildaban á Dumnórige, hermano de Diviciaco; mas no queriendo tratar este punto en presencia de tanta gente, despide luégo á los de la junta, menos á Lisco: examínale á solas sobre lo dicho; explícate él con mayor libertad y franqueza; por informes secretos tomados de otros halla ser la pura verdad: «que Dumnórige era el tal; »hombre por extremo osado, de gran séquito popular por »su liberalidad, amigo de novedades: que de muchos años »atrás tenía en arriendo bien barato el portazgo y todas las »demás alcabalas de los Eduos, porque haciendo él pos- »tura, nadie se atrevía á pujarla. Con semejantes arbitrios »había engrosado su hacienda, y amontonado grandes cau- »dales para desahogo de sus profusiones: sustentaba siem- »pre á su sueldo un gran cuerpo de caballería, y andaba »acompañado de él; con sus larguezas dominaba, no sólo »en su patria, sino también en las naciones confinantes: »que por asegurar este predominio había casado á su ma- »dre entre los Bituriges con un señor de la primera no- »bleza y autoridad; su mujer era helvecia; una hermana »suya por parte de madre y varias parientas tenían mari- »dos extranjeros: por estas conexiones favorecía y procu- »raba el bien de los Helvecios; por su interés particular »aborrecía igualmente á César y á los Romanos; porque »con su venida le habían cercenado el poder, y restituído »al hermano Diviciaco el antiguo crédito y lustre. Que si »aconteciese algún azar á los Romanos, entraba en gran- »des esperanzas de alzarse con el reino con ayuda de los »Helvecios: durante el imperio romano, no como quiera »desconfiaba de llegar al trono, sino aun de mantener el »séquito adquirido.» Averiguó también César en estas pes- quisas que Dumnórige y su caballería (mandaba él la que los Eduos enviaron de socorro á César) fueron los primeros á huir en aquel encuentro mal sostenido pocos días antes, y que con su fuga se desordenaron los demás escuadrones. Hechas estas averiguaciones, y confirmados los indi-

cios con otras pruebas evidentísimas de haber sido él promotor del tránsito de los Helvecios por los Sequanos, y de la entrega recíproca de los rehenes; todo no sólo sin aprobación de César y del gobierno, pero aun sin noticia de ellos; y, en fin, siendo su acusador el juez supremo de los Eduos, parecíale á César sobrada razón para castigarle ó por sí mismo, ó por sentencia del tribunal de la nación. La única cosa que le detenia era el haber experimentado en su hermano Diviciaco una grande afición al Pueblo Romano, y para consigo una voluntad muy fina, lealtad extremada, rectitud, moderación; y temía que con el suplicio de Dumnórige no se diese por agraviado Diviciaco. Por lo cual, antes de tomar ninguna resolución, manda llamar á Diviciaco, y dejados los intérpretes ordinarios, por medio de Cayo Valerio Procilo, persona principal de nuestra provincia, amigo íntimo suyo, y de quien se fiaba en un todo, le declara sus sentimientos, trayéndole á la memoria los cargos que á su presencia resultaron contra Dumnórige en el consejo de los Galos, y lo que cada uno en particular había depuesto contra éste. Le ruega y amonesta no lleve á mal que ó él mismo, sustanciado el proceso, sentencie al reo, ó dé comisión de hacerlo á los jueces de la nación. Diviciaco, abrazándose con César, deshecho en lágrimas, se puso á suplicarle: «que no hiciese alguna demostración ruidosa con su hermano; que bien sabía ser cierto lo que le achacaban; y nadie sentía más vivamente que él los procedimientos de aquel hermano, á quien cuando por su poca edad no hacía figura en la nación, le había valido él con la mucha autoridad que tenía con los del pueblo y fuera de él, para elevarlo al auge de poder en que ahora se halla, y de que se vale, no sólo para desacreditarle, sino para destruirle si pudiera. Sin embargo, podía más consigo el amor de hermano, y el qué dirán las gentes, siendo claro que cualquiera demostración fuerte de César la tendrían todos por suya, á causa de la mucha cabida

20

«que con él tiene; por donde vendría él mismo á malquistarse con todos los pueblos de la Galia.» Repitiendo estas réplicas con tantas lágrimas como palabras, tómale César de la mano, y consolándolo, le ruega no hable más en el asunto; asegúrale que aprecia tanto su amistad, que por ella perdona las injurias hechas á la República y á su persona. Luégo hace venir á su presencia á Dumnórige; y delante de su hermano le echa en cara las quejas de éste, las de toda la nación, y lo que él mismo había averiguado por sí. Encárgale no dé ocasión á más sospechas en adelante, diciendo que le perdona lo pasado por atención á su hermano Diviciaco, y le pone espías para observar todos sus movimientos y tratos.

Sabiendo ese mismo día de los batidores, que los enemigos habían hecho alto á la falda de un monte, distante ocho millas de su campo, destacó algunos á reconocer aquel sitio, y qué tal era la subida por la ladera del monte. Informáronle no ser agria. Con eso, sobre la media noche ordena al primer comandante (1) Tito Labieno, que con dos legiones, y guiado de los prácticos en la senda, suba á la cima, comunicándole su designio. Pasadas tres horas,

---

(1) César: *legatum pro prætore*. Consta de las medallas antiguas que los procónsules en las provincias solían tener entre los legados señalado uno que precedía á los demás en dignidad, ejecutaba las principales comisiones, y en ausencia del procónsul mandaba con poderes de pretor, así en lo político como en lo militar. Fulvio Ursino en este lugar alega una en que M. Bruto se intitula PROCOS, y su legado Cayo Fu vio LEG. PROPR. Tal era Labieno respecto de César, como se puede observar en varios lugares de estos *Comentarios*. También se ha de saber que los Romanos llamaban *prætor* al capitán general en guerra, y á su primer teniente ó comandante *proprætor*. Como al capitán general por lo común llamaban *prætor*, de ahí era llamarse *prætorio* su tienda, pabellón ó casa; y porque los legados de los Romanos llevaban el mando y el poderío de pretor, los podemos llamar tenientes ó lugartenientes de él.

marcha él en seguimiento de los enemigos por la vereda misma que llevaban, precedido de la caballería, y destacando antes con los batidores á Publio Considio, tenido por muy experto en las artes de la guerra, como quien había servido en el ejército de Lucio Sila y después en el de Marco Craso. Al amanecer, cuando ya Labieno estaba en la cumbre del monte y César á milla y media del campo enemigo, sin que se trasluciese su venida ni la de Labieno, como supo después de los prisioneros, viene á él á la carrera abierta Considio con la noticia de «que los enemigos ocupan el monte que había de tomar Labieno, como le habían cerciorado sus armas y divisas.» César recoge luego sus tropas al collado más inmediato, y las ordena en batalla. Como Labieno estaba prevenido con la orden de no pelear mientras no viese á César con los suyos sobre el ejército enemigo, á fin de cargarle á un tiempo por todas partes; dueño del monte, se mantenía sin entrar en acción, aguardando á los nuestros. En conclusión, era ya muy entrando el día cuando los exploradores informaron á César que era su gente la que ocupaba el monte; que los enemigos continuaban su marcha, y que Considio en su relación supuso de miedo lo que no había visto. Con que César aquel día fué siguiendo al enemigo con interposición del trecho acostumbrado, y se acampó á tres millas de sus reales.

Al día siguiente, atento que sólo restaban dos de término para repartir las raciones de pan á los soldados, y que Bibracte, ciudad muy populosa y abundante de los Eduos, no distaba de allí más de diez y ocho millas, juzgó conveniente cuidar de la provisión del trigo: por eso, dejando de seguir á los Helvecios, tuerce hácia Bibracte: resolución que luego supieron los enemigos por ciertos esclavos de Lucio Emilio, decurión (1) de la caballería galicana.

(1) Cada compañía de caballos se componía de treinta

24 Los Helvecios, ó creyendo que los Romanos se retiraban de cobardes, mayormente cuando apostados el día antes en sitio tan ventajoso habían rehusado la batalla, ó confiando de poder interceptarles los víveres; mudando de idea y de ruta, comenzaron á perseguir y picar nuestra retaguardia. Luégo que César lo advirtió, recoge su infantería en un collado vecino, y hace avanzar la caballería con el fin de reprimir la furia enemiga. Él, mientras tanto, hacia la mitad del collado dividió en tres tercios las cuatro legiones de veteranos; por manera que, colocadas en la cumbre y á la parte superior de las suyas la dos nuevamente alistadas en la Galia Cisalpina y todas las tropas auxiliares, el cerro venía á quedar cubierto todo de gente. Dispuso sin perder tiempo que todo el bagaje se amontonase en un mismo sitio bajo la escolta de los que ocupaban la cima. Los Helvecios, que llegaron después con todo su carruaje, lo acomodaron también en un mismo lugar, y formados en batalla, muy cerrados los escuadrones, rechazaron nuestra caballería; y luégo, haciendo empavesada (1), arremetieron á la vanguardia. César, haciendo

25

---

hombres, y el primero de cada diez se llamaba decurión, semejante á nuestros sargentos; bien que aun después de varias reformas en la milicia romana se dió igual nombre al que mandaba toda la compañía: Vegecio, lib. II, capítulo XIV. «Decuriones eran también los que, como en »Roma los senadores, así en las colonias y municipios »consultaban en la gobernación como nuestros regidores,» dice Morales en la *Repúb. Romana*. Sobre la ciudad de Bibracte, de la cual habla César con tanta individualidad, se puede ver á d'Anville en la *Notice de la Gaule*, pág. 156.

(1) César: *phalange facta*. En César, Livio, Curcio, Orosio y otros historiadores, así latinos como griegos, ocurre frecuente memoria de esta antiquísima formación militar. Los Griegos, donde parece haberse inventado (si ya no fueron autores de ella los Egipcios, como insinúa el señor Infante, nota 149 al *Jugurta*), la llamaron *φάλαγγξ* y *συνασπισμός*; los latinos *phalanx* y *consulatio*; los france-

retirar del campo de batalla todos los caballos, primero el suyo, y luego los de los otros, para que siendo igual en todos el peligro, nadie pensase en huir, animando á los suyos trabó el choque. Los soldados, disparando de alto á bajo sus dardos, rompieron fácilmente la empavesada enemiga, la cual desordenada, se arrojaron sobre ellos espada en mano. Sucediales á los Galos una cosa de sumo embarazo en el combate, y era que tal vez un dardo de los nuestros atravesaba de un golpe varias de sus rodelas, las cuales, ensartadas en el astil y lengüeta del dardo retorci-

---

ses ya entienden por lo mismo que un *gros bataillon carré*, ya por *escadron fort serré*; los italianos la llaman *falange* y *grosso squadrone*; los españoles *haz bien apretada*, *pelotón cerrado*, etc. Parece que de ninguna de estas maneras se explica ni tan propia ni tan brevemente como con la voz castellana *pavesada* ó *empavesada*, que es formación hecha de *paveses*, esto es, *broqueles* ó *escudos*. Con ella se expresa de todo punto el significado de la voz latina *consutatio* y la griega *συναστιαμός*. Véase á Saavedra, *Coron. Got.* en Wamba, donde describiendo, tan elegantemente como suele, el famoso cerco que aquel rey puso á Nimes, dice «que unos (de los expugnadores) arrimaban »escalas, y otros, levantando sobre las cabezas los escudos, hacían *empavesadas*.» Pág. 193, tom. II, edic. de Amberes, año de 1681. Si tal vez se usa en la presente traducción de la palabra *falange*, es porque está introducida en castellano, como lo advierte el P. Alcaraz en el *Perfecto Latino*. De las varias especies de esta formación, su diversa figura y uso, han escrito casi todos los que han tratado de Milicia Romana. *Just. Lips.*, Diál. 5, lib. I. Poliorcet cita á muchos. Entre los sabios militares modernos que han tratado de esta formación de la falange y sus especies, es muy digno de leerse Carlos Guischart, oficial holandés, en varias partes de sus *Memorias militares*, impresas en la Haya, año de 1758. Y ya se sabe que como para la individual explicación de la *Legión* romana compuso Modesto un vocabulario á propósito, así ni más ni menos escribió otro Urbicio para la cabal inteligencia de las partes de la falange.

do, ni podían desprenderlas, ni pelear sin mucha incomodidad, teniendo sin juego la izquierda; de suerte, que muchos, después de repetidos inútiles esfuerzos, se reducían á soltar el broquel y pelear á cuerpo descubierto. Finalmente, desfallecidos de las heridas, empezaron á cejar y retirarse á un monte distante cerca de una milla. Acogidos á él, yendo los nuestros en su alcance, los Boyos y Tulingos, que en número de casi quince mil cerraban el ejército enemigo, cubriendo su retaguardia, asaltaron sobre la marcha el flanco (1) de los nuestros, tentando cogerlos en medio. Los Helvecios retirados al monte que tal vieron, cobrando nuevos bríos, volvieron otra vez á la refriega. Los Romanos se vieron precisados á combatirlos dando tres frentes al ejército; oponiendo el primero y el segundo contra los vencidos y derrotados, y el tercero contra los que venían de refresco. Así en doble batalla (2)

(1) César: *latere aperto*. Quiere decir, que acometieron á los nuestros por el costado descubierto, es á saber, por el lado derecho, que no tenían defendido con los escudos, como lo estaba el izquierdo; y esto se debe tener presente siempre que se hable de ataque por el lado descubierto.

(2) César: *incipiti prælio*. Se usa ordinariamente de esta frase latina para significar que *la victoria no se declara o inclina; que está pendiente, en peso ó en balanzas con suceso dudoso*: mas en este lugar de César, es de creer por las circunstancias, que la batalla se daba en dos distintas partes; y que esto es lo que dice César, *que era doble el combate*. Así se debe entender también esta frase en el sétimo de estos Comentarios, cuando en el sitio de Alesia César escribe así: *Nec erat omnium (Gallorum) quisquam, qui aspectum modo tantæ multitudinis sustineri posse arbitraretur, præsertim incipiti prælio; quum cæ oppido eruptione pugnaretur, et foris tantæ copiæ cernerentur*. Cornelio Nepote, Curcio y Livio, en lugar de *prælio*, suelen decir *incipiti pugna, acie, periculo*. Salustio hablando de Cicerón escribe en el *Catilina*, que descubierta aquella



estuvieron peleando gran rato con igual ardor: hasta que no pudiendo los enemigos resistir por más tiempo al esfuerzo de los nuestros, los unos se refugiaron al monte, como antes; los otros se retiraron al lugar de sus fardos y carruajes: por lo demás, en todo el discurso de la batalla, dado que duró desde las siete de la mañana hasta bien caída la tarde, nadie pudo ver las espaldas al enemigo; y gran parte de la noche duró todavía el combate donde tenían el bagaje, puestos alrededor de él por barrera los carros, desde los cuales disparaban con ventaja á los que se arrimaban de los nuestros, y algunos por entre las pértigas y ruedas los herían con (1) pasadores y lanzas. En fin, después de un porfiado combate, los nuestros se apoderaron de los reales, y en ellos, de una hija y un hijo de Orgetórige. De esta jornada se salvaron al pie de ciento treinta mil de los enemigos, los cuales huyeron sin parar toda la noche; y no interrumpiendo un punto su marcha, al cuarto día llegaron á tierra de Langres, sin que los nuestros pudiesen seguirlos, por haberse detenido tres días á curar los heridos y enterrar los muertos. Entretanto César despachó correos con cartas á los Langreses, intimidándoles «no los socorriesen con bastimentos, ni cosa alguna, so pena de ser tratados como los Helvecios:» y pasados los tres días marchó él mismo con todo el ejér-

---

conjuración, *ancipiti malo permotus*, etc.; y el real intérprete traduce: *Cicerón, viéndose entre dos males*, etc., página 37.

(1) César: *tragulas*. Así traduce el señor Felipe III, y el *Diccionario* de la lengua castellana dice que pasador es cierto género de flecha ó saeta muy aguda que se dispara con ballesta. El Vosio en su *Etimológico* dice que estas palabras *matara*, ó *materes sunt Celticum lancea genus; eoque origo eius in Latio quæri non debet*. Véase allí lo demás tocante á esto y á la *tragula* del texto; y con más extensión en el cap. II, lib. I, de *Vitiis Latini sermonis*, del mismo Vosio.

27.

cito en su seguimiento. Ellos, apretados con la falta de todas las cosas, le enviaron diputados á tratar de la entrega; los cuales, presentándosele al paso y postrados á sus piés, como le instasen por la paz con súplicas y llantos, y respondiese él le aguardasen en el lugar en que á la sazón se hallaban, obedecieron. Llegado allá César, á más de la entrega de rehenes y armas, pidió la restitución de los esclavos fugitivos. Mientras se andaba en estas diligencias, cerró la noche; y á poco después unos seis mil del cantón llamado Urbigeno, escabulléndose del campo de los Helvecios, se retiraron hácia el Rhin y las fronteras de Germania, ó temiendo no los matasen después de desarmarlos, ó confiando salvar las vidas, persuadidos á que entre tantos prisioneros se podría encubrir su fuga, ó ignorar totalmente. César, que lo entendió, mandó á todos aquellos, por cuyas tierras habían ido, que si querían justificarse con él, fuesen tras ellos y los hiciesen volver: vueltos ya, tratólos como á enemigos: á todos los demás, hecha la entrega de rehenes, armas y desertores, los recibió bajo su protección. A los Helvecios, Tulingos y Latóbrigos mandó volviesen (1) á poblar sus tierras abandonadas; y atento que, por haber perdido los abastos, no tenían en su patria con qué vivir, ordenó á los Alóbroges los proveyesen de granos, obligando á ellos mismos á reedificar las ciudades y aldeas quemadas. La principal mira que en esto llevó, fué no querer que aquel país desamparado de los Helvecios quedase baldío: no fuese que los Germanos

28.

---

(1) Plutarco in Cæs. escribe que eran más de cien mil los que volvieron á su país; y que esta acción heroica de César le granjeó mucho mayor gloria que la victoria misma. Floro en el lib. III, cap. X, añade que en tal manera domó César y humilló á los Helvecios, que los hizo retirar á su patria, bien así como un pastor acorralla su ganado: *bellicosissimam gentem sic in sedes suas, quasi greges in stabula reduxit.*

de la otra parte del Rhin, atraídos de la fertilidad del terreno, pasasen de su tierra á la de los Helvecios, é hiciesen con eso mala vecindad á nuestra provincia y á los Alóbrogos. A petición de los Eduos les otorgó que en sus estados diesen establecimiento á los Boyos, por ser gente de conocido valor; y, en consecuencia, los hicieron por igual participantes en sus tierras, fueros y exenciones. Halláronse en los reales helvecios unas memorias, escritas con caracteres (1) griegos, que presentadas á César, se vió contenían por menor la cuenta de los que salieron de la patria en edad de tomar armas, y en lista aparte los niños, viejos y mujeres. La suma total de personas era: de los Helvecios doscientos setenta y tres mil; de los Tulingos treinta y seis mil; de los Latóbrigos catorce mil; de los Rauracos veintidos mil; de los Boyos treinta y dos mil; los de armas llevar eran noventa y dos mil: entre todos componían trescientos sesenta y ocho mil. Los que volvieron á sus patrias, hecho el recuento por orden de César, fueron ciento diez mil cabales.

Terminada la guerra de los Helvecios, vinieron legados de casi toda la Galia los primeros personajes de cada república á congratularse con César; diciendo que, si bien el Pueblo Romano era el que con las armas había tomado la debida venganza de las injurias antiguas de los Helvecios, sin embargo el fruto de la victoria recaudaba en utilidad

---

(1) César: *litteris græcis*. Los autores discurren con variedad acerca del modo en que estaban escritas aquellas Memorias: si en carácter é idioma griego, ó sólo con letras griegas. Unos creen que todo era griego; otros se persuaden á que solas las letras. Yo me inclino á esta segunda opinión, aunque reconozco muchos fundamentos en apoyo de la primera. Véase á Aldo Manucio en la nota 29 al lib. I de *Bello Gall.*; á Cluverio, lib. I, cap. III, de su *Germania antigua*, y especialmente á M. Duclós sobre este punto, tratado eruditamente en el tomo XV, pág. 560 y los siguientes de la Academia de las Inscripciones de Paris.

29

30

no menos de la Galia que del Pueblo Romano; siendo cierto que los Helvecios en el mayor auge de su fortuna habían abandonado su patria con intención de guerrear con toda la Galia, señorearse de ella, escoger entre tantos para su habitación el país que mas cómodo y abundante les pareciese, y hacer tributarias á las demás naciones. Suplicáronle que les concediese grata licencia para convocar en un día señalado cortes generales de todos los estados de la Galia, pues tenían que tratar ciertas cosas que de común acuerdo querían pedirle. Otorgado el permiso, aplazaron el día; y se obligaron con juramento á no divulgar lo tratado fuera de los que tuviesen comisión de diputados.

31 Despedida la junta, volvieron á César los mismos personajes de antes, y le pidieron les permitiese conferenciar con él á solas de cosas en que se interesaba su vida y la de todos. Otorgada también la demanda, echáronse todos llorando á los piés, y le protestan: «que no tenían menos empeño y solicitud sobre que no se publicasen las cosas que iban á confiarle, que sobre conseguir lo que pretendían; previniendo que al más leve indicio incurriesen en penas atrocísimas.» Tomóles la palabra Diviciaco, y dijo: «estar la Galia toda dividida en dos bandos: que del uno eran cabeza los Eduos, del otro los Alvernos. Que habiendo disputado muchos años obstinadamente la primacía, vino á suceder que los Alvernos unidos con los Sequanos llamaron en su socorro algunas gentes de la Germania; de donde al principio pasaron el Rhin como quince mil hombres. Mas después que, sin embargo de ser tan fieros y bárbaros, se aficionaron al clima, á la cultura y conveniencias de los Galos, transmigraron muchos más: al presente sube su número en la Galia á ciento veinte mil: con éstos han peleado los Eduos y sus parciales de poder á poder repetidas veces; y siendo vencidos, se hallan en gran miseria con la pérdida de toda la nobleza, de todo el Senado, de toda la caballería. Abatidos en fin con sucesos

»tan desastrados los que antes, así por su valentía como por  
»el arrimo y amistad del Pueblo Romano, eran los más poderosos  
»de la Galia, se han visto reducidos á dar en prendas  
»á los Sequanos las personas más calificadas de su nación,  
»empeñándose con juramento á no pedir jamás su recobro,  
»y mucho menos implorar el auxilio del Pueblo Romano.  
»ni tampoco sacudir el impuesto yugo de perpetua sujeción  
»y servidumbre. Que de todos los Eduos él era el único á  
»quien nunca pudieron reducir á jurar, ó dar sus hijos en  
»rehenes: que huyendo por esta razón de su patria, fué á  
»Roma á solicitar socorro del Senado; como quien solo ni  
»estaba ligado con juramento, ni con otra prenda. Con  
»todo eso, ha cabido peor suerte á los vencedores Sequanos  
»que á los Eduos vencidos; pues que Ariovisto, rey  
»de los Germanos, avendidándose allí, había ocupado la tercera  
»parte de su país, el mas pingüe de toda la Galia; y  
»ahora les mandaba evacuar otra tercera parte, dando por  
»razón que pocos meses ha le han llegado veinticuatro  
»mil Harudes, á quien es forzoso preparar alojamiento. Así  
»que dentro de pocos años todos vendrán á ser desterrados  
»de la Galia, y los Germanos á pasar el Rhin; pues no tiene  
»que ver el terreno de la Galia con el de Germania, ni  
»nuestro trato con el suyo. Sobre todo Ariovisto, después  
»de la completa victoria que consiguió de los Galos en la  
»batalla de Amagetobria, ejerce un imperio tiránico, exigiendo  
»en parias los hijos de la primera nobleza; y si éstos se  
»desmandan en algo que no sea conforme á su antojo,  
»los trata con la más cruel inhumanidad: es un hombre bárbaro,  
»iracundo, temerario; no se puede aguantar ya su despotismo:  
»si César y los Romanos no ponen remedio, todos los Galos se  
»verán forzados á dejar, como los Helvecios, su patria, é ir á  
»domiciliarse en otras regiones distantes de los Germanos,  
»y probar fortuna, sea la que fuere. Y si las cosas aquí dichas  
»llegan á noticia de Ariovisto, tomará la más cruel venganza  
»de todos los rehenes

»que tiene en su poder. César es quien, ó con su autoridad  
 »y el terror de su ejército, ó por la victoria recién ganada,  
 »ó en nombre del Pueblo Romano, puede intimidar á los  
 »Germanos, para que no pase ya más gente los límites del  
 »Rhin, y librar á toda la Galia de la tiranía de Ariovisto.»

32 Apenas cesó de hablar Diviciaco, todos los presentes empezaron con sollozos á implorar el auxilio de César, quien reparó que los Sequanos entre todos eran los únicos que á nada contestaban de lo que hacían los demás, sino que tristes y cabizbajos miraban al suelo. Admirado César de esta singularidad, les preguntó la causa. Nada respondían ellos, poseídos siempre de la misma tristeza y obstinados en callar. Repitiendo muchas veces la misma pregunta, sin poderles sacar una palabra, respondió por ellos el mismo Diviciaco: «aquí se ve cuánto mas lastimosa y  
 »acerba es la desventura de los Sequanos que la de los  
 »otros; pues solos esos ni aun en secreto osan á quejarse,  
 »ni pedir ayuda, temblando de la crueldad de Ariovisto  
 »ausente, como si le tuvieran delante: y es que los demás  
 »pueden á lo menos hallar modo de huir; mas éstos, con  
 »haberle recibido en sus tierras y puesto en sus manos to-  
 »das las ciudades, no pueden menos de quedar expuestos á  
 »todo el rigor de su tiranía.» Enterado César del estado deplorable de los Galos, procuró consolarlos con buenas razones, prometiéndoles tomar el negocio por su cuenta: que concebía firme esperanza de que Ariovisto, en atención á sus beneficios y autoridad, pondría fin á tantas violencias. Dicho esto, despidió la audiencia; y en conformidad se le ofrecían muchos motivos que le persuadían á pensar seriamente y encargarse de esta empresa. Primeramente por ver á los Eduos, tantas veces distinguidos por el Senado con el timbre de parientes y hermanos, avasallados por los Germanos, y á sus hijos en manos de Ariovisto y de los Sequanos: cosa que, atenta la majestad del Pueblo Romano, era de sumo desdoro para su persona no menos

que para la República. Consideraba además, que acostumbrándose los Germanos poco á poco á pasar el Rhin y á inundar de gente la Galia, no estaba seguro su imperio: que no era verosímil que hombres tan fieros y bárbaros, ocupada una vez la Galia, dejasen de acometer, como antiguamente lo hicieron los Cimbro y Teutones (1), á la provincia y de ella penetrar la Italia; mayormente no habiendo de por medio entre los Sequanos y nuestra provincia sino el Ródano: inconvenientes que se debían atajar sin la menor dilación. Y en fin, había ya Ariovisto cobrado tantos humos y tanto orgullo, que no se le debía sufrir más.

Por tanto, determinó enviarle una embajada con la demanda de que «se sirviese de señalar algún sitio proporcionado donde se avistasen: que deseaba tratar con él del bien público, y de asuntos á entrambos sumamente importantes.» A esta embajada respondió Ariovisto: «que si por su parte pretendiese algo de César, hubiera ido en persona á buscarle: si él tenía alguna pretensión consigo, le tocaba ir á proponérsela. Fuera de que no se arriesgaba sin ejército á ir á parte alguna de la Galia cuyo dueño fuese César, ni podía mover el ejército á otro lugar sin grandes preparativos y gastos: no comprendía que César ni el Pueblo Romano tuviesen que hacer en la Galia, que por conquista era suya.» César en vista de estas respuestas repitió la embajada, replicando así: «ya que después de recibido

---

(1) Naciones bárbaras del Septentrion, que entrando por Italia y la Galia, las arrasaron cruelmente. Dos veces se empeñaron en penetrar las Españas, y otras tantas fueron rebatidos por los naturales Celtíberos, como escribe Mariana, lib. III, cap. XI. El que guste saber de qué país septentrional salieron aquellas gentes, cuán temidas fueron en Occidente y cuántos estragos causaron, puede leer su historia en el tomo correspondiente al año de 1779, página 382 y siguientes de la Academia de Berlín.

»un tan singular beneficio suyo (1) y del Pueblo Romano,  
 »como el título de rey y amigo, conferido por el Senado en  
 »su consulado, se lo pagaba ahora con desdeñarse de acep-  
 »tar el convite de una conferencia, desentendiéndose de  
 »proponer y oír lo que á todos interesaba; supiese que sus  
 »demandas eran estas: primera, que no condujese ya más  
 »tropas de Germania á la Galia; segunda, que restituyese  
 »á los Eduos los rehenes que tenía en prendas, y permitiese  
 »á los Sequanos soltar los que les tenían: en suma, no hi-  
 »ciese más agravios á los Eduos, ni tampoco guerra contra  
 »ellos ó sus aliados. Si esto hacía, César y el Pueblo Ro-  
 »mano mantendrían con él perpetua paz y amistad: si lo  
 »rehusaba, no disimularía las injurias de los Eduos; por  
 »haber decretado el Senado, siendo cónsules Marco Mesala  
 »y Marco Pisón, que cualquiera que tuviese el gobierno de  
 »la Galia, en cuanto pudiera buenamente, protegiese á los  
 »Eduos y á los demás confederados del Pueblo Romano.»  
 36 Respondióle Ariovisto: «ser derecho de la guerra que los  
 »vencedores diesen leyes á su arbitrio á los vencidos: tal  
 »era el estilo del Pueblo Romano, disponiendo de los ven-  
 »cidos, no á arbitrio y voluntad ajena, sino á la suya. Y  
 »pues que él no prescribía al Pueblo Romano el modo de  
 »usar de su derecho, tampoco era razón que viniese el Pue-  
 »blo Romano á entremeterse en el suyo. Los Eduos, por ha-  
 »berse aventurado á moverle guerra y dar batalla en que  
 »quedaron vencidos, se hicieron tributarios suyos. Que  
 »César le hacía grande agravio en pretender con su venida

(1) Dice expresamente Dión que el título de amigo del Pueblo Romano se confirió á Ariovisto en el consulado de César: εις τοὺς φίλους... ὑπ' οὐζοῦ ζοῦ Καίσαρος ὑπατεύοντος ἐγγράψζο. Lib. XXXVIII, núm. 34 Me parece advertir aquí, y también para lo sucesivo, que la locución latina *quod commodo Reipublicæ facere posset*, que por primera vez se lee en esta página y en otras posteriores, y se ha traducido en cuanto buenamente pudiese, tal vez se dirá mas propiamente en cuanto permita la causa pública, etc.



«minorarle las rentas. Él no pensaba en restituir los rehenes á los Eduos: bien que ni á éstos ni á sus aliados haría guerra injusta, mientras estuviesen á lo convenido y pagasen el tributo anual: donde no, de muy poco les serviría la hermandad del Pueblo Romano. Al reto de César sobre no disimular las injurias de los Eduos, dice que nadie ha medido las fuerzas con él que no quedase escarmentado: siempre que quiera haga la prueba, y verá cuál es la bravura de los invencibles Germanos, diestrísimos en el manejo de las armas, y que de catorce años á esta parte nunca se han guarecido bajo de techado.» Al mismo tiempo que contaban á César esta contrarréplica, sobrevienen mensajeros de los Eduos y Trevirenses. Los Eduos á quejarse de que los Harudes nuevamente trasplantados á la Galia talaban su territorio, sin que les hayan servido de nada los rehenes dados á Ariovisto por redimir la vejación. Los Trevirenses á participarle cómo las milicias de cien cantones suevos cubrían las riberas del Rhin con intento de pasarle, cuyos caudillos eran dos hermanos, Nasua y Cimberio. Irritado César con tales noticias, resolvió anticiparse, temiendo que si la nueva soldadesca de los Suevos se unía con la vieja de Ariovisto, no sería tan fácil contrastarlos. Por eso, proveyéndose lo más presto que pudo de bastimentos, á grades jornadas marchó al encuentro de Ariovisto. A tres días de marcha tuvo aviso de que Ariovisto iba con todo su ejército á sorprender á Besanzón, plaza muy principal de los Sequanos, y que había ya caminado tres jornadas desde sus cuarteles. Juzgaba Cesar que debía precaver con el mayor empeño no se apoderase de aquella ciudad, abastecida cual ninguna de todo género de municiones, y tan bien fortificada por su situación, que ofrecía gran comodidad para mantener la guerra, ciñéndola casi toda el río Dubis (1) como tirado á compás; y por

(1) *Corrupte in Cæsaris libris Alduabis, vel Alduadu-*

donde no la baña el río, que viene á ser un espacio de seiscientos pies no más, la cierra un monte muy empinado, cuyas faldas toca el río por las dos puntas. El muro que lo rodea forma del monte un alcázar metido en el recinto de la plaza. César, pues, marchando día y noche la vuelta de esta ciudad; lá tomó, y puso guarnición en ella.

En los pocos días que se detuvo aquí en hacer provisiones de trigo y demás víveres, con ocasión de las preguntas de los nuestros, y lo que oyeron exagerar á los Galos y negociantes la desmedida corpulencia de los Germanos, su increíble valor y experiencia en el manejo de las armas, y cómo en los choques habidos muchas veces con ellos ni aun osaban mirarlos á la cara y á los ojos; de repente cayó tal pavor sobre todo el ejército, que consternó no poco los espíritus y corazones de todos. Los primeros á mostrarlo fueron los tribunos y prefectos de la milicia, con otros que, siguiendo desde Roma por amistad á César, abultaban con voces lastimeras el peligro á medida de su corta experiencia en los lances de la guerra. De estos, pretextando unos una causa, otros otra de la necesidad de su vuelta, le pedían licencia para retirarse: algunos, picados de pundonor, por evitar la nota de medrosos quedábanse, sí, mas no acertaban á serenar bien el semblante ni á veces á reprimir las lágrimas: cerrados en sus tiendas ó maldecían su suerte, ó con sus confidentes se lamentaban de la común desgracia. No se pensaba sino en otorgar (1) testamentos.

---

*bis legitur; quum geminum nomen a Strabone, Ptolomaeo, aliisque Δοξίς duabus syllabis scribatur: hodie le Doua.* Celario en el lib. IV de su *Geografía*.

(1) César: *vulgo totis castris testamenta obsignabantur.* El modo privilegiado de testar los Romanos mientras estaban en campaña se lee en el paragr. inicial de *Militari testamento* de las *Instituciones* de Justiniano. El adverbio *vulgo* en este lugar significa lo mismo que en el lib. I de *Bello Civili*, cuando se dice: *nacti milites colloquiorum ra-*

Con los quejidos y clamores de éstos, insensiblemente iba apoderándose el terror de los soldados más aguerridos, los centuriones y los capitanes de caballería. Los que se preciaban de menos tímidos decían no temer tanto al enemigo como el mal camino, la espesura de los bosques intermedios y la dificultad del transporte de los bastimentos. Ni faltaba quien diese á entender á César que cuando mandase alzar el campo y las banderas, no querrían obedecer los soldados, ni llevar los estandartes de puro miedo. César á vista de esta consternación, llamando á consejo, á que hizo asistir los centuriones de todas clases, los reprendió ásperamente: «lo primero, porque se metían á inquirir el destino y objeto de su jornada. Que si Ariovisto en su consulado solicitó con tantas veras el favor del Pueblo Romano, ¿cómo cabía en seso de hombre juzgar que tan sin más ni más faltase á su deber? Antes tenía por cierto que sabidas sus demandas, y examinada la equidad de sus condiciones, no había de renunciar su amistad ni la del Pueblo Romano; mas dado que aquel hombre perdiese los estribos y viniese á romper, ¿de qué temblaban tanto? ¿ó por qué desconfiaban de su propio esfuerzo ó de la vigilancia del capitán? Ya en tiempo de nuestros padres se hizo prueba de semejantes enemigos, cuando en ocasión de ser derrotados los Cimbros y Teutones por Cayo Mario, la victoria, por opinión común, se debió no menos al ejército que al general. Hízose también no ha mucho en Italia

---

*cultatem, vulgo procedunt.* Y lo mismo que en Cicerón, lib. II, epíst. 1.<sup>a</sup> ad Att.: *vulgo qui instabant... iam exhibere mihi molestiam destiterunt.* Denota este adverbio la *tropelia*, priesa, empeño ó aceleración con que se ejecuta alguna cosa sin pensar ni entender en otra. Floro muestra claramente el azoramiento de los bisonos Romanos en hacer sus testamentos: *tantus gentis novæ terror in castris, ut testamenta passim etiam in principis scriberentur.* Libro III, cap. X.

»con motivo de la guerra (1) se vil, en medio de que los  
 »esclavos tenían á su favor la disciplina y pericia apren-  
 »dida de nosotros, donde se pudo echar de ver cuánto vale  
 »la constancia; pues á estos, que desarmados llenaron al  
 »principio de un terror pánico á los nuestros, después los  
 »sojuzgaron armados y victoriosos. Por último, esos Ger-  
 »manos son aquellos mismos á quienes los Helvecios han  
 »batido en varios encuentros, no sólo en su país sino tam-  
 »bién dentro de la Germania misma; los Helvecios, digo,  
 »que no han podido contrarrestar á nuestro ejército. Si al-  
 »gunos se desalientan por la derrota de los Galos, con  
 »averiguar el caso, podrán certificarse de cómo Ariovisto  
 »al cabo de muchos meses que sin dejarse ver estuvo  
 »acuartelado, metido entre pantanos, viendo á los Galos  
 »aburridos de guerra tan larga, desesperanzados ya de  
 »venir con él á las manos y dispersos, asaltándolos de  
 »improviso, los venció, más con astucia y maña que por  
 »fuerza. Pero el arte que le valió para con esa gente ruda

---

(1) César: *servi'i tumultu*. Los esclavos eran Galos y Germanos en gran número, acaudillados de Crixo, Enomao y Espartaco. Hicieron temblar á toda Roma, no menos que cuando Anibal estuvo á sus puertas. Al fin los derrotó el pretor M. Craso. Véase el *Eptome* de Livio, lib. XCVII, y Orosio, lib. V, cap. XXIV. El alzamiento de los esclavos fué hacia el año de 680 de Roma. Llámase *guerra servil*, porque de hecho fué más que alboroto ó motín; y Livio, Paterculo, Cicerón y otros le nombran *servile bellum*. César usa propísimamente de la palabra *tumultu*, como se colige de este lugar de Cicerón, Philipp., 8: *Quid est aliud tumultus, nisi perturbatio tanta, ut maior timor* (acaso se debe leer *tumor*) *oriatur, unde etiam nomen ductum est tumultus? Itaque maiores nostri, tumultum Italicum, quod erat domesticum, tumultum Gallicum, quod erat Italiae finitimus, nominabant*. M. Brosses, presidente de la Academia de las Inscripciones de París, ha ilustrado á deseo las circunstancias de la guerra de los esclavos, en el t. XXXVII, pags. 23 a la 86.

»y simple, ni aun él mismo espera le pueda servir contra  
»nosotros. Los que colorean su miedo con la dificultad de  
»las provisiones y de los caminos, manifiestan bien su pre-  
»sunción, mostrando que, ó desconfían del general, ó  
»quieran darle lecciones: que no vive él tan descuidado:  
»los Sequanos, Leucos y Lingones están prontos á sumi-  
»nistrar trigo; y ya los frutos están sazonados en los cam-  
»pos: qué tal sea el camino, ellos mismos lo verán presto.  
»Decir que no habrá quien obedezca, ni quiera llevar pen-  
»dones, nada le inmuta; sabiendo muy bien que, cuando al-  
»gunos jefes fueron desobedecidos de su ejército, eso pro-  
»vino de que ó les faltó la fortuna en algún mal lance, ó  
»por alguna estorsión manifiesta descubrieron la codicia.  
»Su desinterés era conocido en toda la vida; notoria su  
»felicidad en la guerra helvecia. Así que iba á ejecutar sin  
»más dilación lo que tenía destinado para otro tiempo; y  
»la noche inmediata de madrugada movería el campo para  
»ver si podía más con ellos el punto y su obligación, que  
»no el miedo. Y dado caso que nadie le siga, está resuelto  
»á marchar con sola la legión décima, de cuya lealtad no  
»duda; y esa será su compañía de guardias.» Esta legión  
le debía particulares finezas, y él se prometía muchísimo  
de su valor. En virtud de este discurso se trocaron mara-  
villosamente los corazones de todos, y concibieron gran  
denuedo con vivos deseos de continuar la guerra. La  
legión décima fué la primera en darle por sus tribunos las  
gracias por el concepto ventajosísimo que tenía de ella,  
asegurando estar prontísima á la empresa. Tras ésta luégo  
las demás por medio de sus cabos y oficiales de primera  
graduación dieron satisfacción á César, protestando que  
jamás tuvieron ni recelo, ni temor, ni pensaron sujetar á  
su juicio, sino al del general, la dirección de la campaña.  
Admitidas sus disculpas, y habiendo tomado lengua de  
camino por medio de Diviciaco, de quien se fiaba más que  
de los otros Galos, con un rodeo de casi cuarenta millas,

á trueque de llevar el ejército por lo llano, á romper del alba, conforme había dicho, se puso en marcha. Y como no la interrumpiese, al sétimo día le informaron los batidores que las tropas de Ariovisto distaban de las nuestras veinticuatro millas.

42 Noticioso Ariovisto de la venida de César, envíale una embajada, ofreciéndose por su parte á la conferencia antes solicitada, ya que se había él acercado, y juzgaba poderlo hacer sin riesgo de su persona. No se negó César; y ya empezaba á creer que Ariovisto iba entrando en seso, pues de grado se ofrecía á lo que antes se había resistido siendo rogado; y concebía grandes esperanzas de que á la luz de tantos beneficios suyos y del Pueblo Romano, oídas sus pretensiones, depondría en fin su terquedad. Aplazáronse las vistas para de allí á cinco días. Mientras tanto, yendo y viniendo frecuentemente mensajeros de un campo al otro, pidió Ariovisto que César no llevase consigo á la conferencia gente de á pie; que se recelaba de alguna sorpresa: viniesen ambos con guardias montadas; que de otra suerte él no iría. César, que ni quería se malograra la conferencia por ningún pretexto, ni osaba fiar su persona de la caballería galicana, tomó como más seguro el partido de apearse á los Galos de sus caballos, montando en ellos á los soldados de la legión décima, de quien estaba muy satisfecho, para tener en cualquier lance una guardia de toda confianza. Al tiempo de montar dijo donosamente un soldado de dicha legión: «Mucho más hace César de lo que prometió: prometió hacernos guardias, y he aquí que nos hace (1) caballeros.»

(1) César: *Ad equum rescribere*. Algunos notadores se mortifican en averiguar el verdadero sentido del verbo *rescribere* en el texto. Parece claro que equivale á *transcribere* ó *traducere*, mudar, pasar de una clase á otra. Cicerón, libro I, epíst. *ad Att.* 16: *Ærenius saepe iam de P. Clodio (que era del orden patricio) ad plebem traducendo agere cepit.*

43

Hubo casi en medio de los dos ejércitos una gran llanura, y en ella un altozano de capacidad competente. Aquí se juntaron á vistas según lo acordado. César colocó la legión montada á doscientos pasos de este sitio. A igual distancia se apostó Ariovisto con los suyos, pidiendo que la conferencia fuese á caballo, y cada uno condujese á ella consigo diez soldados. Luégo que allí se vieron, comenzó César la plática, recordándole sus beneficios y los del Senado, como el haberle honrado con el título de rey, de amigo, enviándole espléndidos regalos (1); distinción usada de los Romanos solamente con pocos, y esos muy beneméritos; cuando él, sin recomendación ni motivo particular de pretenderlo, por mero favor y liberalidad suya y del Senado había conseguido estas mercedes. Informábale así bien de los antiguos y razonables empeños contraídos con los Eduos; cuántos decretos del Senado, cuántas veces y con qué términos tan honoríficos se habían promulgado en favor de ellos; cómo siempre los Eduos, aun antes de solicitar nuestra amistad, tuvieron la primacía de toda la Galia; ser costumbre del Pueblo Romano el procurar que sus aliados y amigos, lejos de padecer menoscabo alguno, medren en estimación, dignidad y grandeza. ¿Cómo, pues, se podría sufrir los despojasen de lo que habían llevado á la alianza con el Pueblo Romano? Finalmente insistió en pedir las mismas condiciones ya propuestas por sus Embajadores: que no hiciese guerra á los Eduos ni á sus aliados; que le restituyese los rehenes, y caso que no pudiera despedir ninguna partida de los Germanos, á lo menos no permitiese que pasasen otros el Rhin. Ariovisto respondió brevemente á las proposiciones de César, y alargóse mucho en ensalzar sus haza-

---

(1) Cuando los Romanos concedían á algún príncipe el título de amigo ó aliado, le enviaban costosos regalos: las alhajas en que consistían pueden leerse en Tito Livio, lib. XXX, cap. XVII, y en Tácito, Annal. IV.

ñas: «que había pasado el Rhin, no por propio antojo, sino  
 »á ruegos é instancias de los Galos: que tampoco abandonó  
 »su casa y familia sin esperanza bien fundada de grande  
 »recompensa: que tenía en la Galia las habitaciones con-  
 »cedidas por los mismos naturales; los rehenes dados vo-  
 »luntariamente: por derecho de conquista cobraba el tri-  
 »buto que los vencedores suelen imponer á los vencidos:  
 »que no movió él la guerra á los Galos, sino los Galos á él,  
 »conspirando aunados todos y provocándole al combate:  
 »que todas estas tropas desbarató y venció en sola una ba-  
 »talla: que si quieren otra vez tentar fortuna, está pronto  
 »á la contienda, mas si prefieren la paz, no es justo le nie-  
 »guen el tributo que habían pagado hasta entonces de su  
 »propia voluntad: que la amistad del Pueblo Romano debía  
 »redundar en honra y ventaja suya, no en menoscabo: que  
 »con este fin la pretendió: que si los Romanos le quitan el  
 »tributo y los vasallos tan presto, renunciaría su amistad  
 »como la había solicitado: el conducir tropas de Germania  
 »era para su propia seguridad, no para la invasión de la  
 »Galia; prueba era de ello no haber venido sino llamado, y  
 »que su guerra no había sido ofensiva, sino defensiva: que  
 »entró él en la Galia antes que el Pueblo Romano: que ja-  
 »más hasta ahora el ejército de los Romanos había salido  
 »de los confines de su provincia. Pues ¿qué pretende? ¿por  
 »qué se mete en sus posesiones? que tan suya es esta parte  
 »de la Galia, como es nuestra aquella: como él no tiene  
 »derecho á invadir nuestro distrito, así tampoco le tenia-  
 »mos nosotros para inquietarle dentro de su jurisdicción:  
 »en orden á lo que decía, que los Eduos, por decreto del  
 »Senado gozaban el fuero de amigos, no se hallaba él tan  
 »ignorante de lo que pasaba por el mundo, que no supiese  
 »cómo ni los Eduos socorrieron á los Romanos en la última  
 »guerra (1) con los Alóbroges, ni los Romanos á los Eduos

(1) En la nota 1.<sup>a</sup> de la página 8 queda dicho haber



«... las que habían tenido con él y con los Sequanos; de  
 «que debía sospechar que César, con capa de amistad,  
 «mantiene su ejército en la Galia sólo con el fin de opri-  
 «mirle: que si no se retira, ó saca las tropas de estos con-  
 «tornos, le tratará como á enemigo declarado, y si logra  
 «el matarle, complacerá en ello á muchos caballeros y se-  
 «ñores principales de Roma, que así se lo tienen asegu-  
 «rado por sus expresos, y con su muerte se ganará la gra-  
 «cia y amistad de todos estos; pero si se retira, dejándole  
 «libre la posesión de la Galia, se lo pagará con grandes  
 «servicios; y cuantas guerras se le ofrezcan, se las dará  
 «concluidas, sin que nada le cuesten.» Alegó César muchas  
 razones en prueba de que no podía desistir de la empresa:  
 «que tampoco era conforme á su proceder ni al del Pueblo  
 «Romano el desamparar unos aliados que se habían portado  
 «tan bien; ni entendía cómo la Galia fuese más de Ariovisto  
 «que del Pueblo Romano: sabía, sí, que Quinto Fabio Máxi-  
 «mo sujetó por armas á los de Alvernia y Ruerga; si bien  
 «por indulto y gracia que les hizo el Pueblo Romano no los  
 «redujo á provincia (1), ni hizo tributarios. Con que si se  
 «debe atender á la mayor antigüedad, el imperio Romano  
 «en la Galia se funda en justísimo derecho: si se ha de  
 «estar al juicio del Senado, la Galia debe ser libre; pues  
 «sin embargo de la conquista quiso que se gobernase por  
 «sus leyes.» En estas razones estaban cuando avisaron á  
 César que la caballería de Ariovisto, acercándose á la co-  
 lina, venía para los nuestros arrojando piedras y dardos.

sido aquella guerra unos dos años antes de estas nove-  
 dades.

(1) La rota de los Albornos por Fabio Máximo sucedió  
 por los años de 628 de Roma, *Épít. Livian.*, lib. LXI.  
 Cuando los Romanos reducían alguna nación en forma de  
 provincia, la sujetaban al vasallaje, privándola de sus fue-  
 ros y nombrando un magistrado que la gobernase y co-  
 brase los tributos en nombre del Pueblo Romano. Sigon.,  
 de *Antiq. jur. prov.*, lib. I, cap. I.

Dejó César la plática y se retiró á los suyos, ordenándoles no disparasen ni un tiro contra los enemigos; porque, si bien estaba cierto de que con su legión escogida no tenía que temer á la caballería de Ariovisto, todavía no juzgaba conveniente dar ocasión á que, batidos los contrarios, se pudiese decir que, por fiarse de su palabra, fueron sorprendidos á traición. Cuando entre los soldados corrió la voz del orgullo con que Ariovisto excluía de toda la Galia á los Romanos; cómo sus caballos se habían desmandado contra los nuestros, y que con tal insulto se cortó la conferencia, se encendió en el ejército mucho mayor coraje, y deseo más ardiente de venir á las manos con el enemigo.

Dos días después Ariovisto despachó á César otra embajada sobre que quería tratar con él de las condiciones entre ambos entabladas y no concluidas: que de nuevo señalase día para las vistas; ó cuando menos, le enviase alguno de sus lugartenientes. El abocarse con él no pareció del caso á César; y más cuando el día antes no pudieron los Germanos contenerse sin disparar contra los nuestros. Enviarle de los suyos un comisario, en su sentir era lo mismo que entregarlo á ojos vistas á las garras de hombres más fieros que las fieras. Tuvo por más acertado el valerse para esto de Cayo Valerio Procilo, hijo de Cayo Valerio Caburo, joven muy virtuoso y apacible (cuyo padre obtuvo de Cayo Valerio Flaco los derechos de ciudadano romano), lo uno por su lealtad y pericia en la lengua galicana, que ya por el largo uso era casi familiar á Ariovisto, y lo otro por ser persona á quien los Germanos no tenían motivo de hacer vejación alguna, enviándolo con Marco Mecio, huésped que habla sido de Ariovisto. Encomendóles que se informasen de las pretensiones de Ariovisto, y volviesen con la razón de ellas. Ariovisto que los vió cerca de sí en los reales, dijo á voces, oyéndolo su ejército: «¿á qué venís aquí? ¿acaso por espías?» Queriendo satisfacerle, los atajó y puso en prisiones. Ese día levantó el campo, y se alojó á la falda de

un monte á seis millas de las reales de César. Al siguiente condujo sus tropas por delante del alojamiento de César, y acampó dos millas más allá con el fin de interceptar los víveres que venían de los Sequanos y Eduos. César cinco días consecutivos presentó el ejército armado y ordenadas las tropas, con la mira de que si Ariovisto quisiese dar batalla, no tuviese excusa. Todos esos días mantuvo Ariovisto quieta su infantería dentro de los reales, escaramuzando diariamente con la caballería. El modo de pelear en que se habían industriado los Germanos era este: seis mil caballos iban escoltados de otros tantos infantes los mas ligeros y bravos, que los mismos de á caballo elegían privadamente cada uno el suyo: con éstos entraban en batalla; á éstos se acogían; éstos les socorrian en cualquier lance: si algunos, heridos gravemente, caían del caballo, luego estaban allí para cubrirlos: en las marchas forzadas, en las retiradas más presurosas, era tanta su ligereza por el continuo ejercicio, que de la clin de los caballos corrían parejas con ellos. Viendo César que Ariovisto se hacía fuerte en las trincheras, para que no prosiguiese en interceptarle los víveres, escogió lugar más oportuno como seiscientos pasos más allá de los Germanos, adonde fué con el ejército dividido en tres escuadrones. Al primero y segundo mandó estar sobre las armas, al tercero fortificar el campo, que, como se ha dicho, distaba del enemigo cosa de seiscientos pasos. Ariovisto destacó al punto contra él diez y seis mil soldados ligeros con toda su caballería, y con orden de dar un alarma á los nuestros y estorbar los trabajos. Firme César en su designio, encargó á los dos escuadrones que rebatiesen al enemigo, mientras el tercero se ocupaba en trabajar. Fortificados estos reales, dejó en ellos dos legiones con parte de las tropas auxiliares, volviéndose al alojamiento principal con las otras cuatro. Al día inmediato César, como lo tenía de costumbre, sacó de los dos campos su gente, la ordenó á pocos pases del principal, y presentó

batalla al enemigo; mas visto que ni por eso se movía, ya cerca del mediodía recogió los suyos á los reales. Entonces por fin Ariovisto destacó parte de sus tropas á forzar las trincheras de nuestro segundo campo. Peleóse con igual brío por ambas partes hasta la noche; cuando Ariovisto, dadas y recibidas muchas heridas, tocó la retirada. Inquiriendo César de los prisioneros la causa de no querer pelear Ariovisto, entendié ser cierta usanza de los Germanos (1) que sus mujeres hubiesen de decidir por suertes divinatorias si convenía, ó no, dar la batalla; y que al presente decían: «no poder los Germanos ganar la victoria, »si antes de la luna nueva daban la batalla.»

Al otro día César, dejando en los dos campos la guarnición suficiente, colocó los auxiliares delante del segundo á vista del enemigo, para suplir en apariencia el número de los soldados legionarios, que en la realidad era inferior al de los enemigos. El mismo en persona, formado su ejército en tres columnas, fué avanzando hasta las trincheras contrarias. Los Germanos entonces á más no poder salieron fuera, repartidos por naciones á trechos iguales, Harudes, Marcomanos, Tribocos, Vangiones, Nemetes, Sedusios y Suevos; cercando todas las tropas con carretas y carros para que ninguno librase la esperanza en la fuga. Encima de los carros pusieron á las mujeres, las cuales desmeleando el cabello y llorando amargamente, al desfilarse los soldados, los conjuraban que no las abandonasen á la tira-

---

(1) Estaban persuadidos los Germanos á que las mujeres eran buenas adivinas, como escribe Tácito, lib. IV, Hist., cap. LXI: *Vetere apud Germanos more, quo plerasque faeminarum fatidicas arbitrantur*. De las que estaban en el campo de Ariovisto refiere Plutarco *in Caesare*, que hacían sus observaciones mirando los remolinos del agua en los rios, su movimiento, figura y ruido. Véase sobre este punto al erudito Jorge Keyser en su *Disertación De mulieribus fatidicis veterum Celtarum, gentiumque septentrionalium*.

nia de los Romanos. César señaló á cada legión su legado y su cuestor (1), como por testigos del valor con que cada cual se portaba; y empezó el ataque desde su ala derecha, por haber observado caer hacia allí la parte más flaca del enemigo. Con eso los nuestros, dada la señal, acometieron con gran denuedo. Los enemigos de repente se adelantaron corriendo, para que á los nuestros no quedase lugar bastante á disparar sus lanzas. Inutilizadas estas, echaron mano de las espadas. Mas los Germanos, abroquelándose prontamente conforme á su costumbre, recibieron los primeros golpes. Hubo varios de los nuestros que asaltando sobre la empavesada de los enemigos y arrancándoles los escudos de las manos, los herían desde encima. Derrotados y puestos en fuga en su ala izquierda los enemigos, daban mucho que hacer en la derecha á los nuestros por su muchedumbre. Advirtiéndolo Publio Craso el mozo, que mandaba la caballería; por no estar empeñado en la acción como los otros, destacó el tercer escuadrón á socorrer á los que peligraban de los nuestros. Con lo cual se rehicieron, y todos los enemigos volvieron las espaldas; ni cesaron de huír hasta tropezar con el Rhin, distante allí poco menos de cincuenta millas, donde fueron pocos los que se salvaron, unos á nado á fuerza de brazos, y otros en canoas que allí encontraron. Uno de éstos fué Ariovisto.

---

(1) En Roma eran como tesoreros y contadores de la República, que llevaban la cuenta y razón de las rentas, y cualquiera otra hacienda de ella. También con los capitanes generales del ejército de tierra y mar enviaban los Romanos sus cuestores, que tenían cuenta de la paga del sueldo y de todos los otros gastos; á ellos se entregaba lo que pertenecía á la República de la presa que se tomaba de los enemigos. Acaso los cuestores eran semejantes á nuestros intendentes de ejército, tesoreros, comisarios, y aun á los sargentos mayores, porque se ve que tal vez mandaban la tropa. Véase sobre esto al citado Ambrosio Morales.

que hallando á la orilla del río una barquilla, pudo escaparse en ella (1). Todos los demás (2), alcanzados de nuestra caballería, fueron pasados á cuchillo. Perecieron en la fuga dos mujeres de Ariovisto; la una de nación sueva, que había traído consigo de Germania; Norica la otra, hermana del rey Voción, que se la envió á la Galia por esposa. De dos hijas de éstas una fué muerta, otra presa. Cayo Valerio Procilo, á quien sus guardas conducían en la huida atado con tres cadenas, dió en manos de César, siguiendo el alcance de la caballería; encuentro que para César fué de no menos gozo que la victoria misma, por ver libre de las garras de los enemigos y restituidos á su poder el hombre más honrado de nuestra provincia, huésped suyo y amigo íntimo; con cuya libertad dispuso la fortuna que no faltase circunstancia alguna de contento y parabienes á esta victoria. Contaba él cómo por tres veces á su vista echaron suertes sobre si luégo le habían de quemar vivo ó reservarlo para otro tiempo; y que á las suertes debía la vida. Hallaron asimismo á Marco Mecio, y trajéronsele á César.

---

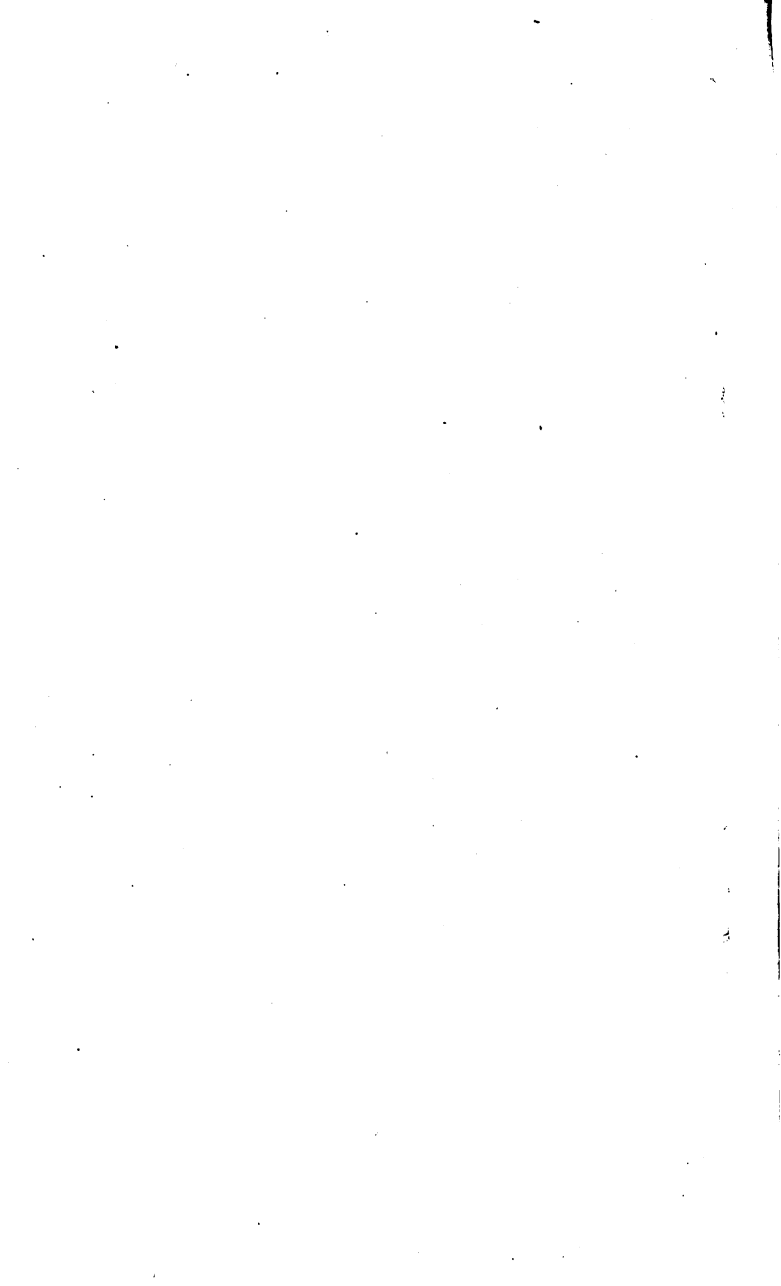
(1) Juno Ceiso, en la *Vida de César*, escribe: *Quo ex numero ipse fuit Ariovistus; qui deposita, credo, superbiue suae sircina, quae tanta erat, ut eam nec Germania caperet, nec Gallia toleraret, cimba unica casu in ripa citeriori amnis inventa, solus in adversam ripam proripuit.* De este general ó régulo no queda otra memoria que la que se conserva en una moneda que Bouteroe copia á la pag. 54 de la citada obra con el nombre de ARIVOS: en el reverso se ve un caballo desenfrenado por simbolo de la libertad con la palabra SANTONOS.

(2) Plutarcó escribe ser fama que en esta jornada murieron ochenta mil Germanos; Estrabón aumenta notablemente el número; más probable parece lo que dice Orosio, lib. VI, cap. VII: *In fugam versi, per quinquaginta millia passuum insatiabiliter caesi sunt: neque conici potuit numerus Germanorum, sed quantus pugnae adfuerit, sed quantum fuerit occisorum.*

Esparcida la fama de esta victoria por la otra parte del Rhin, los Suevos acampados en las riberas trataron de dar la vuelta á sus casas: los Ubios, habitantes de aquellas cercanías, que los vieron huir amedrentados, siguieron el alcance y mataron á muchos de ellos. César, concluidas dos guerras de la mayor importancia en un solo verano, más temprano de lo que pedía la estación, retiró su ejército á cuarteles de invierno en los Sequanos; y dejándolos á cargo de Labieno, él marchó la vuelta de la Galia Cisalpina á presidir las juntas (1).

---

(1) Los procónsules y pretores empleaban el invierno, tiempo en que cesaban las operaciones militares, en decidir pleitos y administrar justicia dentro de sus provincias.





## LIBRO SEGUNDO.

Teniendo César aquel invierno sus cuarteles en la Galia Cisalpina, como arriba declaramos, veníanle repetidas noticias, y también Labieno le aseguraba por cartas que todos los Belgas (1) (los cuales, según dijimos, hacen la tercera parte de la Galia) se conjuraban contra el Pueblo Romano, dándose mutuos rehenes: que las causas de la conjura eran éstas: primera, el temor de que nuestro ejército, sosegadas una vez las otras (2) provincias, no revolviere contra ellos: segunda, la instigación de varios nacionales; unos, que si bien estaban disgustados con tan larga detención de los Germanos en la Galia, tampoco llevaban á bien que los Ro-

---

(1) La guerra con los Belgas comenzó por los años de 697 de Roma, 56 antes de Jesucristo. Sobre el origen de la palabra *Belgae* hay diversas opiniones. Después que Cluverio las refiere con extensión, lib. II, cap. III, acaba diciendo: *Ego sane ignorare origines eiusmodi malo, quam ridicule in eorum enodatione ineptire, ac turpiter errare.* Esto que Cluverio confiesa de sí mismo en orden a los *Belgas*, me ha sucedido á mí en un sinnúmero de vocablos de ciudades, pueblos, regiones, etc., que es la causa de no traducirlos en castellano, como dije en la nota 1, pag. 4.

(2) Esto es, la Galia Céltica, según se advirtió en las notas 1 y 3, pag. 2, y luego se ve que César habla de los Galos confinantes con los Belgas.

manos se acostumbrasen á invernar y vivir en ella tan de asiento; otros, que por su natural volubilidad y ligereza ansiaban por nuevo gobierno; como también algunos que (siendo común en la Galia el apoderarse del mando los que por más poderosos y ricos pueden levantar tropas á su sueldo) sujetos á nuestro imperio, no podían tan fácilmente lograrlo. César, en fuerza de estas noticias y cartas, alistó dos nuevas legiones en la Galia Cisalpina, y á la entrada del verano envió por conductor de ellas á lo interior de la Galia (1) al legado Quinto Pedio. Él, luégo que comenzó á crecer la hierba, vino al ejército: da comisión á los Senones y demás Galos confinantes con los Belgas, que averigüen sus movimientos y le informen de todo. Avisaron todos unánimemente que se hacían levás, y las tropas se iban juntando en un lugar determinado. Con eso no tuvo ya razón de dudar, sino que se resolvió á marchar contra ellos de allí á doce días. Hechas, pues, las provisiones, toma el camino, y en cosa de quince días se pone en la raya de los Belgas. Como llegase de improviso, y más presto de lo que nadie creyera, los Remenses, que por la parte de los Belgas son más cercanos á la Galia, le enviaron una diputación con Iccio y Antebrogio, primeros personajes de su República, protestándole que se ponían con cuanto tenían en manos del Pueblo Romano: que no habían tenido parte, ni dado la más leve ocasión al alzamiento de los otros Belgas; antes estaban prontos á darle rehenes, obedecerle, franquearle las ciudades, y suministrarle víveres y cuanto se le ofreciese: que los demás Belgas todos estaban en armas, y los Germanos del Rhin para acá conjurados con ellos: que su despecho era tan universal y tan ciego, que no les ha sido posible apartar de esta liga ni aun

---

(1) Tradúcese así, por entenderse que se debe leer en el texto *in interiorum Galliam*, como sienten Escaligero, Davisio y otros.

á los Suesones, hermanos suyos y de la misma sangre, con quienes gozan de igual fuero, se gobiernan por las mismas leyes y componen una república. Preguntándoles cuáles y cuán populosas y de qué fuerzas eran las repúblicas: sacaba en limpio que la mayor parte de los Belgas descendían de los Germanos; y de tiempos atrás, pasado el Rhin, se habían avecinado allí por la fertilidad del terreno, echando á sus antiguos moradores los Galos: que solos (1) ellos en tiempo de nuestros padres impidieron la entrada en sus tierras á los Teutones y Cimbro, que venían de saquear toda la Galia: que orgullosos con la memoria de estas hazañas, se tenían por superiores á todos en el arte militar. En orden á su número, añadían los Remenses que lo sabían á punto fijo; porque con ocasión de la vecindad y parentesco tenían muy bien averiguado cuánta gente de guerra ofrecía cada pueblo en la junta general de los Belgas. Los Beoveses, como que exceden á todos en valor, autoridad y número, pueden poner en pie cien mil combatientes: de estos han prometido dar sesenta mil de tropa escogida, y pretenden el supremo mando de esta guerra. Los Suesones, sus vecinos, poseen campiñas muy dilatadas y fértiles, cuyo rey fué aun en nuestros días Diviciaco, el más poderoso de toda la Galia; que no sólo reinó en mucha parte de estas regiones, sino también de la Bretaña: el rey de ahora era Galba, á quien por su justicia y prudencia todos convenían en nombrarle por generalísimo de las armas: tienen los Suesones doce ciudades, y ofrecen cincuenta mil combatientes: otros tantos los Nervios, que son reputados (2) por los más bravos, y caen muy lejos: quince mil dan los Artesios: los Amienses diez mil: veinticinco mil los Morinos: los Menapios nueve mil:

---

(1) Estrabón, lib. IV, refiere lo propio.

(2) Plutarco, *in Caesare*, dice de ellos que eran ferocísimos y grandes guerreros.

los Caletes diez mil: Velocases y Vermandeses otros tantos: los Aduáticos veintinueve mil: los Condrusos, Eburones, Ceresos, Pemanos, conocidos por el nombre común de Germanos, á su parecer, hasta cuarenta mil.

César, esforzando á los Remenses, y agradeciéndoles sus buenos oficios con palabras muy corteses, mandó venir á su presencia todo el Senado, y traer á los hijos de los grandes por rehenes. Todo lo ejecutaron puntualmente al plazo señalado. Él, con gran eficacia exhortando á Diviciaco el Eduo, le persuade lo mucho que importa al bien común de la república el dividir las fuerzas del enemigo, para no tener que lidiar á un tiempo con tantos; lo cual se lograría si los Eduos rompiesen por tierras de los Beoveses y empezasen á talar sus campos. Dado este consejo, le despidió. Ya que tuvo certeza por sus espías y por los Remenses. cómo unidos los Belgas venían todos contra él, y que estaban cerca, se anticipó con su ejército á pasar el río Aisne, donde remata el territorio Remense, y allí fijó sus reales; cuyo costado de una banda quedaba defendido con esta positura por las márgenes del río, las espaldas á cubierto del enemigo, y seguro el camino desde Rems y las otras ciudades para el transporte de bastimentos: guarnece el puente que tenía el río, deja en la ribera opuesta con seis cohortes al legado Quinto Titurio Sabino; y manda fortificar los reales con un parapeto de doce pies en alto y un foso de diez y ocho. Estaba ocho millas distante de aquí una plaza de los Remenses llamada Bibracte, que los Belgas se pusieron á batirla sobre la marcha con gran furia. No costó poco defenderla aquel día. Los Belgas en batir las murallas usan el mismo arte que los Galos: cercanlas por todas partes de gente, y empiezan á tirar piedras hasta tanto que ya no queda defensor en almena: entonces, haciendo empavesada (1), vanse arrimando á las puertas y

---

(1) César: *testudine facta*. Tito Livio, en el lib. XXXVII,

abren la brecha; lo que á la sazón era bien fácil, por ser tantos los que arrojaban piedras y dardos, que no dejaban parar á hombre sobre el muro. Como la noche los forzase á desistir del asalto, el gobernador de la plaza Iccio Remense, igualmente noble que bien quisto entre los suyos, uno de los que vinieron con la diputación de paz á César, le da aviso por sus mensajeros, «que si no envía socorro, ya no puede él aguantar más.» César, luégo á la media noche, destaca en ayuda de los sitiados una partida de flecheros Númidas y Cretenses, y de honderos Baleares (1) á la dirección de los mismos mensajeros de Iccio: con su

---

expresa cómo se hacía: *sublatis super capita scutis continuatisque, testudine facta, subiban*. Esta descripción demuestra que *testudo* es lo mismo que *phalanx*; que una y otra formación admite indistintamente la voz *conscutatio*, ó *συνασπισμος*; y que entrambas se explican bien por la palabra castellana *empavesada*, según queda dicho en la pág. 22, nota 1. Mas no siempre las que los Romanos decían *testudo* era formación de broqueles, sino á las veces venían á ser «ciertas máquinas ó galerías de tablas, que en forma de *tortugas* caminaban sobre ruedas secretas: unas eran sencillas, otras rostradas y otras arietarias, etc.», que dice Saavedra en Wamoa. Dábanles el nombre de *tortugas* por la semejanza con aquél animal, así en el movimiento tardo, como en el cascarón ó concha que lo defiende.

(1) Por las razones insinuadas en la nota 1, pág. 1, y en la 1 de la 49, no llamo Mallorquines á los Baleares, como algunos hacen. La isla sola de Mallorca no corresponde á las que decían los Griegos *Gymnetas*, y los Romanos *Baleares*. Ni se sabe de dónde vino el llamarlas Baleares. Sus naturales se hicieron famosos por las hondas: se ejercitaban en su manejo desde niños; y tan certeros habían de ser, que para alcanzar de las madres la vianda, puesta en alto, tenían que herirla á golpe de la honda: así lo refiere nuestro Floro, lib. III, cap. VIII. Otras noticias curiosas sobre los Baleares y sus hondas puédense leer en Justo Lipsio, lib. IV. Polior. Dial., II: y en la obra del erudito Masdeu, *España Cartaginesa*, lib. VI, núm. 21.

llegada cuanto mayor ánimo cobraron los Remenses con la esperanza cierta de la defensa, tanto menos quedó á los enemigos de conquistar aquella plaza. Así que, alzado el sitio á poco tiempo, asolando los campos y pegando fuego á todas cuantas aldeas y caserías encontraban por las inmediaciones del camino, marcharon con todo su ejército en busca del de César, y se acamparon á dos millas escasas de él. La extensión de su campo, por lo que indicaban el humo y los fuegos, ocupaba más de ocho millas.

César al principio, á vista de un ejército tan numeroso y del gran concepto (1) que se hacía de su valor, determinóse á no dar batalla. Sin embargo, con escaramuzas cotidianas de la caballería procuraba sondear hasta dónde llegaba el esfuerzo del enemigo, como también el coraje de los nuestros. Ya que se aseguró de que los nuestros no eran inferiores, teniendo delante de los reales espacio competente y acomodado para ordenar los escuadrones; porque aquel collado de su alojamiento, no muy elevado sobre la llanura, tenía la delantera tan ancha cuanto bastaba para la formación del ejército en batalla, por las dos laderas la bajada pendiente, y por la frente altura tan poca, que insensiblemente iba declinando hasta confundirse con el llano; cerró los dos lados de la colina con fosos tirados de través cada uno de cuatrocientos pasos de longitud; y guarneciendo sus remates con fortines, plantó baterías en ellos á fin de que al tiempo del combate no pudiesen los enemigos (siendo tan superiores en número) acometer por los costados y coger en medio á los nuestros. Hecho esto, y dejadas en los reales las dos legiones recién alistadas, para poder emplearlas en caso de necesidad, puso las otras seis delante de ellos en orden de batalla. Los enemigos asimismo fuera de los suyos tenían ordenada su gente.

---

(1) Los Belgas eran reputados por los más valientes entre todos los Galos.

Esperaban los enemigos á que la pasasen los nuestros. Los nuestros estaban á la mira para echarse sobre los enemigos atollados, si fuesen ellos los primeros á pasarla. En tanto los caballos andaban escaramuzando entre los dos ejércitos. Mas como ninguno de los dos diese muestras de querer pasar el primero, César, contento con la ventaja de la caballería en el choque, tocó la retirada. Los enemigos al punto marcharon de allí al río Aisne, que, según se ha dicho, corría detrás de nuestros cuarteles; donde descubierto vado, intentaron pasar parte de sus tropas con la mira de desalojar, si pudiesen, al legado Quinto Titurio de la fortificación que mandaba y romper el puente; ó cuando no, talar los campos Remenses, que tanto nos servían en esta guerra proveyéndonos de bastimentos.

César, avisado de esto por Titurio, pasa el puente con toda la caballería y la tropa ligera de los Númidas con los honderos y flecheros, y va contra ellos. Obráronse allí prodigios de valor. Los nuestros, acometiendo á los enemigos metidos en el río, mataron á muchos, y á fuerza de dardos rechazaron á los demás que, con grandísimo arrojó, pretendían abrirse paso por encima de los cadáveres. Los primeros que vadearon el río, rodeados de la caballería, perecieron. Viendo los enemigos fallidas sus esperanzas de la conquista de la plaza y del tránsito del río, como también que los nuestros no querían pelear en sitio menos ventajoso, y ellos comenzaban á sentir escasez de alimentos, juntados á consejo, concluyeron ser lo mejor retirarse cada cual á su casa, con el pacto de acudir de todas partes a la defensa del país que primero invadiesen los Romanos, á fin de hacer la guerra con más comodidad dentro de su comarca que fuera, y sostenerla con sus propias abundantes cosechas. Moviólos á esta resolución, entre otras razones, la de haber sabido que Diviciaco y los Eduos se iban acercando á las fronteras de los Beoveses, los cuales por ningún caso podían sufrir más largas sin socorrer á los

suyos. Con esta determinación, arrancando hacia media noche con gran ruido y alboroto, sin orden ni concierto, apresurándose cada cual á coger la delantera por llegar antes á casa, su marcha tuvo visos de huida. César, avisado al instante del hecho por sus escuchas, temiendo alguna celada, por no haber todavía penetrado el motivo de su partida, se mantuvo quieto con todo su ejército dentro de los reales. Al amanecer, asegurado de la verdad por los batidores, envía delante toda la caballería á cargo de los legados Quinto Pedio y Lucio Aruncuieyo Cota con orden de picar la retaguardia enemiga. Al legado Tito Labieno mandó seguirlos con tres legiones. Habiendo éstos alcanzado á los postreros y perseguidolos por muchas millas, hicieron en los fugitivos gran matanza. Como los de la retaguardia, viéndose ejecutados, hiciesen frente, resistiendo animosamente á las embestidas de los nuestros; en tanto los de la vanguardia, que se consideraban lejos del peligro, sin haber quien los forzase, ni caudillo que los contuviese, al oír aquella gritería, desordenadas las filas, buscaron su seguridad en la fuga. Con eso, sin el menor riesgo prosiguieron los nuestros matando gente todo lo restante del día; y sólo al poner del sol desistieron del alcance, retirándose á los reales según la orden que tenían.

César al otro día, sin dar á los enemigos tiempo de recobrase del pavor y de la fuga, dirigió su marcha contra los Suesones, fronterizos de los Remenses, y después de un largo viaje se puso sobre la ciudad de Novio (1). Ten-

---

(1) César: *Noviodunum*. Seis por lo menos son las ciudades de este nombre sin salir de las Galias: *Noviodunum Veromanduorum*, Noyon en Vermandois; *Noviodunum Eduorum*, Nevers; *Noviodunum in Liturigibus*, Neuvy sobre Baranjon; *Noviodunum Diablintum*, Nogent le Retrou en Perche; *Noviodunum in Helvetiis*, Nyon; y esta de que habla César, *Noviodunum Suessionum*, capital de los Suesones, que corresponde hoy á Soissons. Sobre los nom-



tando de camino asaltarla, pues le decían que se hallaba sin guarnición, por tener un foso muy ancho y muy altos los muros, no pudo tomarla, con ser pocos los que la defendían. Fortificados los reales, trató de armar las galerías (1), y apercibir las piezas de batir las murallas. En

---

bres de ciudades acabados en *dunum*, que dicen ser palabra céltica, y significa *eminencia, collado, monte, puebla*, etc., ha hecho exquisitas investigaciones M. Lancelot, y pueden verse en la Academia de las Inscripciones de París, tomo VI, pág. 635 y siguientes. En la traducción no se dice más que *Novio*, porque la terminación *dunum* queda explicada con la *ciudad de*.

(1) César: *vineas agere... cepit*. Eran movedizas; por eso dice *vineas agere*: dentro de ellas metidos los soldados se iban acercando al muro para batirlo á su salvo. Vegetio, de *Re Militari*, lib. IV, describe así su estructura: *Et lignis levioribus machina colligatur, alta pedibus octo, lata pedibus septem, longa pedibus sexdecim. Huius lectum munitione duplici, tabulatis, cratibusque contextitur, latera quoque vimine sepiuntur, ne saxorum, telorumque impetu penetrentur. Extrinsecus autem, ne immisso concrementur incendio, crudis at recentibus coriis, vel centonibus operitur. Ita, quum plures factae fuerunt, iunguntur in ordinem; sub quibus subsidentes tuti ad subruenda murorum penetrant fundamenta*. Los traductores italianos, franceses y españoles, que han puesto en lengua vulgar á los autores romanos que hacen mención de esta máquina, han trabajado no poco en explicarla con vocablo propio. Los italianos le dan el nombre *gatti*, los franceses *mantelets*, los españoles antiguos *mantas* y *bancos pintados*, lo modernos *manteletes*, que, según nuestro Diccionario, se acercan bastante á significar las *vineas*. En vista de la descripción copiada de Vegetio, no hay duda que se les pudiera acomodar muy bien el término castellano *crujtas*. Pero si este no cuadra enteramente, á lo menos parece cierto que el de *galerías* se les puede aplicar con toda propiedad. D. Diego de Saavedra, describiendo con su puro y elegante estilo las máquinas destinadas por Wamba contra la ciudad de Nimes, dice así: «Sobre ruedas secretas se movían unas *galerías* largas de madera, cubiertas de cueros y betunes, que resisten á las piedras y al fuego, etc.» Por ventura, estas *ga-*

esto todas las tropas de Suesones que venían huyendo, se recogieron la noche inmediata á la plaza. Mas asestadas sin dilación las galerías, formado el terraplén (1), y levantadas las bastidas (2); espantados los Galos de la grandeza de aquellas máquinas, nunca vistas antes ni oídas, y de la presteza de los Romanos en armarlas, envían diputados á César sobre la entrega, y á petición de los Remenses alcanzan perdón. Recibidos en prendas los más granados del pueblo con dos hijos del mismo rey Galba, y entregadas todas las armas, César admitió por vasallos á los Suesones, y marchó contra los Beoveses; los cuales, habiéndose refugiado con todas sus cosas en la fortaleza de Bratuspancio, y estando César distante de allí poco menos de cinco millas, todos los ancianos saliendo de la ciudad con ademanes y voces, le hacían señas de que venían á rendirsele á discreción, ni querían más guerra con los Romanos: asimismo, luego que se acercó al lugar y em-

---

*lerías* son las mismas que desmenuza por partes Vegetio, y los historiadores llaman *vineas*. Véase también el Diccionario de Facciolati, donde al pié de la descripción de Vegetio las llama *viñas*; y otros se contentan con decir *ingenios*, ó *máquinas á propósito para batir las murallas*.

(1) César: *aggere iacto*. Los materiales del terraplén, no sólo eran terrones, sino también piedras, leña y todo género de fagina: *dictus agger, quod aggerebant terram, lapides, ligna*, etc. Sobre él levantaban las torres que ordinariamente fabricaban de madera; y á veces su altura era de 120 codos. Sobre la verdadera inteligencia de *agger, vallus, crates, vineas*, etc. los militares, los ingenieros y demás tácticos bien tienen que estudiar en Guischardt, Loolooz, Follard y otros modernos; no sólo en César, Vitruvio, Vegetio, etc.

(2) César: *turribus constitutis*. Así se llama propiamente este género de torres para la expugnación; y así las entendió el señor Felipe III cuando advirtió á la margen: *turris*, bastida *apud Hispanos*. Véase también nuestro Diccionario.

pezó á sentar el campo, los niños y las mujeres desde las almenas, tendidas las manos (1) á su modo, pedían la paz á los Romanos. Diviciaco (el cual después de la retirada de los Belgas, y despedidas sus tropas, había vuelto á incorporarse con las de César) aboga por ellos diciendo: «que siempre los Beoveses habían sido amigos fieles de los Eduos: que sus jefes, con esparcir que los Eduos esclavizados por César padecían toda suerte de maltratos y oprobios, los indujeron á separarse de ellos y á declarar la guerra al Pueblo Romano. Los autores de esta trama, reconociendo el grave perjuicio acarreado á la república, se habían guarecido en Bretaña. Por tanto, le suplican los Beoveses, y juntamente con ellos y por ellos los Eduos, que los trate con su acostumbrada clemencia y benignidad. Que haciéndolo así, aumentaría el crédito de los Eduos para con todos los Belgas, con cuyos socorros y bienes solían mantener las guerras ocurrentes.» César, por honrar á Diviciaco y favorecer á los Eduos, dió palabra de aceptar su homenaje y de conservarlos en su gracia; mas porque era un estado pujante, sobresaliendo entre los Belgas en autoridad y número de habitantes, pidió seiscientos rehenes. Entregados éstos juntamente con

---

(1) César: *passis manibus*, y poco antes *tendere manus*. En cuanto á la frase castellana *tender las manos*, por ser de significación equívoca; será bien tener presente lo que notó el insigne Luis de León en sus *Comentarios á Job*, página 222 de la moderna edición de Madrid: «tender las manos, unas veces es señal de humildad, como las tienden los que suplican y adoran; y otras de presunción y soberbia, como las tienden los que en alguno las ponen.» El venerable Granada y Cervantes, para dar á entender la primera de estas dos significaciones, no suelen decir más que *puestas las manos*; esto es, ó cruzándolas al pecho, ó tendiéndolas, ó levantándolas, según la usanza de diversas naciones. *Puesta de hinojos con las manos puestas, y juntadas al pecho*, dice Cervantes en su *Pérsiles*.

todas sus armas, encaminóse á los Amienses, que luégo se le rindieron con todas sus cosas.

Con estos confinan los Nervios, de cuyos genios y costumbres César, tomando lengua, vino á entender: «que á ningún mercader daban (1) entrada; ni permitían introducir vinos, ni cosas semejantes que sirven para el regalo; persuadidos á que con tales géneros se afeminan los ánimos y pierden su vigor; siendo ellos naturalmente bravos y forzudos: que daban en rostro y afrentaban á los demás Belgas porque á gran mengua de la valentía heredada con la sangre, se habían sujetado al Pueblo Romano: que ellos por su parte protestaban de no proponer ni admitir condiciones de paz.»

Llevaba tres días de jornada César por las tierras de éstos, cuando le dijeron los prisioneros que á diez millas de sus tiendas corria el río Sambre, en cuya parte opuesta estaban acampados los Nervios, aguardando allí su venida, unidos con los Atrebatas y Vermandeses sus vecinos, á los cuales habían inducido á seguir la misma fortuna en la guerra: que esperaban también tropas de los Aduáticos que venían marchando: que á sus mujeres y demás personas inhábiles por la edad para el ejercicio de las armas, tenían recogidas en un paraje impenetrable al ejército por las lagunas. César con estas noticias envió delante algunos batidores y centuriones á procurar puesto acomodado para el alojamiento. Mas como viniesen en su compañía varios

---

(1) Aun en aquellos tiempos rudos, y entre naciones tenidas por bárbaras, se negaba la entrada á todo lo que podía servir al fausto y á estragar las costumbres. Así merecieron los Nervios crédito de grandes guerreros; bien como por la misma causa dice César, en el lib. I, que eran los Belgas los más valientes de todos los Galos: *omnium fortissimi sunt Belgae, quod minime... ad eos mercatores saepe commeant, atque ea, quae ad effeminandos animos pertinent, important.*

de los Belgas conquistados y otros Galos, algunos de ellos (según que después se averiguó por los prisioneros), observado el orden de la marcha de nuestro ejército en aquellos días, se fueron de noche á los Nervios, y les avisaron de la gran porción de bagaje que mediaba entre legión y legión: con que al llegar la primera al campo, quedando muy atrás las demás, era muy fácil sorprenderla embarazada con la carga (1); derrotada esta, y perdido el bagaje, á buen seguro que las siguientes no se atreviesen á contrarrestar. Era bien recibido el consejo; por cuanto los Nervios, que ni antes usaron jamás (ni ahora tampoco usan pelear á caballo, sino que todas sus fuerzas consisten en la infantería) para estorbar más fácilmente la caballería de sus fronterizos en las ocasiones que hacía correrías, desmochando y doblando los arbolillos tiernos, entretrejiendo en sus ramas zarzas y espinos á lo ancho, habían formado un seto, que les servía de muro tal y tan cerrado, que impedía no como quiera la entrada, mas también la vista. Con este arte, teniendo atajado el paso á nuestro ejército, juzgaron los Nervios que no era de despreciar el aviso.

La situación del lugar elegido por los nuestros para fijar los reales era en un collado que tenía uniforme la bajada desde la cumbre hasta el río Sambre, arriba mencionado. De su opuesta ribera se alzaba otro collado de igual elevación enfrente del primero, despejado á la falda como doscientos pasos, y en la cima tan cerrado, que apenas podía penetrar dentro la vista. Detrás de estas breñas estaban emboscados los enemigos. En el raso á la orilla del río,

---

(1) César: *sub sarcinis*: esto es, con las cargas á cuestas. Los soldados romanos, cuando marchaban con las armas solas, se decían *expediti* ó *in expeditionem* (pues, según escribe Cicerón, las armas no se tenían entre ellos por carga); cuando iban cargados de las mochilas, utensilios y estacas para el vallado, *impediti* ó *sub sarcinis*.

que tenía como tres pies de hondo, se divisaba tal cual piquete de caballería. César, echando adelante la suya, seguía con el grueso del ejército. Pero el orden de su marcha era bien diferente del que pintaron los Belgas á los Nervios; pues César por la cercanía del enemigo llevaba consigo, como solía, seis legiones sin más tren que las armas: después iban los equipajes de todo el ejército, escoltados de las dos legiones recién alistadas, que cerraban la marcha. Nuestros caballos, pasando el río con la gente de honda y arco, trabaron combate con los caballos enemigos. Mientras éstos, ya se retiraban al bosque entre los suyos, ya salían de él á embestir con los nuestros, sin que los nuestros osasen ir tras ellos en sus retiradas más allá del campo abierto; las seis legiones, que habían llegado las primeras, delineado el campo, empezaron á fortificarlo. Luego que los enemigos cubiertos en las selvas avistaron los primeros bagajes de nuestro ejército, según lo concertado entre sí, estando de antemano bien prevenidos y formados allí mismo en orden de batalla, de repente se dispararon con todas sus tropas y se dejaron caer sobre nuestros caballos. Batidos y deshechos éstos sin resistencia, con velocidad increíble vinieron corriendo hasta el río, de modo que casi á un mismo tiempo se les veía en el bosque, en el río y en combate con los nuestros. Los del collado opuesto con igual ligereza corrieron á asaltar nuestras trincheras y á los que trabajaban en ellas.

César tenía que hacerlo todo á un tiempo: enarbolar el estandarte (1), que es la llamada á tomar las armas; hacer señal con la bocina; retirar los soldados de sus trabajos; llamar á los que se habían alejado en busca de fagina; es-

---

(1) César: *vexillum, quod erat insigne, quum ad arma concurrere oporteret*. Colocabase sobre la estancia del general y tenía la figura de un sayo de grana.

cuadronar el ejército; dar la contraseña (1); arengar á los soldados. Mas no permitía la estrechez del tiempo, ni la sucesión continua de negocios, ni la avenida de los enemigos dar expediente á todas estas cosas. En medio de tantas dificultades dos circunstancias militaban á su favor: una era la inteligencia y práctica de los soldados, que comp ejercitados en las anteriores batallas, podían por sí mismos dirigir cualquier acción con tanta pericia como sus cabos: la otra haber intimado César la orden que ninguno de los legados se apartase de su legión durante la faena del atrincheramiento. Así que, vista la priesa y cercanía del enemigo, sin aguardar las órdenes de César, ejecutaban lo que parecía del caso. César, dadas las providencias necesarias, corriendo á exhortar á los soldados adonde le guió la suerte, encontró con la legión décima. No dijo más á los soldados sino que se acordasen de su antiguo valor, y sin asustarse resistiesen animosamente al ímpetu de los enemigos. Y como éstos ya estaban á tiro de dardo, hizo señal de acometer. Partiendo de allí á otra banda con el mismo fin

---

(1) César: *signum dandum*. Esto se hacía por medio de los soldados destinados para semejante oficio. Vegetio, libro II, cap. VII: *Tesserarii, qui tesseram per contubernia militum nuntiant*. Servio, intérprete de Virgilio, lib. VII, *Æneid.*, v. 637: *It bello tessera signum*, nota: *Tessera symbolum bellicum, quod ad pugnam exeuntibus datur propter confusionem vitandam... ut fuit in bello Marii, Lar Deus; in Sullae, Apollo Delphicus; in Caesaris, Venus Genitrix*. Nosotros decimos *dar el santo* por la costumbre de dar los generales á los soldados el nombre de algún santo, para que se reconozcan entre sí á distinción de los enemigos. Hoy día á más del *santo* se da también la *seña*, y también en campaña la *reseña*. Nuestro Luis de León, en la pág. 53, edición moderna de Valencia de los *Nombres de Cristo*, dice: «la *tessera* militar, ó lo que en la guerra decimos *dar nombre*, está secreto entre solos el capitán y los soldados que hacen cuerpo de guardia.» Véase á Lipsio, lib. IV, *Milit. Dial.* 44.

de alentarlos, los halló peleando. El tiempo fué tan corto, los enemigos tan determinados al asalto, que no dieron lugar (1) á los nuestros para ponerse las cimeras, ni aun siquiera para ajustar las viseras de los yelmos y quitar las fundas (2) á los escudos. Donde cada cual acertó á encontrarse al partir mano del trabajo, allí se paró, agregándose á las primeras banderas que se le pusieron delante, para no gastar el tiempo de pelear en buscar á los suyos.

Ordenado el ejército según lo permitían la situación del lugar, la cuesta de la colina y la urgencia del tiempo más que conforme al arte y disciplina militar; combatiendo separadas las legiones, cuál en una parte y cuál en otra, impedida la vista por la espesura de los bardales interpuestos, de que hicimos antes mención, no era factible que un hombre sólo pudiese socorrer á todos á un tiempo. ni dar las providencias necesarias, ni mandarlo todo. Por lo cual en concurrencia de cosas tan adversas, eran varios á proporción los sucesos de la fortuna. Los soldados de la nona y la décima legión, escuadronados en el ala izquierda del ejército, disparando sus dardos á los Artesios, que tenían enfrente, presto los precipitaron el coilado abajo hasta el río, ya sin aliento del mucho correr y el cansancio, y malparados de las heridas; y tentando pasarle, persiguiéndolos espada en mano, degollaron gran parte de ellos cuando no podían valerse. Los nuestros no dudaron

---

(1) El Anónimo de la vida de César dice así: *Tam nihil spatii fuit, ut, ne dicam consuetæ solemnitates præliorum ommitterentur, sed vix galeas induendi licentia superesset*, libro II, pag. 49.

(2) César: *scutis tegmenta detrahenda*. Suetonio, en la vida de César, da bien á entender el aseo y cuidado con que sus soldados conservaban las armas: *habebatque (milites) tam cultos, ut argento et auro politis armis ornaret: simul et ad speciem, quo tenaciores eorum in prælio essent metu damna, etc.*



atravesar el río; y como los enemigos, viéndolos empeñados en un paraje peligroso intentasen hacerles frente, renovada la refriega los obligaron á huir de nuevo. Por otra banda las legiones octava y undécima, después de desalojar de la loma á los Vermandeses sus contrarios, proseguían batiéndolos en las márgenes mismas del río. Pero quedando sin defensa los reales por la frente y costado izquierdo, estando apostada en el derecho la legión duodécima y á corta distancia de esta la séptima; todos los Nervios, acaudillados de su general Boduognato, cerrados en un escuadrón muy apiñado acometieron aquel puesto, tirando unos por el flanco descubierto á coger en medio las legiones, y otros á subir la cima de los reales.

A este tiempo nuestros caballos con los soldados ligeros que, como ya referí, iban en su compañía, cuando fueron derrotados al primer ataque de los enemigos, viniendo á guarecerse dentro de las trincheras, tropezaban con los enemigos y echaban á huir por otro lado. Pues los gastadores que á la puerta (1) trasera desde la cumbre del collado vieron á los nuestros pasar el río en forma de vencedores, saliendo al pillaje, como mirasen atrás y viesan á los enemigos en medio de nuestro campo, precipitadamente hufan á todo huir. En aquel punto y tiempo comenzaban á sentirse las voces y alaridos de los que conducían el bagaje; con que corrían despavoridos unos acá, otros acullá sin orden ni concierto. Entonces los caballos Trevirenses, muy alabados de valientes entre los Galos, enviados de socorro á César por su república, sobrecogidos de tantos malos sucesos; viendo nuestros reales cubiertos de enemigos, las legiones estrechadas, y poco menos que cogidas; gastadores, caballos, honderos Números dispersos, descarriados, huyendo por donde podían; dándonos ya por perdidos, se volvieron á su patria con la

---

(1) César: *decumana porta*. Véase la nota de la pág. 78.

noticia de que los Romanos quedaban rotos y vencidos, sus reales y bagajes en poder de los enemigos.

César, después de haber animado á la legión décima, viniendo al costado derecho, como vió el aprieto de los suyos, apiñadas las banderas, los soldados de la duodécima legión tan pegados que no podían manejar las armas, muertos todos los centuriones y el alférez de la cuarta cohorte, perdido el estandarte; los de las otras legiones ó muertos ó heridos, y el (1) principal de ellos Publio Sextio Baculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas sin poderse tener en pie; que los demás caían en desaliento, y aun algunos, desamparados de los que les hacían espaldas, abandonaban su puesto hurtando

---

(1) César: *primopilo P. Sextio Baculo*. El centurión ó capitán dicho entre los Romanos *primipilus* ó *primopilus*, era un oficial de primera graduación. César, Livio, Paterculo y Salustio le dan el nombre *centurio primipili*; algunos le llaman *primus centurio*. De los Griegos, unos le nombran *στρατοπεδάρχης τοῦ τάγματος*, que es jefe de la legión; y á su empleo *στρατοπεδάρχηα*, que podríamos llamar *comandancia*. Sus honores y empleo pueden verse en Polibio, Vegetio, Lipsio, Juan Rosini, etc. La dificultad está en saber qué voz castellana es la que responde á la latina, y cuál de los cargos de estos tiempos se asemeja más al del primipilo. «Entre los centuriones, escribe Morales, había unos que llamaban primipilos, porque se ponían en la delantera de la batalla, y allí estaban á su gobierno otros centuriones, y eran como los soldados que ahora llamamos de primera hilera. Estos primipilos tenían á cargo el águila, que era la bandera general de toda la legión.» *República Romana*. El P. Mariana, lib. II, cap. XIX, entiende lo mismo que *capitán de las principales compañías*. El real intérprete de Salustio, traduce: *centurión de la primera columna*, pag. 464. No se les puede llamar capitanes de granaderos, porque aun dado que nuestros granaderos se parezcan á aquellos soldados de primera hilera ó columna, los capitanes poco se asemejan á los primipilos. Aquí se ha traducido *el primero ó el principal de los centuriones, comandante, alférez ó ayudante mayor*.

el cuerpo á los golpes; que los enemigos subiendo la cuesta, ni por la frente daban treguas, ni los dejaban respirar por los costados, reducidos al extremo sin esperanza de ser ayudados; arrebatando el escudo (1) á un soldado de las últimas filas (que César se vino sin él por la priesa) se puso á la frente; y nombrando á los centuriones por su nombre, exhortando á los demás, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas. Con su presencia recobrando los soldados nueva esperanza y nuevos bríos, deseoso cada cual de hacer los últimos esfuerzos á vista del general en medio de su mayor peligro, cejó algún tanto el ímpetu de los enemigos. Advirtiéndole César que la legión séptima, allí cerca, se hallaba también en grande aprieto, insinuó á los tribunos que fuesen poco á poco reuniendo las legiones, y todas á una cerrasen á banderas desplegadas con el enemigo. Con esta evolución, sosteniéndose recíprocamente sin temor ya de ser cogidos por la espalda, comenzaron á resistir con más brío y á pelear con más coraje. En esto las dos legiones que venían escoltando los bagajes de retaguardia, con la noticia de la batalla apretando el paso se dejaban ya ver de los enemigos sobre la cima del collado. Y Tito Labieno, que se había apoderado de sus reales, observando desde un alto el estado de las cosas en los nuestros, destacó la décima legión á socorrernos. Los soldados, infiriendo de la fuga de los caballos y gastadores la triste situación y riesgo grande que corrían las trincheras, las legiones y el general, no perdieron punto de tiempo. Con su llegada se trocaron tanto las suertes, que los nuestros,

---

(1) Nuestro Floro, hablando de esta jornada, dice así: *Hic quum multa Romanorum militum insignia, tum illu i egregium ipsius ducis; quod nutante in fugam exercitu, raptu fugientis e manu scuto, in primam volitans aciem, manu praelium restituit*, lib. III, cap. X.

aun los más postrados de las heridas, apoyados sobre los escudos renovaron el combate; hasta los mismos furrieres, viendo consternados á los enemigos, con estar desarmados, se atrevían con los armados. Pues los caballos, á trueque de borrar con proezas de valor la infamia de la huida, combatían en todas partes, por aventajarse á los soldados legionarios. Al tanto los enemigos, ya sin esperanza de vida, se portaron con tal valentía, que al caer de los primeros, luégo ocupaban su puesto los inmediatos, peleando por sobre sus cuerpos: derribados éstos y amontonados los cadáveres, desde los cuales como de parapeto nos disparaban los demás sus dardos, recogían los que les tirábamos y volvíanlos á arrojar contra nosotros: así que no es maravilla que hombres tan intrépidos osasen á esguazar un río tan ancho, trepar por ribazos tan ásperos y apostarse en lugar tan escarpado: y es que todas estas cosas, bien que de suyo muy difíciles, se las facilitaba su bravura.

28. Acabada la batalla, y con ella casi toda la raza y nombre de los Nervios, los viejos que, según dijimos, estaban con los niños y las mujeres recogidos entre pantanos y lagunas, sabedores de la desgracia, considerando que para los vencedores todo es llano y para los vencidos nada seguro, enviaron, de común consentimiento de todos los que se salvaron, embajadores á César, entregándose á discreción; y encareciendo el infortunio de su república, afirmaron que de seiscientos senadores les quedaban solos tres, y de sesenta mil combatientes apenas (1) llegaban á quinientos. A los cuales César, haciendo alarde de su clemencia para con los miserables y rendidos, conservó con el ma-

---

(1) Plutarco *in Casare* atribuye esta costosísima victoria, si bien á la pericia de los soldados, mucho más al extremado valor del mismo César; y su relación es conforme en todo con esta de los *Comentarios*.

por empeño, dejándolos en la libre posesión de sus tierras y ciudades; y mandó á los rayanos que nadie osase hacerles daño.

Los Aduáticos, de quien se habló ya, viniendo con todas sus fuerzas en socorro de los Nervios, oído el suceso de la batalla, dieron desde el camino la vuelta á su casa; y abandonando las poblaciones, se retiraron con cuanto tenían á una plaza muy fuerte por naturaleza; que rodeada por todas partes de altísimos riscos y despeñaderos, por una sola tenía la entrada, no muy pendiente, ni más ancha que de doscientos pies, pero guarnecida de dos elevadísimos rebellines, sobre los cuales habían colocado piedras gruesísimas y estacas puntiagudas. Eran los Aduáticos descendientes (1) de los Cimbro y Teutones, que al partirse para nuestra provincia y la Italia, descargando á la orilla del Rhin los fardos que no podían llevar consigo, dejaron para su custodia y defensa á seis mil de los suyos. Los cuales, muertos aquellos, molestados por muchos años de los vecinos con guerras ya ofensivas, ya defensivas, hechas al fin las paces de común acuerdo, hicieron aquí su asiento. Estos, pues, al principio de nuestra llegada hacían frecuentes salidas y escaramuzas con los nuestros. Después, habiendo nosotros tirado una valla de doce pies en alto y quince mil en circuito, y bloqueádolos con baluartes de trecho en trecho, se mantenían cercados en la plaza. Mas cuando armadas ya las galerías y formado el terraplén, vieron erigirse una torre á lo lejos, por entonces comenzaron desde los adarves á hacer mofa y fisga de los nuestros, gritando, á qué fin erigían máquina tan grande á tanta distancia, y con qué brazos ó fuerzas se prometían, mayormente siendo unos hombruzuelos, arrimar á los muros un torreón de peso tan enorme (y es que los mas de los Galos, por ser de grande estatura, miran con desprecio la pequeñez de la

---

(1) Esto mismo escribe Dión, lib. XXXIX, n. 4.

nuestra). Mas cuando repararon que se movía y acercaba á las murallas, espantados del nuevo y desusado espectáculo, despacharon á César embajadores de paz, que hablaron en esta sustancia: «que no podían menos de creer que los Romanos guerreaban asistidos de los dioses, cuando con tanta facilidad podían dar movimiento á máquinas de tanta elevación, y pelear tan de cerca: por tanto, se entregaban con todas las cosas en sus manos. Que si por dicha, usando de su clemencia y mansedumbre, de que ya tenían noticia, quisiese perdonar también á los Aduáticos, una sola cosa le pedían y suplicaban, no los despojase de las armas: que casi todos los comarcanos eran sus enemigos y envidiosos de su poder; de quienes mal podían defenderse sin ellas: en tal caso les sería mejor sufrir de los Romanos cualquier aventura, que no morir atormentados á manos de aquellos á quienes solían dar la ley.» A esto respondió César: «que hubiera conservado la ciudad, no porque lo mereciese, sino por ser esa su costumbre, caso de haberse rendido antes (1) de

(1) César: *priusquam aries murum attigisset*. Esto es, antes de dar la primera morocada contra el muro. Sin embargo, Cicerón, lib. de *Off.* era de dictamen: *Qui, armis positis, ad imperatoris fidem confugiunt, quamvis aries murum percusserit, recipiendos esse*. El ariete, que nosotros podemos llamar *morueco*, y su golpe *morocada*, era una gran batería gruesa y larga con la testa de fierro, á semejanza de la de un carnero, para romper con ella á repetidos y fuertes golpes la muralla. En el cerco que los Cartagineses pusieron á Cádiz, que la tenían los Fenicios, «pretenden algunos (dice Mariana, lib. I, cap. XIX) que Petasmeno, un artífice natural de Tiro, inventó de nuevo para batir los muros el ingenio que llaman ariete. Colgaban una viga de otra viga atravesada, para que puesta como en balanzas se moviese con mayor facilidad, é hiciese mayor golpe en la muralla.» A mí me parece que el pretender la invención del ariete en España es muy conforme á lo que leemos en las historias antiguas; y que estos *algunos* de Mariana bien pueden por sí solos dar autoridad á

abatir la muralla; pero ya no había lugar á la rendición sin la entrega de las armas: haría sí con ellos lo mismo que con los Nervios, mandando á los confinantes que se guardasen de hacer ningun agravio á los vasallos del Pueblo Romano.» Comunicada esta respuesta á los sitiados, dijeron estar prontos á cumplir lo mandado. Arrojada, pues, gran cantidad de armas desde los muros al foso que ceñía la plaza, de suerte que los montones de ellas casi tocaban con las almenas y la plataforma, con ser que habían escondido y reservado dentro una tercera parte, según se averiguó después; abiertas las puertas de par en par, estuvieron en paz aquel día. Al anochecer César mandó cerrarlas, y á los soldados que saliesen fuera de la plaza, porque no se desmandase alguno contra los ciudadanos. Pero éstos de antemano, como se supo después, convenidos entre sí, bajo el supuesto de que los nuestros, hecha ya la entrega, ó no harían guardias, ó cuando mucho no estarían tan alerta; parte valiéndose de las armas reservadas y encubiertas, parte de rodela hechas de cortezas de árbol y de mimbre entretejidas, que aferraron de pronto con pieles (no permitiéndoles otra cosa la falta de tiempo) sobre la media noche salieron de tropel al improviso con

---

la opinión. Vitruvio, lib. X, cap. XIX, de Arquitectura, y Ateneo, en el principio de su Tratado de máquinas, cuenta la invención del ariete en Cadiz; y Ateneo se remite á Agestrato en los tratados Poliorcéticos donde decía lo mismo. Véase el manuscrito de Ateneo, publicado por la Biblioteca Real de París, año de 1693. Esta máquina fué recibiendo perfección progresiva hasta los Godos, que la usaron también, como Wamba, contra la ciudad de Nimes, según refiere Saavedra en la Corona Gótica. En vasconce no tiene otro nombre el carnero, ó morueco, que el de *aria*: y parece verosímil que el de *ariete* se tomó de la lengua del país donde se inventó, antes que irlo á buscar en Tiro ni en Cartago. Véase el tomo II de las Memorias de Guischart, desde la pág. 2, y el Diccionario Etimológico de Vosio.

todas sus tropas derechos adonde parecía más fácil la subida á nuestras trincheras. Dado aviso al instante con fuegos, como César lo tenía prevenido, acudieron allá luego de los baluartes vecinos: los enemigos combatieron con tal coraje cual se debía esperar de hombres reducidos á la última desesperación, sin embargo de la desigualdad del sitio contra los que desde la valla y torres les disparaban, como quienes tenían librada la esperanza de vivir en su brazo. Muertos hasta cuatro mil, los demás fueron rebatidos á la plaza. Al otro día rompiendo las puertas, sin haber quien resistiese, introducida nuestra tropa, César vendió en almoneda todos los moradores de este pueblo con sus haciendas. El número de personas vendidas, según la lista que le exhibieron los compradores, fué de cincuenta y tres mil.

34 Al mismo tiempo Publio Craso, enviado por César con una legión á sujetar á los Venetos, Unelos, Osismios, Curiosolitas, Secuvios, Aulercos y Refíeses, pueblos marítimos sobre la costa del Océano, le dió aviso cómo todos quedaban sujetos al Pueblo Romano. Concluidas estas empresas, y pacificada la Galia toda, fué tan célebre la fama de esta guerra divulgada hasta los bárbaros, que las naciones Transrenanas enviaban á porfía embajadores á César prometiéndole la obediencia y rehenes en prendas de su lealtad: cuyo despacho, por estar de partida para Italia y el Ilírico, difirió por entonces, remitiéndolos al principio del verano siguiente. Con eso, repartidas las legiones en cuarteles de invierno por las comarcas de Chartres, Anjou y Tours, vecinas á los países que fueron el teatro de la guerra, marchó la vuelta de Italia. Por tan prósperos sucesos, leídas en Roma las cartas de César, se mandaron hacer fiestas solemnes por quince días (1):

---

(1) Estas fiestas, dichas por los Romanos *supplicatio-nes* (y también *supplicia*, como se lee en *Jugurta* de Salus-

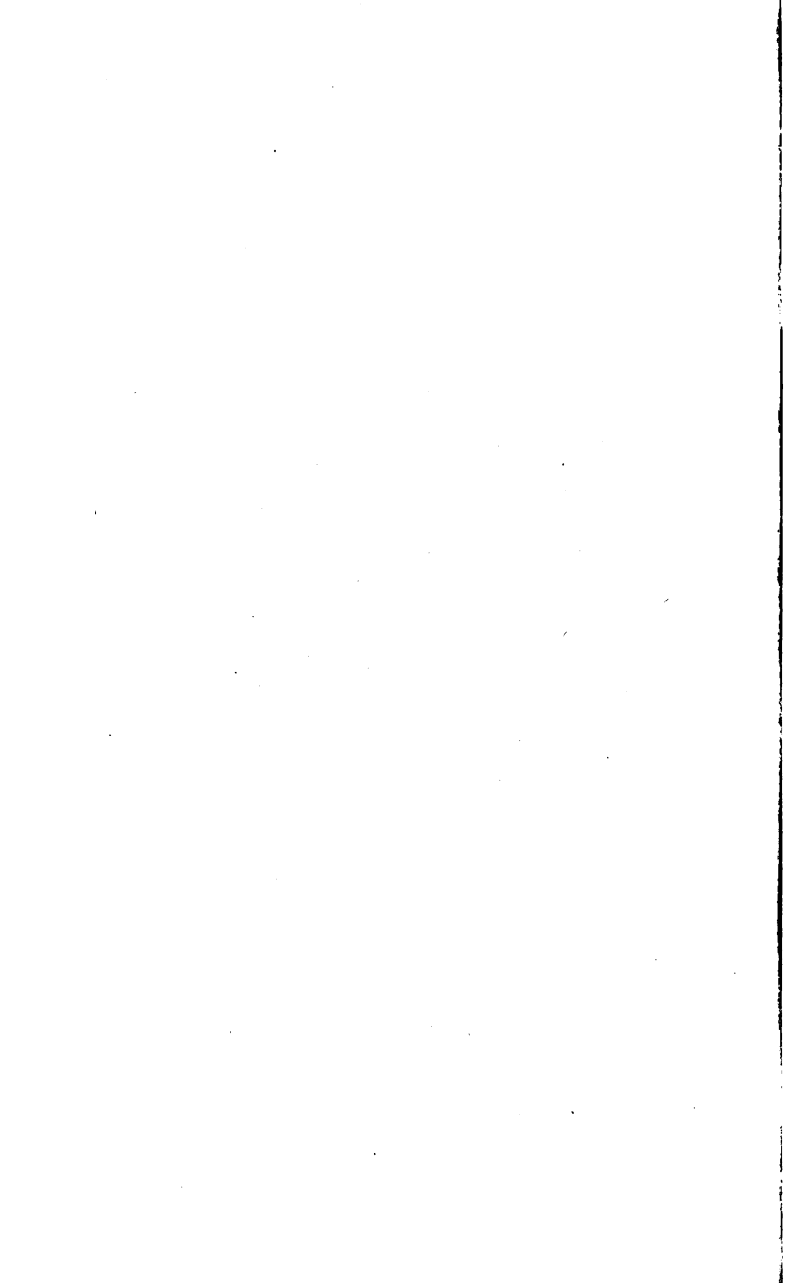


demostración hasta entonces nunca hecha con ninguno.

---

to, pág. 191, de la edición del señor Infante), se hacían por decreto del Senado, abriendo todas los templos de los dioses y cerrando los tribunales y oficinas, para que hombres y mujeres acudiesen libres de otros negocios á los sacrificios en acción de gracias por la victoria conseguida. Plutarco en la vida de César lo pondera más. A Pompeyo, á quien se hicieron más honores que á todos los generales precedentes, se concedieron solamente doce días.

---



## LIBRO TERCERO.

Estando César de partida para Italia, envió á Servio Galba con la duodécima legión y parte de la caballería á los Nantuates, Veragros y Sioneses, que desde los confines de los Alóbroges, lago Lemano y río Ródano se extienden hasta lo más encumbrado de los Alpes. Su mira en eso era franquear aquel camino, cuyo pasaje solía ser de mucho riesgo y de gran dispendio para los mercaderes por los portazgos. Dióle permiso para invernar allí con la legión, si fuese menester. Galba, después que hubo ganado algunas batallas, conquistado varios castillos de estas gentes, y recibido embajadores de aquellos contornos, y rehenes en prendas de la paz concluida, acordó de alojar á dos cohortes en los Nantuates, y él con las demás irse á pasar el invierno en cierta aldea de los Veragros, llamada Octoduro (1), sita en una hondonada, á que seguía una llanura de corta extensión entre altísimas montañas. Como el lugar estuviese dividido por un río en dos partes, la una dejó á los vecinos; la

---

(1) Creen muchos que este pueblo es el que se llama hoy *Martigni* ó *Martinach*, á la falda de los Alpes. Otro pueblo del mismo nombre se ve entre Avila y Salamanca. en el mapa de Africa y España, que publicó S. A. R., página 132 de su Salustio.

otra desocupada por éstos destinó para cuartel de las cohortes, guarneciéndola con estacada y foso. Pasada ya buena parte del invierno, y habiendo dado sus órdenes para el acarreo de las provisiones, repentinamente le avisaron las espías cómo los Galos de noche habían todos abandonado el arrabal que les concedió para su morada, y que las alturas de las montañas estaban ocupadas de grandísimo gentío de Sioneses y Veragros. Los motivos que tuvieron los Galos para esta arrebatada resolución de renovar la guerra con la sorpresa de la legión, fueron estos: primero, porque les parecía despreciable por su corto número una legión, y esa no completa, por haberse destacado de ella dos cohortes y estar ausentes varios piquetes de soldados enviados á buscar víveres por varias partes. Segundo, porque considerada la desigualdad del sitio, bajando ellos de corrida desde los montes al valle, disparando continuamente, se les figuraba que los nuestros no podrían aguantar ni aun la primera descarga. Por otra parte, sentían en el alma se les hubiesen quitado sus hijos á título de rehenes, y daban por cierto que los Romanos pretendían apoderarse de los puertos de los Alpes, no sólo para seguridad de los caminos, sino también para señorearse de aquellos lugares y unirlos á su provincia confinante. Luego que recibió Galba este aviso (no estando todavía bien atrincherado ni proveído de víveres, por parecerle que supuesta la entrega y las prendas que tenía, no era de temer ninguna sorpresa), convocando de pronto consejo de guerra, puso el caso en consulta. Entre los vocales, á vista de peligro tan grande, impensado y urgente, y de las alturas casi todas cubiertas de gente armada, sin poder ser socorridos con tropas ni víveres, cerrados los pasos, dándose casi por perdidos, eran algunos de dictamen que, abandonado el bagaje, rompiendo por medio de los enemigos, por los caminos que habían traído, se esforzasen á ponerse en salvo. Pero la mayor parte fué de sentir que, reservado este partido para

el último trance, por ahora se probase fortuna, haciéndose fuertes en los reales.

A poco rato, cuanto apenas bastó para disponer y ejecutar lo acordado, los enemigos, dada la señal, hételos que bajan corriendo á bandadas, arrojando piedras y dardos (1) á las trincheras. Al principio los nuestros, estando con las fuerzas enteras, se defendían vigorosamente sin perder tiro desde las barreras; y en viendo peligrar alguna parte de los reales por falta de defensores, corrían allá luégo á cubrirla. Mas los enemigos tenían esta ventaja, que cansados unos del choque continuado, los reemplazaban otros de refresco; lo que no era posible por su corto número á los nuestros; pues no como quiera el cansado podía retirarse de la batalla, mas ni aun el herido desamparar su puesto. Continuado el combate por más de seis horas, y faltando no sólo las fuerzas, sino también las armas á los nuestros, cargando cada vez con más furia los enemigos; como por la suma flaqueza de los nuestros comenzasen á llenar el foso y á querer forzar las trincheras; reducidas ya las cosas al extremo, el primer centurión Publio Sestio Baculo, que, como queda dicho, recibió tantas heridas en la jornada de los Nervios, vase corriendo á Galba y tras él Cayo Voluseno, tribuno, persona de gran talento y valor, y le representan que no resta esperanza de salvarse si no se aventuran á salir rompiendo por el campo enemigo. Galba, con esto, convocando los centuriones, advierte por su medio á los soldados que suspendan por un poco el combate, y que no haciendo más que recoger las armas que les tiren, tomen aliento; que después, al dar la señal, saliesen de rebato, librando en su esfuerzo toda la espe-

---

(1) César: *gaesa*. Servio, al verso 662, lib. VIII de la *Eneida*, dice: *Gaesa, hastae viriles; nam etiam viros fortes Galli gaesos vocant*. Véase á Lipsio Poliore. IV, Dial. 4, y al señor Infante en la nota 74, pág. 302 al *Catilina*.

ranza de la vida. Como se lo mandaron, así lo hicieron: rompen de golpe por todas las puertas (1), sin dar lugar al enemigo ni para reconocer qué cosa fuese, ni menos para unirse. Con eso, trocada la suerte, cogiendo en medio á los que se imaginaban ya dueños de los reales, los van matando á diestro y siniestro; y muerta más de la tercera parte de más de treinta mil bárbaros (que tantos fueron, según consta, los que asaltaron los reales), los restantes, atemorizados, son puestos en fuga, sin dejarlos hacer alto ni aun en las cumbres de los montes. Batidas así y desarmadas las tropas enemigas, se recogieron los nuestros á sus cuarteles y trincheras. Pasada esta refriega, no queriendo Galba tentar otra vez fortuna, atento que el suceso de su jornada fué muy diverso del fin que tuvo en venir á invernar en estos lugares; sobre todo, movido de la escasez de bastimentos, al día siguiente, pegando fuego á todos los edificios del burgo, dió la vuelta hacia la provincia, y sin oposición ni embarazo de ningún enemigo condujo sana y salva la legión, primero á los Nantuates, y de allí á los Alóbroges, donde pasó el resto del invierno.

Después de estos sucesos, cuando todo le persuadía á César que la Galia quedaba enteramente apaciguada, por haber sido sojuzgados los Belgas, ahuyentados los Germanos, vencidos en los Alpes los Sioneses; y como en esa confianza entrado el invierno se partiese para el Ilírico con deseo de visitar también estas naciones y enterarse de aquellos países, se suscitó de repente una guerra improvisa en la Galia, con esta ocasión: Publio Craso el mozo,

---

(1) Cuatro solían ser las de los reales: la *Praetoria*, en la frente de ellos, donde alojaba el general; la *Decumana*, al lado opuesto, en las espaldas; la *Principal*, por donde solían entrar y salir los oficiales de la plana mayor; la *Quintana*, por donde se introducían las provisiones. La *Decumana*, que se llama *traserá* ó *de socorro*, tenía también los nombres *extraordinaria*, *quaestoria*.

con la legión sétima, tenía sus cuarteles de invierno en Anjou, no lejos del Océano: por carecer de granos aquel territorio, despachó á las ciudades comarcanas algunos prefectos (1) y tribunos militares en busca de provisiones. De éstos era Tito Terrasidio enviado á los Unelos, Marco Trebio Galo á los Curiosolitas, Quinto Velanio con Tito Silio á los Vaneses, cuya república es la más poderosa entre todas las de la costa, por cuanto tienen gran copia de navíos con que suelen ir á comerciar en Bretaña; y en la destreza y uso de la náutica se aventajan á los demás; y como son dueños de los pocos puertos que se encuentran en aquel golfo borrascoso y abierto, tienen puestos en contribución á cuantos por él navegan. Estos dieron principio á las hostilidades, arrestando á Silio y Velanio, con la esperanza de recobrar en cambio de Craso sus rehenes. Movidos de su ejemplo los confinantes (que tan prontas y arrebatadas son las resoluciones de los Galos) arrestan por el mismo fin á Trebio y Terrasidio, y al punto con recíprocas embajadas conspiran entre sí por medio de sus cabezas, juramentándose de no hacer cosa sino de común acuerdo, y de correr una misma suerte en todo acontecimiento. Inducen igualmente á las demás comunidades á querer antes conservar la libertad heredada, que no sufrir la esclavitud

---

(1) Muchos tenían este nombre en la milicia romana. *Praefecti castrorum*, maeses ó mariscales de campo, y aposentadores: *Praefecti fabrum*, ingenieros: *Praefecti equitum*, brigadieres ó comandantes de la caballería: *Praefecti militum*, sargentos mayores. Estas son puras conjeturas fundadas en lo verosímil. Lo más seguro es dejar los cargos, empleos y dignidades con sus propios nombres, como lo hacen los traductores más exactos. Los PP. Moheganos en la pág. 31, tomo IV, de su *Historia Literaria*, siguiendo á Ablancourt, traductor francés de César, entienden que el llamado *Praefectus fabrum* era lo mismo que *intendente de las máquinas de guerra*. Tal vez la palabra *ingenieros* corresponde con más propiedad.

de los Romanos. Atraídos en breve todos los de la costa á su partido, despachan de mancomún á Publio Craso una embajada, diciendo: «que si quiere rescatar los suyos, les restituya los rehenes.» Enterado César de estas novedades por Craso, como estaba tan distante, da orden de construir en tanto galeras en el río Loire, que desagua en el Océano, de traer remeros de la provincia, y juntar marineros y pilotos. Ejecutadas estas órdenes con gran diligencia, él, luego que se lo permitió la estación, vino derecho al ejército. Los Vaneses y demás aliados, sabida su llegada y reconociendo juntamente la enormidad del delito que cometieron en haber arrestado y puesto en prisiones á los embajadores (cuyo carácter fué siempre inviolable y respetado de todas las naciones), conforme á la grandeza del peligro que les amenazaba, tratan de hacer los preparativos para la guerra, mayormente todo lo necesario para el armamento de los navíos, muy esperanzados del buen suceso por la ventaja del sitio. Sabían que los caminos por tierra estaban á cada paso cortados por los pantanos, la navegación embarazosa por la ninguna práctica de aquellos parajes, y ser muy contados los puertos; y presumían que nuestras tropas no podrían subsistir mucho tiempo en su país por falta de víveres: y cuando todo les saliese al revés, todavía por mar serían superiores sus fuerzas; pues los Romanos ni tenían navíos ni conocimiento de los bajíos, islas y puertos de los lugares en que habían de hacer la guerra: además, que no es todo uno navegar por el Mediterráneo entre costas, como por el Océano, mar tan dilatado y abierto. Con estos pensamientos fortifican sus ciudades, trasportan á ellas el trigo de los cortijos, juntan cuantas naves pueden en el puerto de Vanes, no dudando que César abriría por aquí la campaña. Se confederan con los Osismios, Lisienses, Nanteses, Ambialites, Morinos, Dublintes, Menapios, y piden socorro á la Bretaña, isla situada enfrente de estas regiones.



Tantas como habemos dicho eran las dificultades de hacer la guerra; pero no eran menos los incentivos que tenía César para emprender ésta: el atentado de prender á los caballeros romanos; la rebelión después de ya rendidos; la deslealtad contra la seguridad dada con rehenes; la conjuración de tantos pueblos; sobre todo el recelo de que si no hacía caso de esto, no siguiesen su ejemplo otras naciones. Por tanto, considerando que casi todos los Galos son amigos de novedades, fáciles y ligeros en suscitar guerras; y que todos los hombres naturalmente son celosos de su libertad y enemigos de la servidumbre; antes que otras naciones se ligasen con los rebeldes, acordó dividir en varios trozos su ejército distribuyéndolos por las provincias. Con este fin envió á los Trevirenses, que alindan con el Rhin, al legado Tito Labieno con la caballería, encargándole visitase de pasada á los Remenses y demás Belgas, y los tuviese á raya: que si los Germanos, llamados, á lo que se decía, de los Belgas, intentasen pasar por fuerza en barcas el río, se lo estorbase. A Publio Craso con doce cohortes de las legiones y buen número de caballos manda ir á Aquitania para impedir que de allá suministren socorros á la Galia, y se coliguen naciones tan poderosas. Al legado Quinto Titurio Sabino con tres legiones envía contra los Unelos, Curiosolitas y Lisienses para contenerlos dentro de sus límites. Da el mando de la escuadra y de las naves que hizo aprestar del Poitu, del Santonge, y de otros países fieles, al joven Décimo Bruto, con orden de hacerse cuanto antes á la vela para Vanes, adonde marchó él mismo por tierra con la infantería. Estando, como están, aquellas poblaciones fundadas sobre cabos y promontorios, ni por tierra eran accesibles en la alta marea que allí se experimenta doce horas ni tampoco por cada mar en la baja, quedando entonces las naves encalladas en la arena. Con que así por el flujo, como por el reflujó, era dificultoso comba-  
tirlas: que si tal vez á fuerza de obras atajado el mar con

diques y muelles terraplenados hasta casi emparejar con las murallas, desconfiaban los sitiados de poder defenderse, á la hora teniendo á mano gran número de bajeles, embarcábanse con todas sus cosas y se acogían á los lugares vecinos, donde se hacían fuertes de nuevo, logrando las mismas ventajas en la situación: lo que gran parte del estío podían hacer más á su salvo, porque nuestra escuadra estaba detenida por los vientos contrarios, y era sumamente peligroso el navegar por mar tan vasto y abierto, siendo tan grandes las mareas, y casi ningunos los puertos. Por eso la construcción y armadura de las naves enemigas era en esta forma: las quillas algo más planas (1) que las nuestras, á fin de manejarse más fácilmente en la baja marea. La proa y popa muy erguidas contra las mayores olas y borrascas. La madera toda de roble, capaz de resistir á cualquier golpe violento. Los bancos de vigas tirantes de un pie de tabla (2), y otro de canto, clavadas con clavos de hierro gruesos como el dedo pulgar. Las áncoras en vez de cables amarradas con cadenas de hierro. En lugar de velas, pieles y badanas delgadas, ó por falta de lino, ó por ignorar su uso, ó lo que parece más cierto, por juzgar que las velas no tendrían aguante contra las tempestades deshechas del Océano y la furia de los vientos en vasos de tanta carga. Nuestra escuadra viniéndose á en-

---

(1) Estrabón, en el lib. IV, no hace más que copiar en menos palabras esta descripción de aquellos bajeles. Véase á Sigonio Emendat., hb. I, cap. XXVIII, sobre este pasaje del lib. III y el otro del lib. VII sobre la calidad, porte y diferencia de las naves antiguas, sus nombres y construcción: vease también á Guischartt en el tomo II, desde la pág. 180, y á Lo-Looz, desde la pag 199 de sus *Investigaciones*.

(2) César: *pedalibus in latitudinem trabibus*: entiéndese que quiere decir que las vigas tenían un pié de grosor y otro de anchura, esto es, tanto de tabla como de canto, sin hablar de lo largo que vendrían á tener.

contrar con semejantes naves, sólo les hacía ventaja en la ligereza y manejo de los remos; en todo lo demás, según la naturaleza del golfo y agitación de sus olas, nos hacían notables ventajas; pues ni los espolones de nuestras proas podían hacerles daño (tanta era su solidez), ni era fácil alcanzasen á su borde los tiros por ser tan altas; y por la misma razón estaban menos expuestas á varar. Demás de eso, en arreciándose el viento, entregadas á él, aguantaban más fácilmente la borrasca, y con mayor seguridad daban fondo en poca agua; y aun quedando en seco, ningún riesgo temían de las peñas y arrecifes; siendo así que nuestras naves estaban expuestas á todos estos peligros.

César, viendo que si bien lograba apoderarse de los lugares, nada adelantaba, pues ni incomodar podía á los enemigos ni estorbarles la retirada, se resolvió á aguardar la escuadra: luego que arribó esta y fué avistada de los enemigos, salieron contra ella del puerto casi doscientas veinte naves, bien tripuladas y provistas de toda suerte de municiones. Pero ni Bruto, director de la escuadra, ni los comandantes y capitanes de los navíos sabían qué hacerse, ó cómo entrar en batalla, porque visto estaba que con los espolones no podían hacerles mella; y aun erigidas torres encima, las sobrepujaba tanto la popa de los bajeles bárbaros, que sobre no ser posible disparar bien desde abajo contra ellos, los tiros de los enemigos por la razón contraria nos habían de causar mayor daño. Una sola cosa prevenida de antemano nos hizo muy al caso; y fueron ciertas (1) hoces bien afiladas, caladas en varapios á ma-

---

(1) Qué cosa fuesen estas hoces, se deja entender por lo que dice Vegetio, lib. IV, hacia el fin: *Fulx dicitur acutissimum ferrum curvatum ad similitudinem falcis, quod contis longioribus inditum, collatorios funes, quibus ancenna suspenditur, repente praecurvit, collapsisque velis liburnam pigriorem et inutilem reducit.* Estas hoces ó guadañas serían de diferente arte que las otras, llamadas *cura-*

nera de guadañas murales. Enganchadas estas una vez en las cuerdas con que ataban las antenas á los mástiles, remando de boga, hacían pedazos el cordaje; con lo cual caían de su peso las vergas; por manera que consistiendo toda la ventaja de la marina gálicana en velas y jarcias, perdidas estas, por lo mismo quedaban inservibles las naves. Entonces lo restante del combate dependía del valor, en que sin disputa se aventajaban los nuestros: y más, que peleaban á vista de César y de todo el ejército, sin poder ocultarse hazaña de alguna cuenta; pues todos los collados y cerros que tenían las vistas al mar estaban ocupados de las tropas. Derribadas las antenas en la forma dicha, embistiendo á cada navío dos ó tres de los nuestros, los soldados hacían el mayor esfuerzo por abordar y saltar dentro. Los bárbaros, visto el efecto, y muchas de sus naves apresadas, no teniendo ya otro recurso, tentaron huir por salvarse. Mas apenas enderezaron las proas hacia donde las conducía el viento, de repente se les echó y calmó tanto, que no podían menearse ni atrás (1) ni adelante; que fué gran ventura para completar la victoria: porque, siguiendo los nuestros el alcance, las fueron apresando una por una, á excepción de muy pocas, que sobreviniendo la noche, pudieron arribar á tierra, con ser que duró el combate desde las cuatro del día (2) hasta ponerse

---

*les*, de que habla César en el lib. VII de estos *Comentarios*. Véase á Guischart en el tomo I. págs. 14, 65, 69 y 80.

(1) Refiere Dion, en el lib. XXXIX, que mientras estaban así estancadas las naves de los Vaneses, el director de la escuadra romana, Bruto, á salvamano entraba y salía de en medio de ellas, embistiendo, tomando ó echándolas á pique.

(2) Esto es, desde las diez de la mañana. Se sabe que los Romanos dividían el día en doce horas, empezando de las seis de la mañana ó desde que sale el sol hasta que se pone; por consiguiente la noche en otras doce horas, á contar desde su puesta hasta su salida, las cuales eran ya mayores, ya menores, según las estaciones del año.

el sol. Con esta batalla se terminó la guerra de los Vaneses y de todos los pueblos marítimos; pues no sólo concurrieron á ella todos los mozos y ancianos de algún crédito en dignidad y gobierno, sino que trajeron también de todas partes cuantas naves había: perdidas las cuales, no tenían los demás donde guarecerse, ni arbitrio para defender los castillos. Por eso se rindieron con todas sus cosas á merced de César; quien determinó castigarlos severísimamente, á fin de que los bárbaros aprendiesen de allí adelante á respetar con mayor cuidado el derecho de los embajadores. Así que, condenados á muerte todos los senadores, vendió á los demás por esclavos.

Mientras esto pasaba en Vanes, Quinto Titurio Sabino llegó con su destacamento á la frontera de los Unelos, cuyo caudillo era Viridovige, como también de todas las comunidades alzadas, en donde había levantado un grueso ejército. Asimismo en este poco tiempo los Aulercos (1) Ebreusenses y Lisienses, degollando á sus senadores porque se oponían á la guerra, cerraron las puertas y se ligaron con Viridovige juntamente con una gran chusma de bandoleros y salteadores que se les agregó de todas partes; los cuales por la esperanza del pillaje y afición á la milicia tenían horror al oficio y continuo trabajo de la labranza. Sabino, que se había acampado en lugar ventajoso para todo, no salía de las trincheras, dado que Viridovige, alojado á dos millas de distancia, sacando cada día sus tropas afuera le presentaba la batalla: con que ya no sólo era despreciado Sabino de los contrarios, sino también zaherido de los nuestros; y á tanto llegó la persuasión de su miedo, que ya los enemigos se arrimaban sin recelo á las trincheras.

---

(1) Dos especies de Aulercos menciona Plinio, lib. IV, cap. XIII: *Aulercos Eburopices*, los de Evreux, y *Aulercos Cenomanos*, los de Mans: *Aulerci, qui cognominantur Eburopices, et qui Cenomani*. Algunos geógrafos añaden otra tercera especie, *Aulercos Diablintes*, los de la Perche.

Hacia él esto por juzgar que un oficial subalterno no debía exponerse á pelear con tanta gente sino en sitio seguro, ó con alguna buena ocasión, mayormente en ausencia del general. Cuando andaba más válida esta opinión de su miedo, puso los ojos en cierto Galo de las tropas auxiliares, hombre abonado y sagaz á quien con grandes premios y ofertas le persuadese se pase á los enemigos, dándole sus instrucciones. Él, llegado como desertor al campo de los enemigos, les representa el miedo de los Romanos; pondera cuán apretado se halla César de los Vaneses; que á más tardar levantando el campo Sabino secretamente la noche inminente, irá á socorrerle. Lo mismo fué oír esto, que clamar todos á una voz, que no era de perder tan buen lance; ser preciso ir contra ellos. Muchas razones los incitaban á eso: la irresolución de Sabino en los días antecedentes; el dicho del desertor; la escasez de bastimentos, de que por descuido estaban mal provistos; la esperanza de que venciesen los Vaneses; y en fin, porque de ordinario los hombres creen fácilmente lo que desean. Movidos de esto, no dejan á Viridovige ni á los demás capitanes salir de la junta hasta darles licencia de tomar las armas é ir contra el enemigo. Conseguida, tan alegres como si ya tuviesen la victoria en las manos, cargados de fagina con que llenar los fosos de los Romanos, van corriendo á los reales, que estaban en un altozano que poco á poco se levantaba del llano: al cual vinieron apresuradamente corriendo casi una milla por quitarnos el tiempo de aperebirnos, si bien ellos llegaron jadeando. Sabino, animados los suyos, da la señal que tanto deseaban. Mandóles salir de rebato por dos puertas, estando aún los enemigos con las cargas áuestas. La ventaja del sitio, la poca disciplina y mucho cansancio de los enemigos, el valor de los nuestros y su destreza adquirida en tantas batallas, fueron causa de que los enemigos, sin resistir ni aun la primera carga nuestra, volviesen al instante las espaldas. Mas como iban tan desordenados, alcanzados de

los nuestros que los perseguían con las fuerzas enteras, muchos quedaron muertos en el campo: los demás, fuera de algunos que lograron escaparse, perecieron en el alcance de la caballería. Con esto, al mismo tiempo que Sabino recibió la noticia de la batalla naval, la tuvo César de la victoria de Sabino; á quien luégo se rindieron todos aquellos pueblos: porque los Galos son tan briosos y arrojados para emprender guerras, como afeminados y mal sufridos en las desgracias (1).

Casi á la misma sazón, llegado Publio Craso al Aquitania, que como queda dicho, por la extensión del país y por sus poblaciones merece ser reputada por la tercera parte de la Galla; considerando que iba á guerrear donde pocos años antes el legado Lucio Valerio Preconino perdió la vida con el ejército, y de donde Lucio Manilio, procónsul, perdido el bagaje, había tenido que escapar, juzgó que debía prevenirse con la mayor diligencia. Con esa mira, proveyéndose bien de víveres, de socorros y de caballos, convidando en particular á muchos militares conocidos por su valor de Tolosa, Carsona y Narbona, ciudades de nuestra provincia (2), confinantes con dichas regiones, entró con

---

(1) Dió pondera más la inconsideración de los Galos en esta jornada, su falta de tino en resolver, la mucha temeridad en ejecutar y el sumo caimiento de ánimo en los reveses de fortuna: lib. XXXIX, pág. 214, edición moderna de Hamburgo.

(2) Tolosa y Narbona estaban ciertamente dentro de la provincia Romana: y así parece verdadera la elección de nuestro Pedro Chañón, el cual no lee *ex his regionibus*, sino seguidamente *finitimas his regionibus*. Clarke dice así: *totam denique difficultatem tollit MS. Regius* (de la Biblioteca de París), *in quo ita plane scriptum est quomodo legendum coniecit Ciacconius, quae sunt civitates Galliae provinciae, finitimae his regionibus*. Ni se debe omitir entre Tolosa y Narbona la ciudad de Carasona, que se halla también en el intérprete griego Καρχασιώνος.

El texto *vineas turresque agere... cuniculos ad aggerem*,

su ejército por las fronteras de los Sociates. Los cuales al punto que lo supieron, juntando gran número de tropas y su caballería, en que consistía su mayor fuerza, acometiendo sobre la marcha á nuestro ejército, primero avanzaron con la caballería; después, rechazada esta, y yendo al alcance los nuestros, súbitamente presentaron la infantería que tenían emboscada en una hondonada: con que arremetiendo á los nuestros desordenados, renovaron la batalla. El combate fué largo y porfiado; como que, ufanos los Sociates por sus antiguas victorias, estaban persuadidos á que de su valor pendía la libertad de toda la Aquitania. Los nuestros por su parte deseaban mostrar por la obra cuál era su esfuerzo aun en ausencia del general y sin ayuda de las otras legiones, mandándolos un mozo de poca edad. Al fin, acuchillados los enemigos, volvieron las espaldas; y muertos ya muchos, Craso de camino se puso á sitiar la capital de los Sociates. Viendo que era vigorosa la resistencia, armó las baterías. Los sitiados á veces tentaban hacer salidas, á veces minar las trincheras y obras; en lo cual son diestrísimos los Aquitanos á causa de las minas que tienen en muchas partes. Mas visto que nada les valía contra nuestra vigilancia, envían diputados á Craso, pidiéndole los recibiese á partido. Otorgándosele, y mandándoles entregar las armas, las entregan. Estando todos los nuestros ocupados en esto, he aquí que sale por la otra parte de la ciudad su gobernador Adcantuano con seiscientos de su devoción, á quienes llaman ellos Soldurios (1).

---

*tineas agere*, se ha traducido: *armar las baterías... minar las trincheras y obras*, como se ve en esta página, cuya traducción, si no cuadrase de todo en todo, se pudiera tal vez mejorar por lo que trae Guischartt, tomo II, desde la pág. 5 y 22, y Lo-Looz, desde la pág. 14.

(1) Esta casta de gentes, que se consagraban á su capitán con las veras que escribe César, no sólo se conoció en la Galia, mas también en la Grecia, Germania y España.



Su profesión es participar de todos los bienes de aquellos á cuya amistad se sacrifican, mientras viven: y si les sucede alguna desgracia, ó la han de padecer con ellos, ó darse la muerte: ni jamás hubo entre los tales quien, muerto su dueño, quisiese sobrevivirle. Habiendo pues (1) hecho su surtida con éstos Adcantuano, á la gritería que alzaron los nuestros por aquella parte, corrieron los soldados á las armas, y después de un recio combate lo hicieron retirar adentro. No obstante, recabó de Craso el ser comprendido en la misma suerte de los ya entregados.

Craso, luego que recibió las armas y rehenes, marchó la vuelta de los Vocates y Tarusates. En consecuencia, espantados los bárbaros de ver tomada á pocos días de cerco una plaza no menos fuerte por naturaleza que por arte, trataron, por medio de mensajeros despachados á todas partes, de mancomunarse, darse rehenes y alistar gente. Envió también embajadores á las ciudades de la España citerior que confinan con Aquitania, pidiendo tropas y ofi-

---

De los Griegos dice Diodoro Siculo; lib. XI, que juraban en esta forma: οὐ καταλείψω τοὺς Ἡγεμόνας οὔτε ζῶντας οὔτε ἀποθάνοντάς. De los Germanos escribe Tácito: *est illis infame in omnem vitam, ac probrosum superstitem principi suo ex acie recessisse*. De los Españoles, Celtíberos y Cantábrros, Dióñ, Estrabón y Valerio Máximo, citados por Ambrosio Morales, lib. VIII, cap. LII de la *Crónica general*, cuentan: «que se solían consagrar á algún capitán: que tenían »por gran maldad y afrenta salir vivos de la batalla, si habían ofrecido su vida por la de su capitán... He querido, »prosigue Morales, dar aquí noticia del origen de todo »esto, porque en la mucha lealtad de los Vizcaínos, y constancia en sus amistades, dura todavía gran parte desto.»

(1) Se ha repetido en la versión este pedazo de período, porque á causa del paréntesis interpuesto, también César lo repitió en el texto: tal es el estilo de los historiadores, que para anudar el hilo roto de la historia, repiten en gracia del lector, y por amor de la claridad, el principio de la cláusula, y aun del capítulo pendiente. Sobre esto véase al erudito J. Fr. Gronovio, lib. XXV de Livio.

ciales expertos. Venidos que fueron, emprenden la guerra con gran reputación y fuerzas muy considerables. Eligen por capitanes á los mismos que acompañaron siempre á Quinto Sertorio, y tenían fama de muy inteligentes en la milicia. En efecto, abren la campaña conforme á la disciplina de los Romanos, tomando los puestos, fortificando los reales, y cortándonos los bastimentos. Craso, advirtiéndole no sería fácil dividir por el corto número sus tropas, cuando el enemigo andaba suelto ya en correrías, ya en cerrarle los pasos, dejando buena guarnición en sus estancias; que con eso le costaba no poco el proveerse de víveres; que por días iba creciendo, el número de los enemigos; determinóse á no esperar más, sino venir luégo á batalla. Propuesta su resolución en consejo, viendo que todos la aprobaban, dejola señalada para el día siguiente. En amaneciendo, hizo salir todas sus tropas, y habiéndolas formado en dos cuerpos con las auxiliares en el centro, estaba atento á lo que harían los contrarios. Ellos, si bien por su muchedumbre y antigua gloria en las armas, y á vista del corto número de los nuestros se daban por seguros del feliz éxito en el combate, todavía juzgaban por más acertado, tomando los pasos ó interceptando los viveres, conseguir la victoria sin sangre: y cuando empezasen los Romanos á retirarse por falta de provisiones, tenían ideado dejarse caer sobre ellos á tiempo que con la faena de la marcha y del peso de las cargas se hallasen con menos bríos. Aprobada por los capitanes la idea, aunque los Romanos presentaron la batalla, ellos se mantuvieron dentro de las trincheras. Penetrado este designio, Craso, como con el crédito adquirido en haber esperado á rostro firme al enemigo, hubiese infundido temor á los contrarios, y ardor á los nuestros para la pelea; clamando todos que ya no se debía dilatar un punto el asalto de las trincheras; exhortando á los suyos, conforme al deseo de todos, marchó contra ellas. Donde ocupados unos en cegar los fosos,

otros en derribar á fuerza de dardos á los que montaban las trincheras; y hasta los extranjeros, de quienes Craso fiaba poco en orden á pelear, con aprontar piedras y armas, y traer céspedes para el terraplén, pasando por combatientes; defendiéndose asimismo los enemigos con tesón y bravura, disparando á golpe seguro desde arriba; nuestros caballos dado un giro á los reales, avisaron á Craso que hacia la puerta trasera no se veía igual diligencia y era fácil la entrada. Craso, exhortando á los capitanes de caballería que animasen á sus soldados prometiéndoles grandes premios, les dice lo que han de hacer. Ellos, según la orden, sacadas de nuestros reales cuatro cohortes que estaban de guardia y descansadas, conduciéndolas por un largo rodeo, para que no pudieran ser vistas del enemigo, cuando todos estaban más empeñados en la refriega, llegaron sin detención al lugar sobredicho de las trincheras; y rompiendo por ellas, ya estaban dentro cuando los enemigos pudieron caer en cuenta de lo acaecido. Los nuestros sí que, oída la vocería de aquella parte, cobrando nuevo aliento, como de ordinario acontece cuando se espera la victoria, comenzaron con mayor denuedo á batir los enemigos; que acordados por todas partes, y perdida toda esperanza, se arrojaban de las trincheras abajo por escaparse. Mas perseguidos de la caballería por aquellas espaciosas llanuras, de cincuenta mil hombres, venidos, según constaba, de Aquitania y Cantabria, apenas dejó con vida la cuarta parte, y ya muy de noche se retiró á los cuarteles. A la nueva de esta batalla, la mayor parte de Aquitania se rindió á Craso, enviándole rehenes espontáneamente, como fueron los Tarbelos, los Bigorreses, los Precianos, Vocates, Tarusates, Elusates, Garites, los de Aux y Garona, Sibutsates y Cocosates. Solas algunas naciones más remotas, confiadas en la intermediación del invierno, dejaron de hacerlo.

César casi por entonces, aunque ya el estío se acababa, sin embargo, viendo que después de sosegada toda la Ga-

lia, solos los Morinos y Menapios se mantenían rebeldes, sin haber tratado con él nunca de paz, pareciéndole ser negocio de pocos días esta guerra, marchó contra ellos: los cuales determinaron hacerla siguiendo muy diverso plan que los otros Galos. Porque considerando cómo habían de ser destruídas y sojuzgadas naciones muy poderosas que se aventuraron á pelear, teniendo ellos alrededor grandes bosques y lagunas, trasladáronse á ellas con todos sus haberes. Llegado César á la entrada de los bosques, y empezando á fortificarse, sin que por entonces apareciese enemigo alguno; cuando nuestra gente andaba esparcida en los trabajos, de repente se dispararon por todas las partes de la selva y echáronse sobre ella. Los soldados tomaron al punto las armas, y los rebatieron matando á muchos; aunque, por querer seguirlos, entre las breñas, perdieron tal cual de los suyos. Los días siguientes empleó César en rozar el bosque, formando de la leña cortada bardas opuestas al enemigo por las dos bandas, á fin de que por ninguna pudiesen asaltar á los soldados cuando estuvieran descuidados y sin armas. De este modo avanzando en poco tiempo gran trecho con presteza increíble; tanto que ya los nuestros iban á tomar sus ganados y la zaga del bagaje; emboscándose ellos en lo más fragoso de las selvas, sobrevinieron temporales tan recios, que fué necesario interrumpir la obra, pues no podían ya los soldados guardarse por las continuas lluvias en las tiendas. Así que, talados sus campos, quemadas las aldeas y caserías, César retiró su ejército, alojándolo en cuarteles de invierno, repartido por los Aulercos, Lisienses y demás naciones que acababan de hacer la guerra.

---

## LIBRO CUARTO.

Al invierno siguiente, siendo cónsules Cneo Pompeyo y Marco Craso, los Usipetes y Tencteros de la Germania, en gran número pasaron el Rhin hacia su embocadura en el mar. La causa de su trasmigración fué que los Suevos con la porfiada guerra de muchos años no los dejaban vivir ni cultivar sus tierras. Es la nación de los Suevos la más populosa y guerrera de toda la Germania. Dícese que tienen cien merindades (1), cada una de las cuales contribuye anualmente con mil soldados para la guerra. Los demás quedan en casa trabajando para sí y los ausentes. Al año siguiente alternan: van éstos á la guerra, quedándose los otros en casa. De esta suerte no se interrumpe la labranza, y está suplida la milicia. Pero ninguno de ellos posee aparte terreno propio, ni puede morar más de un año en su sitio: su sustento no es tanto de pán como de leche y carne, y son muy dados á la caza. Con eso, con la calidad de los alimentos, el ejercicio continuo, y el vivir á sus anchuras (pues no sujetándose desde niños á oficio ni arte, en todo por todo hacen su voluntad) se crían muy robustos y agigantados. Es tanta su habitual dureza, que siendo tan in-

---

(1) César: *centum pagos*. Véase la nota 2 de la pág. 13.

tensos los fríos de estas regiones, no se visten sino de pieles, que por ser cortas, dejan al aire mucha parte del cuerpo, y se bañan en los ríos. Admiten á los mercaderes, más por tener á quien vender los despojos de la guerra, que por deseo de comprarles nada. Tampoco se sirven de bestias de carga traídas de fuera, al revés de los Galos, que las estiman muchísimo y compran muy caras, sino que á las suyas nacidas y criadas en el país, aunque de mala traza y catadura (1), con la fatiga diaria las hacen de sumo aguante. Cuando pelean á caballo, se apean si es menester, y prosiguen á pie la pelea; y teniéndolos enseñados á no menearse del puesto, en cualquier urgencia vuelven á montar con igual ligereza. No hay cosa en su entender tan mal parecida y de menos valer como usar de jaeces. Así por pocos que sean, se atreven con cualquier número de caballos enjaezados. Ni permiten la introducción del vino, por juzgar que con él se hacen los hombres regalones, afeccionados y enemigos del trabajo. Tienen por la mayor gloria del Estado el que todos sus contornos por muchas leguas estén despoblados; como en prueba de que gran número de ciudades no ha podido resistir á su furia. Y aun aseguran que por la una banda de los Suevos no se ven sino páramos en espacio de seiscientas millas (2). Por la

---

(1) César: *prava*, *atque deformia*. El intérprete griego leyó sin duda *parva*, pues traduce μικράτε καὶ διψύσις (τὰς ἔππους) *jacas* ó *jacos*, como se llaman en algunas provincias de España, y es también la lección del Cujacio. Tal vez *prava* significa que eran de *mala casta* ó *ruza*. Sobre que los Suevo-Germanos no usaban de jaeces, como aquí escribe César, y las ventajas que esto traía en los combates, véase á Guischart, pág. 94, tomo I.

(2) El intérprete griego lee στάδια πεντακισχίλια διακοσίων δέοντα: cuyo número de estudios corresponde á las seiscientas millas de César. Sin embargo, creen algunos comentadores que la cifra está errada, y que se debe leer ó *sexaginta* ó *centum*.

otra caen los Ubios, cuya república fué ilustre y floreciente para entre los Germanos: y es así que, respecto de los demás nacionales, están algo más civilizados, porque frecuentan su país muchos mercaderes navegando por el Rhin, en cuyas riberas habitan ellos, y por la vecindad con los Galos se han hecho á sus modales. Los Suevos han tentado muchas veces con repetidas guerras echarlos de sus confines; y aunque no lo han logrado por la grandeza y buena constitución del gobierno, sin embargo los han hecho tributarios, y los tienen ya mucho más humillados y enflaquecidos.

Semejante fué la suerte de los Usipetes y Tencteros arriba mencionados; los cuales resistieron también muchos años á las armas de los Suevos; pero al cabo echados de sus tierras, después de haber andado tres años errantes por varios parajes de Germania, vinieron á dar en el Rhin por la parte que habitan los Menapios en cortijos y aldeas á las dos orillas del río; los cuales, asustados con la venida de tanta gente, desampararon las habitaciones de la otra orilla, y apostando en la de acá sus cuerpos de guardia, no dejaban pasar á los Germanos. Estos, después de tentarlo todo, viendo no ser posible el paso ni á osadas por falta de barcas, ni á escondidas por las centinelas y guardias de los Menapios, fingieron que tornaban á sus patrias; y andadas tres jornadas, dieron otra vez la vuelta; y desandado á caballo todo aquel camino en una noche, dieron de improviso sobre los Menapios cuando más desapercibidos y descuidados estaban; pues certificados de sus atalayas del regreso de los Germanos, habían vuelto sin recelo á las granjas de la otra parte del Rhin. Muertos éstos, y cogidas sus barcas, pasaron el río antes que los Menapios de ésta supiesen nada; con que apoderados de todas sus caserías, se sustentaron á costa de ellos lo restante del invierno

Enterado César del caso, y recelando de la ligereza de

los Galos, que (1) son voltarios en su resoluciones, y por lo común noveleros, acordó de no confiarles nada. Tienen los Galos la costumbre de obligar á todo pasajero á que se detenga, quiera ó no quiera, y de preguntarle qué ha oído ó sabe de nuevo; y á los mercaderes en los pueblos luégo que llegan, los cerca el populacho, importunándolos á que digan de dónde vienen, y qué han sabido por allá. Muchas veces sin más fundamento que tales habillitas y cuentos, toman partido en negocios de la mayor importancia, de que forzosamente han de arrepentirse muy presto, gobernándose por voces vagas, y respondiéndoles los más, á trueque de complacerles, una cosa por otra. Como César sabía esto, por no dar ocasión á una guerra más peligrosa, pártelo para el ejército antes de lo que solía. Al llegar halló ser ciertas todas sus sospechas; que algunas ciudades habían convidado por sus embajadores á los Germanos á dejar el Rhin, asegurándoles que tendrían á punto todo cuanto pidiesen: los Germanos en esta confianza ya se iban alargando más y más en sus correrías hasta entrar por tierras de los Eburones y Condrusos, que son dependientes de Tréveris. César, habiendo convocado á los jefes nacionales, determinó no darse por entendido de lo que sabía; sino que acariciándolos y ganándoles la voluntad, y ordenándoles que tuviesen pronta la caballería, declara guerra contra la Germania.

Proveído, pues, de víveres y de caballería escogida, dirigió su marcha hacia donde oía que andaban los Germanos. Estando ya á pocas jornadas de ellos, le salieron al encuentro sus embajadores, y le hablaron de esta manera: «Los Germanos no quieren ser los primeros á declarar la guerra al Pueblo Romano, ni tampoco la rehusan en caso de ser provocados: por costumbre aprendida de sus ma-

---

(1) Sobre esto se puede leer lo que escribe el francés Juan Bodino, págs. 121 y 122 de la obra citada.



»yores deben resistir, y no pedir merced á agresor alguno; debe saber una cosa. y es que vinieron á más no poder desterrados de su patria. Si los Romanos quieren su amistad, podrá serles útil, sólo con darles algunas posesiones, ó dejarles gozar de las que hubiesen conquistado: que á nadie conocen ventaja sino á solos los Suevos, á quienes ni aun los dioses inmortales (1) pueden contristar; fuera de ellos, ninguno hay en el mundo á quien no puedan sojuzgar.» A tales proposiciones respondió César lo que juzgó á propósito: la conclusión fué: «que no podía tratar de amistad mientras no desocupasen la Galia: no siendo (2) conforme á razón que vengan á ocupar tierras ajenas los que no han podido defender las propias: ni habfa en la Galia campos baldíos que poder repartir sin agravio, mayormente á tanta gente; pero les daría licencia, si quisiesen, para morar en el distrito de Ubios, cuyos embajadores se hallaban allí á quejarse de las injurias de los Suevos y pedirle socorro: que se ofrecía él á reca-

(1) Este era un género de ponderación con que los gentiles ensalzaban una cosa hasta lo sumo. Homero cuenta que los dioses fueron vencidos por los hombres en aquella batalla que figuró su imaginación de él. Con razón dijo de ellos Davisio en sus notas á César: *Sic Ethnici, ancipiti furore acti, quos impie in Deorum numerum adsciverunt, hominibus imbecilliores, dum Deos esse crederent, inepte finxerunt.*

(2) César: *neque verum esse.* El *verum* aqui significa lo mismo que *æquum*; como luego más abajo se ve en la respuesta de los Germanos, cuando dicen á César: *Si, se invito, Germanos in Galiam transire non æquum existimaret,* etc. *Metiri se quemque suo modulo ac pede verum est,* dice Horacio, lib. I, Epist. VII, verso último.

La descripción del río Mosa se lee en otras ediciones de esta manera: *Mosa profluit ex monte Vosego, qui est in finibus Lingonum, et parte quædam ex Rheno recepta, quæ appellatur Vahalis, insulamque efficit Batavorum, in Oceanum influit; neque longius ab Oceano millibus passuum LXXX, in Rhenum transit.*

«barlo de los Ubios.» Dijeron los Germanos que darían parte á los suyos, y volverían con la respuesta al tercer día. Suplicáronle que en tanto no pasase adelante. César dijo que ni tampoco eso podía concederles; y es que había sabido que algunos días antes destacaron gran parte de la caballería á pillar y forrajear en el país de los Ambivaritos al otro lado del río Mosa: aguardábanla, á su parecer, y por eso pretendían la tregua.

El río Mosa nace en el monte Vauge, adyacente al territorio de Langres, y con un brazo que recibe del Rhin, y se llama Vael, forma la isla de Batavia, y á ochenta millas de dicho monte desagua el Océano. El Rhin tiene sus fuentes en los Alpes, donde habitan los Leponcios, y corre muchas leguas rápidamente por las regiones de los Nantuates, Helvecios, Sequanos, Metenses, Tribocos, Trevienses; y al acercarse al Océano, se derrama en varios canales, con que abraza muchas y grandes islas, por la mayor parte habitadas de naciones bárbaras y fieras; entre las cuales se cree que hay gentes que se mantienen solamente de la pesca y de los huevos de las aves: finalmente, por muchas bocas (1) entra en el Océano.

Hallándose César á doce millas no más de distancia del enemigo, vuelven los embajadores, según lo concertado; y saliéndole al encuentro, le rogaban encarecidamente que se detuviese. Habiéndoselo negado, instaban «que

(1) César: *multis capitibus in Oceanum influit. Capita* por *ostia* significando las *bocas* por donde el río desagua, no es tan frecuente; mas no se deja de encontrar en autores clásicos. Lucano, lib. XXX, verso 201, dice:

..... *sparsamque profundo*

*Multifidi Peucen unum caput adluit Istri.*

Virgilio en el lib. VIII de la *Eneida* llama *bicornem* al Rhin. Estrabón, lib. IV δ: ορον; también decimos nosotros *bocas*: y esto ya se ve que es con referencia á la cabeza, que en los ríos podemos considerar en el extremo, bien así como decimos de los arboles.

«siquiera enviase orden á la caballería que iba delante, que no cometiese hostilidades, y á ellos entretanto les diese facultad de despachar una embajada á los Ubios: que como sus príncipes y el Senado les concediesen salvo-conducto con juramento, prometían estar á lo que César dispusiese. Que para ejecutar lo dicho, les otorgase plazo de tres días.» Bien echaba de ver César que todo esto se urdía con el mismo fin de que durante el triduo volviese á tiempo la caballería destacada: como quiera, respondiéndoles que aquel día no caminaría sino cuatro millas para llegar á paraje donde hubiese agua; que al siguiente viniesen á verse con él los más que pudiesen, y examinaría entonces sus pretensiones. Envía luégo orden á los capitanes que le precedían con la gente de á caballo que no provocasen al enemigo á combate; y que siéndolo ellos, aguantasen la carga mientras él llegaba con el ejército. Pero los enemigos, luego que descubrieron nuestra caballería, compuesta de cinco mil hombres, puesto que no eran más de ochocientos los suyos, porque los idos al forraje del otro lado del Mosa no eran todavía vueltos; estando sin ningún recelo los nuestros, fiados en que sus embajadores acababan de despedirse de César, y que los mismos habían solicitado las treguas de este día, acometiendo de rebato, en un punto desordenaron á los nuestros. Volviendo éstos á rehacerse, los enemigos conforme á su disciplina echan pie á tierra, y derribando á varios con desjarretarles los caballos, pusieron á los demás en fuga, infundiéndoles tal espanto, que no cesaron de huir hasta tropezar con nuestro ejército. En este reencuentro parecieron setenta y cuatro de los nuestros: entre ellos Pisón el Aquitano, varón fortísimo y de nobilísimo linaje, cuyo abuelo, siendo rey de su nación, logró de nuestro Senado el renombre de amigo. Este tal, acudiendo al socorro de su hermano cercado de los enemigos, lo libró de sus manos: él, derribado del caballo, que se lo hirieron,

mientras pudo, se defendió como el más valeroso. Como rodeado por todas partes, acribillado de heridas cayese en tierra, y de lejos lo advirtiese su hermano retirado ya del combate, metiendo espuelas al caballo, se arrojó á los enemigos, y también quedó muerto.

Después de esta función veía César no ser prudencia dar ya oídos á embajadas, ni escuchar proposiciones de los que dolosamente y con perfidia, tratando de paz, le hacían guerra: pues el aguardar á que se aumentasen las tropas enemigas y volviese su caballería, tenía por grandísimo desvarío: demás que atenta la mutabilidad de los Galos, consideraba cuán alto concepto habrían ya formado de los enemigos por un choque solo; y no era bien darles más tiempo para maquinarse otras novedades. Tomada esta resolución, y comunicada con los legados y el cuestor, para no atrasar ni un día la batalla, ocurrió felizmente que luego al siguiente de mañana vinieron á su campo muchos Germanos con sus cabos y ancianos usando de igual alevosía y fición, so color de disculparse de haber el día antes quebrantado la tregua contra lo acordado y pedido por ellos mismos, como también para tentar si, dando largas, podían conseguir nuevas treguas. Alegróse César de tan buena coyuntura, y mandó que los arrestasen (1); y sin perder tiempo, alzó el campo, haciendo que la caballería siguiese la retaguardia, por considerarla intimidada con la reciente memoria de su rota. Repartido el ejército en tres cuerpos, con una marcha forzada de ocho millas se puso sobre los reales de los enemigos primero que los Germanos lo echasen de ver. Los cuales sobrecogidos de todo punto, sin acertar á tomar consejo ni las armas, así

---

(1) Catón por esto pretendía que César había violado el derecho de gentes; y con toda seriedad propuso en el Senado que fuese luego entregado á los bárbaros mismos en pena de su desafuero. Véase á Plutarco *in Casare*.

por la celeridad de nuestra venida, como por la ausencia de los suyos, no acababan de atinar si sería mejor hacer frente al enemigo, ó defender los reales, ó salvarse por medio de la fuga, manifestándose su terror por los alaridos y batahola que traían: nuestros soldados, hostigados de la traición del otro día, embistieron los reales: aquí los que de pronto pudieron tomar las armas hicieron alguna resistencia, combatiendo entre los carros y el fardaje; pero la demás turba de niños y mujeres (que con todos los suyos salieron de sus tierras y pasaron el Rhin) echaron luégo á huir unos tras de otros, en cuyo alcance destacó César la caballería. Los Germanos, sintiendo detrás la gritería, y viendo degollar á los suyos, arrojadas las armas y dejadas las banderas, desampararon los reales; y llegados al paraje donde se unen el Mosa y el Rhin (1), siendo ya imposible la huida, después de muchos muertos, los demás se precipitaron al río, donde sofocados del miedo, del cansancio y del ímpetu de la corriente, se ahogaron. Los nuestros todos con vida, sin faltar uno, con muy pocos heridos se recogieron á sus tiendas, libres ya del temor de guerra tan peligrosa, pues el número de los enemigos no bajaba de cuatrocientos treinta mil. César dió á los arrestados licencia de partirse. Mas ellos, temiendo las iras y tormentos de los Galos, cuyos campos saquearon, escogieron quedarse con él; y César les concedió plena libertad.

Fenecida esta guerra de los Germanos, César se determinó á pasar el Rhin por muchas causas, siendo de todas la más justa, que ya que los Germanos con tanta facilidad se movían á penetrar por la Galia, quiso meterlos en cui-

---

(1) Este lugar de César ha mortificado á varios geógrafos y comentadores suyos. Quien guste de leer las nuevas investigaciones que se han hecho sobre aquel confluente ó confluencia, podrá acudir al tomo XVIII de la Academia de las Inscripciones de Paris desde la pag. 212.

dado de sus haciendas con darles á conocer que también el ejército romano tenía maña y atrevimiento para pasar el Rhin. Añadíase á eso, que aquel trozo de caballería de los Usipetes y Tencteros, que antes dije haber pasado el Mosa con el fin de pillar y robar, y no se halló en la batalla; sabida la rota de los suyos, se había retirado al otro lado del Rhin á tierras de los Sicambros, y confederándose con ellos, los cuales apercibidos por César para que se los entregasen como enemigos declarados suyos y de la Galia, respondieron: «que el imperio Romano terminaba en el Rhin; y si él se daba por agraviado de que los Germanos contra su voluntad pasasen á la Galia, ¿con qué razón pretendía extender su imperio y jurisdicción más allá del Rhin?» Por el contrario los Ubios, que habían sido los únicos que de aquellas partes enviaron embajadores á César, entablando amistad y dando rehenes, le instaban con grandes veras viniese á socorrerlos, porque los Suevos los tenían en grave conflicto: que si los negocios de la república no se lo permitían, se dejase ver siquiera con el ejército al otro lado del Rhin: que esto sólo bastaría para remediarse de presente, y esperar en lo porvenir mejor suerte; siendo tanto el crédito y fama de los Romanos aun entre los últimos Germanos después de la rota de Ariovisto y esta última victoria, que con sola su sombra y amistad podían vivir seguros: á este fin le ofrecieron gran número de barcas para el transporte de las tropas.

César por las razones ya insinuadas estaba resuelto á pasar el Rhin; mas hacerlo en barcas ni le parecía bien seguro, ni conforme á su reputación y á la del Pueblo Romano. Y así, dado que se le representaba la suma dificultad de alzar puente sobre río tan ancho, impetuoso y profundo, todavía estaba fijo en emprenderlo, ó de otra suerte no trasportar el ejército. La traza, pues, que dió (1) fué

---

(1) César explica y desmenuza por partes este famoso

esta. Trababa entre sí con separación de dos pies dos maderos gruesos pie y medio, puntiagudos en la parte inferior, y largos (1) cuanto era hondo del río: metidos estos y encajados con ingenios dentro el río, hincábalos con mazas batientes, no perpendicularmente á manera de postes, sino inclinados y tendidos hacia la corriente del río: luégo más abajo á distancia de cuarenta pies fijaba enfrente de los primeros otros dos trabados del mismo modo y asestados contra el ímpetu de la corriente: de parte á parte atravesaban vigas gruesas de dos pies á medida del hueco entre las junturas de los maderos, en cuyo intermedio eran encajadas, asegurándolas de ambas partes en la extremidad con dos clavijas; las cuales separadas y abrochadas al revés una con otra, consolidaban tanto la

---

puente, quizá el primero que se vió sobre el Rhin. No hay comentador ni intérprete de César que no haya trabajado sobremanera por entender y aciarar tan célebre fábrica. Muchos han grabado curiosas láminas que representan, ya el puente concluido, ya á medio hacer, ya cada parte de por sí: algunos han glosado palabra por palabra todas las del texto para dar á entender la obra y su traza: en suma, tanto como César se esmeró en la estructura, han trabajado los intérpretes en explicarla. De mí sé decir que me ha costado mucho el entenderla, y no poco el traducir con palabras significantes y propias, experimentando ser muy cierto lo que Cicerón escribía á su íntimo amigo Atico; *Γεωγραφικὰ non tam possunt, ἀνθηρογραφεῖσθαι quam videntur*: y ya se sabe que nuestro Mela, principiando su *Geografía*, dice: *Orbis situm dicere aggredior, impeditum opus, et facundiae minime capax*. Acerca del paraje donde se levanto el puente se han hecho prolijas, pero sabias observaciones, que se leen en el tomo citado de la Academia de las Inscripciones.

(1) César: *dimensa ad altitudinem fluminis*. No quiere decir que la longura ó longitud era sólo desde el hondón del río hasta el haz ó flor del agua, sino que era proporcionada á la profundidad y á la altura competente que debían tener sobre el agua.

obra, y eran de tal arte dispuestas, que cuanto más batiese la corriente, se apretaban tanto más unas partes con otras. Extendíase por encima la tablazón á lo largo; y cubierto todo con travesaños y zarzos, quedaba formado el piso: con igual industria por la parte inferior del río se plantaban puntales inclinados y unidos al puente que como machones (1) resistían á la fuerza de la corriente; y asimismo palizadas de otros semejantes á la parte arriba del puente á alguna distancia, para que si los bárbaros con intento de arruinarle, arrojasen troncos de árboles ó barcones, se disminuyese la violencia del golpe y no empeciesen al puente.

Concluída toda la obra á los diez días que se comenzó á juntar el material, pasa el ejército. César, habiendo puesto buena guarnición á la entrada y salida del puente, va contra los Sicambros. Viénenle al camino embajadores de varias naciones pidiéndole la paz y su amistad: responde á todos con agrado, y manda le traigan rehenes. Los Sicambros desde que se principió la construcción del puente, concertada la fuga á persuasión de los Tencteros y Usipetes, que alojaban consigo, cargando con todas sus cosas, desamparadas sus tierras, se hablan guarecido en los desiertos y bosques. César, habiéndose detenido aquí algunos días (2) en quemar todas las aldeas y caserías y segar las mieses, retiróse á la comarca de los Ubios; y ofreciéndoles

---

(1) Esto es, sin duda, lo que quiere significar el autor con la palabra *pro ariete* (así se debería haber escrito); como si dijéramos, en ademán de un carnero dispuesto á mochar, ó en acto de dar y recibir morocada ó mochada. Si pareciese mejor el que se diga *pro pariete*, como algunos quieren, entenderíamos ni más ni menos *machones* ó *estribos* de puente. Justo Lipsio, libro II, Dial. 5, confiesa no poder comprender esto.

(2) Plutarco escribe que la detención de César á la otra parte del Rhin fué de diez y ocho días, como lo dice el mismo César; Dion que de veinte.



su ayuda, si los Suevos continuasen sus extorsiones, vino á entender que éstos, apenas se certificaron por sus espías que se iba fabricando el puente, habido según costumbre su consejo, despacharon mensajeros por todas partes, avisando que abandonasen sus pueblos, y poniendo á recaudo en los bosques sus hijos, mujeres y haciendas, todos los de armas llevar acudiesen á cierto sitio: el señalado era como el centro de las regiones ocupadas por los Suevos: que allí esperaban la venida de los Romanos resueltos á no pelear en otra parte. Con estas noticias, viendo César finalizadas todas las cosas que le movieron al pasaje del ejército, y fueron, meter miedo á los Germanos, vengarse de los Sicambros, librar de la opresion á los Ubios; gastados solos diez y ocho días al otro lado del Rhin, pareciéndole haberse granjeado bastante reputación (1) y provecho, dió la vuelta á la Galia y deshizo el puente.

Al fin ya del estío, aunque en aquellas partes se adelanta el invierno por caer toda la Galia al Norte, sin embargo intentó hacer un desembarco en Bretaña (2) por estar informado que casi en todas las guerras de la Galia se habían suministrado de allí socorros á nuestros enemigos: que aun cuando la estación no le dejase abrir la campaña, todavía consideraba ser cosa de suma importancia ver por sí mismo aquella isla, reconocer la calidad de la gente; registrar los sitios, los puertos y las calas; cosas por la mayor parte ignoradas (3) de los Galos; pues por maravilla

(1) En efecto, si se lee á Plutarco, se verá cuánta gloria mereció á César la construcción del puente y haber pasado por él con su ejército.

(2) Veleyo Paterculo, Floro, Plutarco, Lucano, Tácito escriben que esta nueva empresa de pasar á Bretaña sólo pudo trazarla un ingenio como el de César, acometerla ningún otro valor sino el suyo, acabarla sola su felicidad experimentada y sin contraste.

(3) También ignoraban todo esto los Romanos y Grie-

hay quien allá navegue fuera de los mercaderes: ni aun éstos tienen más noticia que de la costa y de las regiones que yacen frente de la Gاليا. En efecto, después de haberlos llamado de todas partes, nunca pudo averiguar ni la grandeza de la isla, ni el nombre y el número de las naciones que habitaban en ella, ni cuál fuese su ejercicio en las armas, ni con qué leyes se gobernaban, ni qué puertos había capaces de muchos navíos de alto bordo. Para enterarse previamente de todo esto, despachó á Cayo Voluseno, de quien estaba muy satisfecho, dándole comisión de que, averiguado todo, volviese con la razón lo más presto que pudiera. Entretanto marchó él con su ejército á los Morinos, porque desde allí era el paso más corto (1) para la Bretaña. Aquí mandó juntar todas las naves de la comarca y la escuadra empleada el verano antecedente en la guerra de Vanes. En esto, sabido su intento, y divulgado por los mercaderes entre los isleños, vinieron embajadores de diversas ciudades de la isla á ofrecerle rehenes y prestar obediencia al Pueblo Romano. Díóles grata audiencia y buenas palabras, y exhortándolos al cumplimiento de sus promesas, los despidió, enviando en su compañía á Comio Atrebatense, á quien él mismo, vencidos los de su nación, coronó rey de ella; de cuyo valor, prudencia y lealtad no dudaba, y cuya reputación era grande entre aquellas gentes. Encárgale que se introduzca en todas las ciudades que pueda, y las exhorte á la alianza del Pueblo Romano, asegurándolas de su pronto arribo. Voluseno, registrada la isla según que le fué posible, no habiéndose atrevido á saltar en tierra y fiarse de los bárbaros, volvió al quinto día á César con noticia de lo que había en ella observado.

---

gos; y aunque César llama siempre isla á la Bretaña, hasta los tiempos de Agricola no se sabía de cierto que lo fuese, como refiere Tácito en la vida de este Emperador.

(1) César: *inde erat brevissimus in Britanniam transiectus*. Leemos en Dión, que el estrecho era de 56 millas.

Durante la estancia de César en aquellos lugares con motivo de aprestar las naves, viniéronle diputados de gran parte de los Morinos á excusarse de los levantamientos pasados; que por ser extranjeros, y poco enseñados á nuestros usos, habían hecho la guerra: que ahora prometan estar á cuanto les mandase. Pareciéndole á César hecha en buena coyuntura la oferta, pues ni quería dejar enemigos á la espalda, ni la estación le permitía emprender guerras, ni juzgaba conveniente anteponer á la expedición de Bretaña el ocuparse en estas menudencias, mándales entregar gran número de rehenes. Hecha la entrega, los recibió en su amistad. Aprestadas cerca de ochenta naves de transporte, que á su parecer bastaban para el embarco de dos legiones, lo que le quedaba de galeras repartió entre el cuestor, legados y prefectos. Otros diez y ocho buques de carga, que por vientos contrarios estaban detenidos á ocho millas de allí sin poder arribar al puerto, destinólos para la caballería. El resto del ejército dejó á cargo de los tenientes generales Quinto Titurio Sabino y Lucio Arunculeyo Cota, para que lo condujesen á los Menapios y ciertos pueblos de los Morinos que no habían enviado embajadores. La defensa del puerto encomendó al legado Quinto Sulpicio Rufo con la guarnición competente.

Dadas estas disposiciones, con el primer viento favorable alzó velas á la media noche; y mandó pasar la caballería al puerto de más arriba con orden de que allí se embarcase y le siguiese: como esta no hubiese podido hacerlo tan presto, él con las primeras naos cerca de las cuatro del día (1) tocó en la costa de Bretaña, donde observó que las tropas enemigas estaban en armas ocupando todos aquellos cerros. La playa por su situación estaba tan

---

(1) Esto es, como á las diez de la mañana. Véase la nota 2, pág. 84; y Floro dice: *quam tertia vigilia Morini solvissent a portu, minus quam medio die insulam ingressus est.* Lib. lil, cap. X.

estrechada de los montes, que desde lo alto se podía disparar á golpe seguro á la ribera. No juzgando esta entrada propia para el desembarco, se mantuvo hasta las nueve sobre las áncoras aguardando los demás buques. En tanto, convocando los legados y tribunos, les comunica las noticias que le había dado Voluseno, y juntamente las órdenes de lo que se había de hacer, advirtiéndoles estuviesen prontos á la ejecución de cuanto fuese menester á la menor insinuación y á punto, según lo requería la disciplina militar, y más en los lances de marina, tan variables y expuestos á mudanzas repentinas. Con esto los despidió, y logrando á un tiempo viento y creciente favorables, dada la señal levó áncoras, y navegando adelante, dió fondo con la escuadra ocho millas de allí en una playa exenta y despejada. Pero los bárbaros, penetrado el designio de los Romanos, adelantándose con la caballería y los carros armados, de que suelen servirse en las batallas, y siguiendo detrás con las demás tropas, impedían á los nuestros el desembarco. A la verdad el embarazo era sumo, porque los navíos por su grandeza no podían dar fondo sino mar adentro. Por otra parte, los soldados en parajes desconocidos, embargadas las manos, y abrumados con el grave peso de las armas, á un tiempo tenían que saltar de las naves, hacer pie entre las olas y pelear con los enemigos; cuando ellos á pie enjuto, ó á la lengua del agua, desembarazados totalmente y con conocimiento del terreno, a-es'aban intrépidamente sus tiros y espoleaban los caballos amaestrados. Con estos incidentes, acobardados los nuestros, como nunca se habían visto en tan extraño género de combate, no todos mostraban aquel brío y ardimiento que solían en las batallas de tierra.

Advirtiéndolo César, ordenó que las galeras cuya figura fuese más extraña para los bárbaros, y el movimiento más veloz para el caso, se separasen un poco de los trasportes, y á fuerza de remos se apostasen contra el costado descu-

bierto de los enemigos; de donde con hondas, trabucos y ballestas los arredrasen y alejasen; lo que sirvió mucho á los nuestros; porque atemorizados los bárbaros de la extrañeza de los buques, del impulso de los remos, y del disparo de tiros nunca visto, pararon y retrocedieron un poco. No acabando todavía de resolverse los nuestros, especialmente á vista de la profundidad del agua, el alférez mayor de la décima legión, enarbolando el estandarte, é invocando en su favor á los dioses: «saltad, dijo, soldados, al agua, si no queréis ver el águila en poder (1) de los enemigos. Por lo menos ya habré cumplido con lo que debo á la República y á mi general.» Dicho esto á voz en grito, se arrojó al mar, y empezó á marchar con el águila derecho á los enemigos. Al punto los nuestros, animándose unos á otros á no pasar por tanta mengua, todos á una saltaron del navío. Como vieron esto los de las naves inmediatas, echándose al agua tras ellos, se fueron arrimando á los enemigos. Peleóse por ambas partes con gran denuedo. Mas los nuestros, que ni podían mantener las filas, ni hacer pie, ni seguir sus banderas, sino que quién de una nave, quién de otra se agregaban sin distinción á las pri-

---

(1) El estandarte principal de cada legión era una águila de plata ó de oro, que miraban los Romanos como cosa sagrada, y el perderla como la mayor ignominia del ejército. El que la llevaba se decía *aquilifer*, y de aquí el español *alférez*. Acerca de los diversos estandartes que había en cada legión se han juntado eruditas noticias por Mr. Le-Beau, tomo XXXV, pág. 227 y siguientes de la Academia de las Inscripciones. Véanse también los *Comentarios* de Polibio sobre el cap. III de *Militia Romana*: y también á Lo-Looz desde la pág. 86 y sus notas infrascritas, donde se refieren varios ejemplos de generales que por poner coraje y alentar más y más á los soldados, arrojaron el águila en medio de los enemigos, y lograron el suceso que en esta ocasión se vió, que *lum* (los soldados) *cohortati inter se, ne tantum dedecus admitteretur, unicersi ex navi desilierunt.*

moras con que tropezaban, andaban sobremanera confusos. Al contrario los enemigos, que tenían sondeados todos los vados, en viendo de la orilla que algunos iban saliendo uno á uno de algún barco, corriendo á caballo daban sobre ellos en medio de la faena. Muchos acordonaban á pocos: otros por el flanco descubierto disparaban dardos contra el grueso de los soldados. Notando César el desorden, dispuso que así los esquifes de las galeras, como los pataches, se llenasen de soldados, que viendo á algunos en aprieto fuesen á socorrerlos. Apenas los nuestros fijaron el pie en tierra, seguidos luégo de todo el ejército, cargaron con furia á los enemigos y los ahuyentaron; y bien no pudieron ejecutar el alcance, á causa de no haber podido la caballería seguir el rumbo y ganar la isla. En esto sólo anduvo escasa con César su fortuna.

Los enemigos, perdida la jornada, luégo que se recobraron del susto de la huida, enviaron embajadores de paz á César, prometiendo dar rehenes y sujetarse á su obediencia. Vino con ellos Comio el de Artois, de quien dije arriba haberle César enviado delante á Bretaña. Este, al salir de la nave á participarles las órdenes del general, fué preso y encarcelado. Después de la batalla le pusieron en libertad; y en los tratados de paz echaron la culpa del atentado al populacho, pidiendo perdón de aquel yerro. César, quejándose de que habiendo ellos de su agrado enviado embajadores al continente á pedirle la paz, sin motivo ninguno le hubiesen hecho guerra, dijo que perdonaba su yerro y que le trajesen rehenes: de los cuales parte le presentaron luégo, y parte ofrecieron dar dentro de algunos días, por tener que traerlos de más lejos. Entretanto dieron orden á los suyos de volver á sus labranzas; y los señores concurrieron de todas partes á encomendar sus personas y ciudades á César.

Asentadas así las paces al cuarto día de su arribo á Bretaña, las diez y ocho naves en que se embarcó, según

queda dicho, la caballería, se hicieron á la vela desde el puerto superior (1) con viento favorable; y estando ya tan cerca de la isla, que se divisaban de los reales, se levantó de repente tal tormenta, que ninguna pudo seguir su rumbo, sino que unas fueron rechazadas al puerto de su salida; otras, á pique de naufragar, fueron arrojadas á la parte inferior y más occidental de la isla; las cuales sin embargo de eso, habiéndolas ancorado, como se llenasen de agua por la furia de las olas, siendo forzoso por la noche tempestuosa meterlas en alta mar, dieron la vuelta del continente. Pos desgracia, fué esta noche luna llena, que suele en el Océano causar muy grandes mareas (2); lo que ignoraban los nuestros. Con que también las galeras en que César trasportó el ejército, y estaban fuera del agua, iban á quedar anegadas en la creciente, al mismo tiempo que los navíos de carga puestos al ancla eran maltratados de la tempestad, sin que los nuestros tuviesen arbitrio para maniobrar ni remediarlas. En fin, destrozadas muchas naves, quedando las demás inútiles para la navegación, sin cables, sin áncoras, sin rastro de jarcias, resultó, como era muy regular, una turbación extraordinaria en todo el ejército; pues ni tenían otras naves para el reembarco, ni aprestos algunos para reparar las otras; y como todos estaban persuadidos á que se había de invernar en la Galia, no se habían hecho aquí provisiones para el invierno.

---

(1) Entiende un puerto situado más arriba, ó á la derecha del puerto Iccio, de donde había salido el grueso de la armada.

(2) No es mucho que lo ignorasen, porque no tenían práctica sino del mar Mediterraneo, donde las mareas son poco sensibles. En el Océano las mociones crecen cuando la luna está llena, por razón de que hallándose á la hora en su *perigeo*, esto es, en su menor distancia de la tierra, imprime con su peso mayor impulso á los cuerpos sublunares: *J. Cleric. Phjs.*, lib. XI, cap. VIII.

Los señores de Bretaña que después de la batalla vinieron á tomar las órdenes de César, echando de ver la penuria en que se hallaban los Romanos de caballos, naves y granos, y su corto número por el recinto de los reales mucho más reducido de lo acostumbrado, porque César condujo las legiones sin los equipajes; conferenciando entre sí, deliberaron ser lo mejor de todo, rebelándose, privar á los nuestros de los víveres, y alargar de esta suerte hasta el invierno (1) la campaña; con la confianza de que, vencidos una vez éstos, ó atajado su regreso, no habría en adelante quien osase venir á inquietarlos. En conformidad de esto, tramada una nueva conjuración, empezaron poco á poco á escabullirse de los reales y á convocar ocultamente la gente del campo. César en tanto, bien que ignorante todavía de sus tramas, no dejaba de recelarse, vista la desgracia de la armada y su dilación en la entrega de los rehenes, que al cabo harían lo que hicieron. Por lo cual trataba de aperebirse para todo acontecimiento, acarreado cada día trigo de las aldeas á los cuarteles, sirviéndose de la madera y clavazón de las naves derrotadas para carenar las otras, y haciendo traer de tierra firme los aderezos necesarios. Con eso y la aplicación grande de los soldados á la obra, dado que se perdieron doce navíos, logró que los demás quedasen de buen servicio para navegar.

En este entretanto, habiendo destacado la legión séptima en busca de trigo, como solía, sin que hasta entonces hubiese la más leve sospecha de guerra, puesto que de los isleños unos estaban en cortijos, otros iban y venían continuamente á nuestras tiendas, los que ante éstas hacían guardia dieron aviso á César que por la banda que la legión había ido se veía una polvareda mayor de la ordinaria. César, sospechando lo que era, que los bárbaros hu-

---

(1) Si eso lograban, estaban ciertos de que los Romanos perecerían de hambre y de frío.



biesen cometido algún atentado, mandó que fuesen consigo las cohortes que estaban de guardia; que dos la mudasen; que las demás tomasen las armas y viniesen detrás. Ya que hubo andado una buena pieza, advirtió que los suyos eran apremiados de los enemigos, y á duras penas se defendían, lloviendo dardos por todas partes sobre la legión apiñada. Fué el caso que como sólo quedase por segar una heredad, estándolo ya las demás, previendo los enemigos que á ella irían los nuestros, se habían emboscado por la noche en las selvas; y á la hora que los nuestros desparrramados y sin armas se ocupaban en la siega, embistiendo de improviso, mataron algunos, y á los demás antes de poder ordenarse los asaltaron y rodearon con la caballería y carricoches (1). Su modo de pelear en ellos es este: corren primero por todas partes, arrojando dardos: con el espanto de los caballos y estruendo de las ruedas desordenan las filas; y si llegan á meterse entre escuadrones de caballería, desmontan y pelean á pie. Los carreteros en tanto se retiran algunos pasos del campo de batalla, y se apostan de suerté que los combatientes, si se ven apretados del enemigo, tienen á mano el asilo del carricoche. Así juntan en las batallas la ligereza de la caballería con la

---

(1) Estos carricoches ó carros militares, según los pinta César, no eran falcados ó *de los ejes tajantes*, que les da nuestro gaditano Pomponio Mela, lib. III, cap. II, diciendo: *dimicant non equitatu modo, aut pedite, verum et bigis et curribus. Gallice armati. Covinos vocant, quorum falcatis axis utuntur*. Toda la ventaja de éstos, á lo menos en tiempo de César, consistía en la destreza y agilidad del conductor, y en la valentía del soldado que peleaba en el carricoche: á que yo llamo así, porque se me representa como un género de las que llamamos *galerus*, *carretas*, ó un carruco ligero con cuatro ruedas, visto lo que cuentan del *Essedo* los antiguos. Cicerón y Séneca hablan de ellos, y Facciolati los cita; y Vostio dice que estas palabras *essedo*, *essedarii*, etc. son extrañas en la lengua latina, tomadas de las naciones con quien los Romanos trataban.

consistencia de la infantería; y por el uso continuo y ejercicio es tanta su destreza, que aun por cuestras y despeñaderos hacen parar los caballos en medio de la carrera, cejar y dar vuelta con sola una sofrenada: corren por el timón, se tienen en pie sobre el yugo, y con un salto dan la vuelta al asiento.

Hallándose pues los nuestros consternados á vista de tan extraños guerreros, acudió César á socorrerlos al mejor tiempo; porque con su venida los enemigos se contuvieron, y se recobraron del miedo los nuestros. Contento con eso, reflexionando ser fuera de sazón el provocar al enemigo y empeñarse en nueva acción, estúvose quieto en su puesto, y á poco rato se retiró con las legiones á los reales. Mientras tanto que pasaba esto, y los nuestros se empleaban en las maniobras, dejaron sus labranzas los que aun quedaban en ellas. Siguiéronse un día tras otro lluvias continuas, que impedían á los nuestros la salida de sus tiendas y al enemigo los asaltos. Entretanto los bárbaros despacharon mensajeros á todas partes ponderando el corto número de nuestros soldados, y poniendo delante la buena ocasión que se les ofrecía de hacerse ricos con los despojos, y asegurar su libertad para siempre, si lograban desalojar á los Romanos. De esta manera en breve se juntó gran número de gente de á pie y de á caballo con que vinieron sobre nuestro campo. Como quiera que previera César que había de suceder lo mismo que antes, que por más batidos que fuesen los enemigos, se pondrían en cobro con su ligereza; no obstante, aprovechándose de treinta caballos que Comio el Atrebatense había traído consigo, ordenó en batalla las legiones delante de los reales. Trabado el choque, no pudieron los enemigos sufrir mucho tiempo la carga de los nuestros, antes volvieron las espaldas: corriendo en su alcance los nuestros hasta que se cansaron, mataron á muchos; y á la vuelta quemando cuantos edificios encontraban, se recogieron á su alojamiento.

Aquel mismo día vinieron mensajeros de paz por parte de los enemigos. César les dobló el número de rehenes antes tasado, mandando que se los llevasen á tierra firme; pues acercándose ya el equinoccio (1), no le parecía cordura exponerse con navíos estropeados á navegar en invierno. Por tanto, aprovechándose del buen tiempo, levó poco después de media noche, y arribó con todas las navés al continente. Solas dos de carga no pudieron tomar el mismo puerto, sino que fueron llevadas un poco más abajo por el viento; de las cuales desembarcados cerca de trescientos soldados, y encaminándose á los reales, los Morinos, á quienes César dejó en paz en su partida á Bretaña, codiciosos del pillaje, los cercaron no muchos al principio, intimándoles que rindiesen las armas si querían salvar las vidas; mas como los nuestros formados en círculo (2) hiciesen resistencia, luego á las voces acudieron al pie de seis mil hombres. César al primer aviso destacó toda la caballería al socorro de los suyos. Los nuestros entretanto aguantaron la carga de los enemigos, y por más de cuatro horas combatieron valerosísimamente matando á muchos y recibiendo pocas heridas. Pero después que se dejó ver

---

(1) Es el de otoño, y por consiguiente, el invierno que comienza presto en el Norte.

(2) Esto es, abroquelados á la redonda ó en rueda. Salustio, en la *Guerra de Jugurta*, dice: *Romani veteres... orbem facere*; y S. A. R. traduce así: «Nuestros veteranos... formaban un círculo.» En varias partes de estos *Comentarios* se habla de la formación de la tropa *en rueda, en círculo ó á la redonda: prbe facto; in orbem pugnare; in orbem contici; in orbem consistere*: no se hacía esto sino en casos muy apurados cuando pocos eran cercados de muchos, y para no dar las espaldas á los enemigos, los así formados, regularmente á pie quieto, hacían frente á todas partes. Quizás la formación moderna *en cuadro* corresponde de algún modo á la antigua *en círculo*. Véanse sobre esto los citados Guischardt y Lo-Looz en varias partes de sus obras.

nuestra caballería, arrojando los enemigos sus armas, volvieron las espaldas y se hizo en ellos gran carnicería.

César al día siguiente envió al teniente general Tito Labieno con las legiones que acababan de llegar de la Bretaña, contra los Morinos rebeldes; los cuales no teniendo donde refugiarse, por estar secas las lagunas que en otro tiempo les sirvieron de guarida, vinieron á caer casi todos en manos de Labieno. Por otra parte, los legados Quinto Titurio y Lucio Cota, que habían conducido sus legiones al país de los Menapios, por haberse estos escondido entre las espesuras de los bosques, talados sus campos, destruídas sus mieses, é incendiadas sus habitaciones, vinieron á reunirse con César; quien dispuso en los Belgas cuarteles de invierno para todas las legiones. No más que dos ciudades de Bretaña enviaron acá rehenes; las demás no hicieron caso. Por estas hazañas, y en vista de las cartas de César, decretó el Senado veinte días de solemnes fiestas en hacimiento de gracias (1).

---

(1) En la nota final del lib. II queda dicho á qué se reducían semejantes fiestas.

## LIBRO QUINTO.

En el consulado de Lucio Domicio y Apio Claudio, César al partirse de los cuarteles de invierno para Italia, como solía todos los años, da orden á los legados comandantes de las legiones de construir cuantas naves pudiesen, y de reparar las viejas, dándoles las medidas y forma de su construcción. Para cargarlas prontamente y tirarlas en seco hácelas algo más bajas de las que solemos usar en el Mediterráneo (1); tanto más que tenía observado, que por las continuas mudanzas de la marea no se hinchan allí tanto las olas: asimismo un poco más anchas que las otras para el transporte de los fardos y tantas bestias. Quiere que las hagan todas muy veleras, á que contribuye mucho el ser chatas, mandando traer el aparejo (2) de España. Él en

---

(1) César: *marí nostro*. Los Romanos llamaban *mar nuestro* al Mediterráneo, porque sólo éste baña la Italia. Mela, después de haberlo descrito con la elegancia y concisión que suele, concluye, lib. 1, cap. 1: *id omne, qua venit, quaque dispergitur, uno vocabulo nostrum mare dicitur*. Mariana, imitando á los Latinos, le da el mismo nombre en la *Historia de España*.

(2) Principalmente quiere significar el esparto (de que abunda) para sogas, gomenas y maromas. Del esparto de España habla Estrabón, Justino, Plinio y los PP. Mohedanos por extenso.

persona, terminadas las Cortes de la Galia citerior, parte para el Ilirico, por entender que los Pirustas con sus correas infestaban las fronteras de aquella provincia. Llegado allá, manda que las ciudades acudan con las milicias á cierto lugar que les señaló. Con esta noticia los Pirustas envíanle embajadores que le informen cómo nada de esto se había ejecutado de público acuerdo, y que estaban prontos á darle satisfacción entera de los excesos cometidos. Admitida su disculpa, ordénales dar rehenes, señalándoles plazo para la entrega: donde no, protesta que les hará la guerra á fuego y sangre. Presentados los rehenes en el término asignado, elige jueces árbitros que tasen los daños y prescriban la multa.

Hecho esto, y concluidas las juntas, vuelve á la Galia citerior y de allí al ejército. Cuando llegó á él, recorriendo todos los cuarteles, halló ya fabricados por la singular aplicación de la tropa, sin embargo de la universal falta de medios, cerca de seiscientos bajeles en la forma dicha, y veintiocho galeras que dentro de pocos días se podrían botar al agua. Dadas las gracias á los soldados y á los sobrestantes, manifiesta su voluntad, y mándales juntarlas todas en el puerto Icio, de donde se navega con la mayor comodidad á Bretaña por un estrecho de treinta millas poco más ó menos. Destina á este fin un número competente de soldados, marchando él con cuatro legiones á la ligera y ochocientos caballos contra los Trevirenses, que ni venían á Cortes, ni obedecían á los mandados; y aun se decía que andaban solicitando á los Germanos transrenanos.

La república de Tréveris es sin comparación la más poderosa de toda la Galia en caballería; tiene numerosa infantería, y es bañada del Rhin, como arriba declaramos. En ella se disputaban la primacía Induciomaro y Cingetórige; de los cuales el segundo, al punto que supo la venida de César y de las legiones, fué á presentársele, asegurando que así él como los suyos guardarían lealtad, ni se apar-

tarían de la amistad del Pueblo Romano; y le dió cuenta de lo que pasaba en Tréveris. Mas Induciomaro empezó á hacer gente de á pie y de á caballo y á disponerse para la guerra después de haber puesto en cobro á los que por su edad no eran para ella en la selva Ardena, que desde el Rhin con grandes bosques atraviesa por el territorio trevirensis hasta terminar en el de Rems. Con todo eso, después que algunos de los más principales ciudadanos, no menos movidos de la familiaridad con Cingetórige que intimidados con la entrada de nuestro ejército, fueron á César, y empezaron á tratar de sus intereses particulares, ya que no podían mirar por los de la república; Induciomaro, temiendo quedarse solo, despacha embajadores á César representando, «no haber querido separarse de los suyos por ir á visitarle, con la mira de mantener mejor al pueblo en su deber, y que no se desmandase por falta de consejo en ausencia de toda la nobleza: que en efecto el pueblo estaba á su disposición; y él mismo en persona, si César se lo permitía, iría luego á ponerse en sus manos con todas sus cosas y las del Estado.» César, si bien penetraba el motivo de este lenguaje y de la mudanza de su primer propósito; como quiera, por no gastar en Tréveris el verano, hechos ya todos los preparativos para la expedición de Bretaña, le mandó presentarse con doscientos rehenes. Entregados juntamente con un hijo suyo y todos sus parientes que los pidió César expresamente, consoló á Induciomaro exhortándole á perseverar en la fe prometida; mas no por eso dejó de convocar á los señores Trevirenses, y de recomendar á cada uno la persona de Cingetórige, persuadido á que sobre ser debido esto á su mérito, importaba mucho que tuviese la principal autoridad entre los suyos quien tan fina voluntad le había mostrado. Llevólo muy á mal Induciomaro, con que su crédito se disminuía entre los suyos: y el que antes ya nos aborrecía, con este sentimiento quedó mucho más enconado.

Dispuestas así las cosas, en fin llegó César con las legiones al puerto Icio. Aquí supo que cuarenta naves fabricadas en los Meldas (1) no pudieron por el viento contrario seguir su viaje, sino que volvieron de arribada al puerto mismo de donde salieron: las demás halló listas para navegar y bien surtidas de todo. Juntóse también aquí la caballería de toda la Galia, compuesta de cuatro mil hombres y la gente más granada de todas las ciudades, de que César tenía deliberado dejar en la Galia muy pocos, de fidelidad bien probada, y llevarse consigo los demás como en prendas, recelándose en su ausencia de algún levantamiento en la Galia. Hallábase con ellos el Eduo Dumnórige, de quien ya hemos hablado, al cual principalmente resolvió llevar consigo, porque sabía ser amigo de novedades y de mandar, de mucho espíritu y autoridad entre los Galos. A más que él se dejó decir una vez en junta general de los Eduos, «que César le brindaba con el reino:» dicho de que se ofendieron gravemente los Eduos, dado que no se atrevían á proponer á César por medio de una embajada sus representaciones y súplicas en contrario; lo que César vino á saber por alguno de sus huéspedes. Él al principio pretendió, á fuerza de instancias y ruegos, que lo dejaran en la Galia, alegando una vez que tenía al mar, otras que se lo disuadían ciertos malos agüeros. Visto que absolutamente se le negaba la licencia, y que por ninguna vía podía recabarla, empezó á ganar á los nobles, á hablarlos á solas, y

---

(1) Algunos leen *in Belgis*; teniendo por absurdo que fuesen fabricadas en Meaux, que no es puerto de mar. Pero ¿qué inconveniente hay en que dos pueblos diversos tuviesen antiguamente el mismo nombre, pues tantas veces lo vemos en estos *Comentarios*? Los Meldas de que habla César no serán los de Meaux, sino antes otros marítimos. Lo cierto es que también el intérprete griego leyó *in Meldis* ὑπὸ τῶν Μέλδων. Hay algunas observaciones curiosas sobre la verdadera lección en el tomo XXXI, página 220 y siguientes de la Academia de las Inscripciones.



exhortarlos á no embarcarse; poniéndolos en el recelo de que no en balde se pretendía despojar á la Galia de toda la nobleza; ser bien manifiesto el intento de César, conducirlos á Bretaña para degollarlos, no atreviéndose á ejecutarlo á los ojos de la Galia: tras esto empeñaba su palabra, y pedía juramento á los demás, de que practicarían de común acuerdo cuanto juzgasen conveniente al bien de la patria.

Eran muchos los que daban parte de estos tratos á César; quien por la gran estimación que hacía de la nación Edua procuraba reprimir y enfrenar á Dumnórige por todos los medios posibles; mas viéndole tan empeñado en sus desvaríos, ya era forzoso precaver que ni á él ni á la República pudiese acarrear daño. Por eso, cerca de veinticinco días que se detuvo en el puerto, por impedirle la salida el cierzo, viento que suele aquí reinar gran parte del año, hacía por tener á raya á Dumnórige sin descuidarse de velar sobre todas sus tramas. Al fin, soplando viento favorable, manda embarcar toda la infantería y caballería. Cuando más ocupados andaban todos en esto, Dumnórige, sin saber nada César, con la brigada de los Eduos empezó á desfilar hacia su tierra. Avisado César, suspende el embarco, y posponiendo todo lo demás, destaca un buen trozo de caballería en su alcance con orden de arrestarle. y en caso de resistencia y porfía, que le maten; juzgando que no haría en su ausencia cosa á derechas quien, teniéndole presente, despreciaba su mandamiento. Con efecto, reconvenido, comenzó á resistir y defenderse á mano armada, y á implorar el favor de los suyos, repitiendo á voces «que él era libre y ciudadano de república independiente.» Como quiera, es cercado según la orden, y muerto. Mas los Eduos de su séquito todos se volvieron á César.

Hecho esto, dejando á Labieno en el continente con tres legiones y dos mil caballos encargado de la defensa de los puertos, del cuidado de las provisiones, y de observar los

movimientos de la Galia, gobernandose conforme al tiempo y las circunstancias; él con cinco legiones y otros dos mil caballos, al poner del sol se hizo á la vela; y navegando á favor de un ábrego fresco, á eso de media noche, calmado el viento, perdió el rumbo: y llevado de las corrientes un gran trecho, advirtió la mañana siguiente que había dejado la Bretaña á la izquierda. Entonces virando de bordo, á merced del reflujo y á fuerza de remos procuró ganar la playa que observó el verano antecedente ser la más cómoda para el desembarco. Fué mucho de alabar en este lance el esfuerzo de los soldados, que con tocarles navíos de transporte y pesados, no cansándose de re mar, corrieron parejas con las galeras. Arribó toda la armada á la isla casi al hilo del mediodía sin que se dejara ver enemigo alguno por la costa; y es que, según supo después César de los prisioneros, habiendo concurrido á ella gran número de tropas, espantadas de tanta muchedumbre de naves (que con las del año antecedente (1), y otras de particulares fletadas para su propia conveniencia, aparecieron de un golpe mas de ochocientas velas), se habían retirado y metídose tierra adentro. César, desembarcado el ejército, y cogido puesto acomodado para los reales; informándose de los prisioneros dónde estaban apostadas las tropas enemigas, dejando diez cohortes con trescientos caballos en la ribera para resguardo de las naves, de que, por estar ancladas en playa tan apacible y despejada, temía menos riesgo; después de media noche partió contra el enemigo y nombró comandante del presidio naval á Quinto Atrio. Habiendo caminado de noche obra de doce millas, alcanzó á descubrir los enemigos; los cuales, avanzando con su caballería y carros armados hasta la ría, tentaron de lo alto

---

(1) Esto parece que significa el adjetivo *annotinis*; y del mismo modo entendió el griego: *ὄν ταῖς τοῦ πρόσθεν ἔτους*. Añoño decimos en castellano el cordero de un año y su lana.

estorbar nuestra marcha y trabar batalla. Rechazados por la caballería, se guarecieron en los bosques dentro de cierto paraje bien pertrechado por naturaleza y arte, prevenido de antemano, á lo que parecía, con ocasión de sus guerras domésticas; pues tenían tomadas todas las avenidas con árboles cortados, puestos unos sobre otros. Ellos desde adentro esparcidos á trechos impedían á los nuestros la entrada en las bardas. Pero los soldados de la legión séptima empavesados, y levantando terraplén contra el seto, le montaron sin recibir más daño que algunas heridas. Verdad es que Cesar no permitió seguir el alcance, así por no tener conocido el terreno, como por ser ya tarde y querer que le quedase tiempo para fortificar su campo.

Al otro día de mañana envió sin equipaje alguno (1) tres partidas de infantes y caballos en seguimiento de los fugitivos. A pocos pasos, estando todavía los últimos á la vista, vinieron á César mensajeros á caballo con la noticia de que la noche precedente con una tempestad deshecha que se levantó de repente casi todas las naves habían sido maltratadas y arrojadas sobre la costa: que ni áncoras ni amarras las contentan, ni marineros ni pilotos podían resistir á la furia del huracán: que por consiguiente del golpeo de unas naves con otras había resultado notable daño. Con esta novedad, César manda volver atrás las legiones y la caballería; él da también la vuelta á las naves, y ve por sus ojos casi lo mismo que acababa de saber de palabra y por escrito; que desgraciadas cuarenta, las demás admitían sí composición, pero á gran costa. Por lo cual saca de las legiones algunos carpinteros, y manda llamar á otros de tierra firme. Escribe á Labieno que con ayuda de sus legiones

---

(1) Quiere decir que los envió armados á la ligera, sin otro tren que las armas; eso significa la palabra *in expeditionem*, según queda dicho en la nota de la pág. 61.

apreste cuantas más naves pueda. El, por su parte, sin embargo de la mucha dificultad y trabajos, determinó para mayor seguridad sacar todas las embarcaciones á tierras, y meterlas con las tiendas dentro de unas mismas trincheras. En estas maniobras empleó casi diez días, no cesando los soldados en el trabajo ni aun por la noche. Sacados á tierra los buques, y fortificados muy bien los reales, deja el arsenal guarnecido de las mismas tropas que antes, y marcha otra vez al lugar de donde vino. Al tiempo de su llegada era ya mayor el número de tropas enemigas que se habían juntado allí de todas partes. Dióse de común consentimiento el mando absoluto y cuidado de esta guerra á Casivelauno, cuyos Estados separa de los pueblos marítimos el río Támesis á distancia de unas ochenta millas del mar. De tiempos atrás andaba éste en continuas guerras con esos pueblos; mas aterrados los Britanos con nuestro arribo, le nombraron por su general y caudillo.

La parte interior de Bretaña es habitada de los naturales, originarios de la misma isla, según cuenta la fama: las costas, de los Belgas, que acá pasaron con ocasión de hacer presas y hostilidades; los cuales todos conservan los nombres de las ciudades de su origen, de donde trasmigraron, y fijando su asiento á fuerza de armas, empezaron á cultivar los campos como propios. Es infinito el gentío, muchísimas las caserías, y muy parecidas á las de la Galia; hay grandes rebaños de ganado. Usan por moneda cobre (1) ó

(1) En confirmación de esto decía Cicerón, *Epíst. VII ad Famil.*, lib. VII: *In Britannia nihil esse audio neque auri neque argenti*. Y en la carta XV, lib. IV *ad Att.*, le escribe: *Illud iam cognitum est. neque argenti scrupulum esse ullum in illa insula, neque ullam spem praedae, nisi ex muncipis*. Estrabón y Tacito dijeron encontrarse en Bretaña oro, plata y otros metales; mas esto pudo ser por descubrimientos posteriores á César. Los anillos britanos serian parecidos á las monedas que usan los Chinos con el nombre de *Chapecas*. En el Museo de esta Real Biblioteca hay

anillos de hierro de cierto peso. En medio de la isla se hallan minas de estaño, y en las marinas, de hierro, aunque poco. El cobre le traen de fuera. Hay todo género de madera como en la Galia, menos de hayá y pinabete. No tienen por licito el comer liebre, ni gallina, ni ganso; puesto que los crían para su diversión y recreo. El clima es más templado que no el de la Galia, no siendo los fríos tan intensos. La isla es de figura triangular. El un costado cae enfrente de la Galia: de este costado el ángulo que forma el promontorio Cancio, adonde ordinariamente vienen á surgir las naves de la Galia, está mirando al Oriente; el otro inferior á Mediodía. Este primer costado tiene casi quinientas millas; el segundo mira á España y al Poniente. Hacia la misma parte yace la Hibernia, que, según se cree, es la mitad menos que Bretaña, en igual distancia de ella que la Galia. En medio de este estrecho está una isla llamada Man (1). Dícese también que más allá se encuentran varias isletas; de las cuales algunos han escrito que hacia el solsticio del invierno por treinta días continuos es siempre de noche. Yo, por más preguntas que hice, no pude averiguar nada de eso, sino que por las experiencias de los relojes de agua observaba ser aquí más cortas (2) las noches que en el continente. Tiene de largo este lado, en opinión de los

---

varias de ellas agujereadas, de suerte que á poco uso vendrían á ser unos como anillos.

(1) Entre la Bretaña y la Hibernia hay dos islas de este nombre: una de que habla Tácito *in Agricola*, muy cercana á la parte inferior de la Bretaña; y otra más arriba, como en medio del Estrecho: ambas se ven con toda distinción en el mapa exactísimo que precede á la traducción francesa del *Agricola* de Tácito por el señor Felipe V, donde la primera se llama *Mona Taciti*, y *Mona Caesaris* la segunda.

(2) Era, ya se ve, tiempo de verano: lo contrario sucede en invierno; de que sólo se infiere que la Inglaterra es más septentrional que la Francia.

isleños, setecientas millas. El tercero está contrapuesto al Norte sin ninguna tierra enfrente, si bien la punta de él mira especialmente á la Germania. Su longitud es reputada de ochocientas millas; con que toda la isla viene á tener el ámbito de dos mil. Entre todos, los más tratables son los habitantes de Kent, cuyo territorio está todo en la costa del mar, y se diferencian poco en las costumbres de los Galos. Los que viven tierra adentro por lo común no hacen sementeras, sino que se mantienen de leche y carne, y se visten de pieles. Pero generalmente todos los Britanos se pintan de color verdinegro con el zumo de gualda (1), y por eso parecen mas fieros en las batallas: dejan crecer el

---

(1) César: *vitro se inficiunt*. Otros leen (y tal vez con más razón) *glasto*, porque dos cosas parecen ciertas: primera, que el *glasto* es planta, y así no hay que llamarlo *vitriolo*, ó *caparrosa* como el traductor italiano; segunda, que esta palabra entra en la confección del vidrio, y por eso leen muchos *vitro*; y de aquí nacería la equivocación de otros escribiendo *nitro*, y traduciéndolo *vitriolo*. El *glasto* es nombre británico, y significa lo mismo que *vitro* en latín, y uno y otro se toma por hierba *vidriera*. En lo que, á mi parecer, no puede haber engaño, es en llamarla *flor de pastel*, como lo hace Laguna sobre Dioscórides, citando este lugar de César. El intérprete griego lo declara elegantemente *ωυτόν δ' ἐστὶ τὸ γλαστον κυκνοῦν γρισίαν ἀπεργαζόμενον*: los franceses la llaman *pastel*, como nuestro Laguna; y al cristal *glace*, que parece derivado del *glasto*, si ya no es del *glacies* latino por la semejanza. Pudiérase traducir también *zum de barrilla*; porque el P. Luis de Granada en el *Símbolo* dice: «la hierba llamada *barrilla*, de que se labran tantas piezas de vidrio cristalino, etc.» La costumbre de afear los cuerpos con varios untes y colores, creyendo que se hacían horribles y ponían grima á sus enemigos, sirviéndose de la fealdad para la fiera, se conoció también entre algunas naciones de la Germania, según refiere Tácito, y entre los Americanos, como leemos en D. Antonio Solís, lib. 1. cap. XIX, *Conquista de la Nueva España*.

cabello, pelado todo el cuerpo, menos la cabeza y el bigote. Diez y doce hombres tienen de común las mujeres, en especial hermanos con hermanos y padres con hijos. Los que nacen de ellas son reputados hijos de los que primero esposaron las doncellas.

Los caballos enemigos y los carreteros trabaron en el camino un recio choque con nuestra caballería; bien que esta en todo llevó la ventaja, forzándolos á retirarse á los bosques y cerros. Mas como los nuestros, matando á muchos, fuesen tras ellos con demasiado ardimiento, perdieron algunos. Los enemigos de allá un rato, cuando los nuestros estaban descuidados y ocupados en fortificar su campo, salieron al improviso del bosque, y arremetiendo á los que hacían guardia delante de los reales, pelearon bravamente; y enviadas por César las dos primeras cohortes de dos legiones en su ayuda, haciendo estas alto muy cerca una de otra, asustados los nuestros con tan extraño género de combate, rompieron ellos por medio de todos con extremada osadía y se retiraron sin recibir daño. Perdió la vida en esta jornada el tribuno Quinto Laberio Duro. En fin, con el refuerzo de otras cohortes fueron rechazados. Por toda esta refriega, como que sucedió delante de los reales y á la vista de todos, se echó de ver que los nuestros, no pudiendo ir tras ellos cuando cejaban por la pesadez de las armas, ni atreviéndose á desamparar sus banderas, eran poco expeditos en el combate con estas gentes: que la caballería tampoco podía obrar sin gran riesgo; por cuanto ellos muchas veces retrocedían de propósito, y habiendo apartado á los nuestros algún trecho de las legiones, saltaban á tierra de sus carros y peleaban á pie con armas desiguales. Así que, ó cediesen ó avanzasen los nuestros, con esta forma de pelear daban en igual, antes en el mismo peligro. Fuera de que ellos nunca combatían unidos, sino separados y á grandes trechos, teniendo cuerpos de reserva apostados; con que unos á otros se daban la mano, y

los de fuerzas enteras entraban de refresco á reemplazar los cansados.

Al día siguiente se apostaron los enemigos lejos de los reales en los cerros, y comenzaron á presentarse no tantos, y á escaramuzar con la caballería más flojamente que no el día antes. Pero al mediodía, habiendo César destacado tres legiones y toda la caballería con el legado Cayo Trebonio al forraje, de repente se dejaron caer por todas partes sobre los que andaban muy desviados de las banderas y legiones. Los nuestros, dándoles una fuerte carga, los rebalieron, y no cesaron de perseguirlos hasta tanto que la caballería, fiada en el apoyo de las legiones que venían detrás, los puso en precipitada fuga; y haciendo en ellos gran riza, no les dió lugar á rehacerse, ni detenerse, ó saltar de los carricoches. Después de esta fuga, las tropas auxiliares, que concurrieron de todas partes, desaparecieron al punto; ni jamás de allí adelante pelearon los enemigos de poder á poder con nosotros.

César, calados sus intentos, fué con el ejército al reino de Casivelauno en las riberas del Támesis, río que por un solo paraje se puede vadear, y aun eso trabajosamente. Llegado á él, vió en la orilla opuesta formadas muchas tropas de los enemigos, y las márgenes guarnecidas con escacas puntiagudas, y otras semejantes clavadas (1) en el hondo del río debajo del agua. Enterado César de esto por los prisioneros y desertores, echando delante la caballería, mandó que las legiones le siguiesen inmediatamente: tanta prisa se dieron los soldados, y fué tal su coraje, si bien sola la cabeza llevaban fuera del agua, que no pudien-

---

(1) A maravilla se puede tener lo que cuenta Beda, libro I, cap. XI de su *Historia Anglicana: quarum vestigia sudium ibidem usque hodie visuntur; quod singulae earum ad modum humani fœmoris grossae, et circumfusae plumbo, immobiliter haereant, in profundum fluminis infusae.*



do los enemigos sufrir el ímpetu de las legiones y caballos, despejaron la ribera, poniendo pies en polvorosa.

Casivelauno, como ya insinuamos, perdida toda esperanza de contrarrestar, y despedida la mayor parte de sus tropas, quedándose con cuatro mil combatientes de los carros, iba observando nuestras marchas; tal vez se apartaba un poco del camino, y se ocultaba en barrancos y breñas; en sabiendo el camino que habíamos de llevar, hacía recoger hombres y ganados de los campos á las selvas; y cuando nuestra caballería se tendía por las campiñas á correrlas y talarlas, por todas las vías y sendas conocidas disparaba de los bosques los carros armados, y la ponía en gran conflicto, estorbando con esto que anduviese tan suelta. No había más arbitrio sino que César no la permitiese alejarse de las legiones, y que las talas y quemas en daño del enemigo sólo se alargasen cuanto pudiera llevar el trabajo y la marcha de los soldados legionarios.

A esta sazón, los Trinobantes, nación la más poderosa de aquellos países (de donde el joven Mandubracio, abrazando el partido de César, vino á juntarse con él en la Galia; cuyo padre Imanuencio, siendo rey de ella, murió á manos de Casivelauno, y él mismo huyó por no caer en ellas), despachan embajadores á César, prometiendo entregársele y prestar obediencia; y le suplican que ampare á Mandubracio contra la tiranía de Casivelauno; se lo envíe, y restablezca en el reino. César les manda dar cuarenta rehenes y trigo para el ejército; y les restituye á Mandubracio. Ellos obedecieron al instante aprontando los rehenes pedidos y el trigo. Protegidos los Trinobantes y libres de toda vejación de los soldados, los Cenimaños, Segonciacos, Ancalites, Bibrocos y Casos por medio de sus diputados se rindieron á César. Infórmanle éstos que no lejos de allí estaba la corte de Casivelauno, cercada de bosques y lagunas, donde se había encerrado buen nú-

mero de hombres y ganados. Dan los Britanos nombre de ciudad a cualquier selva enmarañada, guarnecida de valla y foso, donde se suelen acoger para librarse de las irrupciones de los enemigos. César va derecho allá con las legiones: encuentra el lugar harto bien pertrechado por naturaleza y arte; con todo, se empeña en asaltarlo por dos partes. Los enemigos, después de una corta detención, al cabo, no pudiendo resistir el ímpetu de los nuestros, echaron á huir por otro lado de la ciudad. Hallóse dentro crecido número de ganados, y en la fuga quedaron muchos prisioneros y muertos.

Mientras iban así las cosas en esta parte de la isla, despacha Casivelauno mensajeros á la provincia de Kent, situada, como se ha dicho, sobre la costa del mar; cuyas merindades gobernaban cuatro (1) régulos, Cingetórige, Carnilio, Taximagulo y Segonacte, y les manda que con todas sus fuerzas juntas ataquen los atrincheramientos navales. Venidos que fueron á los reales, los nuestros en una salida que hicieron matando á muchos de ellos, y prendiendo, entre otros (2), al noble caudillo Lugotórige, se restituyeron á las trincheras sin pérdida alguna. Casivelauno, desalentado con la nueva de esta batalla, por tantos daños recibidos, por la desolación de su reino, y mayormente por la rebelión de sus vasallos, valiéndose de la mediación de Comio Atrebatense, envía sus embajadores á César sobre la entrega. César, que estaba resuelto á invadir en el continente por temor de los motines repentinos de la Galia, quedándole ya poco tiempo del estío, y viendo que sin sentir podía pasársele aun ese, le manda

---

(1) Serían feudatarios de Casivelauno, si ya no estaban obligados á obedecerle durante la guerra, por haberle nombrado el cuerpo de la nación por su generalísimo.

(2) César: *nobili duce Cingetorige*. Esta es la verdadera lección confirmada por el intérprete griego: τὸν Κινγετόριαν ἡγεμόνα.

dar rehenes, y señala el tributo que anualmente debía la Bretaña pechar al Pueblo Romano. Ordena expresamente y manda á Casivelanno que no moleste más á Mandubracio ni á los Trinobantes. Recibidos los rehenes, vuelve á la armada, y halla en buen estado las naves. Botadas éstas al agua, por ser grande el número de los prisioneros, y haberse perdido algunas embarcaciones en la borrasca, determinó trasportar el ejército en dos convoyes. El caso fué, que de tantos bajeles y en tantas navegaciones, ninguno de los que llevaban soldados faltó ni en este año ni en el antecedente; pero de los que volvían en lastre del continente hecho el primer desembarco, y de los sesenta que Labieno había mandado construir, aportaron muy pocos; los demás casi todos volvieron de arribada. Habiendo César esperado en vano algún tiempo, temiendo que la estación no le imposibilitase la navegación por la proximidad del equinoccio, hubo de estrechar los soldados según los buques, y en la mayor bonanza zarpando ya bien entrada la noche, al amanecer tomó tierra sin desgracia en toda la escuadra.

Sacadas á tierra las naves, y tenida una junta con los Galos en Samarobriva (1), por haber sido este año corta la cosecha de granos en la Galia por falta de aguas, le fué forzoso dar otra disposición que los años precedentes á los invernaderos del ejército, distribuyendo las legiones en diversos cantones: una en los Morinos, al mando de Cayo Fabio: la segunda en los Nervios, al de Quinto Cicerón: la tercera en los Esuos, al de Lucio Roscio; ordenando que la cuarta con Tito Labieno invernase en los Remenses á la frontera de Tréveris: tres alojó en los Belgas, á cargo del cuestor Marco Craso, y de los delegados Lucio Munacio

---

(1) Sobre la antigua ciudad de este nombre y su origen céltico, véanse las *Actas Misceláneas Lipsienses*, volumen IX, parte cuarta, pag. 615.

**Planco y Cayo Trebonio.** Una nuevamente alistada en Italia y cinco cohortes envió á los Eburones, que por la mayor parte habitan entre el Mosa y el Rhin, sujetos al señorío de Ambiórige y Cativulco: dióles por comandantes á los legados Quinto Titurio Sabino y Lucio Arunculeyo Cota. Repartidas en esta forma las legiones, juzgó que podrían proveerse más fácilmente en la carestía. Dispuso, sin embargo, que los cuarteles de todas estas legiones (salvo la que condujo Lucio Roscio al país (1) más quieto y pacífico) estuviesen comprendidas en término de cien millas. Él resolvió detenerse en la Galia hasta tener alojadas las legiones, y certeza de que los cuarteles quedaban fortificados.

Florece entre los Chartreses Tasgecio, persona muy principal, cuyos antepasados habian sido reyes de su nación. César le había restituido su Estado en atención al valor y lealtad singularmente officiosa de que se había servido en todas las guerras. Este año, que ya era el tercero de su reinado, sus enemigos le mataron públicamente, siendo asimismo cómplices muchos de los naturales. Dan parte á César de este atentado. Receloso él de que, por ser tantos los culpados, no se rebelase á influjo de ellos el pueblo, manda á Lucio Planco marchar prontamente con una legión de los Belgas á los Carnutes, tomar allí cuarteles de invierno, y remitirle presos á los que hallase reos de la muerte de Tasgecio. En este entretanto, todos los legados y el cuestor (2), encargados del gobier-

(1) Por tal se tenía entonces el de los Eduos, como tan amigos y favorecidos del Pueblo Romano.

(2) Me inclino, con la autoridad de Pedro Chacón, á que en el texto se debe leer *quaestoreque*, y no *quaestoribusque*; porque César nombra poco más arriba varios legados, pero un cuestor solo. No obstante, leyéndose en el lib. I de estos *Comentarios: singulis legionibus singulos legatos et quaestorem praefecit*, no sería error leer también aquí *quaestoribus* en plural.

no de las legiones, le avisaron como ya estaban acuartelados y bien atrincherados.

A los quince días de alojados allí dieron principio á un repentino alboroto y alzamiento Ambiórige y Cativulco, que con haber salido á recibir á Sabino y á Cota á las fronteras de su reino, y acarreado trigo á los cuarteles, instigados por los mensajeros del trevirense Induciomaro, pusieron en armas á los suyos, y sorprendiendo de rebato á los leñadores, vinieron con gran tropel á forzar las trincheras. Como los nuestros, cogiendo al punto las armas, montando la línea y destacada por una banda la caballería española, llevasen con ella la ventaja en el choque, los enemigos, malogrando el lance, desistieron del asalto. A luégo dieron voces, como acostumbran, que saliesen algunos de los nuestros á conferencia, que sobre intereses comunes querían poner ciertas condiciones, con que esperaban se podrían terminar las diferencias. Va á tratar con ellos Cayo Arpino, caballero romano confidente de Quinto Titurio, con cierto español, Quinto Junio, que ya otras veces por parte de César había ido á verse con Ambiórige, el cual les habló de esta manera: «Que se confesaba obligado á los beneficios recibidos de César, cuales eran haberle libertado del tributo que pagaba á los Aduáticos sus confinantes; haberle restituído su hijo y un sobrino, que siendo enviados entre los rehenes á los Aduáticos, los tuvieron en esclavitud y en cadenas; que en la tentativa del asalto no había procedido á arbitrio ni voluntad propia, sino compelido de la nación: ser su señorío de tal calidad, que no era menor la potestad del pueblo sobre él, que la suya sobre el pueblo; y el motivo que tuvo éste para el rompimiento fué sólo el no poder resistir á la conspiración repentina de la Galia, cosa bien fácil de probar en vista de su poco poder; pues no es él tan necio que presuma poder con sus fuerzas contrastar las del Pueblo Romano: la verdad es ser este el común acuerdo

«de la Galia, y el día de hoy el aplazado para el asalto general de todos los cuarteles de César, para que ninguna legión pueda dar la mano á la otra: como Galos no pudieron fácilmente negarse á los Galos; mayormente pareciendo ser su fin el recobrar la libertad común; mas ya que tenía cumplido con ellos por razón de deudo, debía atender ahora á la ley del agradecimiento: así que, por respeto á los beneficios de César y al hospedaje de Titurcio, le amonestaba y suplicaba mirase por su vida y la de sus soldados: que ya un gran cuerpo de Germanos venía á servir á sueldo y había pasado el Rhin; que llegaría dentro de dos días: viesen ellos si sería mejor, antes que lo entendiesen los comarcanos, sacar de sus cuarteles los soldados y trasladarlos á los de Cicerón ó de Labieno, puesto que el uno distaba menos de cincuenta millas, y el otro poco más: lo que les prometía y aseguraba con juramento era darles paso franco por sus Estados: que con eso procuraba al mismo tiempo el bien del pueblo aliviándolo del alojamiento y el servicio de César en recompensa de sus mercedes.» Dicho esto, se despide Ambiórige.

Arpino y Junio cuentan á los legados lo que acababan de oír. Ellos asustados con la impensada nueva, aunque venía de boca del enemigo, no por eso creían deberla despreciar: lo que más fuerza les hacía era no parecerles creíble que los Eburones, gente de ningún nombre y tan para poco, se atreviesen de suyo á mover guerra contra el Pueblo Romano. Y así ponen la cosa en consejo, donde hubo grandes debates. Lucio Arunculeyo con varios de los tribunos y capitanes principales (1) era de parecer, «que

---

(1) César: *primorum ordinum centuriones*. Estos eran el primer centurión de los *triarios* en la primera fila, *primipilus*: el primer centurión del regimiento, digámoslo así, de los *principes*, *primus princeps*: el primer centurión de los *piqueros*, *primus hastatus*. Véase á Jorge Poeschel, sobre el cap. I de Polibio, de *Milit. Rom.*

»no se debía atropellar ni salir de los reales sin orden de  
 »César; proponían que dentro de las trincheras se podían  
 »defender contra cualesquiera tropas, aun de Germanos,  
 »por numerosas que fuesen: ser de esto buena prueba el  
 »hecho de haber resistido con tanto esfuerzo el primer  
 »ímpetu del enemigo, rebatiéndole con gran daño: que pan  
 »no les faltaba: entretanto vendrían socorros de los cuar-  
 »teles vecinos y de César: en conclusión, ¿puede haber  
 »temeridad ni desdoro mayor que tomar consejo del ene-  
 »migo en punto de tanta monta?» Contra esto gritaba Titu-  
 rio: «Que tarde caerían en la cuenta, cuando creciese más  
 »el número de los enemigos con la unión de los Germanos,  
 »ó sucediese algún desastre en los cuarteles vecinos: que  
 »el negocio pedía pronta resolución; y creía él que César  
 »se hubiese ido á Italia: si no, ¿cómo era posible que los  
 »Chartreses conspirasen en matar á Tasgecio, ni los Ebu-  
 »rones en asaltar con tanto descaro nuestros reales? que  
 »no atendía él al dicho del enemigo, sino á la realidad del  
 »hecho; el Rhin inmediato: irritados los Germanos por la  
 »muerte de Ariovisto y nuestras pasadas victorias: la Galia  
 »enconada por verse después de tantos malos tratamientos  
 »sujeta al Pueblo Romano, oscurecida su antigua gloria en  
 »las armas: por último, ¿quién podrá persuadirse que Am-  
 »bióriges se hubiese arriesgado á tomar este consejo sin  
 »tener seguridad de la cosa? En todo caso ser seguro su  
 »dictamen: si no hay algún contraste, se juntarán á se  
 »salvo con la legión inmediata: si la Galia toda se coligare  
 »con Germania, el único remedio es no perder momento.  
 »El parecer contrario de Cota y sus parciales ¿qué resultas  
 »tendrá? cuando de presente no haya peligro, al menos en  
 »un largo asedio el hambre será inevitable.»

En estas reyertas, oponiéndose vivamente Cota y los pri-  
 meros oficiales: «Norabuena, dijo Sabino, salid con la  
 »vuestra, ya que así lo queréis:» y en voz más alta, de  
 modo que pudiesen oírle muchos de los soldados, añadió:

«Sí, que no soy yo entre vosotros el que más teme la muerte: los presentes verán lo que han de hacer: si acaeciere algún revés, tú solo les serás responsable; y si los dejas, pasado mañana se verán juntos con los demás en los cuarteles vecinos para ser compañeros de su suerte, y no morir á hierro y hambre abandonados y apartados de los suyos.» Levántanse con esto de la junta, y los principales se ponen de por medio y suplican á entrambos no lo echen todo á perder con su discordia y empeño: cualquier partido que tomen, ó de irse ó de quedarse, saldrá bien, si todos van á una: al contrario, si están discordes, se dan por perdidos. Durando la disputa hasta media noche, al cabo, rendido Cota, cede. Prevalece la opinión de Sabino. Publícase marcha para el alba. El resto de la noche pasan en vela, registrando cada uno su mochila, para ver qué podría llevar consigo, qué no de los utensilios de los cuarteles. No parece sino que se discurren todos los medios de hacer peligrosa la detención, y aun más la marcha con la fatiga y el desvelo de los soldados. Venida la mañana, comienzan su viaje en la persuasión de que no un enemigo, sino el mayor amigo suyo, Ambiórige, les había dado este consejo, extendidos en filas muy largas y con mucho equipaje.

Los enemigos, que por la bulla é inquietud de la noche barruntaron su partida, armadas dos emboscadas en sitio ventajoso y encubierto entre selvas, á distancia de dos millas estaban acechando el paso de los Romanos; y cuando vieron la mayor parte internada en lo quebrado de aquel hondo valle, al improvisó se dejaron ver por el frente y espaldas picando la retaguardia, estorbando á la vanguardia la subida, y forzando á los nuestros á pelear en el peor paraje. Aquí vieras á Titurio, que nunca tal pensara, asustarse, correr acá y allá, ordenadas las filas; pero todo como un hombre azorado que no sabe la tierra que pisa: que así suele acontecer á los que no se aconsejan hasta



que se hallan metidos en el lance. Por el contrario Cota, que todo lo tenía previsto y por eso se había opuesto á la salida, nada omitía de lo conducente al bien común: ya llamando por su nombre á los soldados, ya esforzándolos, ya peleando, hacía á un tiempo el oficio de capitán y soldado. Mas visto que, por ser las filas muy largas, con dificultad podían acudir á todas partes y dar las órdenes convenientes, publicaron una general para que soltando las mochilas, se formasen en rueda: resolución que, si bien no es de tachar en semejante aprieto, tuvo muy mal efecto; pues cuanto desalentó la esperanza de los nuestros, tanto mayor denuedo infundió á los enemigos, por parecerles que no se hacía esto sin extremos de temor y en caso desesperado. Además que los soldados de tropel, como era regular, desamparaban sus banderas; y cada cual iba corriendo á su llo á sacar y recoger las alhajas y preseas más estimadas, y no se oían sino alaridos y lamentos. Mejor lo hicieron los bárbaros; porque sus capitanes intimaron á todo el ejército, que ninguno abandonase su puesto; que contasen por suyo todo el despojo de los Romanos; pero entendiesen que el único medio de conseguirlo era la victoria. Eran los nuestros por el número y fortaleza capaces de contrarrestar al enemigo; y dado caso que vi el caudillo ni la fortuna los ayudaba, todavía en su propio valor libraban la esperanza de la vida: y siempre que alguna cohorte daba un avance, de aquella banda caía por tierra gran número de enemigos. Advirtiéndolo Ambiórige, da orden que disparen de lejos, y que nunca se arrimen mucho; y donde quiera que los Romanos arremetan, retrocedan ellos; que atento el ligero peso de sus armas y su continuo ejercicio no podían recibir daño; pero en viéndolos que se retiran á su formación, den tras ellos. Ejecutada puntualísimamente esta orden, cuando una manga destacada del cerco acometía, los contrarios echaban para atrás velocísimamente. Con eso era preciso que aquella

parte quedase indefensa, y por un portillo abierto expuesta á los tiros. Después al querer volver á su puesto, eran cogidos en medio así de los que se retiraban, como de los que estaban apostados á la espera; y cuando quisiesen mantenerse á pie firme, ni podían mostrar su valor, ni estando tan apiñados hurtar el cuerpo á los flechazos de tanta gente. Con todo eso, á pesar de tantos contratos y de la mucha sangre derramada, se tenían fuertes; y pasada gran parte del día, peleando sin cesar del amanecer hasta las ocho (1), no cometían la menor vileza. En esto, con un venablo atravesaron de parte á parte ambos muslos de Tito Balvencio, varón esforzado y de gran cuenta, que desde el año antecedente mandaba la primera centuria. Quinto Lucanio, centurion del mismo grado, combatiendo valerosamente, por ir á socorrer á su hijo rodeado de los enemigos, cae muerto. El comandante Lucio Cota, mientras va corriendo las líneas y exhortando á los soldados, recibe en la cara una pedrada de honda.

Aterrado con estas desgracias Quinto Titurio, como divisase á lo lejos á Ambiórige que andaba animando á los suyos, envíale su intérprete Neo Pompeyo á suplicarle les perdone las vidas. Él respondió á la súplica: «que si quería conferenciar consigo, bien podía: cuanto á la vida de los soldados, esperaba que se podría recabar de su gente: tocante al mmo Titurio, empeñaba su palabra que no se le haría daño ninguno.» Titurio lo comunica con Cota herido, diciendo: «que si tiene por bien salir del combate y abocarse con Ambiórige, hay esperanza de poder salvar sus vidas y las de los soldados.» Cota dice, que de ningún modo irá al enemigo mientras le vea con las armas en la mano; y ciérrase en ello. Sabino vuelto á los tribu-

---

(1) *Ad horam octavam*: que según la cuenta indicada de los Romanos, corresponde á las dos de la tarde nuestras.

nos circunstancias y á los primeros centuriones, manda que le sigan; y llegando cerca de Ambiórige, intimándole rendir las armas, obedece, ordenando á los suyos que hagan lo mismo. Durante la conferencia, mientras se trata de las condiciones, y Ambiórige alarga de propósito la plática, cercanle poco á poco, y le matan. Entonces fué la grande algazara y el gritar descompasado (1) á su usanza, apellidando victoria; echarse sobre los nuestros, y desornenarlos. Allí Lucio Cota pierde combatiendo la vida, con la mayor parte de los soldados; los demás se refugian á los reales de donde salieron: entre los cuales Lucio Petrosidio, alférez mayor, siendo acosado de un gran tropel de enemigos, tiró dentro del vallado el estandarte del águila, defendiendo á viva fuerza la entrada, hasta que cayó muerto. Los otros á duras penas sostuvieron el asalto hasta la noche; durante la cual todos, todos desesperados, se dieron á sí mismos la muerte. Los pocos que de la batalla se escaparon, metidos entre los bosques, por caminos extraviados, llegan á los cuarteles de Tito Labieno, y le cuentan la tragedia.

Engreído Ambiórige con esta victoria, marcha sin dilación con su caballería á los Aduáticos, confinantes con su reino, sin parar día y noche; y manda que le siga la infantería. Incitados los Aduáticos con la relación del hecho, al día siguiente pasa á los Nervios; y los exhorta á que no pierdan la ocasión de asegurar para siempre su libertad y vengarse de los Romanos por los ultrajes recibidos: pónelos delante la muerte de dos legados y la matanza de gran parte del ejército; ser muy fácil hacer lo mismo de la legión acuartelada con Cicerón, cogiéndola de sorpresa; él se ofrece por compañero de la empresa. No le fué muy di-

---

(1) Tito Livio, lib. V, atribuye á los Galos, no sólo *trucem cantum, et horrendum sonum* en las batallas, sino también después de la victoria, *ululatus, et cantus dissonos*.

ficultoso persuadir á los Nervios. Así que, despachando al punto correos á los Centrones, Grudios, Levacos, Pleumosios y Gordunos, que son todos dependientes suyos, hacen las mayores levas que pueden, y de improviso vuelan á los cuarteles de Cicerón, que aun no tenía noticia de la desgracia de Titurio: con que no pudo precaver el que algunos soldados, esparcidos por las selvas en busca de leña y fagina, no fuesen sorprendidos con la repentina llegada de los caballos. Rodeados esos, una gran turba de Eburones, Aduáticos y Nervios con todos sus aliados y dependientes empieza á batir la legión. Los nuestros á toda priesa toman las armas y montan las tricheras. Costó mucho sostenerse aquel día, porque los enemigos ponían toda su esperanza en la brevedad, confiando que, ganada esta victoria, para siempre quedarían vencedores. Cicerón al instante despacha cartas á César, ofreciendo grandes premios á los portadores, que son luego presos por estar tomadas todas las sendas. Por la noche, del maderaje acarreado para barrearse levantan ciento y veinte (1) torres con presteza increíble, y acaban de fortificar los reales. Los enemigos al otro día los asaltan con mayor golpe de gente y llenan el foso. Los nuestros resisten como el día precedente; y así prosiguen en los consecutivos, no cesando de trabajar noches enteras, hasta los enfermos y heridos. De noche se apresta todo lo necesario para la defensa del otro día. Se hace prevención de cantidad de vales tostados á raigon y de garrochones: fórmanse tablados en las torres, almenas y parapetos de zarzos entretejidos. El mismo Cicerón, siendo de compleción delicadísima, no repesaba un punto ni aun de noche; tanto que fué

---

(1) Este número parecerá inverosímil para sola una noche: por eso dice *con presteza increíble*; y el Anónimo griego, porque no se crea yerro de amanuense, lo expresa con las palabras *ἑκατὸν καὶ ἑξήκοντα*.

necesario que los soldados con instancias y clamores le obligasen á mirar por sí.

Entonces los jefes y personas de autoridad entre los Nervios, que tenían alguna cabida y razón de amistad con Cicerón, dicen que quieren abocarse con él. Habida licencia, repiten la arenga de Ambiórige á Titurio: «estar armada toda la Galia; los Germanos de esta parte del Rhin: los cuarteles de César y de los otros sitiados. Añaden lo de la muerte de Sabino. Pónenle delante á Ambiórige (1), para que no dude de la verdad. Dicen ser gran desatino esperar socorro alguno de aquellos que no pueden valerse á sí mismos. Protestan, no obstante, que por el amor que tienen á Cicerón y al Pueblo Romano sólo se oponen á que invernen dentro de su país; y que no quisieran ser averseasen á eso: que por ellos bien pueden salir libres de los cuarteles, y marchar seguros á cualquiera otra parte.» La única respuesta de Cicerón á todo esto fué: «no ser costumbre del Pueblo Romano recibir condiciones del enemigo armado. Si dejan las armas podrán servirse de su mediación y enviar embajadores á César; que, según es (2) de benigno, espera lograrán lo que pidieren.»

Los Nervios, viendo frustradas sus ideas, cercan los reales con un bastión de once piés y su foso de quince. Habían aprendido esto de los nuestros con el trato de los años antecedentes; y no dejaban de tener soldados prisioneros que los instruyesen. Mas como carecían de las herramientas necesarias, les era forzoso cortar los céspedes con la espada, sacar la tierra con las manos y acarrearla en las

---

(1) Poco antes amigo de César y obligado con tantos beneficios; ahora enemigo declarado y cabeza de los rebeldes.

(2) Esto me parece significa aquí *iustitia*, como cuando su hermano Tulio, en la oración *pro M. Marcell*, decía al mismo César: *haec tua iustitia et lenitas animi florescet quotidie magis.*

haldas. De lo cual se puede colegir el gran gentío de los sitiadores; pues en menos de tres horas concluyeron una fortificación de diez millas de circuito; y los días siguientes, mediante la dirección de los mismos prisioneros, fueron levantando torres de altura igual á nuestras barreras, y fabricando guadañas y galápagos. Al día séptimo del cerco, soplando un viento recio, empezaron á tirar con hondas bodoques (1) caldeados y dardos encendidos á las barracas, que al uso de la Galia eran pajizas. Prendió al momento en ellas el fuego, que con la violencia del viento se extendió por todos los reales. Los enemigos cargando con grande algazara, como seguros ya de la victoria, van arrimando las torres y galápagos, y empiezan á escalar el vallado. Mas fué tanto el valor de los soldados, tal su intrepidez, que sintiéndose chamuscar por todos lados, y oprimir de una horrible lluvia de saetas; viendo arder todos sus cuarteles y alhajas, lejos de abandonar nadie su puesto, ni aun casi había quien atrás mirase; antes por lo mismo pe-

---

(1) César: *feroentes fusili ex argilla glandes*. Pelotas caldeadas, ó especie de balas rojas. Nuestro Paulo Orosio, libro VI, cap. X, las pinta vivamente: *testas feroentes intorsere fundis, flammataque foci tela, ac mox concepta igno rutilantia* (como cohetes) *intra castra icecerunt*. Vosio dice: *Ego recta esse Cuesaris verba arbitror, et innuere illud argillae genus, unde hodieque statuæ funduntur*: y el griego traduce: *ἐξ ἀργίλλης τετηγμένης*. Parece que aquellas balas rugientes ó rojas se entienden por los que en castellano decimos *bodoques*: los cuales, dice nuestro Diccionario, que son *pelotas ó bolas de barro hechas en turquesa y endurecidas al aire, del tamaño de las de mosquito*. Adviértase de paso que tal vez el nuevo vocablo *presencia de ánimo* que se va introduciendo en castellano para significar la *serenidad, entereza, igualdad de ánimo, ó intrepidez* (como aquí se ha traducido) puede fundar su origen legítimo en la *praesentia animi* de César. El señor Infante D. Gabriel traduce: *balas de plomo*, y pone nota sobre el lugar de *Jugurta* donde dice Salustio: *Romani pro ingenio quisque, pars eminus glande, aut lapidibus pugnare*.

leaban todos con mayor brío y coraje. Penosísimo sin duda fué este día para los nuestros: bien que se consiguió hacer grande estrago en los enemigos, por estar apiñados al pie del vallado mismo, ni dar los últimos lugar de retirarse á los primeros. Cediendo un tanto las llamas, como los enemigos arrimasen por cierta parte una torre hasta pegarla con las trincheras, los oficiales de la tercera cohorte hicieron lugar retirándose atrás con todos los suyos; y con ademanes y voces empezaron á provocarlos á entrar, «si eran hombres;» pero nadie osó aventurarse. Entonces los Romanos, arrojando piedras, los derrocaron y les quemaron la torre.

Había en esta legión dos centuriones muy valerosos, Tito Pulfion y Lucio Vareno, á punto de ser promovidos al primer grado. Andaban éstos en continuas competencias sobre quién debía ser preferido, y cada año con la mayor emulación, se disputaban la precedencia. Pulfion, uno de los dos, en el mayor ardor del combate al borde de las trincheras: «¿En qué piensas, dice, oh Vareno? ¿ó á cuándo aguardas á mostrar tu valentía? este día decidirá nuestras competencias.» En diciendo esto, salta las barreras y embiste al enemigo por la parte más fuerte. No se queda atrás Vareno; sino que temiendo la censura de todos, síguele á corta distancia. Dispara Pulfion contra los enemigos su lanza, y pasa de parte á parte á uno que se adelantó de los enemigos; el cual herido y muerto, es amparado con los escudos de los suyos, y todos revuelven contra Pulfion cerrándole el paso. Atraviésanle la rodela, y queda clavado el estoque en el tahalí. Esta desgracia le paró de suerte la vaina que, por mucho que forcejaba, no podía sacar la espada, y en esta maniobra le cercan los enemigos. Acude á su defensa el competidor (1) Vareno, y socórrele en el

---

(1) El griego dice á la letra  $\delta \alpha \nu \tau \alpha \gamma \omega \nu \iota \sigma \tau \eta \varsigma \text{ Βαρώνος}$ : César: *inimicus illi Varenus*, esto es, el coopositor, el

peligro. Al punto vuelve contra estotro el escuadrón sus tiros, dando á Pulfion por muerto de la estocada. Aquí Varenno, espada en mano, arrójase á ellos, bátese cuerpo á cuerpo, y matando á uno, hace retroceder á los demás. Yendo tras ellos con demasiado coraje, resbala cuesta abajo, y da consigo en tierra. Pulfion que lo vió rodeado de enemigos, corre á librarle; y al fin ambos, sanos y salvos, después de haber muerto á muchos, se restituyen á los reales cubiertos de gloria. Así la fortuna en la emulación y en la contienda guió á entrambos, defendiendo el un émulo la vida del otro, sin que pudiera decirse cuál de los dos mereciese en el valor la primacía.

Cuanto más se agravaba cada día la fiereza del asedio, principalmente por ser muy pocos los defensores, estando gran parte de los soldados postrados de las heridas, tanto más se repetían correos á César; de los cuales algunos eran cogidos y muertos á fuerza de tormentos á vista de los nuestros. Había en nuestro cuartel un hidalgo llamado Verticón, que había desertado al primer encuentro, y dado á Cicerón pruebas de su lealtad. Este tal persuade á un su esclavo, prometiéndole la libertad y grandes galardones, que lleve una carta á César. Él la acomoda en su lanza, y como Galo, atravesando por entre los Galos sin la menor sospecha, la pone al fin en manos de César; por donde vino á saber el peligro de Cicerón y de su legión. Recibida esta carta á las once del día, despacha luego aviso al cuestor Marco Craso que tenía sus cuarteles en los Belovacos, á distancia de veinte y cinco millas, mandándole que se ponga en camino á media noche con su legión y venga á toda priesa. Pártese Craso al aviso. Envía otro al legado Cayo Fabio, que conduzca la suya á la frontera de Artois, por donde pensaba él hacer su marcha. Escribe á Labieno,

---

antagonista, émulo, el contendor: que el *inimicus* aquí no significa otra cosa.



que, si puede buenamente, se acerque con su legión á los Nervios. No le pareció aguardar lo restante del ejército, por hallarse más distante. Saca de los cuarteles inmediatos hasta euatrocientos caballos. A las tres de la mañana supo de los batidores (1) la venida de Craso. Este día caminó veinte millas. Da el gobierno de Samarobriua con una legión á Craso, porque allí quedaba todo el bagaje, los rehenes, las escrituras públicas, y todo el trigo acopiado para el invierno. Fabio, conforme á la orden recibida, sin detenerse mucho, le sale al encuentro en el camino. Labieno, entendida la muerte de Sabino y el destrozo de sus cohortes, viéndose rodeado de todas las tropas Trevirenses, temeroso de que, si salía como huyendo de los cuarteles, no podía sostener la carga del enemigo, especialmente sabiendo que se mostraba orgulloso con la recién ganada victoria, responde á César, representando el gran riesgo que correría la legión si se movía: escribele por menor lo acaecido en los Eburones; y añade que á tres millas de su cuartel estaban acampados los Trevirenses con toda la infantería y caballería.

César, pareciéndole bien esta resolución, dado que de tres legiones con que contaba se veía reducido á dos, sin embargo, en la presteza: ponía todo el buen éxito. Entra,

(1) César: *antecursoribus*: acaso los podríamos llamar *citotes*; ó añadir *de estrada*: porque *batir las estradas*, aunque suena á frase extranjera, no es sino muy castellana, como á cada paso se lee en la *Guerra de Granada*, de Mendoza; y se encuentra también en Mariana, Saavedra y otros: hoy se dice *reconocer la tierra ó la campaña*; y *hacer la descubierta*, como en el *Jugurta* de S. A. R., pag. 277.

La fórmula latina *quod commodo Reipublicae ó si Reipublicae commodo facere posset*, se traduce aquí y en algún otro lugar, *si buenamente pudiese*: si no cuadrase este modo de traducir en castellano por parecer familiar, ó acomodado á negocios particulares ó privados, se podría decir, y tal vez con más propiedad: *sin perjuicio, ó con ventaja, ó en bien de la causa pública*.

pues, á marchas forzadas por tierras de los Nervios. Aquí le informan los prisioneros del estado de Cicerón y del aprieto en que se halla. Sin perder tiempo, con grandes promesas persuade á uno de la caballería galicana, que lleve á Cicerón una carta: iba ésta escrita en griego, con el fin de que, si la interceptaban los enemigos, no pudiesen entender nuestros designios: préviénele, que si no puede dársela en su mano, la tire dentro del campo atada con la coleta de un dardo. El contenido era (1): «que presto le verla con sus legiones;» animándole á perseverar en su primera constancia. El Galo, temiendo ser descubierto, tira el dardo según la instrucción. Este, por desgracia, quedó clavado en un cubo, sin advertirlo los nuestros por dos días. Al tercero reparó en él un soldado, que lo alcanzó, y trajo á Cicerón; quien después de leída, la publicó á todos, llenándolos de grandísimo consuelo. En esto se divisaban ya las humaredas á lo léjos, con que se aseguraron totalmente de la cercanía de las legiones. Los Galos, sabida esta novedad por sus espías, levantan el cerco, y con todas sus tropas, que se componían de sesenta mil hombres, van sobre César. Cicerón, valiéndose de esta coyuntura, pide á Verticón, aquel Galo arriba dicho, para remitir con él otra carta á César: encárgale haga el viaje con toda cautela y diligencia: decía en la carta, cómo los enemigos, alzando el sitio, habían revuelto contra él todas las tropas. Recibida esta carta cerca de la media noche, la participa César á los suyos y los esfuerza para la pelea.

Al día siguiente muy temprano mueve su campo, y á cuatro días del marcha descubre la gente del enemigo que asomaba por detrás de un valle y de un arroyo. Era cosa muy arriesgada combatir con tantos en paraje menos ven-

---

(1) Estaba escrita en griego, y las palabras formales se hallan en Polieno, lib. VIII, Stratag., cap. XXIII. Καταρ Κικέρωνι Ουρβήτιν. Προσδόντος βοήθειαν. Es decir: César á Cicerón: *Confianza* (ó *Buen ánimo*): *Aguarda el socorro*.

tajoso: como quiera, certificado ya de que Cicerón estaba libre del asedio, y por tanto no era menester apresurarse, hizo alto, atrincherándose lo mejor que pudo, según la calidad del terreno; y aunque su ejército ocupaba bien poco, que apenas era de siete mil hombres, y esos sin ningún equipaje, todavía lo reduce á menor espacio, estrechando todo lo posible las calles de entre las tiendas (1) con la mira de hacerse más y más despreciable al enemigo. Entretanto despacha por todas partes batidores á descubrir el sendero más seguro por donde pasar aquel valle. Este día, sin hacer más que tal cual ligera escaramuza de los caballos junto al arroyo, unos y otros se estuvieron quedos en sus puestos: los Galos, porque aguardaban mayores refuerzos, que aun no se habían juntado, César, por si pudiese con muestras de temor atraer al enemigo á esta banda del valle, y darle la batalla sin mudar de terreno delante de las trincheras: donde no, sendereada la ruta, pasar el valle y el arroyo con menos riesgo. La mañana siguiente, la caballería enemiga se acerca á los reales, y trábese con la nuestra. César de intento la manda cejar y retirarse adentro: manda juntamente alzar más la estacada, tapiar las puertas, y ejecutar todo esto con grandísimo atropellamiento y apariencias de miedo.

Cebados con eso los enemigos, pasan su ejército, y se apuestan en mal sitio; y viendo á los nuestros retirarse aún de las mismas barreras, dan un avance, y arrojando de todas partes dardos dentro de las trincheras, á voz de pregonero publican por todos los cantones: «que cualquiera sea galo, sea romano, tiene libertad antes de la hora ter-

---

(1) Las de los reales romanos eran ordinariamente de cincuenta, y aun de cien pasos en ancho, con que se podían estrechar mucho en las ocurrencias. Véanse los Comentaradores de Polibio, al cap. VII de *Vitis et intervallis castrorum*.

«cia (1) para pasarse á su campo: después de este plazo no habrá más recurso.» Y llegó á tanto su menosprecio que, creyendo no poder forzar las puertas, tapiadas sólo en la apariencia con una somera capa de adobes, empezaron unos á querer aporillar el cercado con las manos, otros á llenar los fosos. Entonces César, abiertas todas las puertas, hace una salida, y soltando á la caballería, al punto pone en fuga á los enemigos, de suerte que ni uno sólo hizo la menor resistencia; con que mató á muchos de ellos y desarmó á todos. No se atrevió á seguir el alcance por los bosques y pantanos intermedios, viendo que el sitio quedaba señalado (2) con no pequeña pérdida del enemigo. En fin, sin daño alguno de sus tropas, el mismo día se juntó con Cicerón. Ve con asombro los torreones, galápagos y fortificaciones de los enemigos. Y hecha la revista de la legión, halla que ni de diez uno estaba sin herida; de lo cual infiere en qué conflicto se vieron y con qué valor se portaron. A Cicerón y á sus soldados hace los merecidos elogios: saluda por su nombre uno á uno á los centuriones y tribunos, de cuyo singular valor estaba bien informado por Cicerón. Cerciórase por los prisioneros de la desgracia de Sabino y Cota. El día inmediato, en presencia del ejército, la cuenta por extenso, consolando y animando á los soldados con decirles: que deben sufrir con paciencia este descalabro únicamente ocasionado por culpa y temeridad del comandante, ya que quedaba vengado por beneficio de los dioses inmortales y su propio valor, águándoseles tan presto á los enemigos el gozo, como quedaba

(1) Según nuestra cuenta, *á las nueve de la mañana.*

(2) Los comentadores y traductores de César no están acordes en la leyenda é inteligencia de este pasaje. A mí me ha parecido seguir como corriente y bien escrito el texto de la edición Elzeviriana; y creo que el pensamiento de César queda bien explicado en castellano, traduciendo como se ha traducido.

remediado para ellos el motivo de sentimiento. La fama en tanto de la victoria de César vuela con increíble velocidad por los Remenses á Labieno; pues distando cincuenta millas de los cuarteles de Cicerón, donde César entró después de las nueve del día, se oyó antes de media noche a la puerta de los reales el alborozo de los Remenses, que aclamaban la victoria con parabienes á Labieno.

Divulgada esta noticia entre los Trevirenses, Inducio-maro, que había resuelto asaltar el día siguiente los reales de Labieno, huye aquella noche con todas sus tropas á Tréveris. César hace que Fabio con la legión vuelva á sus cuarteles de invierno; él con tres de ellas determina invernar en las inmediaciones de Samarobriua en tres distintos alojamientos; y á causa de tantas sublevaciones de la Galia, mantenerse á la frente del ejército todo aquel invierno; porque con la nueva del desastre de Sabino, casi todos los pueblos de la Galia trataban de guerra despachando mensajes y embajadas por todas partes, con el fin de averiguar cómo pensaban los otros, y por dónde se daría principio al rompimiento; tenían sus juntas á deshoras de noche y en parajes ocultos: ni hubo día en todo aquel invierno que no fuese de algún cuidado para César, recibiendo continuos avisos de los proyectos y alborotos de los Galos. Uno de ellos le comunicó el legado Lucio Roscio, á quien había dado el mando de la legión décimatercia; y fué, que los pueblos llamados Armoricos (1) habían levantado un grueso ejército con fin de atacarle, y ya no distaba de sus cuarteles sino solas ocho millas; pero sabida la noticia de la victoria de César, se retiraron tan apresuradamente, que más parecía fuga que no retirada. Sin embargo, César, llamando ante sí los principales de cada nación, metiendo á unos miedo con darles á entender que sabía todas sus

---

(1) Esto es, marítimos, porque en su lengua céltica *Ar mar* dicen que significa lo mismo que *ad mare*.

tramas, y amonestando á otros, tuvo á raya gran parte de la Galia. Todavía los de Sens, república de las primeras entre los Galos en poder y autoridad, intentaron unidos matar á Cavarino, que César les había dado por rey, cuyo hermano Moritasgo lo era cuando César vino á la Galia, como lo habían sido antes sus abuelos. Como él lo barruntase y escapase, lo fueron persiguiendo hasta echarle de su casa y reino; y enviando embajada á César á fin de disculparse, mandando éste comparecer ante sí el Senado, no le obedecieron. Tanta impresión hizo en estos bárbaros el ejemplo de los autores de la rebelión, y trocó tanto sus voluntades, que fuera de los Eduos y Remenses, á quienes César trató siempre con distinción, á aquellos por su antigua y constante fidelidad al Pueblo Romano, á éstos por sus buenos oficios en la guerra presente, casi no quedó ciudad de quien podernos fiar. Lo que bien mirado quizá no debe causar maravilla, así por otros varios motivos, como principalmente porque una nación tenida por superior á todas en la gloria militar, á más de haberla perdido, sentía en el alma verse súbdita de los Romanos. Lo cierto es que Induciomaro y los Trevirenses emplearon todo el invierno en despachar embajadas á la otra parte del Rhin, ganar los pueblos y prometer dineros, asegurándoles ser poquíssimos los nuestros, destrozada ya la mayor parte del ejército. Mas no por eso pudicron persuadir á ninguno á pasar el Rhin; respondiéndolos todos, que habiéndoles ya salido mal dos veces, en la guerra de Ariovisto y en la trasmigración de los Tencteros, no querían aventurarse la tercera. Sin embargo de estas repulsas, Induciomaro empezó á juntar gente de los suyos y de los confinantes, aparejar caballos y enganchar con grandes promesas á los bandidos y proscritos de la Galia; y con estas artes se había granjeado tanto crédito en la nación, que le venían embajadas de todas partes á nombre de comunidades y particulares solicitando su gracia y amistad. Cuando él se vió bus-

caso, y que por una parte los de Sens y de Chartres andaban despechados por el remordimiento de su atentado; que por otra los Nervios y Aduáticos se armaban contra los Romanos, y que no le faltarían tampoco regimientos de voluntarios, si una vez salía á campaña, convoca una junta general de gente armada. Tal es la usanza de los Galos en orden á emprender la guerra: obligan por ley á todos los mozos á que se presenten armados; y al que llega el último, á la vista de todo el concurso, descuartizándolo. En esta junta Induciomaro hace declarar enemigo de la patria y confiscar los bienes á Cingetórige su yerno, cabeza del bando contrario, el cual, como se ha dicho, siempre se mantuvo fiel á César. Concluido este auto, publica en la junta, cómo venía llamado de los de Sens y Chartres, y de otras varias ciudades de la Galia; que pensaba dirigir á su marcha por el territorio Remense talando sus campos, y antes de esto forzar las trincheras de Labieno, para lo cual da sus órdenes.

Labieno, estando como estaba en puesto muy bien fortificado por naturaleza y arte, ninguna pena le daba el peligro de su persona y de la legión; andaba sí cuidadoso de no perder ocasión de algún buen lance. En consecuencia, informado por Cingetórige y sus allegados del discurso de Induciomaro en el congreso, envía mensajeros á los pueblos comarcanos pidiendo soldados de á caballo, y que vengan sin falta para tal día. Entretanto Induciomaro casi diariamente andaba girando alderredor de los reales con toda su caballería, ya para observar el sitio, ya para trabar conversación, ó poner espanto. Los soldados, al pasar todos, de ordinario tiraban sus dardos dentro del cercado. Labieno tenía á los suyos encerrados en las trincheras, y procuraba por todos los medios aumentar en el enemigo el concepto de su miedo. Mientras de día en día prosigue con mayor avilantez Induciomaro insultando al campo, una noche Labieno, introducido todo el cuerpo de caballería

congregado de la monarca, dispuso con tanta cautela las guardias para tener quietos dentro á los suyos, que por ninguna via pudo traslucirse ni llegar á los Trevirenses la noticia de este refuerzo. Induciomaro en tanto viene á los reales como solía todos los días, y gasta en eso gran parte del día. La caballería hizo su descarga de flechas, y con grandes baldones desafían á nuestro campo. Callando los nuestros á todo, ellos, cuando les paració, al caer del día se van desparramados y sin orden. Entonces Labieno spelta toda la caballería por dos puertas, mandando expresamente que, al ver asustados y puestos en huída los enemigos, lo que sucedería infaliblemente como sucedió, todos asestasen á solo Induciomaro, sin herir á nadie hasta ver á este muerto: que no quería que deteniéndose con otros, ól aprovechándose de la ocasión, escapase. Promete grandes premios al que le mate; y destaca parte de la legión para sostener á la caballería. La fortuna favorece la traza de Labieno; pues yendo todos tras de solo Induciomaro, preso al vadear un río (1), es muerto, y su cabeza traída en triunfo á los reales. La caballería de vuelta persigue y mata á cuantos puede. Con esta noticia todas las tropas armadas de Eburones y Nervios se disipan; y después de este suceso, logró César tener más sosegada la Galia.

---

(1) Es el Mosa, que separa los *Trevirenses* de los *Remenses*, donde invernaba Labieno.



## LIBRO SEXTO.

Recelándose César por varios indicios de mayor revolución en la Galia, trata de reclutar nuevas tropas por medio de sus legados Marco Silano, Cayo Antistio Regino y Tito Sestio: pide asimismo al procónsul Cneo Pompeyo, pues que por negocios de la república se hallaba mandando cerca de Roma (1), ordenase á los soldados que en la Galia Cisalpina había alistado (2) siendo cónsul, acudiesen á sus banderas y viniesen á juntarse con él; juzgando importar mucho aun para en adelante, que la Galia entendiese ser

---

(1) César: *quoniam ipse ad urbem cum imperio reipublicæ causa maneret*. No podía entrar en ella, según el fuero romano, por estar nombrado procónsul de las Españas. No obstante, después de la muerte de Clodio se le dió facultad para velar desde los arrabales á la tranquilidad de la República, como lo refiere Asconio en las notas sobre la oración de Tulio *pro Milone*: *Senatusconsultum factum erat, ut interrex* (estaba el consulado vacante), *tribuni plebis et Cneius Pompeius, qui proconsule ad urbem erat, viderent, nequid detrimenti Respublica caperet; delectus autem Pompeius tota Italia haberet*.

(2) Los alistamientos de los Romanos se hacían con mucha solemnidad, jurando los soldados obediencia, valor y constancia. Véase á Livio, lib. XXII, cap. XXVIII, y á Polibio, de *Militia Rom.*, cap. I.

tanto el poder de Italia, que si alguna pérdida padecía en la guerra, no sólo era capaz de resarcirla presto, sino también de sobreponerse á ella. En efecto, satisfaciendo Pompeyo á la petición de César como celoso del bien público y buen amigo; llenando su comisión prontamente los legados; completas tres legiones, y conducidas antes de acabarse el invierno; doblado el número de las cohortes que perecieron con Titurio, hizo ver no menos por la presteza que por los refuerzos hasta dónde llegaban los fondos de la disciplina y potencia del Pueblo Romano.

Muerto Induciomaro, como se ha dicho, los Trevirenses dan el mando á sus parientes. Estos no pierden ocasión de solicitar á los Germanos y ofrecer dineros. No pudiendo persuadir á los vecinos, van tierra adentro; ganados algunos, hacen que los pueblos presten juramento, y para seguridad de la paga les dan fiadores (1), haciendo liga con Ambiórige. Sabido esto, César, viendo por todas partes aparatos de guerra; Nervios, Aduáticos y Menaplos juntamente con todos los Germanos de esta parte del Rhin, armados; no venir los de Sens al emplazamiento, sino coligarse con los Chartreses y rayanos; los Germanos instigados con repetidos mensajes de los Trevirenses, determinó salir cuanto antes á campaña. En consecuencia, sin esperar al fin del invierno, á la frente de cuatro legiones las más inmediatas, entra por tierras de los Nervios; y antes que pudiesen ó apercibirse ó escapar, habiendo tomado gran cantidad de ganados y personas, y repartido entre los soldados, gastados sus campos, los obligó á entregarse y darle rehenes. Concluido con brevedad este negocio, remitió las legiones á sus cuarteles de invierno.

En la primavera llamando á Cortes de la Gallia, según lo tenía pensado, y asistiendo todos menos los de Sens, de

---

(1) Los Trevirenses á las comunidades atraídas con promesas de dinero á su partido.

Chartes y Tréveris, persuadido á que tal proceder era lo mismo que rebelarse y declarar la guerra; para mostrar que todo lo posponía á esto, trasladó las Cortes á París. Su distrito confinaba con el de Sens, y en tiempos pasados estaban unidos los dos; pero se creía que no había tenido parte en esta conjuración. Intimada la trāslación desde el solio, en el mismo día se puso en camino para Sens acompañado de las legionés, y á grandes jornadas llegó allá. Luego que Acón, autor de la conjura, supo su venida, manda que todos se recojan á las fortalezas. Mientras se disponen, antes de poderlo ejecutar, viene la noticia de la llegada de los Romanos; con que por fuerza mudan de parecer, envían diputados á excusarse con César, y ponen por mediadores á los Eduos, sus antiguos protectores. César, á petición de ellos, les perdona de buena gana, y admite sus disculpas atento que se debía emplear el verano en la guerra inminente, y no en pleitos. Multándolos en cien rehenes, se los entrega á los Eduos en custodia. También los de Chartres envían allá embajadores y rehenes, valiéndose de la intercesión de los Remenses sus patronos, y reciben la misma respuesta de César, que cierra las Cortes, mandando á las ciudades contribuir con gente de á caballo.

Sosegada esta parte de la Galia, todas sus miras y atenciones se dirigen á la expedicion contra los Trevirenses y Ambiórige. Da orden á Cavarino que le siga con la brigada de Sens para evitar las pendencias que podrían originarse ó del enojo de éste, ó del odio que se había acarreado de sus ciudadanos. Arreglado esto, teniendo por cierto que Ambiórige no se arriesgaría á una batalla, andaba indagando cuáles eran sus ideas. Los Menapios vecinos á los Eburones, cercados de lagunas y bosques, eran los únicos que nunca trataron de paz con César. No ignoraba tener con ellos Ambiórige derecho de hospedaje, y haber también contraído amistad con los Germanos por medio de los

Trevirenses. Parecióle por tanto privarle ante todas cosas de estos recursos, no fuese que ó desesperado se guareciese entre los Menapios, ó se viese obligado á unirse con los Germanos (1) de la otra parte del Rhin. Con este fin remite á Labieno los bagajes de todo el ejército con la escolta de dos legiones, y él con cinco á la ligera marcha contra los Menapios. Estos sin hacer gente alguna, fiados en la fortaleza del sitio, se refugian entre los sotos y lagos con todos sus haberes. César, repartiendo sus tropas con el legado Cayo Fabio y el cuestor Marco Craso, formados de pronto unos pontones, acomete por tres partes, quema caserías y aldeas, y coge gran porción de ganado y gente. Con cuya pérdida forzados los Menapios, le despachan embajadores pidiendo paz. Él, recibidos rehenes en prendas, protesta que los tratará como á enemigos, si dan acogida en su país ó á la persona de Ambiórige, ó á sus legados. Ajustadas estas cosas, deja en los Menapios á Comio el de Artoiz con su caballería para tenerlos á raya, y él toma el camino de Tréveris.

En esto los Trevirenses con un grueso ejército de infantes y caballos se disponían á la sorpresa de Labieno, que con una legión sola invernaba en su comarca. Y ya estabau á dos jornadas no más de él, cuando tienen noticia de las dos legiones enviadas por César. Con eso, acampándose á quince millas de distancia, determinan aguardar los socorros de Germania. Labieno, calado el intento de los enemigos, esperando que su arrojo de ellos le presentaría ocasión de pelear con ventaja, dejadas cinco cohortes en guardia de los bagajes, él con veinticinco y buen golpe de caballería marcha contra el enemigo, y á una milla de distancia fortifica su campo. Mediaba entre Labieno y el ene-

---

(1) Habla de Ambiórige; y parece cosa sin duda que el *congrédi* en este lugar significa lo mismo que *coire*: por eso dice más abajo: *ne Ambiorix receptum ad eos haberet.*

«fingo un río (1) de difícil paso y de riberas escarpadas. Ni él pensaba en atravesarlo, ni creía tampoco que los enemigos lo pasasen. Creciendo en éstos cada día la esperanza de pronto socorro, dice Labieno en público, «que sus puestos corren voces de que los Germanos están cerca, no quiere aventurar su persona ni el ejército, y que al amanecer del día siguiente alzaré el campo.» Al punto dan parte de esto al enemigo; que como había tantos Galos en la caballería, algunos, llevados del afecto nacional, favorecían su partido. Labieno por la noche llamando á los tribunos y centuriones principales, les descubre lo que pensaba hacer, y á fin de confirmar á los enemigos en la sospecha de su miedo, manda mover las tropas con mayor estruendo y batahola de lo que ordinariamente se usa entre los Romanos. Así hace que la marcha tenga apariencias de huida. También de esto avisan sus espías á los enemigos antes del alba, estando como estaban tan cercanos á nuestras tiendas.

No bien nuestra retaguardia había desfilado de las trincheras, cuando los Galos unos á otros se convidan á no soltar la presa de las manos: ser por demás, estando intimidados los Romanos, esperar el socorro de los Germanos; y contra su decoro, no atreverse con tanta gente á batir un puñado de hombres, y esos fugitivos y embarazados. En resolución, atraviesan el río, y traban batalla en lugar harto incómodo. Labieno, que lo había adivinado, llevando adelante su estratagema, caminaba lentamente hasta tenerlos á todos de esta parte del río. Entonces enviando algún trecho adelante los bagajes, y colocándolos en un ribazo: «He aquí, dice, oh soldados, la ocasión que tanto habéis deseado: tenéis al enemigo empeñado en paraje donde no puede revolverse: mostrad ahora bajo mis órdenes el esfuerzo de que habéis dado ya tantas pruebas á

---

(1) Ya se ha dicho que era el Mosa.

«nuestro jefe: haced cuenta que se halla él aquí presente »y os está mirando.» Dicho esto, manda volver las armas contra el enemigo, y destacando algunos caballos para resguardo del fardaje, con los demás cubre los flancos. Los nuestros súbitamente, alzando un grande alarido, disparan sus dardos contra los enemigos; los cuales, cuando inesperadamente vieron venir contra sí á banderas desplegadas á los que suponían fugitivos, ni aun sufrir pudieron su carga: y vueltas al primer choque las espaldas, huyeron á los bosques cereanos; mas alcanzándolos Labieno con su caballería, mató á muchos, prendió á varios, y en pocos días recobró todo el país. Porque los Germanos que venían de socorro, sabida la desgracia, se volvieron á sus casas, yendo tras ellos los parientes de Induciomaro, que como autores de la rebelión abandonaron su patria; cuyo señorío y gobierno recayó en Cingetórige que, según va declarado, siempre se mantuvo leal á los Romanos.

César, llegado á Tréveris después de la expedición de los Menapios, determinó pasar el Rhin, por dos razones. La primera, porque los Germanos habían enviado socorros á los Trevirenses. La segunda, porque Ambiórige no hallase acogida en sus tierras. Con esta resolución da orden de tirar un puente poco más arriba del sitio por donde la otra vez trasportó el ejército. Instruidos ya de la traza y modo los soldados, á pocos días por su gran esmero dieron concluída la obra. César, puesta buena guarnición en el puente por la banda de Tréveris para precaver toda sorpresa, pasa las demás tropas y caballería. Los Ubios, que antes le habían dado rehenes y la obediencia, por sincerarse le despachan embajadores protestando no haber concurrido al socorro de los Trevirenses, ni violado la fe: por tanto, le suplican rendidamente no los maltrate, ni los envuelva en el odio común de los Germanos, castigando á los inocentes por los culpados: que si quiere más rehenes, están prontos á darlos. Averiguado el hecho, se certifica de que

los Suevos fueron los que prestaron los socorros: con que recibe á los Ubios en su gracia, y se informa de los caminos por donde se podía entrar en la Suevia. En esto, á pocos días le avisan los Ubios cómo los Suevos iban juntando todas sus tropas en un lugar, obligando á las naciones sujetas á que acudiesen con sus gentes de á pie y de á caballo. Conforme á estas noticias, hace provisión de granos, y asienta sus reales en sitio ventajoso. Manda á los Ubios recoger los ganados y todas sus haciendas de los campos á poblado, esperando que los Suevos, como gente ruda y sin disciplina, forzados de la penuria de alimentos, se resolverían á pelear, aun siendo desigual el partido. Encarga que por medio de frecuentes espías averigüen cuanto pasa en los Suevos. Hacen ellos lo mandado, y después de algunos días vienen con la noticia de que los Suevos, desde que supieron de cierto la venida de los Romanos, con todas sus tropas y las auxiliares se habían retirado tierra adentro á lo último de sus confines; donde se tiende una selva interminable llamada Bacene, que puesta por naturaleza como por barrera entre los Suevos y Queruscos, los defiende recíprocamente para que no se hagan mal ni daño los unos á los otros: que á la entrada de esta selva tenían determinado los Suevos aguardar á los Romanos.

Mas ya que la ocasión se ha ofrecido, no será fuera de propósito describir las costumbres de la Galia y la Germania, y la diferencia que hay entre ambas naciones. En la Galia (4) no sólo los Estados, partidos y distritos están divididos en bandos, sino también cada familia. De estos bandos son cabezas los que á juicio de los otros se reputan

---

(4) Sobre el gobierno político de los Galos y sus usos particulares á la entrada de César, hay noticias exquisitas en el tomo XL de la Academia de las Inscripciones de París.

por hombres de mayor autoridad; á cuyo arbitrio y prudencia se confia la decisión de todos los negocios y deliberaciones. Lo que á mi ver establecieron los antiguos con el fin de que á ningún plebeyo faltase amparo contra los poderosos, pues quien es cabeza de partido no permite que sus parciales sean oprimidos ó calumniados: si así no lo hace, pierde todo el crédito entre los suyos. Esta misma práctica se observaba en el gobierno de toda la Galia, cuyas provincias están todas divididas en dos facciones. Cuando César vino á la Galia, de la una eran jefes los Eduos, y los Sequanos de la otra. Estos, reconociéndose inferiores porque de tiempo antiguo los Eduos los sobrepujaban en autoridad y en número de vasallos, se coligaron con los Germanos y Ariovisto, empeñándolos en su partido á costa de grandes dádivas (1) y promesas. Con eso, ganadas varias victorias, y degollada toda la nobleza de los Eduos, vinieron á tal pujanza, que les quitaron gran parte de los vasallos y los obligaron á dar en prendas los hijos de los principales, y á jurar solemnemente que nunca emprenderían cosa en perjuicio de los Sequanos: y á la sazón poseían una porción del territorio confinante que ocuparon por fuerza con el principado de toda la Galia. Esta fué la causa que obligó á Diviciaco á ir á Roma á pedir auxilio al Senado, si bien no le obtuvo. Trocáronse con la venida de César las suertes, restituyéronse á los Eduos sus rehenes, recobrados los antiguos vasallos, y adquiridos otros nuevos por el favor de César, pues veían que los que se aliaban con ellos mejoraban de condición y de gobierno; distinguidos y privilegiados en todo los Eduos, perdieron los Sequanos el principado. En su lugar sucedieron los Remenses, que,

---

(1) César: *eos ad se magnis iacturis pollicitationibusque perduxerant. Iacturis* significa *gastos, dispendios, regalos*; como cuando en el lib. III de la *Guerra civil* dice César: *magnis enim iacturis sibi quisque eorum animos conciliabat.*



como privaban igualmente con César, los que por enemidades envejecidas no podían avenirse con los Eduos, se hicieron del bando de los Remenses; los cuales procuraban protegerlos con todo empeño. Así sostenían la nueva dignidad á que de repente habían subido. La cosa, por fin, estaba en términos que los Eduos gozaban sin disputa el primer lugar, el segundo los Remenses.

En toda la Galia dos son los estados de personas de que se hace alguna cuenta y estimación; puesto que los plebeyos son mirados como esclavos, que por sí nada emprenden, ni son jamás admitidos á consejó. Los más, en viéndose adeudados, ó apremiados del peso de los tributos ó de la tiranía de los poderosos, se dedican al servicio de los nobles, que con ellos ejercitan los mismos derechos que los señores con sus esclavos. De los dos estados uno es el de los Druidas (1), el otro de los Caballeros. Aquéllos atienden al culto divino, ofrecen los sacrificios públicos y privados, interpretan los misterios de la religión. A su escuela concurre gran número de jóvenes (2) á instruirse. El respeto que les tienen es grande. Ellos son los que sentencian casi todos los pleitos del común y de los particulares: si algún delito se comete, si sucede alguna muerte, si hay disensión sobre herencia, ó sobre linderos, ellos son los que deciden: determinan los premios y los castigos:

---

(1) Acerca del origen, etimología, profesión, sacrificios y secta de los Druidas, se encuentran largas y eruditas noticias en varias partes de la Academia de las Inscripciones, y singularmente en la Memoria de M. Duclós, t. XIX, pág. 483 y siguientes: véase también á Vossio en la palabra *Druides*, donde se observa que no hay para qué cansarse en averiguar la etimología de muchísimos vocablos que pueden mirarse como barbaros ó extraños respecto del Lacio.

(2) Entiéndese de sola la nobleza, como lo expresa nuestro Mela, lib. III, cap. II: *docent multa nobilissimos gentis clam, et aiu, et v. cenis annis.*

cualquiera persona, ora sea privada, ora pública, que no se rinde á su sentencia, es excomulgada, que para ellos es la pena más grave. Los tales excomulgados se miran como impíos y facinerosos: todos se esquivan (1) de ellos rehuendo su encuentro y conversación, por no contaminarse: no se les hace justicia por más que la pidan, ni se les fía cargo alguno honroso. A todos los Druidas preside uno con autoridad suprema. Muerto éste, le sucede quien á los demás se aventaja en prendas. En caso de haber muchos iguales, se hace la elección por votos de los Druidas; y aun tal vez de mano armada se disputan la primacía. En cierta estación del año se congregan en el país de Chartres, tenido por centro de toda la Galia, en un lugar (2) sagrado. Aquí concurren todos los que tienen pleitos, y están á sus juicios y decisiones. Créese que la tal ciencia fué inventada en Bretaña y trasladada de allí á la Galia. Aun hoy día los que quieren saberla á fondo, van allá por lo común á estudiarla. Los Druidas no suelen ir á la guerra, ni pagan tributos como los demás: están exentos de la milicia y de todas las cargas concejiles. Con el atractivo de tantos privilegios son muchos los que se dedican á esta profesión; unos por inclinación propia, otros por destino de sus padres y parientes. Dicese que allí decoran grán número de versos. Así es que algunos gastan los veinte años en la escuela: no tienen por lícito escribir lo que aprenden, no

---

(1) César: *his omnes decedunt, aditum eorum sermonemque defugiunt*: quiere decir con el verbo *decedunt* que se arredran y apartan, ó rehuyen de ellos. Decía Cicerón á Catilina, I, VII: *quid quod adventu tuo ista subsellia vacuefacta sunt? quod omnes consulares simulatque adsedisti. partem istam subselliorum nudam atque inanem reliquerunt?*

(2) César: *in loco consecrato*. Si, como parece verosímil, se lee *luco*, entenderemos *bosque*, conforme á lo que escribe Lucano del paraje donde se juntaban los Druidas. Lib. I, v. 453: *nemora alta remotis incolitis lucis*.

obstante que casi en todo lo demás de negocios públicos y particulares se sirven de caracteres griegos. Por dos causas, según yo pienso, han establecido esta ley; porque ni quieren divulgar su doctrina, ni tampoco que los estudiantes, fiados en los escritos, descuiden en el ejercicio de la memoria: lo que suele acontecer á muchos, que teniendo á mano los libros, aflojan en el ejercicio de aprender y retener las cosas en la memoria. Esméranse sobre todo en persuadir la inmortalidad de las almas y su trasmigración (1) de unos cuerpos en otros; cuya creencia juzgan ser grandísimo incentivo para el valor, poniendo aparte el temor (2) de la muerte. Otras muchas cosas disputan y enseñan á la juventud acerca de los astros y su movimiento, de la grand-za del mundo y de la tierra, de la naturaleza de las cosas, del poder y soberanía de los dioses inmortales.

El segundo estado es de los Caballeros. Todos estos salen á campaña siempre que lo pide el caso ú ocurre alguna guerra (y antes de la venida de César ocurría casi todos los años, ya fuese ofensiva, ya defensiva): y cuanto uno es más noble y rico, tanto mayor acompañamiento lleva de dependientes (3) y criados: lo cual tiene por único dis-

(1) Es la μεταμύωσις de Pitágoras; y *metensicose*, ó *metensicosis* pudiéramos decir también en castellano, como se dice *metamorfosis*, ó *metamorfoseos* de Ovidio. Origen. Filósofo, cap. II, dice ser fama que Zamolxis enseñó á los Druidas la secta de Pitágoras, su maestro.

(2) Creían que las almas eran inmortales y eternas: *ut (Galli) forent ad bella meliores. æternas esse animas vitamque alteram ad manes Druidæ docebant*. Mera, lib. III, cap. II.

(3) César: *Ambactos clientesque*. Festo dice que la palabra *Ambacti*, de origen galicano, se lee en Eno en significación de *esclavo*. Cluverio, lib. I, cap. VIII, *Germ. ant.*, afirma que también la usaban los Germanos en el mismo sentido. M. Tercier, en su *Disertación*, pág. 23, t. XXIV, de la Academia de las Inscripciones, escribe que es pala-

tintivo de su grandeza y poder. Toda la nación de los Galos es supersticiosa en extremo; y por esta causa los que padecen enfermedades graves, y se hallan en batallas y peligros, ó sacrifican hombres, ó hacen voto de sacrificarlos, para cuyos sacrificios se valen del ministerio de los Druidas, persuadidos á que no se puede aplacar la ira de los dioses inmortales en orden á la conservación de la vida de un hombre, si no se hace ofrenda de la vida de otro; y por pública ley tienen ordenados sacrificios de esta misma especie. Otros forman de mimbres entretejidos ídolos colosales (1), cuyos huecos llenan de hombres vivos, y pegando fuego á los mimbres, rodeados ellos de las llamas, rinden el alma. En su estimación los sacrificios (2) de ladrones, salteadores y otros delincuentes son los mas gratos á los dioses inmortales; si bien á falta de éstos no reparan sacrificar los inocentes. Su principal devoción es al dios Mercurio, de quien tienen muchísimos simulacros: celébranse por inventor de todas las artes; por guía de los caminos y viajes: atribúyenle grandísima virtud para las ganancias del dinero y para el comercio. Después de éste son sus dioses Apolo, Marte, Júpiter y Minerva; de los cuales sienten lo mismo que las demás naciones: que Apolo

---

bra germánica y que significa: «Espèce de cavaliers qui se dévouaient au service d'un grand, et qui dans les combats étaient toujours à ses côtés.» Nosotros podríamos llamarlos *escuderos*.

(1) Más breve, *colosos*, como los llama Estrabón, libro IV, *Geogr. Κολοσσόν*.

(2) *Supplicia*, significa la ofrenda, el voto ó la víctima que se ofrece en sacrificio. Salustio en el *Catilina*, celebrando las costumbres de los antiguos Romanos, muy diferentes de las de su tiempo, dice así: *in suppliciis deorum magnifici, domi parci, in amicos fideles erant*. En otra parte dice el mismo Salustio: *non votis, neque suppliciis mulierum*: «no con votos, ni plegarias de mujeres:» como traduce el real intérprete, pág. 80: *supplicia veteres quædam sacrificia a supplicando vocabant*. Festo.

cura las enfermedades; que Minerva es maestra de las manufacturas y artefactos; que Júpiter gobierna el cielo, y Marte preside la guerra. A éste, cuando entran en batalla, suelen ofrecer con voto los despojos del enemigo. Los animales que sobran del pillaje son sacrificados: lo demás de la presa amontonan en un lugar. Y en muchas ciudades se ven rimeros de estas ofrendas en lugares sagrados. Rara vez se halla quien se atreva, despreciando la religión, á encubrir algo de lo que cogió, ó á hurtar lo depositado: que semejante delito se castiga con pena de muerte atrozísima.

Blasonan (1) los Galos de tener todos por padre á Plutón; y esta dicen ser la tradición de los Druidas. Por cuya causa hacen el cómputo de los tiempos no por días sino por noches; y así en sus cumpleaños, en los principios de meses y años siempre la noche precede al día. En los demás estilos se diferencian particularmente de otros hombres en que no permiten á sus hijos el que se les presenten públicamente hasta haber llegado á la edad competente para la milicia; y es desdoro de un padre tener á su lado en público á su hijo todavía niño. Los maridos al dote recibido de su mujer añaden otro tanto caudal de la hacienda propia, precedida tasación. Todo este caudal se administra por junto, y se depositan los frutos: el que alcanza en días al otro queda en posesión de todo el capital con los bienes gananciales del tiempo del matrimonio. Los maridos son dueños absolutos de la vida y muerte de sus mujeres, igualmente que de los hijos; y en muriendo algún padre de familias

---

(1) Muchos modernos franceses y alemanes pretenden que César escribió con poca puntualidad de la teología de los Galos, y que erró en el número y nombres de sus dioses: véanse las *Actas Lipsienses*, vol. IX, parte 4.<sup>a</sup>, tomos XVIII y XXIV de la Academia de las Inscripciones, etc. Yo, á imitación de Juan Bodino, pág. 45 de la citada obra: *libenter Casari de Gallorum moribus scribenti assentior, qui eorum antiquitates plane cognitis habuit.*

del estado noble, se juntan los parientes, y sobre su muerte, caso que haya motivo de sospecha, ponen á la mujer á cuestión de tormento como si fuese esclava; y si resulta culpada, le quitan la vida con fuego y tormentos cruellísimos. Los entierros de los Galos son á su modo magníficos y suntuosos, quemando con ellos todas las cosas que á su parecer amaban más en vida, incluso los animales: y no ha mucho tiempo que solían, acabadas la exequias de los difuntos, echar con ellos en la misma hoguera sus siervos y criados más queridos. Las repúblicas más acreditadas por su buen gobierno tienen por ley inviolable que, cuando alguno entendiere de los comarcanos algún rumor ó voz pública tocante al Estado, la declare al magistrado sin comunicarla con nadie, porque la experiencia enseña que muchas veces las personas inconsideradas y sencillas se asustan con falsos rumores, dan en desafueros, y toman resolución en asuntos de la mayor importancia. Los magistrados callan lo que les parece, y lo que juzgan conveniente propóñenlo al pueblo. Del gobierno no se puede hablar sino en consistorio.

Las costumbres de los Germanos son muy diferentes. Pues ni tienen Druidas que hagan oficio de sacerdotes, ni se curan de sacrificios. Sus dioses son solos aquellos que ven con los ojos y cuya beneficencia experimentan sensiblemente, como el sol, el fuego y la luna: de los demás ni aun noticia tienen. Toda la vida gastan en caza y en ejercicios de la milicia. Desde niños se acostumbran al trabajo y al sufrimiento. Los que por más tiempo permanecen castos se llevan la palma entre los suyos. Creen que así se medra en estatura, fuerzas y bríos. El conocer mujer antes de los veinte años es para ellos de grandísima infamia; y es cosa que no se puede ocultar: porque se bañan sin distinción de sexo en los ríos, y se visten de pellicos y zamarras (1).

---

(1) César: *pellibus aut parvis renonum tegumentis utun-*

dejando desnuda gran parte del cuerpo. No se dedican á la agricultura; y la mayor parte de su vianda se reduce á leche, queso y carne. Ninguno tiene posesión ni heredad fija; sino que los alcaldes y regidores cada un año señalan á cada familia y parentela que hacen un cuerpo, tantas yugadas en tal término según les parece, y el año siguiente los obligan á mudarse á otro sitio. Para esto alegan muchas razones: no sea que encariñados al territorio, dejen la milicia por la labranza; que traten de ampliar sus linderos, y los más poderosos echen á los más flacos de su pertenencia; que fabriquen casas demasiado cómodas para repararse contra los fríos y calores; que se introduzca el apego al dinero, seminario de rencillas y discordias; en fin, para que la gente menuda esté contenta con su suerte, viéndose igualada en bienes con la más granada.

Los pueblos ponen su gloria en estar rodeados de páramos vastísimos, asolados todos los contornos. Juzgan ser gran prueba de valor que los confinantes exterminados les cedan el campo y que ninguno de fuera ose hacer asiento cerca de ellos. Demás que con eso se dan por más seguros, quitado el miedo de toda sorpresa. Cuando una nación sale á la guerra, ya sea defensiva, ya ofensiva, nombran jefe de ella con jurisdicción de horca y cuchillo (1). En tiempo de paz no hay magistrado sobre toda la nación: sólo en cada provincia y partido los más sobresalientes administran á los suyos justicia y deciden los pleitos. Los robos hechos en territorio ajeno no se tienen

---

*ur.* Podiéramos decir también *capotillos*, porque San Isidoro escribe: *Rhenones sunt velamina humerorum et pectoris usque ad umbilicum*. Lib. XIX, Orig. Tal vez se debe escribir *rhenones* con aspiración.

(1) Tradúcese así por variar de locución, y porque parece que esta frase española se acerca mucho á significar el poder ó jurisdicción que los Romanos llamaban *vita ac necis potestas*.

por reprehensibles; antes los cohonestan con decir que sirven para ejercicio de la juventud y destierro del ocio. Si es que alguno de los principales se ofrece en el concejo á ser capitán, convidando á los que quieran seguirle, se alzan en pie los que aprueban la empresa y la persona, y prometen acompañarle; y el pueblo los vitorea: los que no están á lo prometido, son mirados como desertores y traidores, quedando para siempre desacreditados. Nunca tienen por lícito el violar á los forasteros: los que van á sus tierras por cualquier motivo, gozan de salvoconducto y son respetados de todos: ni hay para ellos puerta cerrada, ni mesa que no sea franca.

En lo antiguo los Galos eran más valientes que los Germanos, y les movían guerras; y por la multiplicación de la gente y estrechez del país enviaban colonias al otro lado del Rhin. Así fué que los Volcas Tectosages (1) se apoderaron de los campos más fértiles de Germania en los contornos de la selva Hercinia (de que veo haber tenido noticia Eratostenes y algunos Griegos que la llaman Orcinia) y fundaron allí pueblos: y hasta el día de hoy habitan en ellos con gran fama de justicia y gloria militar, hechos ya al rigor y pobreza de los Germanos, y á sus alimentos y traje. A los Galos la cercanía del mar y el comercio ultramarino surte de muchas cosas de conveniencia y regalo: con que acostumbrados insensiblemente á experimentar la superioridad de los contrarios, y á ser vencidos en muchas batallas, al presente ni aun ellos mismos se comparan en valor con los Germanos.

La selva Hercinia, de que arriba se hizo mención, tiene

(1) Créese que salieron de las tierras de Narbona y de Tolosa. Otra colonia enviaron al Asia Menor, y la provincia que poblaron se llamó por ellos *Gallatia* ó *Gallogræcia*. Los Volcas Arcómicos eran distintos de estos de la merindad de *Nemauso*, hoy Nimes.



de ancho nueve largas (1) jornadas; sin que se pueda explicar de otra suerte, pues no tienen medidas itinerarias. Comienza en los confines de los Helvecios, Nemetes y Rauracos; y por las orillas del Danubio va en derechura hasta las fronteras de los Dacos y Anartes. Desde allí tuerce á mano izquierda por regiones apartadas del río, y por ser tan extendida, entra en los términos de muchas naciones. Ni hay hombre de la Germania conocida que asegure haber llegado al principio de esta selva aun después de haber andado sesenta días de camino, ó que tenga noticia de dónde nace. Sábese que cría varias razas de fieras nunca vistas en otras partes. Las más extrañas y notables son estas: cierto buey parecido al ciervo, de cuya frente entre las dos orejas sale un cuerno más elevado y más derecho que los conocidos. En su punta se esparcen muchos ramos muy anchos á manera de palmas. La hembra tiene el mismo tamaño, figura y cornamenta del macho. Otras fieras hay que se llaman Alces, semejantes en la figura y variedad de la piel á los corzos: verdad es que son algo mayores y carecen de cuernos; y por tener las piernas sin junturas y artejos, ni se tienen para dormir, ni pueden levantarse ó valerse, si por algún azar caen en tierra. Los árboles les sirven de albergue. Arrímanse á ellos, y así reclinadas un tanto, descansan: observando los cazadores por las huellas cuál suele ser la guarida, socavan en aquel paraje el tronco, ó asierran los árboles con tal arte que á la vista parezcan enteros. Cuando vienen á reclinarse en su apoyo acostumbrado, con el propio peso derriban los árboles endebles, y caen juntamente con ellos. La tercera raza es de los que llaman Uros, los cuales vienen á ser algo menores que los elefantes: la catadura, el color, la figura de toros.

---

(1) Cuales suelen ser las que anda uno que va horro ó á la ligera; y eso es lo que César quiere significar con decir: *latitudo novem dierum iter expedito patet.*

Es grande su bravura y ligereza. Sea hombre ó bestia, en avistando el bulto, se tiran á él. Mátanlos cogiéndolos en hoyos con trampas. Con tal afán se curten los jóvenes, siendo este género de caza su principal ejercicio: los que hubiesen muerto más de estos, presentando por prueba los cuernos al público, reciben grandes aplausos. Pero no es posible domesticarlos ni amansarlos, aunque los cacen de chiquitos. La grandeza, figura y encaje de sus cuernos se diferencia mucho de los de nuestros bueyes. Recogidos con diligencia, los guarnecen de plata, y les sirven de copas en los más espléndidos banquetes.

Después que supo César por relación de los exploradores Ubios cómo los Suevos se habían retirado á los bosques, temiendo la falta de trigo, porque los Germanos, como apuntamos arriba, no cuidan de labrar los campos, resolvió no pasar adelante. Sin embargo, para contener á los bárbaros con el miedo de su vuelta, y embarazar el tránsito de sus tropas auxiliares, pasado el ejército, derribó doscientos pies de la punta del puente que terminaba en tierra de los Ubios, y en la otra levantó una torre de cuatro altos, y puso en ella para guarnición y defensa del puente doce cohortes, quedando bien pertrechado este puesto, y por su gobernador el joven Cayo Volcacio Tulo. Él, cuando ya los panes iban madurando, de partida para la guerra de Ambíorige, envía delante á Lucio Minucio Basilo con toda la caballería por la selva Ardena, la mayor de la Galia, que de las orillas del Rhin y fronteras de los Trevirenses corre por más de quinientas (1) millas, alargándose hasta los Nervios; y por ver si con la celeridad de la marcha y coyuntura del tiempo podía lograr algún buen lance, le previene no permita hacer lumbres en el campo á fin de que no apa-

---

(1) Este número de millas corresponde á los cuatrocientos estadios que pone Estrabón. Nuestro Pedro Chacón prueba claramente ser esta la verdadera lección.

reza de lejos señal de su venida; y añade que presto le seguirá.

Ejecutada por Basilo la orden, y hecho en diligencia y contra toda expectación el viaje, sorprende á muchos en medio de sus labores; y por las señas que le dieron éstos va volando al paraje donde decían estar Ambiórige con unos cuantos caballos. En todo vale mucho la fortuna, y más en la guerra. Pues como fué gran ventura de Basilo cogerle descuidado y desprevenido, y ser visto de aquellos hombres antes que supiesen nada de su venida; así fué no menor la de Ambiórige en poder escapar; después de ser despojado de todo el tren de carrozas y caballos que tenía consigo. Su dicha estuvo en que sus compañeros y sirvientes detuvieron un rato el ímpetu de nuestra caballería dentro del recinto de su palacio, el cual estaba cercado de un soto, como suelen estarlo las casas de los Galos, que para defenderse de los calores del estío, buscan la frescura de florestas y ríos. Con esto, mientras pelean los demás, uno de sus criados le sirvió un caballo; y él huyendo se perdió de vista en el bosque. Así la fortuna mostró su mucho poder en meterle y sacarle del peligro. Dúdase si Ambiórige dejó de juntar sus tropas de propósito, por haber creído que no serían necesarias, ó si por falta de tiempo y nuestra repentina llegada no pudo hacerlo, persuadido a que venía detrás el resto del ejército. Lo cierto es que despachó luego secretamente correos por todo el país, avisando que se salvaran como pudiesen. Con eso unos se refugiaron á la selva Ardena, otros entre las lagunas inmediatas, los vecinos al Océano en los islotes que suelen formar los esteros. Muchos, abandonada su patria, se pusieron con todas sus cosas en manos de las gentes más extrañas. Cativulco, rey de la mitad del país de los Eburones, cómplice de Ambiórige, agobiado de la vejez, no pudiendo aguantar las fatigas de la guerra ni de la fuga, abominando de Ambiórige, autor de la conjura, se atosigó con zumo de

tejo, de que hay grande abundancia en la Galia y en la Germania.

Los Senos y Condrusos, descendientes de los Germanos, situados entre los Eburones y Trevirenses, enviaron legados á César, suplicándole «que no los contase entre los enemigos, ni creyese ser igualmente reos todos los Germanos, habitantes de esta parte del Rhin: que ni se habían mezclado en esta guerra, ni favorecido el partido de Ambiórige.» César, averiguada la verdad examinando á los prisioneros, les ordenó que si se acogiesen á ellos algunos Eburones fugitivos, se los entregasen. Con esta condición les dió palabra de no molestarlos. Luégo, distribuyendo el ejército en tres trozos, hizo conducir los equipajes de todas las legiones á un castillo, que tiene por nombre Atuatica, situado casi en medio de los Eburones, donde Titurio y Arunculeyo estuvieron de internada. Prefirió César este sitio, así por las demás conveniencias, como por estar aún en pie las fortificaciones del año antecedente, con que ahorra el trabajo á los soldados. Para escolta del bagaje dejó la legión décimacuarta, una de las tres alistadas últimamente y traídas de Italia, y por comandante á Quinto Tulio Cicerón con doscientos caballos á sus órdenes. En la repartición del ejército da orden á Tito Labieno de marchar con tres legiones hacia las costas del Océano confluentes con los Menapios. Envía con otras tantas á Cayo Trebonio á talar la región adyacente de los Aduáticos: él con las tres restantes determina ir en busca de Ambiórige, que, según le decían, se había retirado hacia el Sambra (1) con algunos caballos, donde se junta este río con el Mosa al remate de la selva Ardena. Al partir promete volver.

---

(1) Así ha de ser, atento que hoy el Escalda, como se lee vulgarmente *Scaidim*, no desagua en el Mosa, y acaso tampoco antiguamente: el intérprete griego leyó *Sabim*, pues dice: τον ει, την Μοσαν εισβαλλοντα Ξαβιν ποταμόν.

dentro de siete días, en que se cumplía el plazo de la paga del trigo que debía deberse á la legión que quedaba en el presidio. Encarga á Labieno y Trebonio que, si buenamente pueden, vuelvan para el mismo día con ánimo de comenzar otra vez con nuevos bríos la guerra, conferenciando entre sí primero, y averiguando las ideas del enemigo.

Este, como arriba declaramos, ni andaba unido en tropas, ni estaba fortificado en plaza ni lugar de defensa, sino que por todas partes tenía derramadas las gentes. Cada cual se guarecía donde hallaba esperanza de asilo á la vida, ó en la hondonada de un valle, ó en la espesura de un monte, ó entre lagunas impracticables. Estos parajes eran conocidos sólo de los naturales, y era menester gran cautela, no para resguardar el grueso del ejército (que ningún peligro podía temerse de hombres despavoridos y dispersos), sino por respeto á la seguridad de cada soldado, de que pendía en parte la conservación de todo el ejército: siendo así que por la codicia del pillaje muchos se alejaban demasiado, y la variedad de los senderos desconocidos les impedía el marchar juntos. Si quería de una vez extirpar esta canalla de hombres foragidos, era preciso destacar varias partidas de tropa desmembrando el ejército; si mantener las batallones formados según la disciplina militar de los Romanos, la situación misma sería la mejor defensa para los bárbaros, no faltándoles osadía para armar emboscadas y cargar á los nuestros en viéndolos separados. Como quiera, en tales apuros se tomaban todas las providencias posibles, mirando siempre más á precaver el daño propio que á insistir mucho en el ajeno, aunque todos ardían en deseos de venganza. César despacha correos á las ciudades comarcanas convidándolas con el cebo del botín al saqueo de los Eburones, queriendo más exponer la vida de los Galos en aquellos jarales, que la de sus soldados; tirando también á que ojeándolos ei

gran gentío, no quedase rastro ni memoria de tal casta en pena de su alevosía. Mucha fué la gente que luégo acudió de todas partes á este ojeo.

Tal era el estado de las cosas en los Eburones en vísperas del día séptimo, plazo de la vuelta prometida de César á la legión que guardaba el bagaje. En esta ocasión se pudo echar de ver cuánta fuerza tiene la fortuna en los varios accidentes de la guerra. Deshechos y atemorizados los enemigos, no quedaba ni una partida que ocasionase el más leve recelo. Vuela entretanto la fama del saqueo de los Eburones á los Germanos del otro lado del Rhin, y como todos, eran convidados á la presa. Los Sicambros vecinos al Rhin, que recogieron, según queda dicho, á los Teneteros y Usipetes fugitivos, juntan dos mil caballos, y pasando el río en barcas y balsas treinta millas más abajo del sitio donde estaba el puente cortado y la guarnición puesta por César, entran por las fronteras de los Eburones: cogen á muchos que hufan descarriados, y juntamente grandes hatos de ganados de que ellos son muy codiciosos. Cebados en la presa, prosiguen adelante, sin detenerse por lagunas ni por selvas, como gente criada en guerras y ladronicios. Preguntan á los cautivos dónde pára César. Respondiéndoles que fué muy lejos, y con él todo su ejército, uno de los cautivos: «¿Para qué os cansáis, dice, en correr tras esta ruin y mezquina ganancia, pudiendo haceros riquísimos á poca costa? En tres horas podéis estar en Atuática, donde han almacenado los Romanos todas sus riquezas. La guarnición es tan corta, que ni aun á cubrir el muro alcanza; ni hay uno que ose salir del cercado.» Los Germanos que esto supieron, ponen á recaudo la presa hecha, y vanse derechos al castillo, llevando á su consejero por guía.

Cicerón, que todos los días precedentes, según las órdenes de César, había contenido con el mayor cuidado á los soldados dentro de los reales, sin permitir que saliese de

la fortaleza ni siquiera un furrier; el día sétimo, desconfiando que César cumpliera su palabra, por haber oído que se había alejado mucho, ni tener la menor noticia de su vuelta; picado al mismo tiempo de los dichos de algunos que su tesón calificaban con el nombre de asedio, pues no les era lícito dar fuera un paso; sin recelo de desgracia alguna, como que en espacio sólo de tres millas estaban acuarteladas nueve legiones con un grueso cuerpo de caballería, disipados y casi reducidos á nada los enemigos; destaca cinco cohortes á forrajear en las mieses vecinas, entre las cuales y los cuarteles sólo mediaba un collado. Muchos soldados de otras legiones habían quedado enfermos en los reales. De éstos al pie de trescientos ya convalecidos son también enviados con su bandera: tras ellos va, obtenido el permiso, una gran cáfila de vivanderos que se hallaban en el campo con su gran recua de acémilas. A tal tiempo y coyuntura sobrevienen los Germanos á caballo, y á carrera abierta formados como venían forcejan á romper por la puerta de socorro en los reales, sin que por la interposición de las selvas fuesen vistos de nadie hasta que ya estaban encima; tanto, que los mercaderes, que tenían sus tiendas junto al campo, no tuvieron lugar de meterse dentro. Sorprendidos los nuestros con la novedad, se asustan; y á duras penas las centinelas sufren la primera carga. Los enemigos se abalanzan á todas partes por si pueden hallar entrada por alguna. Los nuestros, con harto trabajo, defienden las puertas; que las esquinas bien guarnecidas estaban por situación y por arte. Corren azorados, preguntándose unos á otros la causa de aquel tumulto; ni aciertan á dónde acudir con las banderas, ni á qué parte agregarse. Quién dice que los reales han sido tomados; quién asevera que degollado el ejército con el general, los bárbaros vencedores se han echado sobre ellos: los más se imaginan nuevos malos agüeros, representándoseles viva-mente la tragedia de Cota y Titurio que allí mismo pere-

cieron. Alóntos todos del espanto, los bárbaros se confirman en la opinión de que no hay dentro guarnición de provecho, como había dicho el cautivo, y pugnan por abrir brecha exhortándose unos á otros á no soltar de las manos dicha tan grande.

Había quedado enfermo en los reales Publio Sestio Báculo, ayudante mayor de César, de quien hemos hecho mención en las batallas anteriores, y había ya cinco días que estaba sin comer. Éste, desesperanzado de su vida y de la de todos, sale desarmado del pabellón: viendo á los enemigos encima y á los suyos en el último apuro, arrebató las armas al primero que encuentra, y plántase en la puerta: síguenle los centuriones del batallón (1) que hacía la guardia, y juntos sustentan por un rato la pelea. Desfallece Sestio traspasado de graves heridas; y desmayado, aunque con gran pena, y en brazos le retiran vivo del combate. A favor de este intermedio los demás cobran aliento de modo que ya se atreven á dejarse ver en las barreras y aparentar defensa. En esto, nuestros soldados, á la vuelta del forraje, oyen la gritería: adelántanse los caballos; reconocen lo grande del peligro; pero sobrecojidos del terror, no hay para ellos lugar seguro. Como todavía eran bisonos y sin experiencia en el arte militar, vuelven los ojos al tribuno y capitanes para ver qué les ordenan. Ninguno hay tan bravo que no esté sobresaltado con la novedad del caso.

Los bárbaros, descubriendo á lo lejos estandartes, desisten del ataque, creyendo á primera vista de retorno las legiones, que por informe de los cautivos suponían muy distantes. Mas después, visto el corto número, arremeten por todas partes. Los vivanderos suben corriendo á un

---

(1) La cohorte, que á veces constaba de quinientos hombres, corresponde poco más ó ménos al batallón de un regimiento de los nuestros.



atillo vecino. Echados luégo de allí, se dejan caer entre las banderas y pelotones de los soldados, que ya intimidados, con eso se asustan más. Unos son de parecer que pues tan cerca se hallan de los reales, cerrados en forma triangular (1) se arrojen de golpe; que si algunos cayeren, siquiera los demás podrán salvarse. Otros, que no se muevan de la colina, resueltos á correr todos una misma suerte. No aprobaban este partido aquellos soldados viejos que fueron también con su bandera en compañía de los otros, como se ha dicho: y así, animándose recíprocamente, capitaneados de Cayo Trebonio, su comandante, penetran por medio de los enemigos; y todos, sin faltar uno, entran en los reales. Los vivanderos y jinetes, corriendo tras ellos por el camino abierto, amparados del valor de los soldados, se salvan igualmente. Al contrario los que se quedaron en el cerro; como bisoños, ni perseveraron en el propósito de hacerse fuertes en aquel lugar ventajoso, ni supieron imitar el vigor y actividad que vieron haber sido tan saludable á los otros; sino que intentando acogerse á los reales, se metieron en un barranco. Algunos centuriones que del grado inferior de otras legiones por sus méritos habían sido promovidos (2) al superior de esta, por no amancillar el honor antes ganado en la milicia, murieron peleando valerosamente. Por el denuedo de éstos arredrados los enemigos, una parte de los soldados contra toda esperanza llegó sin lesión á los reales; la otra, rodeada de los bárbaros, pereció.

Los Germanos, perdida la esperanza de apoderarse de los reales, viendo que los nuestros pusieron pie dentro de las trincheras, se retiraron tras el Rhin con la presa guar-

---

(1) César: *cuneo facto*. El griego: εἰς τριγώνου οὐχίναι. Véase la nota de la pág. 197.

(2) Justo Lips, de *Milit. Rom.*, lib. II, cap. VIII, refiere extensamente el orden que se guardaba en las promociones y ascensos de los oficiales y centuriones.

dada en el bosque. Pero el terror de los nuestros, aun después de la retirada de los enemigos, duró tanto, que llegando aquella noche Cayo Voluseno con la caballería enviado á darles noticia de la venida próxima de César con el ejército entero, nadie se lo creía. Tan atolondrados estaban del miedo, que sin escuchar razones, se cerraban á decir que, destrozada toda la infantería, la caballería sol: había podido salvarse; pues nunca los Germanos hubieran intentado el asalto, estando el ejército en pie. La presencia sola de César pudo, en fin, serenarlos.

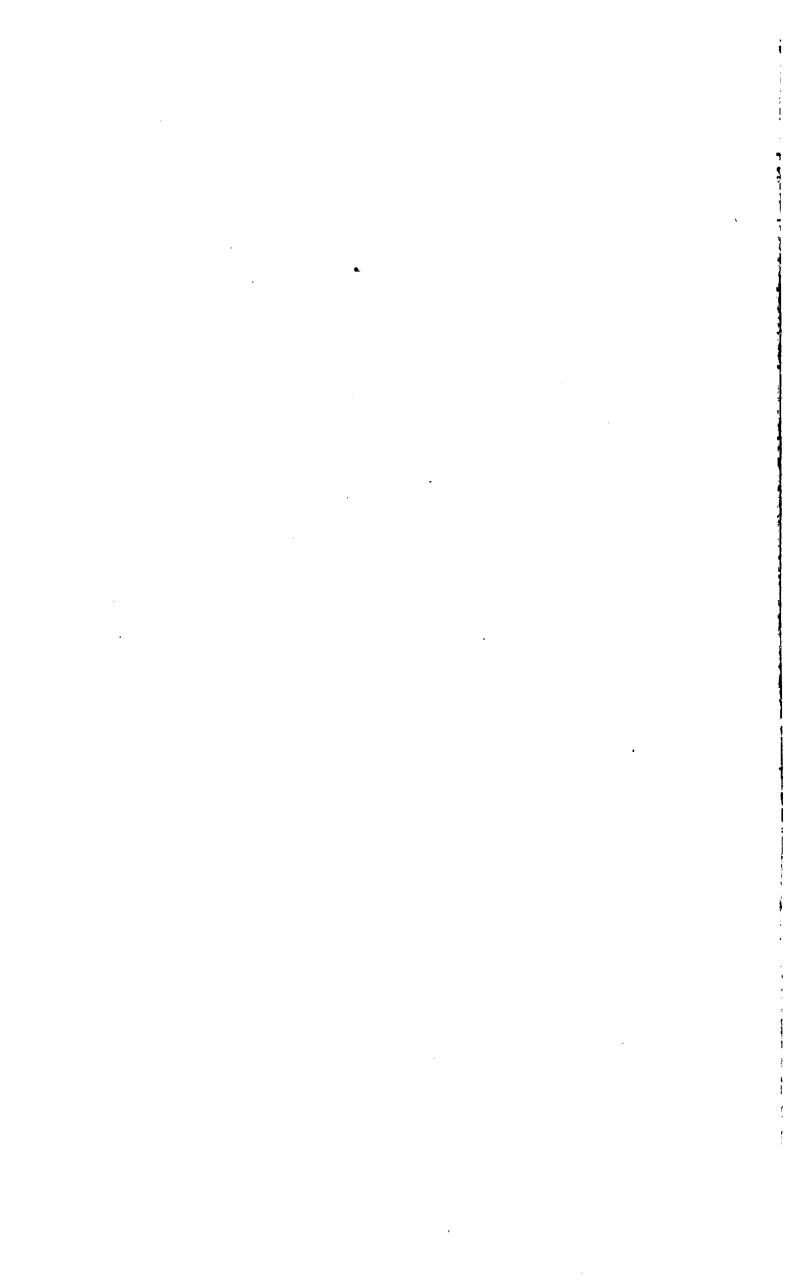
Vuelto éste, haciéndose cargo de los incidentes de la guerra, una cosa reprendió no más: que se hubiesen destacado las cohortes que debían estar de guardia en el campo: que por ningún caso convino aventurarse: por lo demás hizo esta reflexión: que si la fortuna tuvo mucha parte en el inopinado ataque de los enemigos, mucho más propicia se mostró en que hubiesen rechazado á los bárbaros, estando ya casi dentro del campo. Sobre todo, era de admirar que los Germanos, salidos de sus tierras con el fin de saquear las de Arzbióriga, dando casualmente en los reales de los Romanos, le viniesen á hacer el mayor beneficio que pudiera desear.

Marchando César á molestar de nuevo á los enemigos, despachó por todas partes gran número de tropas recogidas de las ciudades comarcanas. Quemaban cuantos cortijos y caserías encontraban, entrando á saco todos los lugares. Las mieses no sólo eran destruídas de tanta muchedumbre de hombres y bestias, sino también por causa de la estación y de las lluvias estaban echadas; de suerte que aun los que por entonces se guareciesen, retrocediendo el ejército, se vieran necesitados á perecer de pura miseria. Y como tanta gente de á caballo dividida en piquetes discurría por todas partes, tal vez llegó la cosa á términos que los prisioneros afirmaban no sólo haber visto cómo iba huyendo Ambióriga, sino estarle todavía viendo: con

que por la esperanza de alcanzarle, á costa de infinito trabajo, muchos que pensaban ganarse con eso suma estimación de César, hacían más que hombres por salir con su intento; y siempre á punto de prenderle, por un si es no es erraban el golpe más venturoso, escapándoseles de entre las manos en los escqndrijos, matorrales y sotos, favorecido de la oscuridad de la noche, huyendo á diversas regiones y parajes sin más guardia que la de cuatro caballos, á quien únicamente osaba fiar su vida. Asoladas en la dicha forma las campiñas, César recoge su ejército menoscabado de dos cohortes á la ciudad de Rems; donde llamando á Cortes de la Galia, deliberó tratar en ellas la causa de la conjuración de los Senones y Chartreses; y pronunciada sentencia de muerte contra el príncipe Acón, que había sido su cabeza, la ejecutó según costumbre de los Romanos. Algunos por temor á la justicia se ausentaron; y habiéndolos desnaturalizado (1), alojó dos legiones para aquel invierno en tierra de Tréveris, dos en Langres, las otras seis en Sens; y dejándolas todas provistas de bastimentos, partió para Italia á tener las acostumbradas juntas.

---

(1) César: *quum aqua et igni interdixisset*. Quiere decir que los extrañó ó expatrió. Serv., lib. VII, *Æneid.*: *quos arcere volumus e nostro consortio, eis aqua et ignis interdícimus*. Qué origen tuvo entre los Romanos tal exterminio y el modo con que se hacía, se lee en las *Antigüedades Romanas* de Heinnec., lib. I, tít. XVI, núm. 10.



## LIBRO SÉTIMO.

Sosegada ya la Galia, César, conforme á su resolución, pártela para Italia á presidir las juntas. Aquí tiene noticia de la muerte de Publio Clodio. Sabiendo asimismo que por decreto del Senado todos los mozos de Italia eran obligados (1) á alistarse, dispone hacer levás en toda la provincia. Espárcense luégo estas nuevas por la Galia Transalpina: abultándolas, y poniendo de su casa los Galos lo que parecia consiguiente: «que detenido César por las turbulencias de Roma, no podía durante las diferencias venir al ejército.» Con esta ocasión los que ya de antemano estaban desabridos por el imperio del Pueblo Romano, empiezan con mayor libertad y descaro á tratar de guerra. Citándose los grandes á consejo en los montes y lugares retirados, quéjense de la muerte de Acón; y reflexionando que otro tanto puede sucederles á ellos mismos, láméntanse de la

---

(1) César: *ut omnes Italiae iuniores coniurarent*: donde se echa de ver que este verbo latino á las veces se toma á buena parte, como en el lib. VIII de la *Eneida*; en el XXII, cap. XXXVIII de Livio, etc.; en cuyos pasajes significa lo mismo que *acudir* ó *concurrir* muchos á prestar ó dar juntos el juramento; lo cual entre los Romanos se practicaba con las ceremonias militares prescritas con mucha solemnidad. Véase la nota 2 de la pág. 153.

común desventura de la Galia. No hay premios ni galardones que no prometan al que primero levante bandera y arriesgue su vida por la libertad de la patria. Ante todas cosas, dicen: «Mientras la conspiración está secreta, se ha de procurar cerrar á César el paso al ejército: esto es fácil; porque ni las legiones en ausencia del general han de atreverse á salir de los cuarteles, ni el general puede juntarse con las legiones sin escolta. En conclusión, más vale morir en campaña, que dejar de recobrar nuestra antigua militar gloria, y la libertad heredada de los mayores.»

Ponderadas estas cosas, salen á la empresa los Chartreses prometiéndose exponerse á cualquier peligro por el bien común, y dar principio á la guerra; y por cuanto era posible en el día recibir y darse rehenes, por no propalar el secreto, piden pleito homenaje sobre las banderas (ceremonia para ellos la más sacrosanta) que no serán desamparados de los demás, una vez comenzada la guerra. Con efecto, entre los aplausos de los Chartreses, prestando juramento todos los circunstantes, y señalado el día del rompimiento, se despide la junta. Llegado el plazo, los de Chartres, acaudillados de Cotuato y Conetoduno, dos hombres desafortunados, hecha la señal, van corriendo á Genabo, y matan á los ciudadanos romanos que allí residían por causa del comercio, y entre ellos el noble caballero Cayo Fusio Cota, que por mandado de César cuidaba de las provisiones, y roban sus haciendas. Al instante corre la voz por todos los Estados de la Galia. Porque siempre que sucede alguna cosa ruidosa y muy notable, la pregonan por los campos y caminos: los primeros que oyen pasan á otros la noticia, y estos de mano en mano la van (1) co-

---

(1) Semejantes á estos correos parecen aquellos de que usaban los Mejicanos cuando entraron allá las armas españolas. El autor de la *Historia*, lib. II, cap. II, dice de

municando á los inmediatos, como entonces acaeci6; que lo ejecutado en Genabo al rayar el sol, antes de tres horas de noche (1) se supo en la frontera de los Alvernos á distancia de ciento y sesenta millas. De la misma suerte aquí Vercinget6rige (joven muy poderoso, cuyo padre fu6 C6tilo, el mayor pr6ncipe de toda la Galia, y al fin muerto por sus nacionales por querer hacerse rey), convocando sus apasionados, los amotin6 f6cilmente. Mas sabido en intento, 6rmanse contra 6l, y es echado de Gergovia (2) por Gobanic6n su tío y los dem6s se6ores que desaprobaban este atentado: no se acobarda por eso: antes corre los campos engancho á los desvalidos y facinerosos. Junta esta gavilla, induce á su partido á cuantos encuentra de los ciudadanos. Exh6rtalos á tomar las armas en defensa de la libertad: con que abanderizada mucha gente, echa de la ciudad á sus contrarios, que poco antes le habían á 6l echado de ella. Procl6manle rey los suyos: despacha embajadas á todas partes conjurando á todos á ser leales. En breve hace de su bando á los de Sens, de Par6s, del Poitú, Cuerci, Turena, á los Aulercos Limosines, á los de Anjou y dem6s habitantes de las costas del Océano. Todos á una voz le nombran general6simo. Valiéndose de esta potestad absoluta, exige rehenes de todas estas naciones, y manda que lo acudan lu6go con cierto n6mero de soldados. A cada una de las provincias determina la canti-

---

ellos: «Mud6banse de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas, y hacían mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros antes de fatigarse; con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.»

(1) C6sar: *ante primam confectam vigiliam*. Véase la nota 3 de la p6g. 12.

(2) No se sabe con certeza si este famoso pueblo corresponde hoy á Clermont, Saint-Flour ú otro. Parece hubo dos del mismo nombre: uno en los Boyos; otro en los Alvernos. Véase á M. Lancelot, tomo VI, p6g. 648 de la Academia de las Inscripciones.

dad de armas y el tiempo preciso de fabricarlas. Sobre todo cuida de proveerse de caballos. Junta en su gobierno un sumo celo con una severidad suma. A fuerza de castigos se hace obedecer de los que andaban perplejos. Por delitos graves son condenados al fuego y á todo género de tormentos: por faltas ligeras, cortadas las orejas ó sacado un ojo, los remite á sus casas para poner escarmiento y temor á los demás con el rigor del castigo.

Con el miedo de semejantes suplicios, formado en breve un grueso ejército, destaca con parte de él á Lucterio de Cuerci, hombre sumamente arrojado, al país de Ruerga, y él marcha al de Berri. Los Berrienses, sabiendo su venida, envían á pedir socorro á los Eduos, sus protectores, para poder más fácilmente resistir al enemigo. Los Eduos, de acuerdo con los legados, á quienes César tenía encomendado el ejército, les envían de socorro algunos regimientos de á pie y de á caballo; los cuales ya que llegaron al río Loire, que divide á los Berrienses de los Eduos, detenidos á la orilla algunos días sin atreverse á pasarlo, dan á casa la vuelta, y por excusa á nuestros legados el temor que tuvieron de la traición de los Berrienses, que supieron estar conjurados con los Alvernos para cogerlos en medio, caso que pasasen el río. Si lo hicieron por el motivo que alegaron á los legados, y no por su propia deslealtad, no me parece asegurarlo, porque de cierto no me consta. Los Berrienses al punto que se retiraron los Eduos, se unieron con los Alvernos.

César, informado en Italia de estas novedades, viendo que las cosas de Roma por la buena maña de Cneo Pompeyo habían tomado mejor semblante, se puso en camino para la Galia Transalpina. Llegado allá, se vió muy embarazado para disponer el modo de hacer su viaje al ejército. Porque si mandaba venir las legiones á la Provenza, consideraba que se tendrían que abrir el camino espada en mano en su ausencia: si el iba solo al ejército, veía no ser cordura el



ñar su vida ni aun á los que de presente parecían estar en paz. Entretanto Lucterio el de Cuerci, enviado á los Rodenses, los trae al partido de los Alvernos. De aquí, pasando á los Nitióbriges y Gábalos, de ambas naciones saca rehenes; y reforzadas sus tropas, se dispone á romper por la Provenza del lado de Narbona; de cuyo designio avisado César, juzgó ser lo más acertado de todo el ir derecho á Narbona. Entrado en ella, los serena; pone guarniciones en los Rodenses pertenecientes á la Provenza (1) en los Volcas Arcómicos (2), en los Tolosanos, y en los contornos de Narbona, vecinos al enemigo. Parte de las milicias provinciales y las reclutas venidas de Italia manda pasar á los Helvios, confinantes con los Alvernos. Dadas estas disposiciones, reprimido ya y vuelto atrás Lucterio por considerar arriesgada la irrupción de los presidios, César dirige su marcha á los Helvios. Y no obstante que la montaña Cebena, que separa los Alvernos de los Helvios, cubierta de altísima nieve por ser entonces lo más riguroso del invierno, le atajaba el paso, sin embargo, abriéndose camino por seis pies de nieve con grandísima fatiga de los soldados, penetra en los confines de los Alvernos; los cuales cogidos de sorpresa, porque se creían defendidos del monte como de un muro impenetrable, y en estación tal que ni aun para un hombre solo jamás hubiera senda descubierta, da orden á la caballería de correr aquellos campos á rienda suelta, llenando de terror á los enemigos. Vuela la fama de ésta novedad por repetidos correos. Vercingetórige y todos los Alvernos lo rodean espantados, y suplican: «mire por sus cosas; que no permita sean

---

(1) César: *Ruthenis provincialibus*. De los Rutenos, unos estaban en la provincia Romana, otros en la Aquitania, como se puede ver en M. d'Anville. -

(2) Queda dicho que éstos eran distintos de los Volcas Tectosages. Véase á d'Anville en la pág. 491 de su citada obra geográfica de la Galia antigua.

»destrozados de los enemigos, viendo convertida contra  
»sí toda la guerra.» Rendido en fin á sus amonestaciones,  
levanta el campo de Berri encaminándose á los Alvernos.  
Pero César, á dos días de estancia en estos lugares, como  
quien tenía previsto lo que había de hacer Vercingetórige  
con motivo de reclutar nuevas tropas y caballos, se au-  
senta del ejército; cuyo mando entrega al joven Bruto con  
encargo de emplear la caballería en correrías por todo el  
país: que él haría lo posible para volver dentro de tres  
días. Ordenadas así las cosas, corriendo á todo correr, en-  
tra en Viena cuando menos le aguardaban los suyos. En-  
contrándose aquí con la nueva caballería dirigida mucho  
antes á esta ciudad, sin parar día y noche por los confines  
de los Eduos marcha á los de Langres donde invernan las  
legiones, para prevenir con la presteza cualquiera trama,  
si también los Eduos por amor de su libertad intentasen  
urdirla. Llegado allá, despacha sus órdenes á las demás  
legiones, y las junta todas en un sitio antes que los Alver-  
nos pudiesen tener noticia de su llegada. Luego que la  
entendió Vercingetórige, vuelve de contramarcha con su  
ejército á Berri; de donde pasó á sitiar á Gergovia, pobla-  
ción de los Boyos, que se la concedió César con depen-  
dencia de los Eduos, cuando los venció en la guerra hel-  
vética.

Este sitio daba mucho que pensar á César; porque si  
mantenia en cuarteles las legiones el tiempo que faltaba  
del invierno, tenía no se rebelase la Galia toda por la ren-  
dición de los tributarios de los Eduos, visto que los amigos  
no hallaban en él ningun amparo; si las sacaba de los cuar-  
teles antes de sazón, exponíase á carecer de víveres por le  
penoso de su conducción. En todo caso le pareció menos  
mal sufrir antes todas las incomodidades, que con permitir  
tan grande afrenta enajenar las voluntades de todos sus  
aliados. En conformidad de esto, exhortando á los Eduos á  
cuidar del acarreo de vituallas, anticipa á los Boyos aviso

de su venida, alentándolos á mantenerse fieles y resistir vigorosamente al asalto de los enemigos.

Dejadas, pues, en Agendico dos legiones con los equipajes de todo el ejército, toma el camino de los Boyos. Al día siguiente llegado á Velaunoduno, castillo de los Senones, determinó sitiario, por no dejar á las espaldas enemigo que impidiese las remesas de bastimentos. A los dos días le tenía circunvalado: al tercero, saliendo de la plaza comisarios á tratar de la entrega, les mandó presentar las armas, sacar fuera las cabalgaduras y dar seiscientos rohenes. Encomienda la ejecución de esto á Cayo Trebonio su legado: él, por no perder un punto de tiempo, mueve contra Genabo, ciudad de los Chartreses; los cuales acabando entonces de oír el cerco de Velaunoduno, y creyendo que iría muy despacio, andaban haciendo gente para meterla de guarnición en Genabo, adonde llegó César en dos días, y plantando enfrente sus reales, por ser ya tarde, difiere para el otro día el ataque, haciendo que los soldados preparen lo necesario; y por cuanto el puente del río Loire estaba contiguo al muro, recelándose que á favor de la noche no huyesen los sitiados, ordena que dos legiones velen sobre las armas. Los Genabeses hacia la media noche saliendo de la ciudad con silencio, empezaron á pasar el río; de lo cual avisado César por las escuchas, quemadas las puertas, mete dentro las legiones, que por orden suya estaban alerta, y se apodera del castillo, quedando muy pocos de los enemigos que no fuesen presos, porque la estrechura del puente y de las sendas habían embarazado á tanta gente la huida. Saquea la ciudad y la quema: da los despojos á los soldados, pasa con ellos el Loire y entra en el país de Berri.

Cuando Vercingetórige supo la venida de César, levanta el cerco y le sale al encuentro. César había pensado asaltar á Neuvy (1), fortaleza de los Berrienses, situada en el ca-

---

(1) César: *Noviodunum*. En la nota de la pág. 56 se

mino. Pero vinieron de ella diputados á suplicarle «les hiciese merced del perdón y de la vida;» por acabar lo que restaba con la presteza que tanto le había valido en todas sus empresas, les manda entregar las armas, presentar los caballos, dar rehenes. Entregada ya de éstos una parte, y estándose entendiendo en lo demás, y los centuriones con algunos soldados dentro para el reconocimiento de las armas y bestias, se dejó ver á lo lejos la caballería enemiga que venía delante del ejército de Vercingetórige. Al punto que la divisaron los sitiados, con la esperanza del socorro alzan el grito, toman las armas, cierran las puertas, y cubren á porfía la muralla. Los centuriones que estaban dentro, conociendo por la bulla de los Galos que maquinaban alguna novedad, desenvainadas las espadas, tomaron las puertas, y se pusieron en salvo con todos los suyos. César destaca su caballería, que se traba con la enemiga: yendo ya los suyos de vencida, los refuerza con cuatrocientos caballos germanos, que desde el principio solía tener consigo. Los Galos no pudieron aguantar su furia, y puestos en huida, con pérdida de muchos se retiraron al ejército. Ahuyentados éstos, atemorizados de nuevo los sitiados, condujeron presos á César á los que creían haber alborotado la plebe, y se rindieron.

Acabadas estas cosas, púsose César en marcha contra la ciudad de Avarico, la más populosa y bien fortificada en el distrito de Berri, y de muy fértil campiña, con la confianza de que conquistada esta, fácilmente se haría dueño de todo aquel Estado. Vercingetórige, escarmentado con tantos continuados golpes recibidos en Velaunoduno, Genabo, Neuvy, llama los suyos á consejo: propóneles «ser preciso mu-

---

advirtió lo necesario acerca de la terminación céltica *dunum*, que es común á muchas ciudades. La primera dicción *Noovo* es propia de algunas. Aquí es *Neuvy* en el ducado de Berry.

»dar totalmente de plan de operaciones: que se deben poner  
 »todas las miras en quitar á los Romanos forrajes y basti-  
 »mentos. Ser esto fácil por la copia de caballos que tienen  
 »y por la estación, en que no está para ségarse la hierba:  
 »que forzosamente habian de esparcirse por los cortijos en  
 »busca de forraje: y todos estos diariamente podían ser  
 »degollados por la caballería. Añade que por conservar la  
 »vida, debían menospreciarse las haciendas y comodida-  
 »des; resolviéndose á quemar las aldeas y caserías que hay  
 »á la redonda de Boya (1) hasta donde parezca poder ex-  
 »tenderse los enemigos á forrajear: que por lo que á ellos  
 »toca, todo les sobraba, pues serían abastecidos de los  
 »paisanos en cuyo territorio se hacía la guerra: los Roma-  
 »nos ó no podrían tolerar la carestía, ó con gran riesgo se  
 »alejarian de sus tiendas: que lo mismo era matarlos, que  
 »privarlos del bagaje, sin el cual no se puede hacer la gue-  
 »rra: que asimismo convenía quemar los lugares que no  
 »estuviesen seguros de toda invasión por naturaleza ó arte,  
 »porque no sirviesen de guarida á los suyos para sus-  
 »traerse de la milicia, ni á los Romanos surtiesen de pro-  
 »visiones y despojos. Si esto les parece duro y doloroso,  
 »mucho más debía parecerles el cautiverio de sus hijos y  
 »mujeres, y su propia muerte; consecuencias necesarias  
 »del mal suceso en las guerras.»

Aplaudiendo todos este consejo, en un solo día ponen fuego á más de veinte ciudades en el distrito de Berri. Otro tanto hacen en los demás. No se ven sino incendios por todas partes; y aunque les causaba eso gran pena, sin embargo se consolaban con que, teniendo casi por cierta la

---

(1) César: *spatio á Boia quoquoversus*. En vano ciertos comentadores quisieran sustituir otra dicción en lugar de *Boia*. El intérprete griego dice *ἀπὸ τῆς Βοίας*. Boya es el país de los Boyos, incluido en el de los Eduos, unos y otros protegidos de César, lib. I: *Boios, petentibus Æduis... ut in finibus collocarent, concessit*.

victoria, muy en breve recobrarían lo perdido. Viniendo á tratar en la junta si convendría quemar ó defender la plaza de Avarico, échanse los Berrienses á los pies de todos los Galos, suplicando que no los fuercen á quemar con sus manos propias aquella ciudad, la más hermosa de casi toda la Galia, baluarte y ornamento de su nación: dicen ser fácil la defensa por naturaleza del sitio, estando, como está, cercada casi por todos lados del río y de una laguna, con sola una entrada, y esa muy angosta. Otórgase la petición, oponiéndose al principio Vercingetórige, y al cabo condescendió movido de sus ruegos y de lástima del populacho. Guarnécenla con tropa valiente y escogida. Vercingetórige á paso lento va siguiendo las huellas de César, y se acampa en un lugar defendido de lagunas y bosques, á quince millas de Avarico. Aquí le informaban sus espías puntualmente y á todas horas de lo que se hacía en Avarico, y daba las órdenes correspondientes. Acechaba todas nuestras salidas al forraje, y en viendo algunos desbandados que por necesidad se alejaban, arremetía y causábales gran molestia, en medio de que los nuestros procuraban cautelarse todo lo posible, variando las horas y las veredas. César, asentados sus reales enfrente de aquella parte de la plaza que, por no estar cogida del río y de la laguna, tenía, según se ha dicho, una subida estrecha, empezó á formar el terraplén, armar las baterías y levantar dos bastidas; porque la situación impedía el acordonarla. Instaba continuamente á los Boyos y á los Eduos sobre las provisiones; pero bien poco le ayudaban: éstos, porque no hacían diligencia alguna; aquéllos, porque no podían mucho, siendo como eran poca gente y sin medios: con que presto consumieron los Romanos lo que tenían. Reducido el ejército á suma escasez de víveres por la poquedad de los Boyos, negligencia de los Eduos, incendios de las granjas, en tanto grado que por varios días carecieron de pan los soldados, y para no morir de hambre tuvieron que traer de muy léjos carnes

para alimentarse; con todo eso no se les escapó ni una palabra menos digna de la majestad del Pueblo Romano y de las pasadas victorias. Antes bien hablando César á las legiones en medio de sus fatigas, y ofreciéndose á levantar el cerco si les parecía intolerable aquel trabajo, todos á una voz le conjuraban que no lo hiciese: que pues tantos años habían militado bajo su conducta sin la menor mengua, no dejando jamás por acabar empresa comenzada, desistir ahora del asedio emprendido sería para ellos la mayor ignominia: que mejor era sufrir todas las miserias del mundo, que dejar de vengar la muerte alevosa que dieron los Galos á los ciudadanos romanos en Genabo. Estas mismas razones daban á los centuriones y tribunos, para que se las propusiesen á César.

Arriadas ya las bastidas al muro, supo César de los prisioneros, que Vercingetórige, acabado el forraje, había movido su campo más cerca de Avarico, y él mismo en persona con la caballería y los volantes, hechos á pelear al estribo de los caballos, se había puesto en celada hacia el paraje donde pensaba irían los nuestros á forrajear el día siguiente. Con esta noticia, César á media noche marchando á la sordina, llegó por la mañana al campo de los enemigos. Estos, luego que fueron avisados por las escuchas, escondieron el carruaje y las cargas entre la maleza del bosque, y ordenaron todas sus tropas en un lugar alto y despejado. Sabido esto, César al punto mandó poner aparte los fardos y aprestar las armas. Estaba el enemigo en una colina, que se alzaba poco á poco del llano. Ceñíala casi por todas partes una laguna pantanosa, de cincuenta pies no más en ancho. Aquí, rotos los pontones, se hacían fuertes los Galos, confiados en la ventaja del sitio; y repartidos por naciones, tenían apostadas sus guardias en todos los vados y trancos de la laguna, con firme resolución de cargar á los Romanos atolados, si tentasen atravesarla; por manera que quien viese la cercanía de su po-

sición, pensaría que se disponían á pelear casi con igual partido; mas quien mirase la desigualdad del sitio, echaría de ver que todo era no más que apariencia y vana ostentación. Indignados los soldados de que los enemigos estuviesen firmes á su vista en tan corta distancia, y clamando por la señal de acometer, César les representa: «cuánto »daño se seguiría, y á cuántos soldados valerosos costaría »la vida, sin poderlo remediar, esta victoria; que pues »ellos se mostraban tan prontos á cualquier peligro por su »gloria, sería él tenido por el hombre más ingrato del mundo, si no estimase la vida de ellos más que la suya.» Contentando así á los soldados, se retiró con ellos ese mismo día á los reales, y prosiguió aparejando lo que faltaba para el ataque de la plaza.

Vercingetórige, cuando á los suyos dió la vuelta, es acusado de traidor, «por haberse acercado tanto á los Romanos; por haberse ido con toda la caballería; por haber »dejado el grueso del ejército sin cabeza, y haber sido »causa con su partida de que los Romanos viniesen tan á »punto y tan presto: no ser creíble que todo este conjunto »de cosas hubiese acaecido casualmente ó sin trato: ser »visto que quería más ser rey de la Galia por gracia de »César, que por beneficio de los suyos.» A tales acusaciones respondió él en esta forma: «Que si partió, fué por falta »de forraje y á instancias de ellos mismos: el haberse »acercado á los Romanos fué por la seguridad que le daba »la ventaja del sitio, que por sí mismo estaba bien guardado: que la caballería de nada hubiera servido en aquellos pantanos, y fué útilmente empleada en el lugar de su »destino: que de propósito al partirse á ninguno entregó »el mando, temiendo no se arriesgase al combate por ins- »tigación de la chusma; á lo cual veía inclinados á todos »por la demasiada delicadeza y el poco aguante para el »trabajo. Los Romanos, si es que vinieron por acaso, dad »gracias á la fortuna; si alguien los convidó, dádselas á



»este; pues que mirándolos de alto, pudisteis enteraros de  
 »su corto número y valor, que no osando combatir, se  
 »retiraron vergonzosamente á los reales: que muy lejos  
 »estaba de pretender el reino de mano de César, teniéndole en la  
 »suya con la victoria, que él y todos los Galos daban por cierta.  
 »Todavía les perdonaba, si pensaban no tanto recibir de él la libertad y la vida, cuanto hacerle  
 »inucha honra. Y para que veáis, dice, que hablo la pura  
 »verdad, escuchad á los soldados romanos.» Saca unos prisioneros  
 hechos pocos días antes en las dehesas, transidos de hambre y de las  
 cadenas; los cuales de antemano instruidos de lo que habían de responder;  
 dicen «ser soldados legionarios: haber huído de los cuarteles forzados  
 del hambre y laceria, por si podían encontrar por esos campos un pedazo  
 de pan ó carne: estar todo el ejército reducido á la misma miseria:  
 ni hay quien pueda tenerse en pie, ni sufrir las fatigas; y así el general  
 está resuelto, si no se rinde la plaza dentro de tres días, á levantar el  
 cerco.» «Todo esto, dice entonces Vercingetórigé, debéis al que acusáis de  
 traidor; por cuya industria, sin costaros gota de sangre, veis un ejército  
 tan poderoso casi muerto de hambre; que si, huyendo vergonzosamente,  
 buscare algún asilo, precavido tengo que no lo halle en parte ninguna.»  
 Le vitorean todos, y batiendo las armas, como usan hacerlo en señal de  
 que aprueban las razones del que habla, repiten á voces que Vercingetórigé  
 es un capitán consumado; que ni se debe dudar de su fe, ni administrarse  
 puede mejor la guerra; y ordenan que diez mil hombres escogidos entren  
 en la plaza, no juzgando conveniente dar de los Berrienses solos la común  
 libertad; porque de la conservación de esta fortaleza pendía, según pensaban,  
 toda la seguridad de la victoria.

Los Galos (1), siendo como son gente por extremo ma-

(1) Examinado el contexto de toda la narración, se

hosa y habilísima para imitar y practicar las invenciones de otros, con mil artificios eludían el valor singular de nuestros soldados. Unas veces con lazos corredizos (1) se llevaban á los sitiadores las hoces, y teniéndolas prendidas, las tiraban adentro con ciertos instrumentos; otras veces con minas desbarataban el vallado: en lo que són muy diestros por los grandes minerales de hierro que tienen, para cuya cava han ideado y usan toda suerte de ingenios. Todo el muro estaba guarnecido con torres de tablas cubiertas de pieles. Demás de esto, con salidas continuas de día y de noche, ó arrojaban fuego á las triucheras, ó sorprendían á los soldados ocupados en las maniobras; y cuanto subían nuestras torres sobre el terraplén que de día en día se iba levantando, otro tanto alzaban las suyas trabando postes con postes (2), y contraminando nuestras

---

verá que nada falta en el autor, como muchos han pensado. Ni se halla rastro de interrupción en los MS. latinos, ni en el Anónimo griego, ni en Celso, que va siguiendo la historia por este mismo orden de César. Véase á Carlos Sigonio sobre las hoces de que habla César, y de que ya se hizo mención en otra parte.

(1) Al volver en castellano este pasaje de César, se ha tenido presente lo que Saavedra escribió, refiriendo las artes con que los de Nimes se defendían contra Wamba: «Los de dentro, dice, se defendían con el ingenio y con las manos, y echando lazos y correas á las cabezas de las vigas, divertían al uno y otro lado sus baterías, etc.»

(2) César: *commissis suarum turrium malis*. No hace al caso que para levantar las torres las uniesen entre sí con galerías tiradas de una torre á otra, como han entendido algunos traductores; sí que se hiciesen nuevos tablados ó alitos, *trabando entre sí los postes*, ó pies derechos con travesaños, y poniendo encima tablas y fagina: así levantando tablados, se pueden alzar las torres cuanto se quiera; y esto es lo que nota aquí Vosio: *illud autem committere malos Cæsaris nihil aliud, quam ut hodie in tabulatis fieri videmus, transversariis tignis coniungere malos, seu facies exteriores turris, et novum eis tabulatum superstruere.*

mínas, impedían á los minadores, ya con vigas tostadas y puntiagudas, ya con pez derretida, ya con cantos muy gruesos, el arrimarse á las murallas.

La estructura de todas las de la Galia viene á ser esta: Tiéndense en el suelo vigas de una pieza derechas y pareadas, distantes entre sí dos pies, y se enlazan por dentro con otras al través, llenos de fagina los huecos: la fachada es de gruesas piedras encajonadas. Colocado esto y hecho de todo un cuerpo, se levanta otro en la misma forma y distancia paralela, de modo que nunca se toquen las vigas, antes queden separadas por trechos iguales con la interposición de las piedras bien ajustadas. Así prosigue la fábrica hasta que tenga el muro competente altura. Este por una parte no es desagradable á la vista, por la variedad con que alternan vigas y piedras, unas y otras en línea recta paralela sin perder el nivel: por otra parte es de muchísimo provecho para la defensa de las plazas; por cuanto las piedras resisten al fuego, y la madera defiende de las baterías; que como está por dentro asegurada con las vigas de una pieza por la mayor parte de cuarenta pies, ni se puede romper, ni desunir.

En medio de tantos embarazos, del frío y de las lluvias continuas que duraron toda esta temporada, los soldados á fuerza de incesante trabajo todo lo vencieron, y en veinticinco días construyeron un baluarte de trescientos treinta pies en ancho con ochenta de alto. Cuando ya este pegaba casi con el muro, y César, según costumbre, velaba sobre la obra, metiendo priesa á los soldados, porque no se interrumpiese ni un punto el trabajo; poco antes de media noche se reparó que humeaba el terraplén minado de los enemigos; que al mismo tiempo, alzando el grito sobre las almenas, empezaban á salir por dos puertas de una y otra banda de las torres. Unos arrojaban desde los adarves teas y materias combustibles al terraplén, otros pez derretida y cuantos betunes hay propios para cebar el

fuego; de suerte que apenas se podía resolver adónde se acudiría primero, ó qué cosa pedía más pronto remedio. Con todo eso, por la providencia de César, que tenía siempre dos legiones alerta delante del campo, y otras dos por su turno empleadas en los trabajos, se logró que al instante unos se opusiesen á las surtidas, otros retirasen (1) las torres y cortasen el fuego del terraplén, y todos los del campo acudiesen á tiempo de apagar el incendio. Cuando en todas partes se peleaba, pasada ya la noche, creciendo siempre más y más en los enemigos la esperanza de la victoria, mayormente viendo quemadas las cubiertas de las torres y no ser fácil que nosotros fuésemos al socorro á cuerpo descubierto, mientras ellos á los suyos cansados enviaban sin cesar gente de refresco; y considerando que toda la fortuna de la Galia pendía de aquel momento, aconteció á nuestra vista un caso que, por ser tan memorable, he creído no deberlo omitir. Cierta Galo que á la puerta del castillo las pelotas de sebo y pez que le iban dando de mano en mano las tiraba en el fuego contra nuestra torre, atravesado el costado derecho con un venablo (2), cayó muerto: uno de sus compañeros, saltando sobre el cadáver, proseguía en hacer lo mismo: muerto este segundo de otro golpe semejante, sucedió el tercero, y al tercero el cuarto; sin que faltase quien ocupase sucesivamente aquel puesto, hasta que apagado el incendio, y rechazados enteramente los enemigos, se puso fin al combate.

Convencidos los Galos con tantas experiencias de que nada les salía bien, tomaron al día siguiente la resolución de abandonar la plaza por consejo y mandato de Vercingetórige. Como su intento era hacerlo en el silencio de la noche, esperaban ejecutarlo sin pérdida considerable, por-

(1) Eran movedizas con ruedas por debajo.

(2) César: *scorpione ab latere dextro transiecto*. Vegetio lo describe así: *id spiculum et fistula, est patula tenuitate; id vulnus et virus, qua figit, effundit.*

que los reales de Vercingetóriges no estaban lejos de la ciudad, y una laguna continuaba que había de por medio los cubría de los Romanos en la retirada. Ya que venida la noche disponían la partida, salieron de repente las mujeres corriendo por las calles, y postradas á los pies de los suyos con lágrimas y sollozos, les suplicaban que ni á sí ni á los hijos comunes, incapaces de huir por su natural flaqueza, los entregasen al furor enemigo. Mas viéndolos obstinados en su determinación (porque de ordinario en un peligro extremo puede más el miedo que la compasión) empezaron á dar voces y hacer señas á los Romanos de la fuga intentada. Por cuyo temor asustados los Galos, desistieron del intento, recelándose que la caballería romana no les cerrase los caminos.

César el día inmediato, adelantada la torre y perfeccionadas las baterías, conforme las había trazado, cayendo á la sazón una lluvia deshecha, se aprovechó de este incidente, pareciéndole al caso para sus designios, por haber notado algún descuido en las centinelas apostadas en las murallas; y ordenó á los suyos aparentasen flojedad en las maniobras, declarándoles su intención. Exhortando, pues, á las legiones, que ocultas en las galerías estaban listas á recoger de una vez en recompensa de tantos trabajos el fruto de la victoria, propuso premios á los que primero escalasen el muro, y dió la señal del asalto. Inmediatamente los soldados volaron de todas partes, y en un punto cubrieron la muralla. Los enemigos, sobresaltados de la novedad, desalojados del muro y de las torres, se acunaron (1) en la plaza y sitios espaciosos con ánimo de

---

(1) César: *cuneatim constiterunt*. Esta evolución se hacía en forma triangular por la frente angosta, y ensanchándose poco á poco por los lados que cubría por detrás una línea de banda á banda en forma de cuña; de donde le dieron el nombre de *cuneus*, *trigonum*, *caput porcinum*.

pelear formados, si por algún lado los acometían. Mas visto que nadie bajaba al llano, sino que todos se atropaban en los adarves, temiendo no hallar después escape, arrojadas las armas, corrieron de tropel al último barrio de la ciudad: allí unos, no pudiendo coger las puertas por la apretura del gentío, fueron muertos por la infantería; otros, después de haber salido, degollados por la caballería. Ningún Romano cuidaba del pillaje: encolerizados todos por la matanza de Genabo y por los trabajos del sitio, no perdonaban ni á viejos, ni á mujeres, ni á niños. Baste decir que de cuarenta mil personas se salvaron apenas ochocientas, que al primer ruido del asalto, echando á huir, se refugiaron en el campo de Vercingetóbrige; el cual sintiéndolos venir ya muy entrada la noche, y temiendo algún alboroto por la concurrencia de ellos y la compasión de su gente, los acogió con disimulo, disponiendo les saliesen lejos al camino personas de su confianza y los principales de cada nación, y separándolos allí unos de otros, llevasen á cada cual á los suyos para que los alojasen en los cuarteles correspondientes, según la división hecha desde el principio. Al día siguiente, convocando á todos, los consoló y amonestó «que no se amilanasen ni apesadumbrasen demasiado por aquel infortunio: que no vencieron los Romanos por valor ni por armas, sino con cierto ardid y «pericia en el modo de asaltar una plaza, de que no tenían ellos práctica: yerran los que se figuran que todos los sucesos de la guerra les han de ser favorables: que él nunca fué de dictamen que se conservase Avarico, de que ellos mismos le podían ser testigos: la imprudencia de los Berrienses y la condescendencia mal entendida de los demás ocasionaron este daño: bien que presto lo resarciría él con ventajas, pues con su diligencia uniría las demás provincias de la Galia disidentes hasta ahora, formando de todas una liga general, que sería incontrastable al orbe todo, y ya la tenía casi concluída: entretanto

«era razón que por amor de la común libertad no se negasen á fortificar el campo para más fácilmente resistir á los asaltos repentinos del enemigo.» No fué mal recibido de los Galos este discurso, mayormente viendo que después de una tan grande rota no había caído de ánimo, ni escondídose, ni avergonzándose de parecer en público: demás que concebían que á todos se aventajaba en providenciar y prevenir las cosas, pues antes del peligro había sido de parecer que se quemase Avarico, y después que se abandonase. Así que, al revés de otros generales á quien los casos adversos disminuyen el crédito, el de éste se aumentaba más cada día después de aquel mal suceso; y aun por sola su palabra esperaban atraer los demás Estados de la Galia: y esta fué la primera vez que los Galos barrearón el ejército; y quedaron tan consternados, que siendo como son enemigos del trabajo, estaban determinados á sufrir cuanto se les ordenase. No menos cuidaba Vercingetórige de cumplir la promesa de coligar consigo las demás naciones, ganando á sus jefes con dádivas y ofertas. A este fin valíase de sujetos abonados, que con palabras halagüeñas ó muestras de amistad fuesen los más diestros en granjearse las voluntades. A los de Avarico refugiados á su campo proveyó de armas y vestidos. Para completar los regimientos desfalcados, pide á cada ciudad cierto número de soldados, declarando cuántos y en qué día se los deben presentar en los reales: manda también buscar todos los ballesteros, que había muchísimos en la Galia, y enviárselos. Con tales disposiciones en brevo queda restaurado lo perdido en Avarico. A este tiempo Teutomato, hijo de Olovicon, rey de los Nitióbriges, cuyo padre mereció de nuestro Senado el renombre de amigo, con un grueso cuerpo de caballería suya y de Aquitania se juntó con Vercingetórige.

César con la detención de muchos días en Avarico y la gran copia de trigo y demás abastos que allí encontró, re-

paró su ejército de las fatigas y miserias. Acabado ya casi el invierno, cuando la misma estación convidaba á salir á campaña, y él estaba resuelto á ir contra el enemigo, por si pudiese ó bien sacarle fuera de las lagunas y bosques, ó forzarle con cercos; se halla con una embajada solemne de los Eduos principales suplicándole: «que ampare á la nación en las circunstancias más críticas: que se ve en el mayor peligro, por cuanto siendo antigua costumbre crear anualmente un solo magistrado, que con potestad regia gobierne la república, dos ahora se arrojan el gobierno, pretendiendo cada uno que su elección es la legítima. Uno de estos es Convictolitan, mancebo bien quisto y de grandes créditos: el otro Coto, de antiquísima prosapia, hombre asimismo muy poderoso y de larga parentela; cuyo hermano Vedeliaco tuvo el año antecedente la misma dignidad: que toda la nación estaba en armas: dividido el Senado y el pueblo en bandos, cada uno por su favorecido. Que si pasa adelante la competencia, será inevitable una guerra civil: César es quien con su diligencia y autoridad puede atajarla.» Este, si bien consideraba el perjuicio que se le seguía de interrumpir la guerra y alejarse del enemigo, todavía conociendo cuantos males suelen provenir de las discordias, juzgó necesario precaverlos, impidiendo que una nación tan ilustre, tan unida con el Pueblo Romano, á quien él siempre había favorecido y honrado muchísimo, viniese á empeñarse en una guerra civil, y el partido que se creyese más flaco solicitase ayuda de Vercingetórige. Mas porque según las leyes de los Eduos no era lícito al magistrado supremo salir de su distrito: por no contravenir á ellas, quiso él mismo ir allá, y en Decisa convocó el Senado y á los competidores. Congregada casi toda la nación, y enterado por las declaraciones secretas de varios, que Vedeliaco había proclamado por sucesor á su hermano donde y cuando no debiera contra las leyes que prohiben, no sólo el nombrar por ma-



magistrados á dos de una misma familia, viviendo actualmente ambos, sino también el tener asiento en el Senado; depuso á Coto del gobierno, y se lo adjudicó á Convictolitan, creado legalmente por los sacerdotes conforme al estilo de la república, asistiendo los magistrados inferiores (1). Dada esta sentencia, y exhortando á los Eduos á que olvidadas las contiendas y disensiones, y dejándose de todo, sirviesen en la guerra presente (seguros de recibir el premio merecido, conquistada la Galia) con remitirle cuanto antes toda la caballería y diez mil infantes, para ponerlos en varias partes de guardia por razón de los bastimentos; dividido el ejército en dos trozos, cuatro legiones dió á Labieno para que las condujese al país de Sens y al de París: él marchó á los Alvernos llevando seis á Gergovia el río Alier abajo. De la caballería dió una parte á Labieno, otra se quedó consigo. Noticioso Vercingetórige de esta marcha, cortando todos los puentes del río, empezó á caminar por su orilla opuesta. Estando los dos ejércitos á la vista, acampados casi frente á frente, y apostadas atalayas para impedir á los Romanos hacer puente por donde pasar á la otra banda; hallábase César muy á pique de no poder obrar la mayor parte del verano por el embarazo del río, que ordinariamente no se puede vadear hasta el otoño. Para evitar este inconveniente, trasladados los reales á un bosque enfrente de uno de los puentes cortados por Vercingetórige, al día siguiente se ocultó con dos legiones (2) formadas de la cuarta parte de las cohortes de

---

(1) Tradúcese así porque, al parecer, se debe leer: *intromissis magistratibus*, y no *intermissis*, como piensan algunos. Y es así que César dice, que Convictolitan había sido creado legitimamente por autoridad de los sacerdotes y con intervención de los magistrados inferiores, á quien presidía el supremo Vergobreto.

↳ (2) Teniendo cada legión diez cohortes, las seis legiones venían á tener sesenta; de que la cuarta parte son

cada legión con tal arte, que pareciese cabal el número de las seis legiones; á las cuatro envió como solía con todo el bagaje; y ordenándoles que avanzasen todo lo que pudiesen, cuando le pareció era ya tiempo de que se hubiesen acampado, empezó á renovar el puente roto con las mismas estacas que por la parte inferior todavía estaban en pie. Acabada la obra con diligencia, trasportadas sus dos legiones, y delineado el campo, mandó venir las demás tropas. Vercingetórige, sabido el caso, por no verse obligado á pelear mal de su grado, se anticipó á grandes jornadas.

César, levantando el campo, al quinto (1) día llegó á Gergovia; y en el mismo, después de una ligera escaramuza de la caballería, registrada la situación de la ciudad, que por estar fundada en un monte muy empinado, por todas partes era de subida escabrosa, desconfió de tomarla por asalto: el sitio no lo quiso emprender hasta estar surtido de víveres. Pero Vercingetórige, asentados sus reales cerca de la ciudad en el monte, colocadas con distinción las tropas de cada pueblo á mediana distancia unas de otras, y ocupados todos los cerros de aquella cordillera, en cuanto alcanzaba la vista, presentaba un objeto de horror. Cada día en amaneciendo, convocaba los jefes de diversas naciones que había nombrado por consejeros, ya

---

quince cohortes, que bastaban para muestra contrahecha de dos legiones: y *parecía cabal el número de las seis legiones*, quedando cada una con las tres partes de sus cohortes, ó siete cohortes y media; mayormente si cada cohorte se componía de quinientos hombres.

(1) César: *quinque castris*. Lo que Polibio quiere significar con la dición *δεκατατος*, explica Tito Livio por las palabras *decimis castris*. Ni una sola noche pasaban los Romanos sin barrear el campo; y como éste se solía asentar al cabo de cada jornada diaria, de ahí es que se puede entender también por lo mismo que *jornada*.

para consultar con ellos, ya para ejecutar lo que fuese menester; y casi no pasaba día sin hacer prueba del coraje y valor de los suyos mediante alguna escaramuza de caballos entreverados con los flecheros. Había enfrente de la ciudad un ribazo á la misma falda del monte harto bien pertrechado y por todas partes desmontado, que cogido una vez por los nuestros, parecía fácil cortar á los enemigos el agua en gran parte, y las salidas libres al forraje. Pero tenían puesta en él guarnición, aunque no muy fuerte. Como quiera, César en el silencio de la noche saliendo de los reales, desalojada la guarnición primero que pudiese ser socorrida de la plaza, apoderado del puesto, puso en él dos legiones, y tiró dos fosos de á doce pies, que sirviesen de comunicación á entrambos reales, para que pudiesen sin miedo de sorpresa ir y venir aun cuando fuesen uno á uno.

Mientras esto pasa en Gergovia, Convictolitan el Eduo, á quien, como dijimos, adjudicó César el gobierno, sobornado por los Alvernos, se manifiesta con ciertos jóvenes, entre los cuales sobresalían Litabico y sus hermanos, nacidos de nobilísima sangre. Dales parte de la recompensa, exhortándolos «á que se acuerden que nacieron libres y para mandar á otros: ser solo el Estado de los Eduos el que sirve de rémora á la victoria indubitable de la Galia; que por su respeto se contentan los demás; con su mudanza no tendrían en la Galia donde asentar el pie los Romanos: no negaba él haber recibido algún beneficio de César, si bien la justicia estaba de su parte; pero en todo caso más estimaba la común libertad. Porque ¿qué razón hay para que los Eduos en sus pleitos vayan á litigar en los estrados de César, y los Romanos no vengán al consejo de los Eduos?» Persuadidos sin dificultad aquellos mozos no menos de las palabras de su magistrado, que de la esperanza del premio, hasta ofrecerse por los primeros ejecutores de este proyecto, sólo dudaban del modo, no

esperando que la nación se moviese sin causa á emprender esta guerra. Determinóse que Litavico fuese por capitán de los diez mil hombres que se remittan á César, encargándose de conducirlos, y sus hermanos se adelantasen para verse con César: establecen asimismo el plan de las demás operaciones. Litavico al frente del ejército, estando como á treinta millas de Gergovia, convocando al improviso su gente: «¿adónde vamos, dice llorando, soldados míos? »Toda nuestra caballería, la nobleza toda acaba de ser »degollada: los príncipes de la nación, Eporedórige y Vir- »domaro, calumniados de traidores, sin ser oídos, han sido »condenados á muerte. Informaos mejor de los que han »escapado de la matanza; que yo con el dolor de la pérdida »de mis hermanos y de todos mis parientes, ya no puedo »hablar más.» Preséntanse los que tenía él bien instruidos de lo que habfan de decir; y con sus aseveraciones confirman en público cuanto había dicho Litavico: «que muchos »caballeros Eduos habían sido muertos por achacárseles »secretas inteligencias con los Alvernos; que ellos mismos »pudieron ocultarse entre el gentío, y librarse así de la »muerte.» Claman á una voz los Eduos instando á Litavico que mire por sí. «Como si el caso, replica él, pidiese deli- »beración, no restándonos otro arbitrio sino ir derechos á »Gergovia y unirnos con los Alvernos. ¿No es claro que los »Romanos después de un desafuero tan alevoso, están afi- »lizando las espadas para degollarnos? Por tanto, si somos »hombres, vamos á vengar la muerte de tantos inocentes, »y acabemos de una vez con esos asesinos.» Señala con el dedo á los ciudadanos romanos que por mayor seguridad venfan en su compañía. Quitales al punto gran cantidad de trigo y otros comestibles, y los mata cruelmente á fuerza de tormentos: despacha mensajeros por todos los lugares de los Eduos, y los amotina con la misma patraña del degüello de los caballeros y grandes, incitándolos á que imiten su ejemplo en la venganza de sus injurias. Venía entre

los caballeros Eduos (1) por llamamiento expreso de César Eporedórige, joven nobilísimo y de alta jerarquía en su patria, y con él Virdomaro de igual edad y valimiento, bien que de linaje inferior, á quien César, por recomendación de Diviciaco, de bajos principios había elevado á suma grandeza. Estos se disputaban la primacía; y en aquel pleito de la magistratura echaron el resto, uno por Convictolitan, otro por Coto. Eporedórige, sabida la trama de Litavico, casi á media noche se la descubre á César, rogándole no permita que su nación por la mala conducta de aquellos mozos se rebelase contra el Pueblo Romano; lo que infaliblemente sucedería si tantos millares de hombres llegasen á juntarse con los enemigos; pues ni los parientes descuidarían de su vida, ni la república podrá menospreciarla.

César, que siempre se había esmerado en favorecer á los Eduos, entrando en gran cuidado con esta novedad, sin detenerse saca de los reales cuatro legiones á la ligera y toda la caballería. Por la prisa no tuvo tiempo para reducir á menos espacio los alojamientos (2); que el lance no sufría dilación. Al legado Cayo Fabio con dos legiones deja en ellos de guarnición. Mandando prender á los hermanos de Litavico, halla que poco antes se habían huido al enemigo. Hecha una exhortación á los soldados sobre que no se les hiciese pesado el camino siendo tanta la urgencia, yendo todos gustosísimos, andadas veinticinco millas, como avistase el ejército de los Eduos, disparada la caballería, detiene y embaraza su marcha, y echa bando que á ninguno maten. A Eporedórige y Virdomaro, á quienes tenían ellos por muertos, da orden de mostrarse á ca-

(1) Entiéndese de los que ya estaban incorporados con el ejército de César.

(2) Siendo el ámbito grande y pocos los soldados, se hacía más difícil la defensa, como se vió poco después.

ballo y saludar á los suyos por su nombre. Con tal evidencia descubierta la maraña de Litavico, empiezan los Eduos á levantar las manos y hacer señas de su rendición, y depuestas las armas, á pedir por merced la vida. Litavico, con sus devotos (que según fuero de los Galos juzgan alevosía desamparar á sus patronos aun en la mayor desventura), se refugió en Gergovia. César, después de haber advertido por cartas á la república Eduana, que por beneficio suyo vivían los que pudiera matar por justicia, dando tres horas de la noche para reposo al ejército, dió la vuelta á Gergovia. A la mitad casi del camino, unos caballos, despachados por Fabio, le traen la noticia «del peligro grande en que se han visto; los reales asaltados con todas las fuerzas del enemigo, que de continuo enviaba gente de refresco ni la que se iba cansando, sin dejar respirar á los nuestros de la fatiga, precisados por lo espacioso de los reales á estar fijos todos cada uno en su puesto: ser muchos los heridos por tantas flechas y tantos dardos de todas suertes; bien que contra esto les habían servido mucho las baterías: que Fabio, á su partida, dejadas solas dos puertas, tapiaba las demás y añadía nuevos pertrechos al vallado, apercibiéndose para el asalto del día siguiente.» En vista de esto, César, seguido con gran denuedo de los soldados, antes de rayar el sol llegó á los reales.

Tal era el estado de las cosas en Gergovia cuando los Eduos, recibido el primer mensaje de Litavico, sin más ni más, instigados unos de la codicia, otros de la cólera y temeridad (vicio sobre todos connatural á esta gente, que cualquier habilta cree como cosa cierta), meten á saco los bienes de los Romanos, dando á ellos la muerte ó haciéndolos esclavos. Atiza el fuego Convictolitan, encendiendo más el furor del populacho, para que despeñado en la rebelión, se avergüence de volver atrás. Hacen salir sobre seguro de Chalón a Marco Aristio, tribuno de los soldados, que iba á juntarse con su legión: obligan á lo mismo á los

negociantes de la ciudad; y asaltándolos al improviso en el camino, los despojan de todos sus fardos: á los que resisten cercan día y noche, y muertos de ambas partes muchos, llaman en su ayuda mayor número de gente armada. En esto, viniéndoles la noticia de que toda su gente estaba en poder de César, corren á excusarse con Aristio, diciendo: «que nada de esto se había hecho por autoridad pública:» mandan que se haga pesquisa de los bienes robados: confiscan los de Litavico y sus hermanos: despachan embajadores á César en orden á disculparse; todo con el fin de recobrar á los suyos. Pero envueltos ya en la traición, y bien hallados con la ganancia del saqueo, en que interesaban muchos, y temerosos del castigo, tornan clandestinamente á mover especies de guerra, y empeñar en ella con embajadas á las demás provincias. Lo cual, dado que César no lo ignoraba, todavía respondió con toda blandura á los enviados: «que no por la inconsideración y ligereza del vulgo formaba él mal concepto de la república, ni disminuiría un punto su benevolencia para con los Eduos.» Él, por su parte, temiendo mayores revoluciones de la Gallia, para no ser cogido en medio por todos los nacionales, andaba discurriendo cómo retirarse de Gergovia, y reunir todo el ejército, de suerte que su retirada, ocasionada del miedo de la rebelión, no tuviese visos de huida.

Estando en estos pensamientos, presentósele ocasión al parecer de un buen lance. Porque yendo á reconocer los trabajos del campo menor, reparó que la colina ocupada de los enemigos estaba sin gente, cuando los días anteriores apenas se podía divisar por la muchedumbre que la cubría. Maravillado, pregunta la causa á los desertores que cada día pasaban á bandadas á su campo. Todos convenían en afirmar lo que ya el mismo César tenía averiguado por sus espías: que la loma de aquella cordillera era casi llana; mas por donde comunicaba con la otra parte de la plaza, tragosa y estrecha: que temían mucho perder aquel puesto

persuadidos á que, si los Romanos, dueños ya del uno, los echaban del otro, forzosamente se verían como acorralados y sin poder por vía alguna salir al forraje: que por eso Vercingetórige los había llamado á todos á fortalecer aquel sitio. En consecuencia, César manda ir allá varios piquetes de caballos á media noche, ordenándoles que corran y metan ruido por todas partes. Al rayar del día, manda sacar de los reales muchas recuas de mulos sin albardas, y á los arrieros, montados encima con sus capaces, correr al derredor de las colinas, como si fueran unos diestros jinetes. Mezcla con ellos algunos caballos, que con alargar más las cabalgadas representen mayor número, mandándoles caracolear y meterse todos en un mismo término. Esta maniobra se alcanzaba á ver desde la plaza, como que tenía las vistas á nuestro campo, aunque á tanta distancia no se podía bien distinguir el verdadero objeto. César destaca una legión por aquel cerro, y á pocos pasos apuéstala en la bajada oculta en el bosque. Crece la sospecha en los Galos, y vanse á defender aquel puesto todas las tropas. Viendo César evacuados los reales enemigos, cubriendo las divisas de los suyos y plegadas las banderas, hace desfilar de pocos en pocos (1), porque no fuese notados de la plaza, los soldados del campo mayor al menor; y declara su intento á los legados comandantes de las legiones: sobre todo les encarga repriman á los soldados; no sea que por la gana de pelear ó codicia del pillaje se adelanten demasiado: háceles presente cuánto puede incomodarles lo fragoso del sitio, á que sólo se puede obviar con la presteza: ser negocio este de ventura, no de combate. Dicho esto, da la señal, y al mismo tiempo á mano derecha por otra subida destaca los Eduos.

El muro de la ciudad distaba del llano y principio de la

---

(1) César: *raros milites*. El griego á la letra *ὀλιγοὺς κατ' ὀλιγοὺς*; á la deshitada.



cuesta por línea recta, si no fuese por los rodeos, mil doscientos pasos: todo lo que se rodeaba para suavizar la pendiente, alargaba el camino. En la mitad del collado, a lo largo, habían los Galos fabricado de grandes piedras una cortina de seis pies contra nuestros asaltos; y desocupada la parte inferior del collado, la superior hasta tocar con el muro de la plaza estaba toda erizada de municiones y gente armada. Los soldados, dada la señal, llegan de corrida á la cortina, y, saltándola, se apoderan de tres diversas estancias (1); pero con tanta aceleración, que Teutomato, rey de los Nitióbriges, cogido de sobresalto en su pabellón durmiendo la siesta, medio desnudo, apenas pudo escapar, herido el caballo, de las manos de los soldados que saqueaban las tiendas. César, ya que consiguió su intento, mandó tocar la retirada, y la legión décima, que iba en su compañía, hizo alto. A los soldados de las otras legiones, bien que no percibieron el sonido de la trompeta á causa de un gran valle intermedio, todavía los tribunos y legados, conforme á las órdenes de César, los tenían á raya. Pero inflamados con la esperanza de pronta victoria, con la fuga de los enemigos, y con los buenos sucesos de las batallas anteriores, ninguna empresa se proponían tan ardua que fuese á su valor insufrible, ni desistieron del alcance hasta tropezar con las murallas y puertas de la ciudad. Aquí fueron los alaridos que resonaban por todas

---

(1) César: *trinis castris*. Quiere decir que se apoderaron de tres estacadas, tres porciones de tiendas, ó tres divisiones de estancias, ó, como si dijéramos, tres manzanas, porque más arriba se dice que los sitiados *superiore a partem collis densissimis castris compleverant*: de suerte que mirando de paraje proporcionado, se verían muchas tiendas unidas como las casas en las manzanas de una ciudad ó pueblo grande. Y tal vez las podríamos llamar también *islas*, como Cervantes las nombra en su *Quijote*; y nuestro Diccionario da este nombre al conjunto de casas cercado por todas partes de calles.

partes, tanto que los de los últimos barrios, asustados con el repentino alboroto, creyendo á los enemigos dentro de la plaza, echaron á huir corriendo. Las mujeres desde los adarves arrojaban sus galas y joyas, y descubiertos los pechos, con los brazos abiertos, suplicaban á los Romanos las perdonasen, y no hiciesen lo que en Avarico, donde no respetaron ni al sexo flaco ni á la edad tierna. Algunas, descolgadas por las manos de los muros, se entregaban á los soldados. Lucio Fabio, centurión de la legión octava, á quien se oyó decir este mismo día que se sentía estimulado de los premios que se dieron en Avarico, ni consentiría que otro escalase primero el muro, tomando á tres de sus soldados, y ayudado de ellos, montó la muralla, y dándoles después la mano, los fué subiendo uno á uno. Entretanto los enemigos, que, según arriba se ha dicho, se habían reunido á la parte opuesta de la plaza para guardarla, oído el primer rumor, y sucesivamente aguijados de continuos avisos de la toma de la ciudad, con la caballería delante corrieron allá de tropel. Conforme iban llegando, parábase al pie de la muralla, y aumentaban el número de los combatientes. Juntos ya muchos á la defensa, las mujeres que poco antes pedían merced á los Romanos, volvían á los suyos las plegarias, y desgrefñado el cabello al uso de la Galia, les ponían sus hijos delante. Era para los Romanos desigual el combate, así por el sitio, como por el número: demás que cansados de correr y de tanto pelear, dificultosamente contrastaban á los que venían de refresco y con las fuerzas enteras. César, viendo la desigualdad del puesto, y que las tropas de los enemigos se iban engrosando, muy solícito de los suyos, envía orden al legado Tito Sestio, á quien encargó la guarda de los reales menores, que sacando prontamente algunos batallones, los apueste á la falda del collado hacia el flanco derecho de los enemigos; á fin de que, si desalojasen á los nuestros del puesto, pudiese rebatir su furia en el alcan-

ce. César, adelantándose un poco con su legión, estaba á la mira del suceso. Trabado el choque cuerpo á cuerpo con grandísima porfía, los enemigos, confiados en el sitio y en el número, los nuestros en sola su valentía, de repente, por el costado abierto de los nuestros, remanecieron los Eduos destacados de César por la otra ladera á mano derecha para divertir al enemigo. Esos por la semejanza de las armas gálicas espantaron terriblemente á los nuestros, y aunque los veían con el hombro derecho desarmado, que solía ser la contraseña de gente de paz, eso mismo atribuían los soldados á estratagema de los enemigos para deslumbrarlos. En aquel punto el centurión Lucio Fabio y los que trás él subieron á la muralla, rodeados de los enemigos y muertos, son tirados el muro abajo. Marco Petreyo, centurión de la misma legión, queriendo romper las puertas, viéndose rodeado de la muchedumbre y desesperando de su vida por las muchas heridas mortales, vuelto á los suyos: «Ya que no puedo, les dijo, salvarme con vosotros, por lo menos aseguraré vuestra vida, que yo he puesto á riesgo por amor de la gloria. Vosotros aprovechad la ocasión de poneros en salvo.» Con esto se arroja en medio de los enemigos, y matando á dos, aparta los demás de la puerta. Esforzándose á socorrerle los suyos: «En vano, dice intentáis salvar mi vida; que ya me faltan la sangre y las fuerzas. Por tanto, idos de aquí, miétras hay tiempo, á incorporaros con la legión.» Así peleando, poco después cae muerto, y dió á los suyos la vida. Los nuestros, apretados por todas partes, perdidos cuarenta y seis centuriones, fueron rechazados de allí; pero siguiéndolos desapoderadamente los Galos, la décima legión, que estaba de respeto en lugar menos incómodo, los detuvo: al socorro de esta legión concurrieron las cohortes de la décimatercia, que al mando de Tito Sestio, sacadas de los reales menores, estaban apostadas en lugar ventajoso. Las legiones, luego que pisaron el llano, se pusieron en orden

de batalla contra el enemigo. Vercingetórige retiró de las faldas del monte los suyos dentro de las trincheras. Este día perecieron poco menos de setecientos hombres.

Al siguiente, César, convocando á todos, «reprendió la temeridad y desenfreno de los soldados, que por su capricho resolvieron hasta dónde se había de avanzar, ó lo que se debía hacer, sin haber obedecido al toque de la retirada, ni podido ser contenidos por los tribunos y legados:» púsoles delante, «cuánto daño acarrea la mala situación, y su ejemplo mismo en Avarico, donde sorprendido el enemigo sin caudillo y sin caballería, quiso antes renunciar á una victoria cierta, que padecer en la refriega ningún menoscabo, por pequeño que fuese, por la fragura del sitio. Cuanto más admiraba su magnanimidad, que ni por la fortificación de los reales, ni por lo encumbrado del monte, ni por la fortaleza de la muralla se habían acobardado; tanto más desaprobada su sobrada libertad y arrogancia en presumirse más pródigos que su general en la manera de vencer y dirigir las empresas: que él no apreciaba menos en un soldado la docilidad y obediencia, que la valentía y grandeza de ánimo.» A esta amonestación añadiendo por último para confortar á los soldados, «que no por eso se desanimasen, ni atribuyesen al valor del enemigo la desgracia originada del mal sitio;» firme en su resolución de partirse, movió el campo, y ordenó las tropas en lugar oportuno. Como ni aun así bajase Vercingetórige al llano, después de una escaramuza de la caballería, y esa con ventaja suya, retiró el ejército á sus estancias. Hecho al día siguiente lo mismo, juzgando bastar esto para humillar el orgullo de los Galos y alentar á los suyos, tomó la vía de los Eduos. No moviéndose ni aun entonces los enemigos, al tercer día, reparado el puente del Alier, pasó el ejército. Inmediatamente los dos Eduos Virdomaro y Eporedórige le hacen saber, que Litavico con toda su caballería era ido á cohechar á los Eduos: que se-

ría bien se anticipasen los dos, para confirmar en su fe á la nación. Como quiera que ya por las muchas experiencias tenía César bien conocida la deslealtad de los Eduos, y estaba cierto que con la ida de éstos se apresuraba la rebelión; con todo no quiso negarles la licencia, porque no pareciese ó que les hacía injuria, ó que daba muestras de miedo. Al despedirse, les recordó en pocas palabras, «cuánto le debían los Eduos: cuáles y cuán abatidos los había encontrado (1), forzados á no salir de los castillos, »despojados de sus labranzas, robadas todas sus haciendas, cargados de tributos, sacándoles por fuerza con »sumo vilipendio los rehenes; y á qué grado de fortuna los »había sublimado: tal que, no sólo recobraron su antiguo »estado, sino que nunca se vieron en tanta pujanza y estimación.» Con estos recuerdos los despidió.

En Nevers, fortaleza de los Eduos, fundada sobre el Loire en un buen sitio, tenía César depositados los rehenes de la Galia, los granos, la caja militar con gran parte de los equipajes suyos y del ejército; sin contar los muchos caballos que con ocasión de esta guerra, comprados en Italia y España, había remitido á este pueblo. Adonde habiendo venido Eporédorige y Viridomaro, é informándose en orden al estado de la república, cómo Litavico había sido acogido por los Eduos en Bibracte, ciudad entre ellos principalísima; Convictolitan el magistrado y gran parte de los senadores uníase con él; y que de común acuerdo eran enviados embajadores á Vercingetóriges á tratar de paces y liga; les pareció no malograr tan buena coyuntura. En razón de esto, degollados los guardas de Nevers con todos los negociantes y pasajeros, repartieron entre sí

---

(1) Para saber el estado infeliz en que se hallaban los Eduos al tiempo que llegó César, basta leer la arenga que el Eduo Diviciaco le hizo ponderando sus calamidades, lib. I.

el dinero y los caballos: los rehenes de los pueblos rem-tiéronlos á Bibracte á manos del magistrado: al castillo, juzgando que no podrían defenderlo, porque no se aprovechasen de él los Romanos, pegáronle fuego: del trigo, cuanto pudieron de pronto, lo embarcaron, el resto lo echaron á perder en el río ó en las llamas: ellos mismos empezaron á levantar tropas por la comarca, á poner guardias y centinelas á las riberas del Loire, y á correr toda la campiña con la caballería para meter miedo á los Romanos, por si pudiesen cortarles los víveres ó el paso para la Provenza, cuando la necesidad los forzase á la vuelta. Confirmábase su esperanza con la crecida del río, que venía tan caudaloso por las nieves derretidas, que por ningún paraje parecía poderse vadear. Enterado César de estas cosas, determinó darse priesa, para que si al echar puentes (1) se viese precisado á pelear, lo hiciese antes de aumentarse las fuerzas enemigas. Porque dar á la Provenza la vuelta, eso ni aun en el último apuro pensaba ejecutarlo, pues que se lo disuadían la infamia y vileza del hecho, y también la interposición de las montañas Cebenas y aspereza de los senderos: sobre todo deseaba con ansia ir á juntarse con Labieno y con sus legiones. Así que á marchas forzadas, continuadas día y noche, arribó cuando menos se le esperaba, á las orillas del Loire, y hallado por los caballos un vado, según la urgencia, pasadero, donde los brazos y los hombros quedaban libres fuera del agua lo bastante para sostener las armas, puesta en orden la caballería (2) para quebrantar el ímpetu de la corriente,

(1) El griego entendió bien, á mi juicio, este pasaje algo oscuro: εἰπέρ γε ἐν τῷ κατασκευαίσειν γεφύρας μάχεσθαι ἀναγκασθεῖν ἄλλα γούν πρὶν ἢ τῶν πολεμίων ἄλλον αὐξηθῆναι δύναιμι μάχοιτο.

(2) Este modo de esguazar los ríos declara Vegetio, lib. III (y es el mismo que hoy se usa): *explorato vado. duos acies equitum ordinantur, intervallis competentibus sepa-*

y desconcertados á la primera vista los enemigos, pasó sano y salvo el ejército; y hallando á mano en las campiñas trigo y abundancia de ganado, abastecido de esto el ejército, dispónese á marchar la vuelta de Sens.

Mientras pasa esto en el campo de César, Labieno, dejadas en Agendico para seguridad del bagaje las reclutas recién venidas de Italia, marcha con cuatro legiones á Paris, ciudad situada en una isla del rio Sena. A la noticia de su arribo acudieron muchas tropas de los partidos comarcanos, cuyo mando se dió á Camulogeno Aulerco; que sin embargo de su edad muy avanzada, fué nombrado para este cargo por su singular inteligencia en el arte militar. Habiendo éste observado allí una laguna contigua que comunicaba con el río, y servía de grande embarazo para la entrada en todo aquel recinto, púsose al borde con la mira de atajar el paso á los nuestros. Labieno, al principio, valiéndose de (1) andamios, tentaba cegar la laguna con zarzos y fagina, y hacer camino. Mas después, vista la dificultad de la empresa, moviendo el campo á media noche, sin ruido, por la misma senda que había traído llegó á Meudon, ciudad de los Seneses, asentada en otra isla del Sena, bien así como Paris. Cogidas aquí cincuenta barcas, trabadas prontamente unas con otras, y metidos en ellas los soldados; atónito de la novedad el poco vecindario, porque la mayor parte se había ido á la guerra, se apodera de la ciudad sin resistencia. Restaurado el puente que los dias atrás habían roto los enemigos, pasa el ejército, y empieza

---

*ratae, ut per medium pedites et impedimenta transeant: nam acies superior aquarum impetum frangit; inferior, qui rapti submersisque fuerint, colligit atque transponit.* Tén-gase esto presente para otras ocasiones; y aunque en algunas César los llama *jumentos* como en Lérida, son caballos, y no mulos ni acémilas.

(1) Yo no sé de qué otro modo se pueda entender el *vincas agere* de este lugar.

río abajo á marchar á París. Los enemigos, sabiéndolo por los fugitivos de Meudón, mandan quemar á París y cortar sus puentes; y dejando (1) la laguna, se acampan á las márgenes del río enfrente de París y los reales de Labieno. Ya corrían voces de la retirada de César lejos de Gergovia, igualmente que del alzamiento de los Eduos y de la dichosa (2) revolución de la Galia; y los Galos en sus corrillos afirmaban que César, cortado el paso del Loire y forzado del hambre, iba desfilando hacia la Provenza. Los Beoveses al tanto, sabida la rebelión de los Eduos, siendo antes de suyo poco fieles, comenzaron á juntar gente y hacer á las claras preparativos para la guerra. Entonces Labieno, viendo tan mudado el teatro, conoció bien ser preciso seguir otro plan muy diverso del que antes se había propuesto. Ya no pensaba en conquistas ni en provocar al enemigo á batalla, sino en cómo retirarse con su ejército sin pérdida á Agendico; puesto que por un lado le amenazaban los Beoveses, famosísimos en la Galia por su valor; el otro le guardaba Camulogeno con mano armada. Demás que un río caudaloso cerraba el paso de las legiones al cuartel general donde estaban los bagajes. A vista de tantos tropiezos, el único recurso era encomendarse á sus bríos. En efecto, llamando al anoecer á consejo, los animó á ejecutar con diligencia y maña lo que ordenaría: reparte á cada caballero romano una de las barcas traídas de Meudon, y á las tres horas de la noche les

---

(1) Me parece que en el texto se puede leer sin error: *protecti palude, in ripis Sequanae... considunt*. Si con nuestro Pedro Chacón, á quien siguen muchos, se tuviese por más segura estotra lección: *protecti palude ac ripis*, traduciremos en romance: *amparados de la laguna y de las riberas, se acampan*, etc.

(2) César: *secundo Galliae motu*. El griego: οἱ τε Γίλλοι καὶ ἐλέγοντο; y esto es lo que significa la palabra *secundo*.



manda salir en ellas de callada río abajo y aguardarle allí á cuatro millas: deja de guarnición en los reales cinco cohortes que le parecían las menos aguerridas: á las otras cinco de la misma legión manda que á media noche se pongan en marcha río arriba con todo el bagaje, metiendo mucho ruido. Procura también coger unas canoas, las cuales agitadas con gran retumbo de remos, hace dirigir hacia la misma banda. Él, poco después, moviendo á la sorda con tres legiones, va derecho al paraje donde mandó parar las barcas. Arribado allá, los batidores de los enemigos, distribuidos como estaban por todas las orillas del río, fueron sorprendidos por los nuestros á causa de una recia tempestad que se levantó de repente; á la hora es transportada la infantería y la caballería mediante la industria de los caballeros romanos escogidos para este efecto. Al romper del día, casi á un tiempo vienen nuevas al enemigo de la extraordinaria batahola que traían los Romanos en su campo; que un grueso escuadrón iba marchando río arriba; que allí mismo se sentía estruendo de remos; y que poco más abajo trasportaban en barcas á los soldados. Con estas noticias, creyendo que las legiones pasaban en tres divisiones, y que aturdidos todos con la sublevación de los Eduos, se ponían en huida, dividieron también ellos sus tropas en tres tercios; porque dejando uno de guardia enfrente de los reales, y destacando hacia Meudon (1) una partida pequeña que fuese siguiendo paso á paso nuestras naves, el resto del ejército llevaronlo sobre Labieno. Al

---

(1) César: *parva manu Metiosedun versus missa*. Se equivocan los que confunden este lugar con *Melun*, *Melodunum*. Melun está sobre París, en la jurisdicción de los Senones; Meudón, cuatro millas más abajo de París y en su distrito; río abajo cabalmente en el sitio donde mandó Labieno le aguardasen los caballeros romanos con las barcas: *IV millia passum secundo flumine progredi, ibique se cæpectare iubet*.

amanecer, ya los nuestros estaban desembarcados y se divisaban las tropas enemigas. Labieno, después de haber exhortado á los soldados, «que se acordasen de su antiguo esfuerzo y de tantas victorias ganadas, haciendo ahora cuenta que César, bajo cuya conducta innumerables veces habían vencido á los enemigos, los estaba mirando,» da la señal de acometer. Al primer encuentro por el ala derecha, donde la séptima legión peleaba, son derrotados y ahuyentados los enemigos: por la izquierda, que cubría la legión duodécima, cayendo en tierra las primeras filas de los enemigos atravesados con los dardos, todavía los demás se defendían vigorosamente, sin haber uno que diese señas de querer huir. El mismo general de los enemigos, Camulogeno, acudía á todas partes animando á los suyos. Mas estando aún suspensa la victoria, llegando á saber los tribunos de la legión séptima la resistencia porfiada en el ala izquierda, cogieron y cargaron á los enemigos por la espalda. Ni tampoco entonces se movió ninguno de su puesto, sino que cogidos todos en medio, fueron muertos, y con ellos también Camulogeno. El cuerpo de observación apostado contra los reales de Labieno, á la nueva del choque, corrió á socorrer á los suyos, y tomó un collado, mas no pudo aguantar la carga cerrada de los vencedores. Con que así mezclados en la fuga con los suyos, los que no se salvaron en las selvas y montes, fueron degollados por la caballería. Concluida esta acción, vuelve Labieno á la ciudad de Agendico, donde habían quedado los bagajes de todo el ejército. Desde allí con todas sus tropas vino á juntarse con César.

Divulgado el levantamiento de los Eduos, se aviva más la guerra. Van y vienen embajadas por todas partes. Echan el resto de su valimiento, autoridad y dinero en cohechar los Estados. Con el suplicio de los rehenes, confiados á su custodia por César, aterran á los indecisos. Ruegan los Eduos á Vercingetórige se sirva de venir á

tratar con ellos del plan de operaciones. Logrado esto, pretenden para sí la superintendencia: puesto el negocio en litigio, convócanse Córtes de toda la Galia en Bibracte. Congréganse allí de todas partes en gran número. La decisión se hace á pluralidad de votos. Todos, sin faltar uno, quieren por general á Vercingetórige. No asistieron á la junta los Remenses, Langreses, ni Trevirenses: aquellos, por razón de su amistad con los Romanos: los Trevirenses, por vivir lejos y hallarse infestados de los Germanos, que fué la causa de no aparecer en toda esta guerra y de mantenerse neutrales. Los Eduos sienten en el alma el haber perdido la Soberanía: quéjense del revés de la fortuna; y ahora echan menos la benignidad de César para consigo: mas ya empeñados en la guerra, no tienen valor para separarse de los demás. Eporedórige y Virdomaro, mozos de grandes esperanzas, se sujetan de mala gana á Vercingetórige; el cual exige rehenes de los demás pueblos, señalándoles plazo: manda que le acudan luégo todos los soldados de á caballo hasta el número de quince mil; diciendo que se contentaría con la infantería que hasta entonces había tenido: que no pensaba aventurarse ni dar batalla, sino estorbar á los Romanos las salidas á las mieses y pastos: cosa muy fácil teniendo tanta caballería; sólo con que tengan ellos mismos por bien malear sus granos y quemar las caserías, á trueque de conseguir para siempre, con el menoscabo de sus haciendas, el imperio y la independencia. Determinadas estas cosas, da orden á los Eduos y Segusianos que confinan con la Provenza, de aprontar diez mil infantes y á más ochocientos caballos. Dales por capitán un hermano de Eporedórige, y le manda romper por los Alóbroges. Por otra parte envía los Gabalos y los Albornos de los contornos contra los Helvios, como los de Ruerga y Cuerci contra los Volcas Arcómicos. En medio de esto no pierde ocasión de ganar ocultamente con emisarios y mensajes á los Alóbroges, cuyos ánimos sospechaba estar aún

resentidos por la guerra precedente. A los grandes promete dineros, y á la república el señorío de toda la provincia. Para prevenir todos estos lances estaban alerta veintidos batallones, que formados de las milicias, el legado Lucio César tenfa distribuidos por todas partes. Los Helvios, adelantándose á pelear con los pueblos comarcanos, son batidos; y muerto con otros muchos el príncipe de aquel Estado, Cayo Valerio Donatauro, hijo de Caburo, se ven forzados á encerrarse dentro de sus fortalezas. Los Alóbroges, poniendo guardias á trechos en los pasos del Ródano, defienden con gran solicitud y diligencia sus fronteras. César, reconociendo la superioridad de la caballería enemiga, y que por estar tomados todos los caminos, ningún socorro podía esperar de la Provenza y de Italia, procúralos en Germania de aquellas naciones con quien los años atrás había sentado paces, pidiéndoles soldados de á caballo con los peones ligeros, hechos á pelear entre ellos. Llegados que fueron, por no ser castizos sus caballos, toma otros de los tribunos, de los demás caballeros Romanos, y de los soldados veteranos (1), y los reparte entre los Germanos.

En este entretanto se unen las tropas de los enemigos venidas de los Avernos con la caballería que se mandó aprontar á toda la Galia. Junto este grueso cuerpo, Vercingetórige, al pasar César por las fronteras de Langres á los Sequanos, para estar más á mano de poder cubrir la Provenza, se acampó como á diez millas de los Romanos en tres divisiones, y llamando á consejo á los jefes de caba-

---

(1) César: *evocatis*. Así se decían aquellos que después de haber servido los años de la ley, se retiraban de la milicia como *jubilados*. Si alguna vez, atenta la urgencia, eran llamados al ejército, acudían como *voluntarios*, por atención al cónsul, *in gratiam consulis*. El real intérprete de Salustio los llama *veteranos voluntarios*, pág. 92 del *Catilina*.

Herfa: «venido es, les dice, ya el tiempo de la victoria: los  
»Romanos van huyendo á la Provenza y desamparan la  
»Galia: si esto nos basta para quedar libres por ahora, no  
»alcanza para vivir en paz y sosiego en adelante; pues vol-  
»verán con mayores fuerzas, ni jamás cesarán de inquie-  
»tarnos. Esta es la mejor ocasión de cerrar con ellos en  
»la faena de la marcha. Que si la infantería sale á la de-  
»fensa y en ella se ocupa, no pueden proseguir el viaje:  
»si tiran, lo que parece más cierto, á salvar sus vidas,  
»abandonado el bagaje, quedarán privados de las cosas  
»más necesarias, y sin honra. Pues de la caballería enemi-  
»ga, ninguno aun de nosotros duda, que no habrá un solo  
»jinete que ose dar paso fuera de las filas. Para más ani-  
»marlos les promete tener ordenadas sus tropas delante  
»de los reales, y poner así espanto á los enemigos.» Los  
caballeros, aplaudiéndole añaden, «que deben todos jura-  
»mentarse solemnísimamente á no dar acogida, ni permi-  
»tir que jamás vea sus hijos, sus padres, su esposa, quien  
»no atravesase dos veces á caballo por las filas de los ene-  
»migos.» Aprobada la propuesta, y obligados todos á jurar  
en esta forma, el día inmediato, dividida la caballería en  
tres cuerpos, dos se presentan á los dos flancos; el tercero  
por la frente comenzó á cortar el paso. Al primer aviso Cé-  
sar da también orden que su caballería en tres divisiones  
avance contra el enemigo. Empiézase un combate general:  
detiénese la marcha: recógese el bagaje en medio de las le-  
giones. Donde quiera que los nuestros iban de caída ó se  
veían más acosados, César estaba encima, revolviendo allá  
todas sus fuerzas. Con eso cejaban los enemigos, y con la  
esperanza del refuerzo se rehacían los nuestros. Al cabo  
los Germanos por la banda derecha, ganando un repecho,  
derrocan á los enemigos, y echando tras ellos, matan á  
muchos hasta el río, donde acampaba Vereingetórige con  
la infantería. Lo cual visto, los demás, temiendo ser cogi-  
dos en medio, huyen de rota batida, y es general el estra-

go. Tres de los Eduos más nobles son presentados á César: Coto, general de la caballería, el competidor de Convictolitan en la última creación de magistrados; Cavarilo, que después de la rebelión de Litavico mandaba la infantería; y Eporedórige, que antes de la venida de César fué caudillo en la guerra de los Eduos con los Sequanos. Desbaratada toda la caballería, Vercingetórige recogió sus tropas según las tenía ordenadas delante los reales; y sin detención tomó la vía de Alesia, plaza fuerte de los Mandubios, mandando alzar luego los bagajes y conducirlos tras sí. César, puestos á recaudo los suyos en un collado cercano con la escolta de dos legiones, siguiendo el alcance cuanto dió de sí el día, muertos al pie de tres mil hombres de la retaguardia enemiga, al otro día sentó sus reales cerca de Alesia. Reconocida la situación de la ciudad, y amedrentados los enemigos con la rota de la caballería, en que ponían su mayor confianza; alentando los soldados al trabajo, empezó á delinear el cerco formal de Alesia (1).

Estaba esta ciudad fundada en la cumbre de un monte muy elevado; por manera que parecía inexpugnable sino por bloqueo. Dos ríos por dos lados bañaban el pie de la montaña. Delante la ciudad se tendía una llanura cuasi de tres millas á lo largo. Por todas las demás partes la ceñían de trecho en trecho varias colinas de igual altura. Debajo del muro toda la parte oriental del monte estaba cubierta de tropas de los Galos, defendidos de un foso y de una cerca de seis pies en alto. Las trincheras trazadas por los

---

(1) En que, como dice Velejo Paterculo y se colige de esta sencilla narración: *tantæ res gestæ, quantas audere via hominis, perficere nullius, nisi Dei fuerit*. Yo no tendré empacho de repetir también aqui lo mismo que ya dije con Cicerón sobre la inteligencia y descripción del puente del Rhin: *εὐλαχινὰ non tam possunt ἀνθρώποις κατασκευασθαι, quam videntur*: siendo cierto que no es menos difícil traducir bien que el describir semejantes obras.

Romanos ocupaban once millas de ámbito. Los alojamientos estaban dispuestos en lugares convenientes, fortificados con veintitres baluartes, donde nunca faltaban entre día cuerpos de guardia contra cualquier asalto repentino: por la noche se aseguraba con centinelas y buenas guarniciones. Comenzada la obra, trábanse los caballos en aquel valle que por entre las colinas se alargaba tres millas, según queda dicho. Peléase con sumo esfuerzo de una y otra parte. Apretados los nuestros, César destaca en su ayuda los Germanos, y pone delante de los reales las legiones, para impedir toda súbita irrupción de la infantería contraria. Con el socorro de las legiones se aviva el coraje de los nuestros. Los enemigos, huyendo á todo huir, se atropellan unos á otros por la muchedumbre y quédanse hacinados á las puertas, demasiado angostas. Tanto más los agujian los Germanos hasta las fortificaciones. Hácese gran riza. Algunos apeándose, tientan á saltar el foso y la cerca. César manda dar un avance á las legiones apostadas delante los reales. No es menor entonces la turbación de los Galos que dentro de las fortificaciones estaban. Creyendo que venían derechos á ellos, todos se alarman. Azorados algunos entran de tropel en la plaza. Vercingetórige manda cerrar las puertas, porque no queden sin defensa los reales. Muertos muchos y cogido buen número de caballos, los Germanos retíranse al campo. Vercingetórige, primero que los Romanos acabasen de atrincherarse, toma la resolución de despachar una noche toda la caballería, ordenándoles al partir: «Vaya cada cual á su patria y fuerce para la guerra á todos los que tuvieren edad. Representales sus méritos para con ellos, y los conjura que tengan cuenta con su vida, y no lo abandonen á la saña cruel de los enemigos para ser despedazado con tormentos, siendo tan benemérito de la pública libertad: que por poco que se descuiden, verán perecer consigo ochenta mil combatientes, la flor de la Galia: que por su cuenta escasamente le que-

«dan víveres para treinta días; bien que podrán durar algunos más cercenando la ración.» Con estos encargos despide la caballería sin ruido antes de media noche por la parte que aun no estaba cerrada con nuestro vallado: manda le traigan todo el trigo, poniendo pena de la vida á los desobedientes: reparte por cabeza las reses recogidas con abundancia por los Mandubios: el pan lo va distribuyendo poco á poco y por tasa. Todas las tropas acampadas delante de la plaza las mete dentro. Tomadas estas providencias, dispone aguardar los refuerzos de la Galia y proseguir así la guerra.

Informado César de estos proyectos por los desertores y prisioneros, formó de esta suerte las líneas. Cavó un foso de veinte pies de ancho con las márgenes aniveladas, de arte que el suelo fuese igual en anchura al borde. Todas las otras fortificaciones tirólas á distancia de cuatrocientos pies de este foso; por razón de que habiendo abarcado por necesidad tanto espacio, no siendo fácil poner cordón de soldados en todas partes, quería evitar los ataques improvisos ó nocturnos del enemigo, y entre día los tiros contra los soldados empleados en las obras. Después de este espacio intermedio abrió dos zanjas, anchas de quince pies y de igual altura: la interior llenó de agua, guiada del río por sitios llanos y bajos. Tras éstas levantó el terraplen y estacada de doce pies, guarnecida con su parapeto y almenas con grandes horquillas á manera de astas de ciervo, sobresalientes entre las junturas de la empalizada, para estorbar al enemigo la subida. Todo el terraplén cercó de cubos, distantes entre sí ochenta pies. Era forzoso á un tiempo ir á cortar madera, buscar trigo y fabricar tan grandes obras, divididas las tropas, que tal vez se alejaban demasiado de los reales; y los Galos no perdían ocasión de atajar nuestras labores, haciendo salidas de la plaza con gran furia por varias puertas. Por lo cual á las obras dichas trató César de añadir nuevos reparos, para poder cubrir



las trincheras con menos gente. Para esto, cortando troncos de árboles ó ramas muy fuertes, acepilladas y bien aguzadas las puntas, tirábanse fosas seguidas, cuya hondura era de cinco pies. Aquí se hincaban aquellos leños, y afianzados por el pie para que no pudiesen ser arrancados, sacaban las puntas sobre las enramadas. Estaban colocados en cinco hileras, tan unidos y enlazados entre sí, que quien allí entraba, él mismo se clavaba con aquellos agudísimos espolones, á que daban el nombre de cepos (1). Delante de estos se cavaban unas hoyas puestas en forma de ajedrez (2), al sesgo, su hondura de tres pies, que poco

---

(1) César: *hos cippos appellabant*. Ya se sabe que en castellano se llama cepo, no sólo el de las prisiones ó cárceles, sino también la trampa que se arma en los montes para coger lobos y otros animales.

(2) César: *obliquis ordinibus in quincuncem dispositis*. No sé que en castellano tengamos voz alguna que con propiedad responda al orden que los Romanos llamaban *in quincuncem* hablando de plantíos de árboles, cepas y otras especies. La figura que los Latinos querían significar con la palabra *in quincuncem* es la misma que grabó M. Bois en las notas á su traducción francesa del tratado de *Senectute* de Cicerón, y la misma que trae con más puntualidad el Facciolati. Vistas ambas figuras, cótéjense con la que presenta el tablero del *ajedrez*; y se echará de ver que las casillas y piezas de él corresponden al orden que daban los Romanos á los árboles y vides cuando las plantaban *in quincuncem*. Diráse que la locucion castellana es nueva: de aquí á cien años será vieja: otras mil se introducen con más facilidad y menos necesidad. Es nueva la que se ha usado, sí; pero como los sabios la tengan por oportuna, propia y expresiva, saben ellos que semejante licencia para inventar está concedida por Horacio y Quintiliano: y se ha querido más ver si se acertaba en la explicación verdadera con una sola dición española nuevamente inventada, que no andar por rodeos, dar vueltas y revueltas á la letra V mayúscula, ajustar ángulos con sus inversos, conjeturar mucho y no concluir nada. Decimos en castellano *en canal*, *en teja*, *en punta de diamante*, *en rueda*, etc.,

á poco se iban estrechando hacia bajo (1). Aquí se metían estacas rollizas del grueso del muslo, aguzadas y tostadas sus puntas de arriba, de modo que no saliesen fuera del suelo más de cuatro dedos. Asimismo, á fin de asegurarlas y que no se moviesen, cada pie desde el hondón se calzaba (2) con tierra, y para ocultar el ardid se tapaba la boca de la hoya con mimbres y matas. Ocho eran las hileras de este género de hoyas, distantes entre sí tres pies, que llamaban lirios por la semejanza con su flor. Delante las hoyas se soterraban unos zoquetes del tamaño de un pie, erizados (3) con púas de hierro, sembrados á trechos por

por semejanza de estas cosas con las que se hacen en figura y á imitación suya; ¿por qué no diremos en *ajedrez*, queriendo dar á entender lo que tanto se parece á ese juego ó su tablero? Carlos Guischart, desde la pág. 13 hasta la pág. 18 de su tomo I, censura al caballero Follard, probando que éste no comprendió la significación de la palabra *in quincuncem*: á Guischart reprende Lo-Looz, apologista de Follard; por manera que también este punto se habrá de remitir al juicio y crítica de militares sabios. Lo mismo digo de las palabras *plutei*, *loricæ*, *pinnae*, *crates*, *cervi*: ni estoy del todo satisfecho de la traducción de las voces *vallum*, *aggerem*, etc.

(1) César: *pauulatim angustiore ad infimum fastigio*: serían como un embudo al revés. Pero diciendo César que les daban nombre de lirio por la semejanza, parece que se debe leer *angustiore ad imum fastigio*: pues dicha flor hacia abajo se va estrechando, y dilatándose hacia arriba, lo mismo que sucede con la letra V: así se ve cómo con las estaquillas medidas en medio figuran perfectamente una azucena: *jovea enim expansa*, dice Lanstenio, *et in orbem patens, cui medius deinde stipes inseritur, est velut lilium patens cum stamine suo ac stilo*. Por eso leen algunos: *pauullum ad summum fastigio*.

(2) De forma que los tres pies de la hoya se llenaban de tierra bien apretada ó apisonada alrededor de las estacas, como lo entendió el intérprete griego.

(3) César: *ferreis hamis infixis*: esto es, armados por todo el sobrehaz, como lo está el erizo de la castaña y el animal de este nombre.

todas partes, con el nombre de abrojos. Concluidas estas cosas, siguiendo las veredas más acomodadas que pudo según la calidad del terreno, abarcando catorce millas, dió traza como se hiciesen otras fortificaciones (1) semejantes, vueltas á la otra banda contra los enemigos de fuera, para que ni aun con mucha gente, si llegase el caso de su retirada, pudiesen acordonar las guarniciones de las trincheras, y también porque no se viesen obligados á salir de ellas con riesgo, manda que todos hagan provisión de pan y heno para treinta días.

Mientras iban así las cosas en Alesia, los Galos, en una junta de grandes, determinan, no lo que pretendía Vercingetórige, que todos los que fuesen de armas tomar se alistasen, sino que cada nación contribuyese con cierto número de gente; temiendo que con la confusión de tanta chusma no les sería posible refrenar ni distinguir á los suyos, ni hallar medio de abastecerse. A los Eduos y á sus dependientes los Segusianos, Ambivaretos, Aulercos Branovices (2) y Branovios echan la cuota de treinta y cinco mil hombres: igual número á los Alvernos y á sus vasallos, que solían ser los Eleuteros (3) de Caors, los

---

(1) Quiere decir en menos palabras: *líneas de circunvalación* semejantes; de arte que el campo de César que dase igualmente pertrechado por parte de afuera que por la de la ciudad: *pares eiusdem generis munitiones diversas ab his contra exteriorem hostem perfecit*. Se sabe que esta se llama línea de *circunvalación*, y de *contravalación* la del cerco de la plaza situada. Sin embargo, algunas veces se toma la una por la otra.

(2) Estos Aulercos se pueden añadir á los otros que ya distinguimos: así como hay dos especies de *Lemovices*; unos sobre la costa del Océano entre los *Arnericos*, *Ostismios* y *Vaneses*; los otros que corresponden á los que ahora se llaman *Limosines*. Los que aquí se nombran Aulercos *Branovices*, creo con nuestro Chacón que se deben llamar Aulercos *Eburovices*.

(3) Por ventura se decían así porque fueron antigua-

Gabalos y Velaunos: á los Sens, los Sequanos, los de Berri, del Santonge, de Rodes, de Chartres doce mil: á los Beoveses diez mil: otros tantos á los Lemosines: cada ocho mil á los de Potiers, de Turs, París y Helvios: á los de Soisos, á los Amienses, los Metenses, los Perigordenses, Nervios, Morinos, Nitióbriges á cinco mil: otros tantos á los Aulercos de Maine: cuatro mil á los de Artois: á los Belocases, Lisienses, Eulercos Eburones cada tres mil: á los Rauracos y Boyos treinta mil: á seis mil á todas las merindades de la costa del Océano, llamadas en su lenguaje Armóricas, á que pertenecen los Cornuaille, de Renes, los Ambibaros, Caletes, Osismios, Vaneses y Unelos. De éstos los Beoveses solos rehusaron contribuir con su cuota, diciendo querían hacer la guerra á los Romanos por sí y como les pareciese, sin dependencia de nadie: no obstante, á ruego de Comio y por su amistad, enviaron dos mil hombres. Este Comio es el mismo que los años pasados hizo fieles é importantes servicios á César en Bretaña; por cuyos méritos había declarado libre á su república, restitúidole sus fueros y leyes, sujetando á su jurisdicción los Morinos. Pero fué tan universal la conspiración de toda la Galia en orden á defender su libertad y recuperar su primera gloria militar, que ninguna fuerza les hacían ni los beneficios recibidos ni las obligaciones de amigos; sino que todos, con todo su corazón y con todas sus fuerzas se armaban para esta guerra, en que se contaban ocho mil caballos y cerca de doscientos cuarenta mil infantes. Hacíase la masa del ejército y la revista general en las fronteras de los Eduos: nombrábanse capitanes: fiase todo el peso del gobierno á Comio el de Artois, á los Eduos Virdomaro y Eporedórige, á Vergasilauno Alverno, primo de Vercingetórige, dándoles por consejeros varones escogidos de todos los Estados. Alborozados todos y llenos de confianza, van camino de Alesia.

---

mente libres; pues eso significa en griego *Eleutheri*.

Ni había entre todos uno solo que pensase hallar quien se atreviese á sufrir ni aun la vista de tan numeroso ejército, y más estando entre dos fuegos (1): de la plaza con las salidas; de fuera con el terror de tantas tropas de á caballo y de á pie.

Pero los sitiados de Alesia, pasado el plazo en que aguardaban el socorro, consumidos todos los víveres, ignorantes de lo que se trataba en los Eduos, juntándose á consejo, consultaban acerca del remedio de sus desventuras. Entre los varios partidos propuestos, inclinándose unos á la entrega, otros á una salida mientras se hallaban con fuerzas, no me pareció pasar en silencio el que promovió Critoñato por su inaudita y bárbara crueldad. Este, nacido en Alberña de nobilísimo linaje y tenido por hombre de grande autoridad: «Ni tomar quiero en boca, dice, el parecer de aquellos que llaman entrega la más infame servidumbre: estos tales para mí no son ciudadanos, ni deben ser admitidos á consejo. Hablo sí con los que aconsejan la salida; cuyo dictamen á juicio de todos vosotros parece más conforme á la hidalguía de nuestro valor heredado. Mas yo no tengo por valor sino por flaqueza el no poder sufrir un tanto la carestía. Más fácil es hallar quien se ofrezca de grado á la muerte, que quien sufra con paciencia el dolor. Yo por mí aceptaría este partido por lo mucho que apre-

---

(1) César: *præsertim ancipiti prælio*. Bien veo que esta locución castellana lleva un género de anacronismo respecto del tiempo en que habla César, y del en que comenzaron en la guerra las bocas de fuego; muchos siglos pasaron del uno al otro. Con todo eso ha parecido explicar así el *ancipiti prælio*, pues da á entender que César, cogido en medio, tendría que atender á su defensa por las dos bandas, peleando contra los sitiados de Alesia, y contra estas numerosas tropas que le atacarían por de fuera: así se ve más abajo que César recibió á los enemigos *omni exercitu ad utramque partem munitionum disposito*. Véase lo que queda dicho en la nota 2 de la pág. 24.

«ocio la honra, si viese que sólo se arriesgaba en él nuestra  
 «vida; pero antes de resolvernó, volvamos los ojos á la  
 «Galia, la cual tenemos toda empeñada en nuestro socorro.  
 «¿Cuál, si pensáis, será la consternación de nuestros alle-  
 «gados y parientes al ver tendidos en tierra ochenta mil  
 «ciudadanos, y haber por fuerza de pelear entre sus mismos  
 «cadáveres? No queráis, os ruego, privar del auxilio de  
 «vuestro brazo á los que por salvar vuestras vidas han  
 «aventurado las suyas, ni arruinar á toda la Galia conde-  
 «nándola á perpetua esclavitud por vuestra inconsideración  
 «y temeridad, ó mejor diré, por vuestra cobardía. ¿Acaso  
 «dudáis de su lealtad y firmeza porque no han venido al  
 «plazo señalado? ¿Cómo? ¿creéis que los Romanos se afa-  
 «nan tanto en hacer aquellas líneas de circunvalación por  
 «mero entretenimiento? Si no podéis haber nuevas de ellos,  
 «cerradas todas las vías, recibir de su próxima venida el  
 «anuncio de los mismos enemigos, que con el temor de ser  
 «sobresaltados, no cesan de trabajar día y noche. Diréis-  
 «me: pues ¿qué nos aconsejas tú? Que se haga lo que ya hi-  
 «cieron nuestros mayores en la guerra de los Cimbrós y  
 «Teutones, harto diferente de esta: que sitiados y apretados  
 «de semejante necesidad, sustentaron su vida con la carne  
 «de la gente á su parecer inútil para la guerra, por no ren-  
 «dirse á los enemigos. Aunque no tuviéramos ejemplo de  
 «esto, yo juzgaría cosa muy loable el darlo por amor de la  
 «libertad para imitación de los venideros, Y ¿qué tuvo que  
 «ver aquella guerra con esta? Los Cimbrós, saqueada toda  
 «la Galia y hechos grandes estragos, al fin salieron de  
 «nuestras tierras y marcharon á otras, dejándonos nuestros  
 «sueros, leyes, posesiones y libertad; mas los Romanos ¿qué  
 «otra cosa pretenden ó quieren, sino por envidia de nuestra  
 «gloria y superioridad experimentada en las armas, usur-  
 «parnos las heredades y poblaciones, y sentenciarnos á  
 «eterna servidumbre, puesto que nunca hicieron á otro  
 «precio la guerra? Y si ignorais lo que sucedió á las naciones

«lejanas, ahí tenéis vecina la Galia, que convertida en provincia suya, mudado el gobierno, sujeta á su tiranía, gime bajo el yugo de perpetua servidumbre.» Tomados los votos, deciden «que los inútiles por sus ajes ó edad despejen la plaza, y que se pruebe todo primero que seguir el consejo de Critoñato; pero á más no poder, si tarda el socorro, se abraza, antes que admitir condición alguna de rendición ó de paz.» Los Mandubios, que los habían recibido en la ciudad, son echados fuera con sus hijos y mujeres. Los cuales arrimados á las trincheras de los Romanos, deshechos en lágrimas, les pedían rendidamente que les diesen un pedazo de pan y serían sus esclavos. Mas César, poniendo guardias en la barrera, no quería darles cuartel.

Entretanto Comio y los demás comandantes llegan con todas sus tropas á la vista de Alesia; y ocupada la colina de afuera, se acampan á media milla de nuestras fortificaciones. Al día siguiente, sacando la caballería de los reales, cubren toda aquella vega, que, como se ha dicho, tenía de largo tres millas, y colocan la infantería detrás de este sitio en los recuestos. Las vistas de Alesia caían al campo. Visto el socorro, búscanse unos á otros; dause mil parabienes, rebosando todos de alegría. Salen, pues, armados de punta en blanco, y plántanse delante de la plaza: llenan de zarzos y tierra el foso inmediato; con que se disponen para el ataque y cualquier otro trance. César, distribuido el ejército por las dos bandas de las trincheras de suerte que cada cual en el lance pudiese conocer y guardar su puesto, echa fuera la caballería con orden de acometer. De todos los reales que ocupaban los cerros de toda aquella cordillera se descubría el campo de batalla; y todos los soldados estaban en grande expectación del suceso. Los Galos habían entre los caballos mezclado á trechos flecheros y volantes armados á la ligera, que los protegiesen al retroceder y contuviesen el ímpetu de los nuestros. Por estos tales he-

ridos al improviso varios, se iban retirando del combate. Con eso los Galos animados por la ventaja de los suyos, y viendo á los nuestros cargados de la muchedumbre, tanto los sitiados como las tropas auxiliares con gritos y alaridos atizaban por todas partes el coraje de los suyos. Como estaban á la vista de todos, que no se podía encubrir acción alguna ó bien ó mal hecha, á los unos y á los otros daba bríos no menos el amor de la gloria que el temor de la ignominia. Continuándose la pelea desde mediodía hasta ponerse el sol con la victoria en balanzas, los Germanos, cerrados en pelotones, arremetieron de golpe y rechazaron á los enemigos; por cuya fuga los flecheros fueron cercados y muertos. En tanto los nuestros persiguiendo por las demás partes á los fugitivos hasta sus reales, no les dieron lugar á rehacerse. Entonces los que habían salido fuera de la plaza, perdida la esperanza de la victoria, se recogieron muy mustios adentro.

Un día estuvieron los Galos sin pelear, gastándolo todo en aparejar gran número de zarzos, escalas, garabatos; con que saliendo á media noche á sordas de los reales, se fueron arrimando á la línea de circunvalación, y de repente alzando una gran gritería que sirviese á los sitiados por seña de su acometida, empiezan á tirar zarzos, y con hondas, saetas y piedras á derribar de las barreras á los nuestros y aprestar los demás instrumentos para el asalto. Al mismo punto Vercingetóbrige, oída la grito, toca á rebato, y saca su gente de Alesia. De los nuestros cada cual corre al puesto que de antemano le estaba señalado en las trincheras, donde con hondas que arrojaban piedras de á libra (1), con espontones puestos á mano y con balas de

---

(1) César: *fundis librilibus*. Algunos distinguen las hondas de *librilibus*; y también las distinguió el intérprete griego: σφενδοναίς, μεγάλαις τε λίθοις. En efecto, *librilia* son instrumentos diversos de las hondas, según la descripción de Festo: *Librilia appellantur instrumenta bellica, saxa*



plomo (1) arredran al enemigo. Los golpes dados y recibidos eran á ciegas por la oscuridad de la noche; muchos los tiros de las baterías. Pero los legados Marco Antonio y Cayo Trebonio, encargados de la defensa por esta parte, donde veían ser mayor el peligro de los nuestros, iban destacando en su ayuda de los fortines de la otra soldados de refresco. Mientras los Galos disparaban de lejos, hacían más efecto con la gran cantidad de tiros: después que se fueron arrojando á las líneas, ó se clavaban con los abrojos, ó caídos en las hoyas quedaban empalados en las estacas, ó atravesados desde las barreras y torres con los rejonés, rendían el alma. En fin, recibidas de todas partes muchas heridas, sin poder abrir una brecha, rayando ya el día, por miedo de ser cogidos por el flanco de las tropas de la cuesta, tocaron la retirada. En esto los de la plaza mientras andan afanados en manejar las máquinas preparadas por Vercingetórige para el asalto, en cegar los primeros fosos, gastado gran rato en tales maniobras, entendieron la retirada de los suyos antes de haberse acercado ellos á nuestras fortificaciones. Así volvieron á la plaza sin hacer cosa de provecho.

Rebatidos por dos veces con pérdida los Galos, deliberan sobre lo que conviene hacer. Consultan con los prácticos del país. Infórmanse de ellos sobre la posición y fortificaciones de nuestro campamento de arriba. Yacia por la banda septentrional una colina que, no pudiendo abrazarla con el cordón los nuestros por su gran circunferencia, se vieron forzados á fijar sus estancias en sitio menos igual y algún tanto costanero. Guardábanlas los legados Cayo Antistio Regino y Cayo Caninio Rebilo con dos

---

*scilicet ad brachii crassitudinem, in modum flagellorum, loris revincta.*

(1) No se puede dudar que fuesen balas ó bolas de plomo estas *glandes*, según la explicación del griego: *μολυβδίνους τε βόλους*. Pero véase la nota de la pág. 142.

legiones. Batidas las estradas, los jefes enemigos entresacan cincuenta y cinco mil combatientes de las tropas de aquellas naciones que corrían con mayor fama de valerosas, y forman entre sí en secreto el plan de operaciones. Determinan para la empresa la hora del mediodía: y nombran por cabo de la facción á Vergasilauno Alverno; uno de los cuatro generales, pariente de Vercingetórige. Sale, pues, de los reales á prima noche, y terminada su marcha cerca del amanecer, se oculta tras del monte, y ordena á los soldados que descansen de la fatiga nocturna. Al hilo ya del mediodía, va derecho sobre los reales arriba mencionados, y á la misma hora empieza la caballería á desfilar hacia las trincheras del llano, y el resto del ejército á escuadrarse delante de sus tiendas. Vercingetórige, avistando desde el alcázar de Alesia á los suyos, sale de la plaza, llevando consigo zarzos, puntales, árganos, hoces y las demás baterías aparejadas para forzar las trincheras. Embisten á un tiempo por todas partes, y hacen todos los esfuerzos posibles. Si ven algún sitio menos pertrechado, allá se abalanzan. La tropa de los Romanos se halla embarazada con tantas fortificaciones, ni es fácil acudir á un tiempo á tan diversos lugares. Mucho contribuyó al terror de los nuestros la vocería que sintieron en el combate á las espaldas, midiendo su peligro por el ajeno orgullo. Y es así, que los objetos distantes hacen de ordinario más vehementemente impresión en los pechos humanos. César desde un alto registra cuánto pasa, y refuerza á los que peligran. Unos y otros se hacen la cuenta de ser esta la ocasión en que se debe echar el resto. Los Galos si no fuerzan las trincheras, se dan por perdidos: los Romanos con la victoria esperan poner fin á todos sus trabajos. Su mayor peligro era en los reales altos, atacados, según referimos; por Vergasilauno. Un pequeño recuesto cogido favorece mucho á los contrarios. Desde allí unos arrojan dardos; otros avanzan empabesados: rendidos unos, suceden otros

de refresco: la fagina, que todos á una echan contra la estacada, así facilita el paso á los Galos, como inutiliza los pertrechos que tenían tapados en tierra los Romanos. Ya no pueden más los nuestros, faltos de armas y fuerzas. En vista de esto, César destaca en su amparo á Labieno con seis batallones: ordénale que si dentro no puede sufrir la carga, rompa fuera arremetiendo con su gente; pero no lo haga sino á más no poder. Él mismo va recorriendo las demás líneas, esforzando á todos á que no desfallezcan; que aquel era el día y la hora de recoger el fruto de tantos sudores. Los de la plaza, desconfiando de abrir brecha en las tricheras del llano por razón de su extensión tan vasta, trepan lugares escarpados, donde ponen su armería: con un granizo de flechas derriban de las torres á los defensores; con terrones y zarzos allanan el camino; con las hoces destruyen estacada y parapetos. César destaca primero al jóven Bruto con seis batallones, y tras él al legado Fabio con otros siete. Por último, él mismo en persona, arreciándose más la pelea, acude con nuevos refuerzos. Reintegrado el combate, y rechazados los enemigos, corre á unirse con Labieno. Saca del baluarte inmediato cuatro batallones. Una parte de la caballería ordena que le siga; otra, que rodeando la línea de circunvalación, acometa por las espaldas al enemigo. Labieno, visto que ni estacadas ni fosos eran bastantes á contener su furia, juntando treinta y nueve cohortes, que por dicha (1) se le presentaron de los baluartes más cercanos, da parte á César de lo que pensaba ejecutar. César viene á toda priesa, por hallarse presente á la batalla.

No bien hubo llegado, cuando fué conocido por la vis-

---

(1) Número parece este increíble para encontrado de paso: pero así está en el texto: *coactis una de ó unde quadraginta cohortibus... quas sors obtulit*, en letra y no en cifra, porque no se piense ser yerro del amanuense. También el griego pone τριξοντα και εννέα, treinta y nueve.

losa sobreveste (4) que solía traer en las batallas: vistos también los escuadrones de caballería y el cuerpo de infantería que venía tras él por su orden (pues se descubría desde lo alto lo que pasaba en la bajada de la cuesta), los enemigos traban combate. Alzado de ambas partes el grito, responden al eco iguales clamores del vallado y de todos los bastiones. Los nuestros, tirados sus dardos, echan mano de la espadas. Déjase ver de repente la caballería sobre el enemigo. Avanzan los otros batallones: los enemigos echan á huir, y en la huída encuentran con la caballería. Es grande la matanza. Sedulio, caudillo y príncipe de los Limosines, es muerto; Vergasilauno en la fuga preso vivo: setenta y cuatro banderas presentadas á César: pocos los que de tanta muchedumbre vuelven sin lesión á los reales. Viendo desde la plaza el estrago y derrota de los suyos, desesperados de salvarse, retiran sus tropas de las trincheras. Entendido esto, sin más aguardar los Galos desamparan sus reales. Y fué cosa que á no estar los nuestros rendidos de tanto correr á reforzar los puestos y del trabajo de todo el día, no hubieran dejado hombre á vida. Sobre la media noche, destacada la caballería, dió alcance á su retaguardia prendiendo y matando á muchos: los demás huyen á sus tierras.

---

(4) Así se llama en buen romance castellano lo que hoy vulgarmente dicen *sortú*; dicción toda francesa que empalaga á los amantes del lenguaje castellano, mientras que con la misma parece paladean su *bello gusto* los pantomimos del habla francés. Lean éstos á Mariana, el *Quijote* de Cervantes y el Diccionario de la lengua, y verán si hay necesidad de mendigar y prohibir voces extrañas, teniéndolas muy propias dentro de casa. En el Diccionario se cita á Cervantes. Mariana, en el lib. III, cap. XXII de la *Historia de España*, hablando de un combate entre Polión y Sesto Pompeyo, dice así: «ayudó mucho para ganar la victoria la *sobreveste* de Polión.» También se dice *sobrevestia*.

Al otro día Vercingetórige, convocada su gente, protesta «no haber emprendido él esta guerra por sus propios intereses, sino por la defensa de la común libertad: mas ya que es forzoso ceder á la fortuna, él está pronto á que lo sacrificuen, ó dándole, si quieren, la muerte, ó entregándole vivo á los Romanos para satisfacerles.» Despachan diputados á César. Mándales entregar las armas y las cabezas de partido. Él puso su pabellón en un baluarte delante los reales. Aquí se le presentan los generales. Vercingetórige es entregado (4). Arrojan á sus piés las armas. Reservando los Eduos y Alvernos á fin de valerse de ellos para recobrar sus Estados, de los demás cautivos da uno á cada soldado á título de despojo.

Hecho esto, marcha á los Eduos, y se le rinden. Allí recibe embajadores de los Alvernos que se ofrecen á estar en todo á su obediencia. Mándales dar gran número de rehenes. Restituye cerca de veinte mil prisioneros á los Eduos y Alvernos. Envía las legiones á cuarteles de invierno. A Tito Labieno manda ir con dos y la caballería á los Secuanos dándole por ayudante á Marco Sempronio Rutilo. A Cayo Fabio y á Lucio Minucio Basilo aloja con dos legiones en los Remenses, para defenderlos de toda invasión contra los Beoveses sus fronterizos. A Cayo Antistio Regino remite á los Ambivaretos; á Tito Sestio á los Berrienses; á Cayo Caninio Rebilo á los Rodenses, cada uno con su legión. A Quinto Tulio Cicerón y á Publio Sulpicio acuartela en Chalón y Macón, ciudades de los Eduos á las riberas del Arar, para el acopio y conducción del trigo. Él determina pasar el invierno en Bibracte. Sabidos estos sucesos por cartas de César, se mandan celebrar en Roma fiestas por veinte días.

---

(4) Floro, lib. III, describe las circunstancias de esta entrega: *Ipse ille rex, maximum victoriae decus, supplex quum in castra venisset, tum et phaleras et sua arma ante Caesaris genua proiecit. Habes, inquit, sortem unam, vir fortissime. Vicisti.*



# LIBRO OCTAVO

ESCRITO POR

AULO HIRCIO

---

## PRÓLOGO

Movido de tus instancias continuas, Balbo, pues te parece que mi porfiada resistencia no tanto se dirigía á excusar la dificultad, como la flojedad mía, he entrado en un empeño sumamente difícil. He compuesto un Comentario de los hechos de nuestro César en las Galias, no comparable á sus escritos antecedentes y posteriores; y he formado otro, bien que imperfecto, de los sucesos de Alejandría hasta el fin, no de la disensión civil que este hasta ahora no le vemos, sino de la vida de César. Los cuales ojalá sepan los que los leyeren cuán contra mi voluntad he emprendido escribirlos, para que más fácilmente me absuelvan del crimen de necio y arrogante en haberme interpolado con los escritos de César. Porque es constante entre todos, que no se halla obra de alguno escrita con todo el trabajo y esmero posible, que no quede oscurecida á vista de la elegancia de estos comentarios: los cuales se han publicado para que los escritores tuviesen noticia de tales sucesos; y han merecido tanta estimación en la opinión de todos, que no parece dan facultad á los autores, sino que se la quitan, para escribir sobre ellos una histo-

ria. Acerca de lo cual es mucho mayor la admiración mía, que de los demás. Porque los otros saben al cabo con cuánta elegancia y pureza están escritos; pero yo fui testigo de cuán pronta y fácilmente los concluyó. Tenía César, no sólo una suma facilidad y elegancia en el escribir, sino también una rara habilidad para explicar sus pensamientos. Además no tuve yo la suerte de hallarme en la guerra de Africa, ni en la de Alejandría; de las cuales, aunque en mucha parte tuve noticia por conversaciones del mismo César; con todo, con diferente impresión oímos aquellos hechos que nos preocupan con la novedad, ó la admiración, de aquella con que referimos los sucesos como testigos de vista. Mas cuando voy recogiendo todas las razones de excusarme de ser puesto en paralelo con César, caigo en este mismo delito de arrogancia de pensar, que á juicio de algunos pueda yo ser comparado con él. Adiós.

---



## CAPÍTULO PRIMERO.

Reprime César un nuevo levantamiento, primero en Berry, y después en Chartrain.

Sujeta toda la Galia, no habiendo interrumpido César el ejercicio de las armas en todo el verano antecedente, y deseando que descansasen las tropas de tantos trabajos en los cuarteles de invierno, tuvo noticia de que muchas naciones trataban de renovar la guerra á un mismo tiempo, y conjurarse para este fin. De lo cual se decía que verosímilmente sería la causa el haber conocido los Galos, que ni con la mayor multitud junta en un lugar se podía resistir á los Romanos; pero si á un tiempo muchas provincias les declarasen diversas guerras, no tendría su ejército bastantes auxilios, ni tiempo ni gente para acudir á todas partes. Y así ninguna ciudad debía rehusar la suerte de la incomodidad, si con esta lentitud podían las demás recobrar su libertad.

Para que no se confirmase la opinión de los Galos, dejó César el mando de los cuarteles de invierno al cuestor M. Antonio, y marchó con la caballería el último día de Diciembre de la ciudad de Autun á juntarse con la legión trece, que internaba no lejos de los términos de Autun, y le añadió la undécima, que era la más inmediata. Dejó dos cohortes para resguardo del equipaje, y marchó con el resto del ejército á la fertilísima campaña de Berry; cuyos moradores, como tenían espaciosos términos y muchas ciu-

dades, no podían ser contenidos con una sola legión de hacer prevenciones de guerra, y conspiraciones con este intento.

Sucedió con la repentina llegada de César lo que era preciso á gente desprevenida y desparramada; que estando cultivando los campos sin temor alguno, fueron sorprendidos por la caballería, antes que pudiesen refugiarse á las poblaciones. Porque aun aquella ordinaria señal de sobrevair el enemigo, que acostumbra á hacerse entender por los incendios de los edificios, había sido prohibida con orden formal de César, para que no le faltase abundancia de pasto y trigo, si acaso pasaba más adelante, ni los enemigos se amedrentasen con los incendios. Atemorizados los de Berry con la presa de muchos millares de hombres, los que pudieron escapar de la primera entrada de los Romanos se acogieron á las ciudades circunvecinas, ó fiados en los privados hospedajes, ó en la sociedad de los designios. Mas fué en vano; porque haciendo César marchas muy largas, acudió á todas partes, sin dar tiempo á ninguna ciudad de mirar antes por la salud y conservación ajena que por la suya propia; con cuya prontitud mantuvo en su fidelidad á los amigos, y con el terror obligó á los dudosos á las condiciones de la paz. Propuesta esta, y viendo los de Berry que la clemencia de César les abría camino para volver á su amistad, y que las ciudades de su comarca habían sido admitidas sin otra pena que haberle dado rehenes, hicieron ellos lo mismo.

César, á vista de la constancia con que los soldados habían tolerado tan grandes trabajos, siguiéndole con tan buen deseo en tiempo de hielos por caminos muy trabajosos, y con unos fríos intolerables, prometió regalarlos con doscientos sextercios á cada uno, y dos mil denarios á los centuriones con título de presa, y enviadas las legiones á sus cuarteles, se volvió á Autun á los cuarenta días que había salido. Estando aquí administrando justicia, llegaron

comisionados de Berry á pedirle socorro contra los de Chartres, quejándose de que les habían declarado la guerra. Con cuya noticia, sin haber sosegado más que diez y ocho días, mandó salir á las legiones décimacuarta y sexta, que invernan sobre el Saona, de las cuales se dijo en el libro anterior que estaban destinadas aquí para facilitar las provisiones de víveres. Con estas legiones partió á castigar el atrevimiento de los Chartreses.

Llegada á los enemigos la fama del ejército, y temiendo iguales daños que los otros, desamparando las poblaciones que habitaban, en que por necesidad habían levantado unas pequeñas chozas y cabañas para guarecerse del frío (porque recién conquistados habían perdido muchas de sus ciudades), dieron á huir por diversas partes. César, que no quería exponer sus tropas á los rigores de la estación que amenazaba entonces, puso su real sobre Orleáns, ciudad de Chartrain, y alojó parte de los soldados en las casas de los Galos, parte en las covachas que hicieron de pronto con la paja recogida para cubrir las tiendas; pero á la caballería é infantería auxiliar despachó por todos aquellos parajes por donde se decía que habían escapado los enemigos; y no en vano, pues volvieron casi todos cargados de presa. Oprimidos los Chartreses por el rigor del invierno y el miedo del peligro, echados de sus casas, sin atreverse á permanecer en un paraje mucho tiempo, ni poderse refugiar al amparo de las selvas por la crueldad del temporal, dispersos, y con pérdida considerable de los suyos, se fueron repartiendo por las ciudades comarcanas.

César, considerando el rigor de la estación, y teniendo por bastante deshacer estos cuerpos de tropas, para que no se originase algún nuevo principio de guerra; y conociendo cuanto alcanzaba con la razón, que no se podía mover empresa considerable para el verano, puso á C. Trebonio en el cuartel de Orleáns con las dos legiones que tenía consigo.

## CAPITULO II.

Levantamiento del Bovesis: escaramuzas ecuestres con los  
Cesarianos.

Noticioso por frecuentes avisos de Rheims que los del Bovesis, señalados entre todos los Galos y Belgas en la gloria militar, y las ciudades de su comarca prevenían ejército y se juntaban en sitio señalado, teniendo por caudillos á Correo, natural del Bovesis, y á Comio de Arras, para hacer una entrada con toda se gente en las tierras de Soisóns, de la jurisdicción de Rheims; y juzgando que importaba no sólo á su reputación, sino á su propio interés que los aliados beneméritos de la república no recibiesen daño alguno, volvió á sacar de los cuarteles de invierno á la legión undécima, escribió á C. Fabio que se fuese acercando á Soisóns con las dos que tenía, y envió á pedir á Labieno una de las que estaban á su mando. De esta manera, cuanto lo permitía la inmediateción de los cuarteles y el presupuesto de la guerra, repartía el cargo de ella alternativamente á las legiones, sin descansar él en ningún tiempo.

Juntas estas tropas, marchó la vuelta del Bovesis; y habiendo acampado en sus términos, destacó varias partidas de caballos á diversas partes, que hiciesen algunos prisioneros de quienes informarse de los designios de los enemigos. Hicieron éstos su deber, y volvieron diciendo que habían hallado muy poca gente en las poblaciones, y ésta no que hubiese quedado por causa del cultivo de los campos, pues se habían retirado con diligencia de toda la comarca,

sino que eran enviados como espías. A quienes preguntando César dónde estaba la multitud de los Boveses, ó cuál era su designio, halló que todos los que podían tomar las armas habían formado un cuerpo, y con ellos los de Amiéas, de Maine, de Caux, de Roan y Artois, y elegido para su real una eminencia rodeada de una laguna embarazosa: que habían retirado todo el equipaje á los montes más apartados: que eran muchos los capitanes de aquella empresa, pero que toda la multitud obedecía á Correo, por haber entendido era el que más odio mostraba al Pueblo Romano: que pocos días antes había marchado Comio de este campo á traer tropas auxiliares de sus vecinos los Germanos, cuya multitud era infinita: que tenían determinado los del Boveis, por consentimiento de los cabos principales y con gran contento de la plebe, en caso de venir César, como se decía, con tres legiones, presentarle desde luégo la batalla, para no verse después precisados á pelear con menos ventaja con todo el resto de su ejército; pero si traía mayores tropas, permanecer en el puesto que habían tomado, y con emboscadas estorbar á los Romanos el forraje, escaso y disperso por la estación, y las provisiones de víveres.

Hechas estas averiguaciones, por convenir muchos en lo mismo, y viendo que las resoluciones que le proponían estaban llenas de prudencia y muy distantes de la temeridad de gentes bárbaras, pensó todos los medios posibles para que menospreciando los enemigos el corto número de su gente, saliesen á campo raso. Tenía consigo las legiones sétima, octava y nona, las más veteranas y de singular valor; la undécima, de grandes esperanzas, compuesta de mozos escogidos, que llevando ya cumplidos ocho años de servicio, con todo no había llegado aún á igual reputación de valiente y veterana. Y así, convocada una junta, y expuestas en ella todas las noticias adquiridas, aseguró los ánimos de los soldados: y por si podía atraer á los enemi-

gos á la batalla con el número de las tres legiones, ordenó el ejército en esta forma. Hizo marchar delante del equipaje á las legiones sétima, octava y nona, después todo el equipaje (que no era considerable, como suele en tales expediciones), al cual cerrase la legión undécima para no darles apariencia de mayor número que el que ellos habían pedido. Ordenado así el ejército, casi en forma de cuadro, llegó á la vista de los enemigos antes de lo que pensaban.

Viendo ellos que se acercaban las tropas en ademán de pelear, aunque se le había dado á entender á César su mucha confianza en sus designios, ó por el peligro de la batalla, ó por la llegada repentina, ó por esperar nuestra resolución, ordenó sus haces delante de los reales sin apartarse de la eminencia. César, aunque había deseado venir á las manos, con todo, admirado de la multitud de los enemigos, acampó enfrente de ellos, dejando en medio un valle más profundo que de grande espacio. Mandó fortalecer sus reales con un muro de doce pies, y á proporción de esta altura fabricar un parapeto. Asimismo que se hiciesen dos fosos de quince pies de profundidad, tan anchos por arriba como por abajo: que se levantasen varias torres de tres altos, unidas con puentes y galerías, cuyas frentes se fortaleciesen con un parapeto de zarzos, para que fuese rechazado el enemigo por dos órdenes de defensores, uno que disparase sus flechas de más lejos, y con mayor atrevimiento desde las galerías, cuanto estaba más seguro en la altura; y el otro más cercano al enemigo en la trinchera se cubriese con los puentes, de sus flechas; y a todas las entradas hizo poner puertas y torres muy altas.

Dos eran las intenciones de esta fortificación: con tan grandes obras, y la sospecha de temor esperaba aumentar la confianza de los bárbaros; y habiéndose de ir lejos por el forraje y viveres, se podrian defender los reales con menos gente. Entre tanto, adelantándose muchas veces algunos soldados de una y otra parte, se peleaba sobre una

laguna que había en medio, la cual pasaban á veces nuestras partidas, ó las de los Galos y Germanos, persiguiendo con más ardor á los enemigos, y á veces la pasaban ellos retirando á los nuestros. Además sucedía diariamente en los forrajes (como era preciso yéndose á buscar á los edificios raros y dispersos) que desparramados los que le buscaban en parajes quebrados, eran cercados: cosa que aunque de poco daño para los nuestros, de caballerías y esclavos, con todo no dejaba de levantar los necios pensamientos de los bárbaros; y más habiendo venido Comio, de quien dijimos había ido por socorros á Germania, con una partida de caballos, que aunque no eran más que quinientos, bastaban para hincharlos con el socorro de los Germanos.

Viendo César que se mantenía el enemigo mucho tiempo en sus reales fortificados con una laguna, y en sitio ventajoso por naturaleza, y que no podía asaltarlos sin un choque peligroso, ni cercar el sitio con obras, sin un ejército más numeroso; escribió á C. Trebonio que lo más pronto que pudiese llamase á sí la legión décimatercia, que internaba en Berry al mando del lugarteniente T. Sextio, y viniese á largas marchas á incorporarse con él con tres legiones. Entretanto, destacaba todos los días la caballería de Rheims y Langres, y de las demás naciones, de que tenía un número considerable, de escolta á los forrajeadores, para que contuviesen las correrías repentinas de los enemigos.

Como esto se hiciese todos los días, y con la costumbre, como suele suceder, se fuese disminuyendo la diligencia, dispusieron los del Bovesis una emboscada con un trozo de infantería escogida, habiendo advertido de antemano donde solían apostarse nuestros caballos; y enviaron allí mismo su caballería al día siguiente, para sacar primero á los nuestros al lugar de la emboscada, y acometerlos después cogiéndolos en medio. Esta desgracia cayó sobre la

caballería de Rheims, á quien tocó aquel día resguardar á los forrajeadores. Porque advirtiendo de pronto la de los enemigos, y despreciándolos por verse superiores en número, los siguieron con demasiado ardor, y fueron cercados por la infantería emboscada. Con cuyo hecho perturbados, se retiraron más presto de lo acostumbrado en las batallas de á caballo con pérdida de su general Vertisco, sujeto muy principal de su estado. El cual, pudiendo apenas manejar el caballo por su avanzada edad, con todo, según la costumbre de la nación, ni se había excusado de tomar el mando, ni permitido que se pelease sin su presencia. Se hincharon y levantaron más los ánimos de los enemigos con la prosperidad de la batalla, y la muerte de una persona tan principal como el general de la caballería de Rheims; y los nuestros fueron avisados con aquel daño para apostarse examinando antes los parajes con más diligencia, y seguir con más moderación las retiradas de los enemigos.

Con todo no cesaban las diarias escaramuzas á vista de uno y otro campo en los vados y pasos de la laguna. En una de ellas los Germanos que César había traído para pelear mezclados con nuestros caballos, habiendo pasado todos la laguna con gran tesón, y muerto á algunos que les quisieron hacer frente, y persiguiendo con denuedo á todo el resto de la multitud, se amedrentaron de suerte, no sólo los oprimidos de cerca ó heridos desde lejos, sino los que á más distancia solían acudir de refuerzo, que huyeron vergonzosamente, sin dejar de correr, perdiendo siempre las alturas que ocupaban, unos hasta meterse dentro de sus reales, y otros mucho más lejos movidos de su propia vergüenza. Con cuyo riesgo llegaron á cobrar tal miedo todas las tropas, que apenas se podía discernir si eran más insolentes en las cosas favorables y muy pequeñas, que pusilánimes en las adversas de alguna mayor consideración.



## CAPÍTULO III.

**Fuga y otra batalla adversa de los Boveses.— Muerte de su general Correo, y conclusión de la guerra.**

Pasados muchos días en los reales, y noticiosos los generales de los enemigos que se acercaban las legiones y el lugarteniente C. Trebonio, temiéndose un cerco semejante al de Alesia, despacharon una noche á los que por sus años, debilidad ó falta de armas eran menos á propósito para la guerra, y enviaron con ellos el resto de los equipajes: cuyo perturbado y confuso escuadrón mientras se dispuso á la marcha (pues aunque marchen estas gentes á la ligera, les sigue siempre una gran multitud de carros), sobreviniendo la luz del día, formaron algunas tropas al frente de los reales, no fuese que los Romanos salieran en su seguimiento antes que se adelantase el equipaje. Pero ni César tenía por conveniente provocarlos, cuando se defendían desde una cuesta muy alta, ni tampoco dejar de acercar las legiones, hasta no poder retirarse los bárbaros de aquel puesto sin recibir algún daño. Y así, visto que la laguna embarazosa separaba un campo de otro, cuya dificultad podía estorbar la prontitud de seguirles el alcance, y que el collado, pegado al real enemigo á espaldas de la laguna, estaba también separado de los suyos por un mediano valle; echando puente sobre la laguna, pasó las legiones del otro lado, y tomó prontamente el llano de encima del collado, que con suave declivio estaba fortalecido por los lados. Ordenadas aquí las legiones, subió á lo alto de la cuesta, y

sentó su real en un paraje desde donde con máquitas podían herir las flechas al enemigo.

Confiando los bárbaros en la situación de su campo, y no rehusando pelear si los Romanos intentaban subir la cuesta, pero no atreviéndose á echar partidas separadas por no ser sorprendidos hallándose dispersos, se estuvieron quietos. César, vista su pertinacia, previno veinte cohortes, señaló el espacio para los reales, y mandó que se fortaleciesen. Concluida la obra, formó las legiones en batalla al frente de la trinchera, y dió orden de tener los caballos aparejados en sus puestos. Viendo los enemigos dispuestos á los Romanos para perseguirlos, y no pudiendo pernoctar, ni permanecer más tiempo en aquel paraje sin vitualla, tomaron para retirarse esta resolución. Fueron pasando de mano en mano delante del campamento todos los haces de paja y fagina sobre que estaban sentados los reales, y de que tenían gran copia (pues como se ha dicho en los libros anteriores, así lo acostumbraban), y dada la señal al anochecer, á un tiempo les pusieron fuego. Así extendida la llama, quitó todas las tropas de la vista de los Romanos, lo cual hecho, dieron á huir con gran prisa.

César, aunque no podía distinguir la fuga de los enemigos por el estorbo de las llamas, con todo, sospechando que habrían tomado aquella resolución para escaparse, adelantó las legiones, y echó delante algunas compañías de caballos que los siguiesen. Él marchaba más despacio temiendo alguna emboscada por si permanecía el enemigo en el mismo puesto y pretendía llamar á los nuestros á algún desfiladero. Los de á caballo temían penetrar por el humo y por las llamas muy espesas; y si algunos más animosos penetraban, como apenas viesan las cabezas de sus propios caballos, temerosos de alguna celada, dieron á los enemigos oportunidad para ponerse en salvo. De esta manera con una fuga llena de temor y astucia, habiendo caminado sin estorbo no mas que diez millas, sentaron su real en un

puesto muy ventajoso. Desde allí, poniendo muchas veces en celada ya la infantería, ya la caballería, hacían mucho daño á los nuestros en los forrajes. Como esto sucediese con frecuencia, supo César, por un prisionero, que Correo, general de los enemigos, había escogido seis mil infantes de los más esforzados, y mil caballos de todo el resto de su gente para armar una celada en cierto paraje, adonde creía que enviarían los Romanos á hacer forraje, porque le había en abundancia. Sabido este designio, sacó César más legiones de las que acostumbraba, y echó delante la caballería, según solía enviarla para escolta de los forrajeadores. Puso entre ellos algunas partidas de tropa ligera, y se acercó lo más que pudo con las legiones.

Los enemigos puestos en la emboscada eligieron para lograr el golpe un lugar que sólo se extendía hasta mil pasos, fortalecido alrededor con selvas muy embarazosas y con un río muy profundo, y le cercaron todo. Los nuestros, averiguada la intención de los enemigos, prevenidos de armas y valor para la batalla y no rehusando peligro alguno, por saber que los seguían las legiones, llegaron al paraje en varias partidas. Con su venida pensó Correo que se le había ofrecido la ocasión del logro de su empresa; y así se mostró á lo primero con poca gente, y arremetió á las partidas que tenía más inmediatas. Los nuestros sufrieron constantemente el ataque de los emboscados, sin juntarse el mayor número, como sucede en los choques de á caballo; así por algún temor, como por el daño que se recibe de la misma multitud de la caballería.

Como ésta pelease á pelotones, dispuestas alternativamente las compañías, sin permitir que los cercasen por los lados, salió corriendo todo el resto de las selvas con el mismo Correo á su frente. Trabóse la batalla muy reñida, la cual mantenida largo rato sin conocida ventaja, se dejó ver poco á poco la multitud de infantería en forma de batalla, la cual obligó á retirarse á nuestra caballería; pero

acudió presto á su socorro la infantería ligera, que dijo había marchado delante de las legiones, y peleaba con grande esfuerzo entreverada con los caballos. Peleóse algún tiempo con igual resistencia: mas después, como el lance lo pedía de suyo, los que sostuvieron los primeros encuentros de la emboscada, por esto mismo eran superiores, porque aunque fueron cogidos de sobresalto, no habían recibido daño alguno. Entre tanto se iban acercando ya las legiones, y á un mismo tiempo llegaban frecuentes avisos á los nuestros y á los enemigos de que se acercaba el General con todo el resto del ejército. Con esta noticia confiados los nuestros con el socorro de las legiones, peleaban con grande esfuerzo, para que no se creyese que por descuido comunicaban la gloria con el ejército. Los enemigos cayeron de su estado, y por diversos caminos buscaban la fuga en vano, pues se veían cercados en las mismas dificultades en que habían pretendido encerrar á los nuestros. Al fin, vencidos, derrotados y perdida la mayor parte, hufan consternados por donde los llevaba la suerte, parte á guarecerse de las selvas, parte á escapar por el río, los cuales acabaron de perecer en la fuga, siguiendo el alcance porfiadamente los nuestros. Correo sin embargo, no pudiendo ser vencido de la calamidad, ni reducido á salir de la batalla y esconderse en las selvas, ni á rendirse, como le instaban los nuestros, peleando valerosamente, y hiriendo á muchos, obligó al cabo á los vencedores á que, airados de su obstinación, le atravesasen de una multitud de flechas.

Con este suceso siguió César los pasos de la victoria; y creyendo que desmayados los enemigos con la codicia de esta derrota, desampararían sus reales, que se decía distaban sólo ocho millas de donde había pasado la refriega, aunque veía el embarazo del río, con todo pasó adelante con su ejército. Los del Bovesis y sus aliados, habiendo recogido muy pocos de los suyos, y éstos maltratados y

heridos, que evitaron la muerte al favor de las selvas, viendo las cosas tan contrarias, informados de la calamidad, muerto Correo, perdida la caballería, y la mejor parte de la infantería, y creyendo que vendrían sobre ellos los Romanos, convocada una junta al són de las trompetas, clamaron todos á una voz que se enviasen comisionados y rehenes á César.

Aprobada por todos esta resolución, Comio se pasó huyendo á aquellos pueblos de Germania de quienes había recibido auxilios para esta guerra. Los demás sin detención enviaron diputados á César, pidiéndole: «Se contentase con aquel castigo, que aun pudiendo y sin haber abatido sus fuerzas con la victoria, nunca se le impondría tal por su clemencia y humanidad: que había quedado desbaratado su poder con la batalla ecuestre; habían perecido muchos millares de gente escogida de infantería, quedando apenas quienes les llevasen la infausta noticia; pero que con todos estos males le aseguraban haber conseguido un gran bien en que Correo, autor de aquel levantamiento, y alborotador de la muchedumbre, hubiese quedado sepultado en sus ruinas; pues nunca en vida de él había podido tanto en la ciudad el Senado como la necia plebe.»

Hecha esta súplica por los diputados, les trajo César á la memoria: «Que el año pasado ellos y todas las demás provincias de la Galia habían emprendido á un mismo tiempo la guerra; pero ningunos permanecieron en su resolución con tanta obstinación como ellos; no habiéndose querido reducir á la razón y cordura con la entrega y rendición de los demás: que sabía y entendía muy bien con cuánta facilidad se atribuyen las causas de los yerros á los muertos; pero que nadie era tan poderoso que con el flaco ejército de la plebe fuese capaz de emprender y sostener una guerra contra la voluntad de los principales, contradiciéndolo el Senado, y oponiéndose todos los fue-

»nos. Mas con todo eso él quedaría satisfecho con aquel castigo que ellos mismos se habían acarreado.»

A la noche siguiente volvieron los diputados con la respuesta á los suyos, y sin más detención aprontaron los rehenes. Concurrieron allí mismo los comisionados de otras ciudades que observaban el éxito de los Boveses, trajeron sus rehenes, y obedecieron las órdenes que se les dieron, menos Comio, á quien el temor no dejaba fiar de nadie su persona. Porque estando César el año antes administrando justicia en Lombardia, averiguó Labieno que este Comio solicitaba las ciudades, y tramaba una conjuración contra César; por lo cual, creyendo que sin injusticia podía oprimir su perfidia, y que aunque le llamase á sus reales, no vendría; por no hacerle más cauto por otros medios, envió á C. Voluseno Cuadrato, que con pretexto de alguna conferencia procurase matarle, para cuya empresa le dió unos centuriones escogidos. Habiendo venido á la plática, y tomado la mano á Comio, que era la seña acordada, uno de los centuriones, como irritado de la familiaridad tan poco usada, arremetiendo á él, le dejó mal trecho de la primer cuchillada que le descargó en la cabeza, aunque no acabó de matarle, porque se lo estorbáron prontamente los que le acompañaban. Unos y otros sacaron las espadas, pensando no tanto en ofenderse como en huir, los nuestros por creer que era mortal la herida de Comio, y los Galos porque, conocida la traición, temían más de lo que veían. Con esto se dijo que Comio había hecho propósito de no ponerse jamás delante de ningún Romano.

## CAPÍTULO IV.

Vence Fabio á Dumnaco, general de Agen, sobre el Loire.

Debeladas estas gentes tan belicosas, y viendo César que no quedaba ya nación que pudiese romper la guerra para oponérsele, pero que todavía se salían algunos de los pueblos y huían de los campos para evitar el yugo del imperio, determinó repartir el ejército en diversas partes. Incorporó consigo al cuestor M. Antonio con la legión undécima. Despachó al lugarteniente C. Fabio con veinticinco cohortes á una parte de la Galia más distante, porque tenía noticia que estaban todavía en armas algunas ciudades de ella, y creía que Caninio Rebitio, que mandada en aquel paraje, no tenía muy seguras las dos legiones de su cargo. Llamó á sí á T. Labieno, y envió la legión duodécima que éste había mandado en la internada á Lombardia, para defensa de las colonias romanas, y que no las sucediese una desgracia igual á la que acaeció el verano anterior á los pueblos de Istria, que fueron sorprendidos de una inundación y pillaje repentino de los bárbaros. Él marchó á talar y destruir las tierras de Ambiorix, el cual andaba atemorizado y fugitivo; y desconfiando de reducirle á su obediencia, creía que era lo más conveniente á su reputación abrasar de tal manera sus tierras, haciendo todo el daño posible en los hombres, en los ganados y en los edificios, que cayendo en odio de los suyos, si algunos amigos le había dejado la fortuna, no tuviese acogida en su país por haberle causado tantas calamidades.

Extendidas por sus tierras ó las legiones, ó las tropas auxiliares, asolado todo con muertes, incendios y robos, matando y cautivando muchas gentes, envió á Labieno contra Tréveris con dos legiones, cuyos moradores, ejercitados en continuas guerras por la inmediación á Germania, no se diferenciaban mucho de los Germanos en su grosería y fiereza, ni obedecían jamás á las órdenes sino obligados por fuerza de armas.

En este intermedio, informado el teniente general C. Caninio por cartas y avisos de Duracio de que se había congregado una gran multitud de gente en los términos de Poitou, el cual, aun rebelada una parte de su estado, se había mantenido siempre fiel á la amistad del Pueblo Romano; marchó la vuelta de la ciudad de Potiers. Cuando ya estaba cerca, sabiendo con certeza de los cautivos que, encerrado en ella Duracio, era combatido por muchos millares de hombres á las órdenes de Dumnaco, general de Agen, y no atreviéndose á oponer sus legiones debilitadas á los enemigos, sentó su real en un sitio fuerte por naturaleza. Informado Dumnaco de que se acercaba Caninio, dirigió todas sus tropas contra los Romanos, resuelto á atacar su campo. Después de consumidos muchos días en este intento, sin haber podido forzar parte alguna de las fortificaciones, volvió otra vez al cerco de Potiers.

A este tiempo, el lugarteniente Fabio redujo muchas ciudades á la obediencia, las aseguró con rehenes, y fue avisado por cartas de Caninio de lo que pasaba en Poitou; con cuya noticia se puso en marcha para socorrer á Duracio. Dumnaco, que supo la venida de Fabio, desconfiando de su salud, si á un mismo tiempo se veía en precisión de resistir al ejército de Fabio, al enemigo de afuera, y estar atento, y recelarse de los sitiados; levantó al momento el campo, y aun no se tuvo por seguro si no pasaba con sus tropas el Loire, que por su profundidad tenía construido puente. Fabio, aunque no había llegado á avistar al enemi-



go, ni incorporádose con Caninio; con todo, guiado por gentes prácticas de la tierra, creyó más bien que amedrentados los enemigos se encaminarían á aquel paraje adonde, con efecto, se enderezaban. Así dirigió su marcha al mismo puente, y dió orden á la caballería que se adelantase á las legiones, tanto cuanto pudiese volver á los mismos reales sin cansar los caballos. Alcanzó nuestra caballería, conforme á la orden, y acometió al ejército de Dumnaco; y dando sobre la marcha, en los temerosos y fugitivos con el peso de sus cargas, mató una gran parte y se apoderó de mucha presa. Con esto, logrado el golpe, se retiró á los reales.

La noche siguiente echó Fabio delante la caballería, dispuesta para pelear y estorbar la marcha hasta que él llegase. Para que se ejecutase la acción según sus ordenes, Q. Acio Varo, general de la caballería, varón de singular valor y prudencia, animó á su gente; y habiendo alcanzado el ejército enemigo, dispuso parte de los suyos en puestos ventajosos, y con otra parte dió la batalla. Hizo alto animosamente la caballería enemiga sostenida de toda la infantería, formada con todo el resto para dar socorro á los suyos. Trabóse la batalla con gran denuedo; porque los nuestros, despreciando al enemigo, á quien habían vencido el día antes, y en la confianza de que venían detras las legiones, con el pundonor de no ceder, y la codicia de acabar por sí la acción, pelearon contra la infantería con el mayor esfuerzo: y los enemigos, creyendo que no se les juntarían más tropas como el día anterior, juzgaban se les había venido á las manos la ocasión de deshacer del todo nuestra caballería.

Duraba algún tiempo el choque muy porfiado, y preparaba Dumnaco la infantería para que sirviese de refuerzo á los suyos, cuando llegaron de repente las legiones formadas á la vista de los enemigos. Con su vista, desbaratadas las compañías de á caballo, amedrentadas las de á pie, y

perturbado el escuadrón del convoy, con gran grita y carrera se pusieron en fuga. Entonces nuestra caballería, que había peleado antes con tanto valor contra los que le hacían frente, animados con la alegría de la victoria, y levantando una grande algazara, partieron en seguimiento de los fugitivos, y mataron cuantos las fuerzas de los caballos pudieron alcanzar y los brazos descargar golpes. Así, muertos más de doce mil hombres, unos armados, otros que de miedo habían arrojado las armas, se tomó todo el equipaje.

---

## CAPITULO V.

Rinde Fabio á Chartrain y las ciudades armóricas; y Caninio á Lucterio y Drapes junto á Cahors.

Después de esta derrota, se supo que Drapes de Sens (el cual luego que se rebeló la Galia, recogiendo la gente perdida de todas partes, llamando á la libertad á los esclavos, convidando á los desterrados de todas las ciudades, y admitiendo á los ladrones, había robado varias veces nuestros convoyes y vituallas) se encaminaba á la provincia con solos dos mil hombres recogidos de la fuga, y se había unido con él Lucterio de Cahors, de quien se dijo en el libro anterior que había intentado hacer una entrada en la provincia en el primer levantamiento de la Galia. Marchó en su seguimiento el lugarteniente Caninio con dos legiones, no fuese que con el miedo ó daños de la provincia, se recibiese una infamia grande por los latrocinios de aquella gente perdida.

Cayo Fabio con el resto del ejército marchó la vuelta de Chartrain y de las demás ciudades de donde sabía se habían sacado tropas para la batalla en que fué Dumnaco derrotado, no dudando hallarlas más sumisas por la reciente pérdida; pero que si se les daba lugar y tiempo, podrían volverse á levantar á intancias del mismo Dumnaco. Acompañó á Fabio una suma presteza y felicidad para recobrarlas. Porque los de Chartrain, que muchas veces maltratados, jamás habían hecho mención de paz, dándole rehenes, vinieron á rendirse; y las demás ciudades sitas en los últimos confines de la Galia, junto á las orillas del Océano

que se llaman arnóricas, movidas de la autoridad de los de Chartres, con la venida de Fabio y las legiones, al punto obedecieron la ley. Dumnaco, desterrado y fugitivo de su país, solo y oculto, se vió precisado á huir á los últimos rincones de la Galia.

Pero Drapes y Lucterio, sabiendo que venían sobre ellos las legiones y Caninio, desconfiando de poder entrar en la provincia persiguiéndolos el ejército, y perdida la disposición de andar salteando y robando libremente, hicieron alto en la campaña de Querey; donde habiendo sido Lucterio hombre de mucho poder entre sus ciudadanos cuando se hallaban las cosas de mejor semblante, y alcanzado siempre grande autoridad por favorecedor de novedades, ocupó con sus tropas y las de Drapes la ciudad de Cahors, que había antes estado bajo su protección, muy fuerte por su situación, y atrajo á su partido á los ciudadanos.

Vino prontamente sobre ella C. Caninio; y viendo que por todas partes estaba muy fortalecida con unas peñas cortadas, adonde, aun sin otra resistencia, era muy difícil que subiese gente armada; y observando el grande equipaje de los ciudadanos, el cual si intentasen retirar con una fuga secreta, no sólo no podrían escaparse de la caballería, pero ni aun de las legiones; dividió en tres trozos sus cohortes, y formó tres campamentos en un sitio muy elevado; desde donde poco á poco, según lo permitía el número de sus tropas, empezó á tirar una línea de contravalación alrededor de la plaza.

Advertido esto por los de adentro, y solícitos con la memoria tristísima de Alesia, temiendo semejante suceso del cerco, y aconsejando más vivamente Lucterio que había probado aquella fortuna, que se cuidase de la provisión de trigo; determinaron de común acuerdo dejar allí una parte de sus tropas, y salir ellos con toda prontitud á conducir vitualla. Aprobado este parecer, la noche siguiente, dejando dos mil soldados, salieron Lucterio y Drapes con el

resto de la ciudad. En pocos días acopiaron gran cantidad de trigo en el país de Quercy, que en parte deseaban ayudarlos con esta provisión, y tampoco podían estorbar que lo tomasen. Algunas veces con salidas de noche acometían á nuestros fuertes. Por lo que se detuvo Caninio en rodear toda la plaza con fortificaciones, no fuese que ó no pudiese defender las obras hechas, ó se viese precisado á pouer débiles presidios en muchas partes.

Acopiada gran provisión de trigo, hicieron alto Drapes y Lucterio á diez millas de la plaza, desde donde pensaban conducir poco á poco el trigo. Repartieron entre sí la ocupación, de manera que Drapes quedó de guarnición en los reales con parte de las tropas, y Lucterio conducía á la plaza una porción de caballerías cargadas. Dispuestas por allí ciertas guarniciones, acerca de las cuatro de la mañana empezó á conducir el trigo por caminos montuosos y estrechos. Cuyo estrépito sentido de nuestras centinelas, y enviados batidores que trajesen noticia de lo que pasaba, salió Caninio prontamente con las cohortes de los castillos inmediatos, y al amanecer dió sobre los conductores. Estos, atemorizados del acontecimiento repentino, huyeron á sus escoltas; las cuales cuando fueron vistas de los nuestros, movidos con vehemencia contra ellas, no permitieron que se hiciese un prisionero de todos ellos. Escapó Lucterio con unos pocos, sin atreverse á parar en los reales.

Logrado este golpe, supo Caninio de los cautivos que parte de las tropas estaban con Drapes en los reales á distancia de diez millas. Confirmado lo cual por otros muchos, y entendiendo que puesto en fuga el uno de los dos capitanes, fácilmente podrían ser desbaratados los demás con el miedo, juzgaba gran fortuna el que nadie se hubiese retirado á los reales que llevase á Drapes la noticia de la rota primera. Mas como no veía riesgo en hacer la experiencia, envió delante á los reales del enemigo toda la caballería, y la infantería germana, que es de una ligereza

increíble. Repartió una legión por su campo, y partió con la otra á la ligera. Cuando estaba ya cerca del enemigo, supo por los corredores que, conforme á la costumbre de los bárbaros, habían éstos sentado su real á las orillas del río, abandonando las alturas, y que los Germanos y nuestra caballería, cogiéndolos de improviso se habían echado sobre ellos y trabado la batalla. Con esta noticia encaminó hacia aquel paraje la legión en orden de batalla; y así de repente, dando señal en todas partes, se tomaron todas las alturas. Lo cual hecho, los Germanos y la caballería, viendo las insignias de la legión, pelearon con gran denuedo. Al punto acometieron las cohortes por todas partes; y muertos todos, ó hechos prisioneros, se apoderaron de la presa, que era cuantiosa, y quedó el mismo Drapes prisionero.

Caninio, logrado el lance felicísimamente, sin tener apenas un hombre herido, volvió á cercar á los ciudadanos, y deshecho el enemigo de afuera, cuyo temor le habia estorbado el aumento de sus presidios y la contravalsación de la plaza, dió orden de que por todas partes se adelantasen las obras. Al día siguiente llegó C. Fabio con sus tropas, y tomó á su cargo el ataque de una parte de la ciudad.

---

## CAPÍTULO VI.

Condena César á muerte á Guturvato.—Entrégase Cahors por falta de agua.

En este intermedio dejó César en el Bovesis al cuestor M. Antonio con quince cohortes, para que no les quedase otra vez disposición de alterar las cosas y mover la guerra. Visitó las otras ciudades, las hizo aprontar muchos rehenes, y aseguró y consoló todos los ánimos temerosos. Llegando á Chartres, en donde dejó dicho César en el libro anterior que se había suscitado la guerra, y entendiendo que los de este país tenían más miedo que todos por el remordimiento de su atentado; para sacarlos más presto del temor, pidió al principal autor de la guerra, Guturvato, para castigarle á su arbitrio. El cual, aunque ni de los suyos se fiaba, con todo, buscado con gran cuidado, fué llevado á los reales. Se vió obligado César á su castigo contra su propio natural, con gran contento de todos los soldados, que le atribuían todos los peligros y daños de la guerra. Y así se le dió muerte después de cruelmente azotado.

Aquí tuvo noticia por cartas frecuentes de Caninio de los sucesos con Drapes y Lueterio, y de la resolución en que permanecían los cercados. Cuyo corto número, aunque miraba con desprecio, con todo juzgaba merecía grave castigo su pertinacia, para que no pensase la Galia que le habían faltado fuerzas, sino constancia para resistir á los Romanos; y para que con su ejemplo las demás ciudades, liadas en la proporción de sus situaciones, no pensasen en

recobrar la libertad; sabiendo que no ignoraban los Galos que no le faltaba ya más que un año de su gobierno, el cual si hubieran podido sostenerse, no tenían que temer otro peligro. Así que dejó á Q. Caleno su lugarteniente con dos legiones que le siguiese por sus marchas regulares, y él partió lo más pronto que pudo con toda la caballería á juntarse con Caninio.

Llegado César á Cahors contra la expectación de todos, y viendo concluída la contravalación de la plaza, y que con ninguna condición se podía levantar el cerco, y informado de que los de adentro tenían gran copia de vitualla, empezó á tentar cómo cortarles el agua. A la parte inferior cortaba el río un valle que ceñía casi todo el monte en que estaba sita la ciudad, áspero y quebrado por todos lados. La naturaleza del sitio no pertittia echar el río por otra parte, porque tan bajo corría por la falda del monte, que á ningún lado se le podía sangrar con grandes fosos. Era también áspera y difícil para los cercados la bajada al río; de suerte que sin mucho daño, como lo resistiesen los nuestros, ni podían llegar á él, ni retirarse por la fragosidad de la subida. Conocida esta dificultad por César, dispuestos sus honderos y flecheros en ciertos parajes, y colocadas también algunas máquinas contra los más fáciles descensos, estorbaba á los cercados tomar agua del río, cuya multitud acudía después á un solo paraje á proveerse de ella. Porque debajo de la misma muralla brotaba una gran fuente, por la parte que no bañaba el río, que se extendía como á trescientos pies.

Deseando todos que se les cortase el agua de esta fuente, y sabiendo solamente César que no se lograría sin grave peligro, empezó á formar manteletes enfrente de ella contra el monte, y á levantar valladar con mucho trabajo y continuos combates. Porque acudían los cercados desde puestos ventajosos, y peleaban á lo lejos sin riesgo, haciendo á muchos que con porfia se arrimaban. Con todo, no



se recelaban los nuestros de adelantar los manteletes, y vencer con el trabajo y reparos las dificultades del terreno. Al mismo tiempo hacían minas al origen de la fuente, la cual obra podía hacerse sin peligro ni sospecha de los enemigos. Levantóse un valladar de sesenta pies de alto; se colocó en él una torre de diez altos, no que igualase á las murallas, que esta era obra imposible, sino que excediese la situación de la fuente. Desde ella se disparaban dardos con máquinas á las cercanías de la fuente. Los cercados no podían tomar el agua sin mucho peligro; se morían de sed, no sólo los ganados y caballerías, sino también las personas.

Atemorizados de esto, empezaron á disparar contra nuestros reparos barriles llenos de sebo, pez y bardas ardiendo. Al mismo tiempo hicieron una vigorosa salida para estorbar á los Romanos el apagar el fuego con el peligro del combate. En un instante se extendió una llama terrible por nuestras obras. Porque todos cuantos fuegos arrojaban por aquel sitio precipitado, detenidos en el valladar y el parapeto, incendiaban todo cuanto tropezaban. Con todo eso nuestros soldados, aunque se veían apretados de un peligroso combate y un puesto muy contrario, toleraban con el mayor espíritu todos estos trabajos. Porque pasaba la acción en un paraje exento, y á la vista del resto del ejército. Levantábase una grande algazara de ambas partes; de suerte que el que más presto podía, y como podía, para que fuese más claro y patente su valor, se ofrecía á las armas y fuego del enemigo.

Viendo César que recibían mucho daño los suyos, dió orden á las cohortes de que por todos los lados de la ciudad subiesen al monte y levantasen un algazara falsa, como si se apoderasen de las murallas. Con esto, atemorizados los cercados, sin saber lo que pasaba en los otros parajes, retiraron sus tropas del ataque de las obras, para acudir á coronar la muralla. De esta manera pudieron los

nuestros, puesto fin al combate, apagar parte del fuego y cortar lo restante. Resistíanse los cercados con tanta obstinación, que aun habiendo perecido mucha gente por falta de agua, con todo estaban firmes en su resolución; cuando al fin fueron cortados con las minas los conductos de la fuente, y echados por otra parte; de suerte que viniendo á secarse el manantial que los sustentaba, los puso en tal desesperación, que creyeron no haberse ejecutado sin particular disposición de los dioses, no que por obra de hombres. Y así obligados de la necesidad se rindieron.

César, puesto que todos tenían bien conocida su clemencia, no recelando entendiensen que había obrado por crueldad de su propio natural, y por otra parte no sabiendo qué fin tendrían sus designios si empezaban á rebelarse del mismo modo otros en diversas partes, pensó hacer con estos un ejemplar que contuviese á los demás. Y así mandó cortar las manos á todos cuantos habían tomado las armas, concediéndoles la vida para que fuese más notorio el castigo de los malvados.

---

## CAPITULO VII.

**Muerte de Drapes.—Prisión de Luclerio.—Rendición de la Aquitania y de Comio.**

Drapes, de quien dije que había sido preso por Caninio, ó por indignación y sentimiento de las prisiones, ó por temor de un castigo más severo, no quiso comer en unos días, y así murió. Al mismo tiempo Luclerio, de quien dije había escapado huyendo de la batalla, habiendo caído en manos de Epsnacto auvernate, pues mudando frecuentemente de estancia, se fiaba de muchos en la inteligencia de que no estaba fuera de peligro en parte alguna, sabiendo cuán enojado debía tener á César, fué entregado preso á éste por su grande amigo Epsnacto.

En este intermedio ganó Labieno una batalla á los de Tréveris, y habiéndoles muerto mucha gente, y también á los Germanos, que á nadie negaban socorro contra los Romanos, vinieron á su poder las personas más principales, y entre ellos Suro autunés, que así por su valor como por su nacimiento era famoso, y el único de este país que se había mantenido hasta entónces en campaña.

Avisado César de estas victorias, vistos los buenos sucesos de sus armas en toda la Galia, y juzgando que con la campaña pasada quedaba sujeta y debelada, determinó pasar el resto del verano en visitar la Aquitania, adonde él no había estado en persona, sino que le había rendido en parte por P. Craso. Se puso en marcha la vuelta de ella con dos legiones: y logró ésto como todo lo demás con presteza y felicidad. Porque todas las ciudades de Aquita-

nia le enviaron embajadores y le dieron rehenes. Lo cual hecho, partió hácia Narbona con una escolta de caballería, y destinó el ejército á los cuarteles de invierno al mando de sus tenientes. Colocó en la Galia béglica cuatro legiones á cargo de los lugartenientes M. Antonio, C. Trebonio. P. Vatinio y Q. Tulio; dos envió á Autun, que eran los queblos de más reputación y autoridad entre todos; otras dos alojó en Turena, cerca de Chartrain para contener á toda la región confinante con el Océano; y las dos restantes en el Limosin, no léjos de Auverna, para que no faltasen tropas en ninguna provincia de la Galia. Detúvose muy pocos días en la provincia; recorrió prontamente todas las audiencias; juzgó las diferencias públicas; repartió premios entre los beneméritos, porque tenía la mayor habilidad para conocer de qué ánimo había estado cada uno en la universal rebelión contra la república, á quien había contenido con la fidelidad y socorros de esta provincia; y concluida la visita, se restituyó á las legiones que invernanaban en la Galia béglica, y se alojó en Arrás.

Aquí supo que Comio había tenido un choque con su caballería; pues habiendo pasado Antonio á su cuartel de invierno, y estando los pueblos de Artois bajo nuestra obediencia, Comio, que después de aquella herida de que arriba se hizo mención, siempre había estado á la mira, para que si sus pueblos querían renovar la guerra no les faltase caudillo, se mantenía á sí y á una compañía de caballos con robos, interceptando con correrías diversos bastimentos que se conducían á los cuarteles de invierno de los Romanos.

Estaba á las órdenes de Antonio en el mismo alojamiento el prefecto de caballería C. Voluseno Quadrato. Dióle Antonio la comisión de perseguir la escolta del enemigo. Voluseno acompañaba el valor en que era muy señalado con el odio grande que profesaba á Comio; y así hacía con más gusto lo que se le mandaba. Dispuso, pues, varias ce-

fadas, y hizo algunas salidas contra la caballería enemiga, en que llevó siempre lo mejor; pero últimamente, trabada una recia batalla, y habiendo perseguido Voluseno á los contrarios con demasiado ardor por el deseo de acabar con Comio, llevado por éste algo léjos con precipitada fuga, invocó de repente la fidelidad y socorro de los suyos para que no dejaran sin venganza la herida que recibió con amistad fingida. Dijo, y revolviendo el caballo, se adelantó desapoderadamente sobre el prefecto. Todos los suyos, haciendo lo mismo, desbarataron y retiraron el corto número de los nuestros. Comio, apretando el caballo, llegó á encontrarse con el de Quadrato, y la lanza en el ristre, le pasó con gran fuerza un muslo. Herido el comandante, no dudaron los nuestros hacer frente á los enemigos: volvieron sobre ellos ufidos todos, y los desbarataron. Muchos de los contrarios fueron heridos en el primer encuentro; otros murieron en la fuga, y parte quedaron prisioneros, el general se escapó por la velocidad del caballo, y el prefecto fué conducido á los reales herido gravemente y casi en el último riesgo de la vida. Mas Comio, ó por haber satisfecho su resentimiento, ó por haber perdido la mayor parte de los suyos, envió sus diputados á Antonio; y dándole rehenes, le aseguró que estaría á su obediencia donde le señalase; sólo le suplicó concediese á su temor el no ponerse delante de ningún Romano. Antonio condescendió á esta pretensión, creyendo que nacía de un justo miedo, le perdonó, y recibió sus rehenes.

---

## CAPÍTULO VIII.

Visita César la Galia citerior, vuelve á la ulterior, y pone guarniciones en ella: pasa á Italia y se informa de los designios de sus contrarios.

No ignoro que César hizo de cada año un comentario; mas yo he pensado que no debía hacer lo mismo; porque en el año siguiente en que fueron cónsules L. Paulo y C. Marcelo, no hubo suceso memorable en la Galia. Pero para que se sepa en qué parajes estuvo César y su ejército, he añadido estas pocas noticias al mismo comentario.

Pasaba César el invierno en la Galia bέλgica, sólo con el presupuesto de mantener la amistad de las ciudades, y no dar á nadie esperanza ó motivo de renovar la guerra. Porque nada menos deseaba que el que al tiempo de partir se le ofreciese alguna precisión de volver á tomar las armas: por no dejar algún movimiento, habiendo de licenciar el ejército, que excitase con gusto á toda la Galia, sin el temor del peligro presente. Y así tratando honoríficamente á las ciudades, honrando con premios á las personas principales, no imponiendo nuevos tributos, contuvo en paz fácilmente con la condición de una suave obediencia á la Galia, trabajada con tantas batallas adversas.

Después de concluida la invernada, partió á largas marchas la vuelta de la Italia contra su costumbre, para hablar á las colonias y municipios, y recomendarles la pretensión del sacerdocio que tenia su cuestor M. Antonio; en la cual se empeñaba, así por favorecer á un sujeto con quien tenia suma estrechez y á quien habia enviado un poco

antes á seguir su pretensión, como por resistir animosamente á la poderosa facción de algunos que con la repulsa de Antonio intentaban abatir la exaltación de César que le favorecía. Y aunque en el camino antes de llegar á Italia supo que Antonio estaba nombrado agorero, con todo pensó tener no menos justo motivo de visitar las colonias y municipios, para darles las gracias de haber interpuesto su asistencia y favor para con Antonio y para recomendarse á sí y a su empleo para el año siguiente; porque se vanagloriaban sus émulos con insolencia de que habrían sido creados cónsules Lentulo y Marcelo con el fin de despojar á César de su honra y dignidad; habiendo quitado además el consulado á Sergio Galba, que había tenido más votos y crédito que ellos, por ser muy amigo suyo y su lugarteniente.

Fué recibido César en todos los municipios y colonias con increíbles demostraciones de amor y estimación, por ser esta la primera vez que volvía de la conquista de toda la Galia. Nada quedaba que hacer de cuanto se podía inventar para el adorno de las puertas, caminos y lugares por donde había de pasar. En todas partes salía el pueblo con los hijos á recibirle, en todas partes se ofrecían sacrificios: ocupábanse las plazas y los templos con mesas prevenidas, igualándose la alegría á la del más deseado triunfo: tanta era la magnificencia en los más poderosos, y los tantos afectos en los más humildes.

Habiendo recorrido César toda la Galia togada, volvió con prontitud á Arrás á incorporarse con su ejército; y convocadas las legiones para los confines de Tréveris, partió hacia allá y las pasó revista. Dió á Tito Labieno el gobierno de la Lombardía para hacerle más recomendable en la pretensión del consulado. Él mismo marchaba sólo lo que le parecía suficiente para conservar la salud de las tropas mudando de país. Y aunque oía á menudo que sus émulos solicitaban á Labieno, y tenía noticia de que se

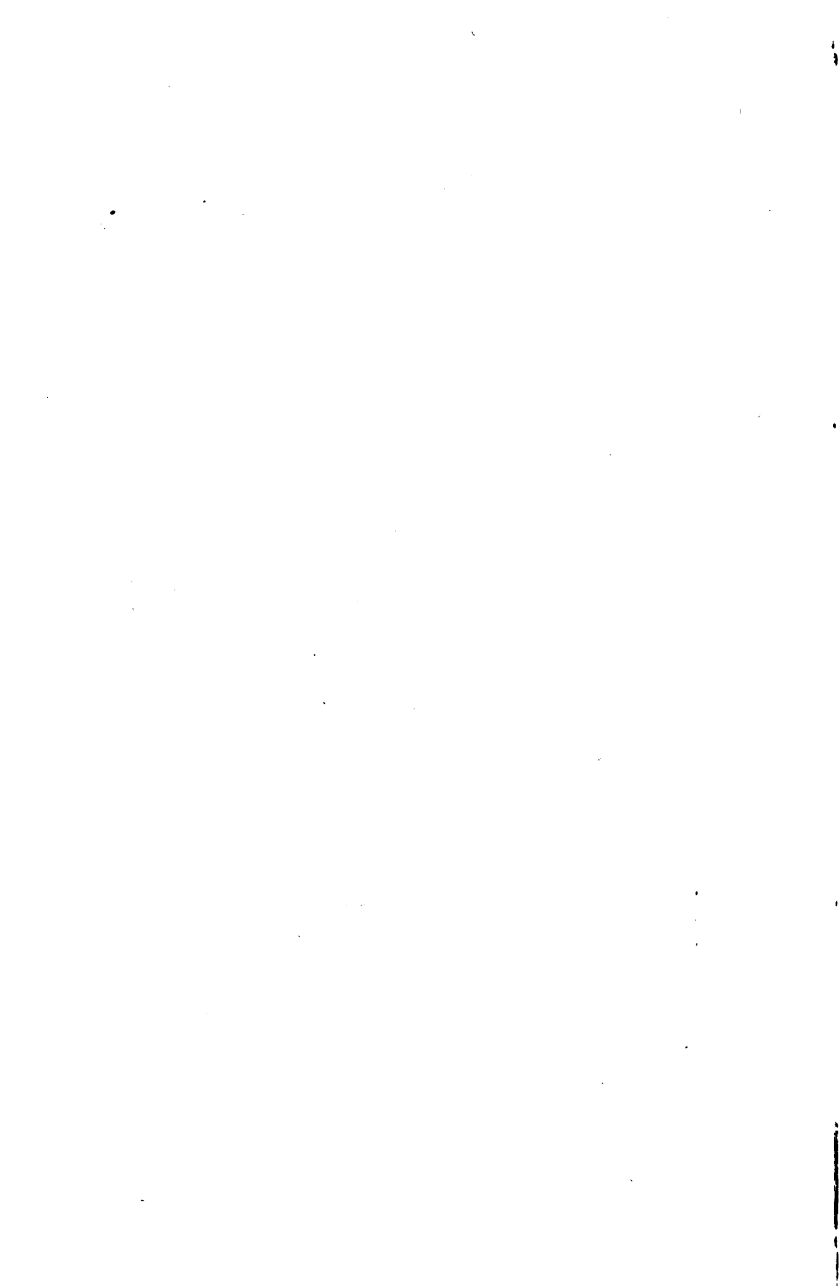
trataba por consejo de unos pocos de quitarle una parte del ejército, interpuesta la autoridad del Senado, con todo ni creyó en Labieno mudanza alguna, ni se movió á hacer nada contra la autoridad del Senado: juzgando que alcanzaría fácilmente el logro de sus deseos, estando libres los padres conscriptos para decir sus pareceres. Pues habiendo tomado á su cargo C. Curión, tribuno del pueblo, defender la causa y dignidad de César, había prometido muchas veces al Senado que si le causaban algún recelo las armas de César, supuesto que la dominación y tropas de Pompeyo ponían no poco pavor y grima en el foro, dejasen uno y otro las armas, y licenciasen los ejércitos; de esta manera quedaría la ciudad libre y señora de sí misma. Mas no sólo prometió esto, sino que ya el Senado por sí se inclinaba á tomar este partido, cuando los cónsules y los amigos de Pompeyo se pusieron de por medio, y así dilatándolo, se separaron.

Era grande el testimonio de todo el Senado, y muy conforme á lo que antes había pasado. Porque hablando Marcelo el año antes contra la dignidad de César, dió parte antes de tiempo al Senado contra la ley de Pompeyo y Craso sobre las provincias de César; y dichos los pareceres, retirado Marcelo como cabeza de partido, pretendiendo acrecentar su dignidad con el odio de César, pasó el Senado á tratar de otras cosas muy diversas. Con estos sucesos no se aquietaban los ánimos de los enemigos de César, sino se excitaban á buscar nuevas amistades para obligar al Senado á aprobar lo que ellos tenían determinado. Hizose después un decreto para que Pompeyo y César enviase cada uno una legión para la guerra de los Partos, las cuales se le quitaron á César claramente. Porque Pompeyo dió como de su número la legión primera que había enviado á César, compuesta de gente joven escogida en la provincia; pero César, aunque nadie dudaba que era despojado por amor de los contrarios, envió la legión á



Cn. Pompeyo; y mandó que de las suyas se entregase la décimaquinta, conforme á la orden del Senado, la cual es-  
ba en Lombardía. En su lugar destacó á la Italia la legión  
décimatercia, para defensa de los presidios de donde salia  
la décimaquinta; y distribuyó su ejército por los cuarteles  
de invierno. Puso á C. Trebonio en la Galia béglica con  
cuatro legiones; envió á C. Fabio con otras tantas á Autun;  
pensando que así estaba más segura la Galia, contenidos  
con las tropas los Belgas, cuyo valor era el más res-  
petado, y los Autuneses, que por su autoridad daban la ley  
en toda la Galia. Él partió la vuelta de Italia, donde supo  
que las dos legiones que habia enviado, las cuales según  
la orden del Senado debían destinarse á la guerra de los  
Partos, habian sido entregadas por el cónsul Marcelo á  
Cn. Pompeyo, y retenidas en Italia. Con este hecho, aun-  
que nadie dudaba que se trataba de tomar las armas con-  
tra César, con todo eso determinó éste sufrirlo todo mien-  
tras le quedaba alguna esperanza de disputar sus derechos  
en justicia, antes que romper la guerra.

---



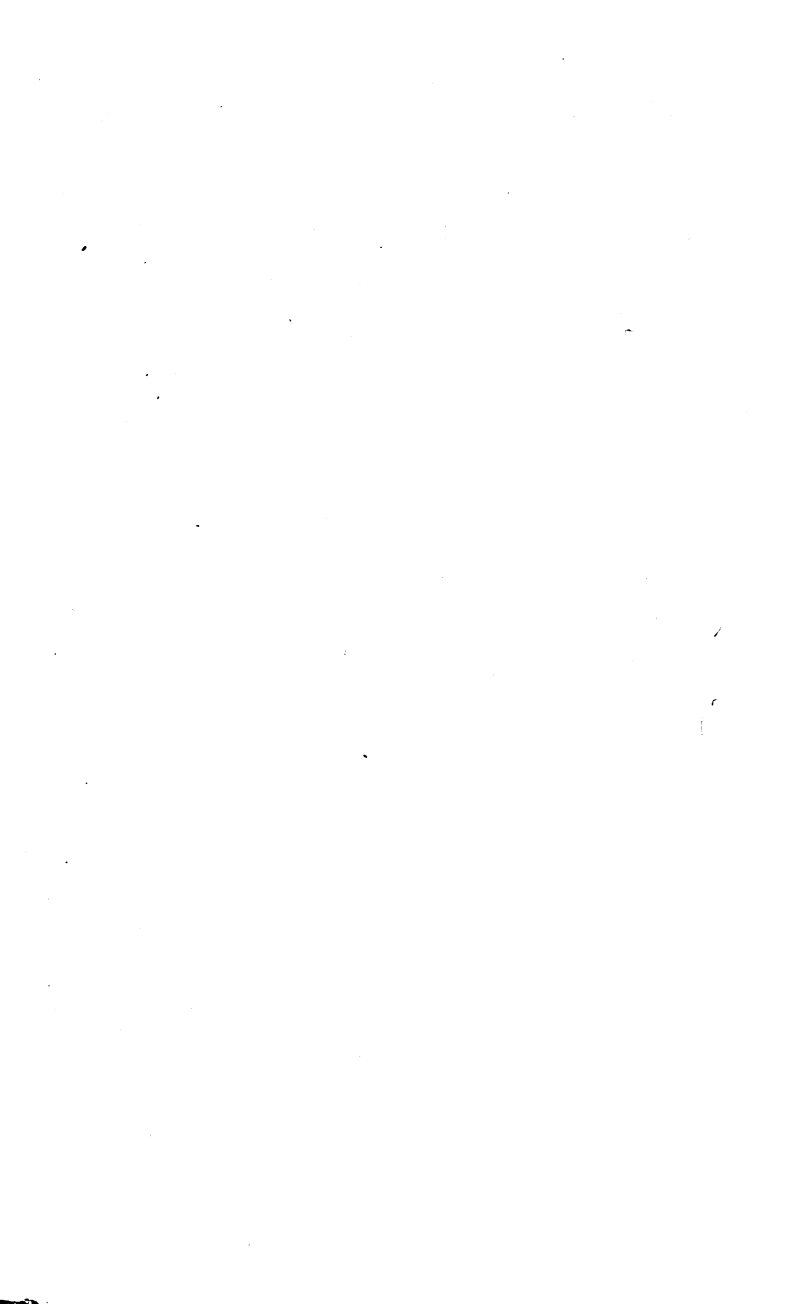
## ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
<b>ADVERTENCIA PRELIMINAR.....</b>	<b>v</b>
<b>PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.....</b>	<b>vii</b>
<b>De la guerra de las Galias :</b>	
<b>Libro primero. ....</b>	<b>4</b>
<b>Libro segundo. ....</b>	<b>49</b>
<b>Libro tercero.....</b>	<b>75</b>
<b>Libro cuarto.....</b>	<b>93</b>
<b>Libro quinto. ....</b>	<b>147</b>
<b>Libro sexto. ....</b>	<b>153</b>
<b>Libro sétimo. ....</b>	<b>181</b>
<b>Libro octavo, por Aulo Hircio.....</b>	<b>239</b>

---





ERS. CALIFORNIA LIBRARY

5-27-66  
K. J. [unclear]

YB 46559

290729

*Caesar*

PA

62.42

A157

1913

V.1

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

